JAVIER ROVIRA

MALA MAR

RBA

© del texto: Javier Rovira, 20 22 .
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 20 22 .
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: octubre de 2022.

REF: OBDO083
ISBN: 978-84-1132-130-3

EL TALLER DEL LLIBRE · REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito
del editor cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida
a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Mía es la venganza y la retribución.

DEUTERONOMIO, 32:35

Quiero volver a enamorarme, quiero volver a enamorarme,
solo una vez más.

Antigua luz ,
JOHN BANVILLE

TÚ A MÍ NO ME ENGAÑAS

NUEVA DE LLANES (ASTURIAS)
26 DE SEPTIEMBRE DE 2003

Me llamo Tomás Salcedo —se repite una y otra vez—, me llamo Tomás Salcedo y acabo de matar a mi hermana. La frase es tan incongruente como cierta, y Tomás la murmura sin descanso mientras observa la pendiente y después el coche, y lo que ha quedado del banco de madera, y ese sauce que plantaron ellos mismos, entre todos, hace ya miles de años. Se llama Tomás Salcedo y ahora debería hacer algo; algo, sí, pero qué, qué se debe hacer después de esto. Se pasa la mano por la frente y cierra los ojos. Tendría que calmarse, pero los pensamientos se agolpan; y también las imágenes. Hace solo unos segundos todavía estaba ahí, sentada de espaldas y escuchando cualquier cosa en su viejo chisme con los auriculares puestos, tan ensimismada como siempre, ajena a todo y posiblemente también al saludo y las preguntas que él, mientras bajaba la cuesta con el corazón en un puño, pronunciaba por inercia: ¿qué tal?, ¿cómo va El Búho?, ¿soy el primero en llegar?

Llamar a su madre El Búho no es más que una broma de adolescencia que ha sobrevivido al tiempo y a la distancia, y a un buen montón de miserias. Se está muriendo, le había dicho Mariana cuando hablaron por teléfono semanas atrás, haz lo que quieras, pero yo creo que será su último cumpleaños en este mundo. En este mundo; Mariana y sus cosas. Ángela también había mordido el anzuelo y ahora volaba desde Connecticut, gruñendo seguramente por las improbables molestias causadas por su vecino de asiento y bebiendo una tila tras otra como una descosida. En cuanto a Leo... En fin, con Leo nunca podía saberse, aunque aparecerá cuando ya nadie lo espere y pondrá cara de niño bueno; de niño mimado más bien. ¿Y él? —se pregunta—, ¿qué cara debería poner él?

El relato de los hechos es en realidad muy sencillo, aunque, dada la situación, le cuesta ordenarlo. Ha aparcado el coche sobre la colina porque siempre le gustó dejarlo ahí. Es un hombre de costumbres y no renuncia a ciertas ceremonias: la parada breve en una de las cafeterías del pueblo, la conducción lenta por el camino de tierra y, al final, el cigarrillo con el

motor todavía en marcha y el coche apenas detenido junto al precipicio. Esos juegos, esos riesgos. Hoy, a pesar de la presión acumulada, también ha cumplido el ritual y desde arriba ha observado la casona a los pies y el torreón, la galería acristalada y la palmera, los muros azules rodeados de hortensias y más allá las ondulaciones del terreno, tapizadas de verde. Una vista preciosa. Por qué negarlo. Sin embargo, la pausa del cigarro no ha sido agradable esta vez. Y todo porque, mientras fumaba, la larga perorata que media hora antes Mariana le había soltado por teléfono resonaba todavía en el coche. Resonaba y se expandía, y al hacerlo convertía el aire en algo denso, en algo difícil de respirar. Y, mientras tanto, mientras el significado de todas esas palabras adquiría su verdadera dimensión, a través del parabrisas él podía divisar a su hermana ahí abajo, sentada en el banco y además tan tranquila, le yendo a saber qué a no más de trescientos metros. Qué extraño es todo. Hay decisiones que se toman en cuestión de segundos y luego nos cambian la vida, para bien o para mal. Poco después se ha apeado, ha cogido la maleta y ha tomado el sendero y ha visto su BMW rodar por la cuesta, primero despacio y como a trompicones, y luego imparable, aplastando los arbustos, venciendo la verja, incrustándose en el banco y en la frágil espalda de su hermana. ¿Por qué tiene que sonar además esa maldita música? El banco contra el sauce y en medio el cuerpo de Mariana, su cabeza colgando hacia atrás con los ojos abiertos, el cuello en una posición imposible y el magnetófono dando la lata con una suite para violonchelo. Ha saltado por los aires y ahora suena desde algún sitio. ¿Dónde habrá ido a parar? Menuda mierda. Bach. Un minueto o algo de eso.

—Pero..., ¿se puede saber...? ¿Se puede saber qué pasa?

Bernabé acaba de aparecer, por fin un elemento sensato en medio de aquel disparate. Ha salido del cobertizo cargado como una mula, sigue siendo un hombre fuerte a pesar de la edad. Sobre el hombro derecho lleva una cuerda enrollada que debe de pesar toneladas y con la mano izquierda arrastra un saco de abono. Ha visto el banco y lo que ahí se cuece y por eso frunce el ceño. Sin aspavientos. Un tipo duro, qué duda cabe. Suelta los aperos y se acerca a Mariana, que todavía lleva puestos los auriculares. Los auriculares. En qué bobadas se puede llegar a fijar uno. Desde su escondite, el magnetófono se calla un instante y vuelve enseguida a la carga. Dios, ¿a quién se le ocurre seguir escuchando música en viejos casetes en vez de adaptarse a los tiempos y comprar cedés, como todo el mundo? A Mariana, claro, a la siempre desubicada Mariana. La música salta y rebota con una

alegría inapropiada mientras él observa cómo Bernabé, con movimientos de experto, presiona el cuello quebrado para comprobar si su hermanita respira. Y no respira, claro, cómo va a hacerlo. El tiempo parece alterado, hay algo que no fluye, que se atasca, pien sa Tomás. Luego Bernabé le baja los párpados a Mariana con una delicadeza extraña y después lo mira a él.

—No entiendo qué ha ocurrido —balbucea Tomás—. He aparcado arriba, como siempre, y de repente el coche está ahí.

—¿Has puesto el freno de mano?

—Claro —responde, ahora ya sin balbuceos.

—¿Estás seguro?

El freno, cómo no. Hay que ser o estar muy despistado para no subir la palanca antes de quitar las llaves, es un acto automático en cualquier conductor y él se ha pasado la vida conduciendo: las olvidadas campañas por los pueblos, los viajes con su mujer y las niñas, las escasas visitas desde Madrid. Aunque todo es posible, dirá. Y así es. Todo es posible. Intenta imaginarse otra vez dentro del coche, fumando, el mar a un lado y la casona al otro, la voz de Mariana inundándolo todo y la hasta ahora desconocida sensación de derrota. Porque eso ha llegado a creer Tomás mientras fumaba hace un rato, que todo estaba perdido. Sonríe y después disimula esa sonrisa, qué va a pensar Bernabé. Va a repetir que sí lo ha puesto —¿qué otra opción le queda?—, pero Bernabé va unos pasos por delante y mira hacia arriba, al torreón. La luz parece encendida tras las cortinas.

—Deberías subir. —Los ojos de Bernabé arden en la distancia. Nadie es tan duro. Ni siquiera él—. Le echaré un vistazo al coche mientras tanto. ¿Me dejas las llaves?

Tomás asiente, obedece más bien —¿es así como debe comportarse?—, y luego se dirige a la entrada. La alberca está seca y cubierta de hojas. En la esquina derecha hay un ave muerta con las alas extendidas. U na graja o un cuervo, una corneja quizá. Aunque ellos insistieron mucho, su madre no quiso transformar esa alberca en piscina cuando se instalaron allí el primer verano: qué bobada, para qué queréis una piscina si tenéis la playa a dos pasos. Aseguraría que la está oyendo, una mujer tan elegante como malhablada, sin ningún pelo en la lengua.

—Qué os parece —les dijo en cuanto llegaron—. Es bonita, ¿no? Nos la regala vuestro querido padre para que olvidemos lo mucho que se gasta en putas. —Su fular color malva ondeaba con la brisa. Acababa de encender uno de los cigarros finitos y oscuros que fumaba como con desdén, con la

muñeca quebrada y ese tipo de gestos—. A mí me gusta. La aceptaremos a modo de compensación.

Lo de la corneja no es algo aislado, una pátina de desamparo recubre todo lo que ve. La casa vivió tiempos mejores, y, ahora, al aproximarse Tomás a la puerta, la idílica imagen de la que disfrutó en la colina tiene bien poco que ver con una realidad de lo más deslucida. La palmera sigue en forma, algo es algo. Tomás se acerca y da unas palmadas al tronco, afectuosamente, como si saludase a un amigo.

La atmósfera del interior también ha cambiado. Ya no huele a vacaciones o a encuentros, el aire pesa y el olor tiende a lo agrio, a fármacos y caldos, a dormitorios sin ventilar. Hay una luz polvorienta que cae sobre los muebles coloniales, sobre el piano abierto, *ponte ahí* , sobre las maderas nobles y las alfombras. No vamos a cambiar ni un hilo, dijo El Búho en cuanto entró allí por primera vez, el indiano cabrón que se hizo de oro esclavizando negros no tenía mal gusto después de todo. Las primeras semanas jugaban a eso: Tomás se vestía de blanco, se ponía en la cabeza un viejo panamá que encontró en el desván y se paseaba por la habitación de las gemelas con su gran habano entre los dedos. Ángela muerta de risa y Mariana con la boca abierta. Él tenía dieciséis años, y las gemelas, cuatro menos.

Los escalones crujen. Tomás sube despacio y, al llegar a la primera planta, nota que el aire corre a sus anchas por la galería. Qué desastre, Bernabé debería arreglar esos cristales. Entonces se detiene. Hay mucho que hacer, además de reparar la cristalera: alguien tendrá que venir a certificar lo que ha pasado. Un médico, por supuesto, un médico y poco más. Nada de líos, por favor, nada de revuelos; un médico será más que suficiente. Desde donde está, puede ver el jardín y contemplar el estropicio. Cómo es posible. Este lugar es el principio y el fin de casi todo. Al otro lado de la galería están los dormitorios: el de las gemelas a la derecha, el suyo al fondo y, a la izquierda, el de Leo. Las siestas eran para volverse loco . Qué pesadilla. Mariana haciendo escalas en el piano y Ángela con el violonchelo entre las piernas. Un gallinero. Y su madre arriba, pintando cuadros horribles y ajena a todo, como mucho alguna queja que pronunciaba sin el menor interés: qué pena que tengas tan mal oído, Tomás, a tus hermanas les hace falta un violinista.

La escalera que sube al torreón es empinada, todavía cuesta creer que su madre decidiera enclaustrarse ahí. Mariana hizo todo lo posible por impedirlo, pero El Búho siempre fue testarudo. Hace diez años obligó a

Bernabé a subir allí la cama grande, convirtió así su viejo estudio en dormitorio y nunca más bajó. Fue Tomás quien le puso el apodo aquel primer verano. Había motivos. Su madre pasaba en el torreón la mayor parte del tiempo, controlándolo todo en apariencia, abriendo y cerrando las cortinas con la intención de inquietarlos, de que supieran que, desde arriba, mamá los vigilaba. Nada de todo eso resultó cierto. Se encerraba ahí por la mañana y ni siquiera bajaba a comer por la sencilla razón de que se olvidaba del almuerzo tanto como se olvidaba de ellos. Siempre caminó unos centímetros por encima de las cosas, como si flotara levemente sobre lo que ella misma llamaba la cenicienta realidad, de manera que se le iban los días traduciendo versos de poetas franceses para una editorial que ni siquiera le pagaba, pintando bodegones en los que mezclaba desnudos humanos con frutas y flores mustias o vaciando botellas de vino blanco y de ginebra. También recibía amantes, parece ser, aunque eso nunca pudieron confirmarlo. Hace cinco años empezaron los tropiezos al hablar y, poco más tarde, los olvidos. Últimamente ni siquiera recordaba su nombre, menos mal que estaba allí Mariana para cuidarla. ¿Y ahora? ¿Qué van a hacer con su madre ahora que Mariana ya no está? Mariana. Jodida loca. La recuerda de pequeña tocando con dificultad sus miniaturas, luchando contra las teclas durante horas para muy tristes resultados. Una pena. Todavía no había empezado a hacerse cortes.

La puerta del torreón también está cerrada y Tomás se detiene antes de abrirla. Le sudan las manos. Es ridículo. Le gustaría sentirse culpable, pero no es esa su naturaleza: son cosas que pasan, se dice, tanto el accidente de hace un rato como todo lo demás. El olor agrio del salón se hace de nuevo presente, y el aire se espesa, y la luz anaranjada de la lamparita baña la cama y deja el resto en penumbra. Aun así, Tomás puede distinguir los óleos que cubren las paredes: torsos masculinos en los que se apoyan floreros vacíos, aves de ojos hueros amontonadas sobre espaldas fuertes y anchas, frutas de otoño a punto de pudrirse mezcladas con turgentes pechos de mujer. Nunca entendió esa extraña manía. Bodegones. Bodegones rarísimos. Una mujer moderna con aficiones de vieja chiflada.

Antes de acercarse a la cama, pronuncia un «hola » en voz muy baja que no deja de ser un sinsentido, sabe de sobra que nadie va a contestar. La última vez que estuvo allí, ella lo miró durante un buen rato con unos ojos llenos de estupor que no soltaban chispas de socarronería ni coqueteaban con quien estuviese delante como en otros tiempos. Mariana observaba desde la puerta y le pidió que le dijera algo, cualquier cosa, estaba segura

de que reconocía las voces, pero Tomás no fue capaz de decir nada. Luego los ojos se animaron durante unos segundos, su madre levantó la mano y le acarició la mejilla con mucha suavidad, con ternura casi, y después, sin venir a cuento, frunció la boca y le escupió.

La mira y presiente que algo no funciona. No. Sería demasia do. Sobre la mesita de noche hay un vasito de agua —¿agua?— y unas cuantas pastillas desperdigadas. Va hacia ella y la toca y des pués corre al ventanal y aparta las cortinas. Al abrir ve a Bernabé con el magnetófono en la mano, trasteando nervioso los botones. Qué locura. Hasta el torreón llega el comienzo de otra danza.

—¿Sabes cómo se apaga este trasto? —grita Bernabé—. No consigo que se calle.

—Bajo enseguida —dice Tomás, intentando mantener la calma.

—Más te vale.

—No me asustes, Bernabé. —Tomás se vuelve y allí sigue, no es posible que esté pasando también esto.

Bernabé deposita el aparato en el filo de la alberca y después va hacia el coche, y desde allí vuelve a mirar al torreón.

—La palanca no está en su sitio. —Parece muy disgustado Bernabé—. ¿Se puede saber en qué pensabas?

Tomás lo sabe de sobra y por eso se limita a cerrar el ventanal y desandar el camino recorrido. A pesar de lo que ha encontrado arriba, sus labios dibujan sin él quererlo otra ligera sonrisa: eso digo yo, en qué estaría pensando; aunque un despiste lo tiene cualquiera, ¿no es así, Bernabé?

PUERTA DEL SOL (MADRID)
MARZO DE 1976

—Di que tu madre es una puta. ¿Me oyes? ¿Me oyes o no me oyes? —Emilio lo oye, claro que lo oye, y también oye cómo detrás alguien se ríe—. Di que tu madre es una puta y que tu padre es maricón. ¡Vamos, dilo y a lo mejor así avanzamos algo!

Es difícil decir eso y más si se está boca abajo, desnudo, colgado por las corvas de una barra que atraviesa la habitación de pared a pared. El simple hecho de respirar es ya un esfuerzo enorme. La garganta se le cierra por momentos y siente la cara abotargada y a la vez comprimida bajo una máscara de una talla que no es la suya. Aire, ¿dónde está el aire? Intenta captarlo, pero le da la impresión de que lo poco que consigue se queda en la glotis y no baja a los pulmones. La sangre ha dejado de salir por la nariz y ahora los churretes han empezado a secarse. Le gustaría quitarse las costras y no puede porque tiene las muñe cas atadas a los tobillos, con un par de esposas cree recordar. Los churretes y las costras; Dios, qué importancia tendrá eso. Los pies. Los pies son lo único que importa. Ya no está seguro de casi nada, pero sí sabe que no resistirá otro golpe en las plantas. El anterior subió como una culebra por las pantorrillas y la quemazón fue a estallar en el mismísimo centro del cráneo. Quiere pronunciar lo que le piden, pero la congestión es tan grande que solo puede boquear como un pez fuera del agua; y pensar en respirar, en que el aire llegue a los pulmones y la garganta no se cierre. El corazón va desbocado y los latidos le palpitan en las sienes, en la frente, en los tímpanos. Mira el suelo y un trozo de pared sucia y recuerda su postura, atado a sí mismo y pendiendo de un hierro como una pieza de caza. Un par de botas negras cruzan su escaso campo de visión. Las botas desaparecen y después oye ese silbido. Piensa en sus pies, pero ahora todo se concentra en los testículos y cree que grita, aunque no podría asegurarlo. El dolor es atroz y ha vuelto a subir hasta el cerebro. El efecto es, sin embargo, el inverso: el pulso se desacelera; un sopor lo envuelve todo; Pauline lo arropa, le susurra; las sienes dejan de palpitar y algo por dentro se apaga.

—Se nos va, Zamora —escucha Emilio todavía—. Refrésquelo con agua porque si no este cabrón se nos va.

El despertar es lento y brumoso, y la resistencia es enorme. Su mente y su cuerpo parecen instalados en un lugar muy profundo del que no quieren moverse. De ninguna manera. Siente que lo aspiran hacia la superficie y también que un par de tentáculos lo quieren retener en el fondo, que la tierra tira de él. Luego la nota: la sed. El interior de su boca es un campo yermo, un espacio cuarteado que podría quebrarse con tan solo rozarlo. Intenta recordar dónde está. No lo consigue. También se pregunta por qué le duelen tanto los tobillos, las corvas, la entrepierna. ¿Habrá agua cerca? Abre los ojos al fin y distingue la luz sucia que atraviesa un ventanuco. Después la pared manchada, el suelo sin color definido. ¿Qué es todo esto? Detrás del ventanuco hay siluetas alargadas que parecen moverse, luego nada, luego siluetas otra vez.

—¿Y por qué no te ha invitado?

—Pues porque ella es así, parece mentira que...

Murmullos, sonido de tacones.

—Sí, mucho más barato de lo que pensaba.

Un silbato a lo lejos, pasos amortiguados, motores en marcha.

—... me pasaré esta tarde si me da tiempo.

Las voces son el único referente en ese lugar extraño al que no sabe cómo ha llegado. Mira alrededor en busca de algún indicio y no ve más que un cubículo vacío, el ventanuco pegado al techo y una puerta cerrada. Tiene frío y tiene sed. Mucha sed. Por qué estará desnudo. Intenta incorporarse, el dolor se lo impide y decide quedarse así, acurrucado en una esquina, abrazándose a sí mismo para entrar en calor.

Le han golpeado —está seguro—, tiene restos de sangre en las manos, en uno de los costados y en las uñas de los pies. Y hay brasas ardiendo en sus ingles. Quiere recordar lo sucedido, pero el pasado reciente se escurre como una anguila y repta y luego desaparece por una especie de sumidero. La fiesta. Alguien no ha sido invitado. Lo acaba de oír. Ella estaba en la fiesta, ¿es eso? Sí, ella estaba en la fiesta y nada más verla supo que era la chica de sus sueños. El humo. El olor del pipermín. ¿Por qué llegan esas imágenes justo ahora? Alguien grita. Alguien está gritando muy cerca. ¿No lo oyen los que pasean al otro lado del ventanuco? Es que tengo un poco de prisa. ¿Qué está ocurriendo? Tres años lleva sin pisar la calle. Que deje de gritar, por favor. ¿La calle? ¿Quién ha dicho eso? El humo. Sin pisar la calle. Nunca había visto una bebida de color verde. Dale un beso de mi

parte. Ni había aspirado el leve aroma a acetato que desprende el césped recién cortado. Basta. ¿Qué clase de sitio es este? Cierra los ojos, se tapa los oídos y se acurruca aún más. El suelo y la pared están fríos y Emilio solo quiere pensar en la fiesta. Eso lo reconforta. Eso sabe que es real. ¿Lo es? Se acercó a ella creyendo que era una estudiante más, una de esas chicas de pocas curvas, raya en medio y pelo lacio, que fuman en los cambios de clase y hablan con vehemencia de libertades políticas y de la inminente emancipación de la mujer. Él llevaba casi una hora perdido, deambulando entre desconocidos que reían y picaban canapés o entraban y salían al jardín. Su compañero de cuarto había conseguido llevarlo hasta allí después de insistir durante toda la semana con lo de que las fiestas de los de Filosofía y Letras son las mejores, chaval, ¿no ves que ahí estudian titis sobre todo?, pero hacía ya un buen rato que Juan Luis no aparecía. Había pensado en preguntar por él al anfitrión, aunque probablemente ellos no se conocían de nada o lo hacían de un modo más bien remoto.

—La da un tipo que va a la clase de mi prima —le había contado Juan Luis en el cuarto esa misma tarde—, uno que vive en Somosaguas. Está forrado y le ha dicho que puede llevar a quien quiera; así que deja de poner esa cara y haz el favor de arreglarte un poco. Y antes date una ducha, ¿vale? No te lo tomes a mal, pero hueles como a caballo. Bueno, o a establo, no sé... Hay que joderse con los de Montes.

Llevaba seis meses en Madrid y cinco de ellos compartiendo habitación con Juan Luis en una pensión para estudiantes que encontró por casualidad en plena Glorieta de Cuatro Caminos. Los dos iban para ingenieros y a Juan Luis le gustaba decir ese tipo de tonterías porque hacía Industriales y, eso, comparado con Montes..., en fin, Emilio, dónde va a parar. A él no le importaban sus burlas porque se sentía más que orgulloso de haber llegado hasta allí desde la nada. Del taller de su padre a la escuela de maestría y a la universidad laboral a fuerza de becas, el primero de su promoción por donde había ido pasando y a Madrid con otra beca para hacerse perito de lo que más le gustaba. Se duchaba a diario, por supuesto, aunque puede que Juan Luis tuviese algo de razón con lo del establo: lleva la tierra en las venas, el estiércol, la humedad de los pastos.

Un silencio repentino lo saca de su ensoñación. Los gritos han cesado y el vacío que dejan es aún más invasivo. Las voces y frases entrecortadas que atraviesan el ventanuco siguen ahí, pero han dejado de interesarle. Algo se despierta en lo más hondo de su memoria. Es como un alumbramiento y, aunque intuye que será doloroso, Emilio quiere tirar de

él. Nada bueno ha podido traerlo hasta aquí. La dueña de la pensión en bata con los ojos espantados y antes de eso los porrazos en la puerta. ¿Cuándo sucedió? La memoria es sinuosa y en cierto modo perversa. Juan Luis en la otra cama preguntando qué pasaba, tenía un examen al día siguiente y esa loca dando por culo, los haces de las linternas recorriendo el cuarto y luego la bombilla descarnada colgando del techo, iluminando las dos camas.

—¿Emilio Sariego? —Las botas, los uniformes, las botas otra vez.

Juan Luis negaba con la cabeza mientras la patrona entraba con la bata medio abierta y el índice bien extendido. Puta borracha, cualquiera diría que se alegraba.

—Así que es uno de esos. Vaya, vaya con Emilio..., quién lo iba a decir.

Pero él no era nadie —estaba seguro—, ni de esos ni de aquellos ni de los de más allá porque él lo que quería era acabar su carrera y buscar trabajo en algo de lo suyo, un sueldo, comprarse una casa, fundar una familia con... ¿Pauline? Pauline, ¿dónde estás? ¿Pauline? Alguien ha mencionado su nombre hace muy poco. ¿Seguro que hablaban de ella? La cabeza en el agua. Que si la conocía, que si había estado en las reuniones, que si el humo de la fiesta... ¿El humo? ¿Qué humo? Nada de esto tiene sentido. Es la sed. La maldita sed lo está haciendo delirar. Bendito delirio. Ella debió de notar que alguien la observaba porque se volvió y le dedicó una ligerísima sonrisa, más un esbozo que un verdadero dibujo, y además estaba sola y además se atusó el pelo; de modo que él, con el corazón enloquecido, se acercó.

—¿Te importa si...? —Y señaló el hueco que había a su lado en el sofá.

—¿Por qué iba a importarme? —Ese ligero acento.

—No, lo decía por si... No sé... A lo mejor prefieres estar sola.

Fumaba, como casi todos, y con la otra mano sujetaba una copa alargada en la que brillaba un líquido esmeralda.

—Haz el favor de sentarte —dijo después de mirarlo de arriba abajo—. Ni tú ni yo conocemos aquí a nadie ni tenemos con quien hablar. Al menos así disimulamos.

Enseguida supo que era parisina y que llevaba en Madrid casi tres años, que vino para aprender español y que se ganaba la vida trabajando para una familia muy rica y numerosa.

—Cuido a las niñas pequeñas y les enseño francés. La hermana mayor es de mi edad y por eso he venido. Me ha traído ella y ahora ha desaparecido sin decir nada. Supongo que te suena la historia.

Pauline tenía la extraña virtud de adivinar las cosas —intuición, lo llamó ella—, y también la costumbre de tomar siempre pipermín.

—Es como beberse un caramelo —dijo cuando salieron al jardín y rodearon la piscina—. ¿Quieres probarlo?

—No, gracias. No me gusta beber. —El césped desprendía un olor muy particular que nada tenía que ver con el de la hierba entre la que él había crecido—. Menuda casa... —añadió más tarde—. Yo no sé si me acostumbraría a vivir en un sitio así.

Pauline ni siquiera contestó. Había encontrado dos hamacas libres y ahora miraba las estrellas de un cielo limpio y sin luna. ¿No te sientas? La música de Los Archies sonaba a lo lejos. Pauline movía los pies descalzos al ritmo de ese *sugar, oh, honey, honey* que tanto seguía gustando y él buscaba desesperadamente algo nuevo que decir. El cielo. Eso es. El cielo. En el centro de Madrid, el cielo no era el mismo.

—¿No te gusta el silencio? —se adelantó ella—. A mí me encanta, así que deja de esforzarte y disfruta de la luna.

—Pero si no hay luna.

—Bueno, de lo que haya.

Era silencio lo que reinaba en la calle cuando bajaron. Ni luces estroboscópicas ni sirenas estridentes. Tan solo un coche en la puerta con los faros apagados y un conductor que fumaba con cara de pocos amigos. Hacía calor. ¿Por qué hará aquí tanto frío? ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde que lo trajeron? Porque fueron ellos los que lo trajeron, ahora está seguro. Lo montaron en el coche y el que se había sentado a su lado le advirtió que más valía que cerrara el pico: ya tendrás tiempo de hablar. Los de delante rieron, el coche arrancó y atrás quedó Cuatro Caminos, Bravo Murillo, Bilbao. Hasta que alguien dijo que no le habían tapado los ojos, joder, que estáis en Babia, ¿es que querían perder el puesto? La venda le apretaba demasiado y él pidió que se la aflojaran, y ellos volvieron a reírse: así que delicado el nene, a ver con lo que nos sale cuando le demos el primer repaso. Luego nada. Puertas que se cierran y se abren, conversaciones que no entiende, la cabeza en el agua, la cabeza en el agua, la cabeza en el agua hasta que no puede más y después la cabeza en el agua, en el agua, las preguntas que tampoco entiende y la cabeza en el agua, se asfixia, los pulmones le estallan, ya vale, Zamora, las reuniones y ese nombre.

—Te he preguntado que si conoces a una francesita llamada Pauline Brisac.

Alguien ha puesto música lenta y alrededor de la piscina varias parejas empiezan a bailar abrazadas. Pauline sigue moviendo los pies mientras da traguitos muy cortos a su bebida. La canción es italiana y él no la conoce. Está a punto de preguntar de quién es y qué dice la letra pero, una vez más, ella se adelanta.

— *Sabato pomeriggio.* —Y dejó escapar un suspiro de fastidio—. *Oh, là là* ... Y tú ¿en qué mundo vives, si puede saberse?

—Me paso la vida estudiando —dijo él a modo de excusa, pensando que de nuevo había metido la pata.

—Es Claudio Baglioni —aclaró Pauline—. Qué pesados, ¿no? Llevan toda la noche igual. Se ve que los grupos españoles están prohibidos en este tipo de ambientes, con lo que a mí me gustan.

—Gente de letras, ya sabes... —musitó tímidamente mientras Pauline tarareaba. Luego ella se incorporó y lo miró a los ojos; estaba radiante.

—No, no lo sé, y tampoco sé si vas a sacarme a bailar o si prefieres besarme. Si te soy sincera, empiezo a tener mis dudas.

Había contestado que era su novia justo antes de que volvieran a sumergirle la cabeza en la bañera. El agua pestilente era lo de menos porque era mucho peor oírlos a ellos, que si se la estaban follando en la planta de abajo, que si las francesas la chupan de otra forma, que si hay que ver cómo chilla cuando se la meten por detrás. En la cafetería de la escuela había oído hablar de de tenciones, de torturas y desapariciones inexplicables, de comandos de todo signo con los que ellos no tenían nada que ver. Era un error. Un tremendo error. Que parasen aquello antes de que fuera demasiado tarde. Pero no escuchaban. Las reuniones en el sur de Francia, el FRAP, ¿qué era eso?, las acciones previstas y él repitiendo que no sabía nada, que estudiaba Montes y vivía de una beca, que no le interesaba la política y a ella tampoco, que nunca habían estado en ninguna reunión y entonces los golpes, la venda puesta y los golpes lloviendo desde no sabía dónde, escaleras que bajaban, pasillos y horas a oscuras, el frío, la sed, escaleras que subían y vuelta a empezar .

—Nos lo ha dicho tu amiguita, así que más vale que entres en razón.

¿Qué les había dicho? ¿Qué les había podido decir si desde la fiesta apenas se habían separado? Él siguió yendo a la escuela y preparando sus exámenes a conciencia, y ella tenía las niñas a las que cuidaba y las clases de francés a domicilio, y aun así encontraban tiempo para encerrarse en su cuarto de la pensión los sábados por la tarde, después de decirle a Juan Luis que se fuera a dar una vuelta y de aguantar la cara de mala baba que

ponía la patrona. Y algún cine los domingos con magreo incluido. Y algún café los jueves con sexo silencioso y rápido en el cuarto de baño del bar donde hubiesen quedado.

—Qué suerte has tenido, cabrón. —La voz de Juan Luis cuando volvía. ¿Es esa la voz de Juan Luis?—. Las francesas están más liberadas, con las nuestras no se moja tan fácilmente.

—Lo que se me va muy fácilmente es el gatillo. —¿Juan Luis?—. ¿Me entiendes, ingeniero? —Juan Luis, ¿eres tú?—. ¿Me entiendes o no me entiendes?

Allí no había ningún Juan Luis. La punta de la pistola apoyada en su pecho y luego el chasquido sin disparo. Se tronchaban de risa todo el rato y él sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Hasta que dejaron de reírse. Lo recuerda perfectamente, aunque no podría decir ahora cuándo sucedió. Entró alguien y dijo que había problemas, la muy puta no había avisado, había que buscar a un médico.

—Los de arriba están que trinan. Me cago en Dios, Zamora, se nos va a caer el pelo por lo animales que sois.

¿Avisado? ¿Pauline? No, por favor. ¿Por qué no lo había dicho? Tan delgada y frágil que no lo parecía. ¿Era eso? Ahora es él quien grita. ¿Pauline? ¿Está bien? ¡Decidme que está bien! Desde octubre con ella y por eso la mezcla de alegría y sorpresa y miedo y vértigo y euforia y acojone cuando se lo dijo. ¿Pauline? ¡Pauline! Un golpe seco y todo se cierra en negro. ¿Qué había ocurrido? ¿Lo colgaron por las corvas antes o después de la bañera? ¿Cuántas veces lo habían bajado a ese cubículo? La cabeza en el agua. ¿Estás seguro de que no la acompañabas? La cabeza en el agua. ¿A quiénes veíais los sábados? La cabeza en el agua. Di que tu madre es una puta y que tu padre es maricón. Le duelen sus partes como si se las hubiesen partido en pedacitos. El último golpe. Ese fue el peor. El dolor se le mete ahora por el vientre y sube y luego baja, y después sube otra vez.

Y, de repente, la puerta se abre, y suenan las voces de siempre, y alguien le pone una venda en los ojos. Te vamos a dejar cerca de casa. Todo es negro de nuevo. No había luna y la había sacado a bailar sin atreverse a besarla a pesar de que la invitación no pudo ser más directa. Y más vale que olvides todo esto si no quieres tener problemas. El olor a cloro de la piscina iluminada se mezclaba con el del césped. ¿Una beca decías? Y era muy dulce la canción. Las becas van y vienen, tú verás lo que haces. Está dentro de un coche que acelera, sus testículos son cristales hechos añicos y él solo piensa en que después Pauline apoyó la mejilla en

su pecho mientras se balanceaba con la música y se dejaba llevar. Gorrioncito, qué melancolía. No puede ni quiere pensar en otra cosa: en sus caderas de chico y en su cuerpo cálido y menudo, en aquel cielo limpio, cuajado de estrellas, en sus labios con sabor a pipermín.

AEROPUERTO DE BRADLEY (CONNECTICUT, EE. UU.)
26 DE SEPTIEMBRE DE 2003

En los auriculares atruena Patti Smith de tal modo que su vecino de asiento acaba de lanzarle una mirada un tanto asesina. Seguramente el sonido traspasa los plastiquillos que lleva adosados a las orejas, pero que se joda, piensa Ángela, a fin de cuentas tiene pinta de mormón y a ella , los mormones, pues no. *Take me now, baby, here as I am* —y deja escapar una risita—, ¿oirá también la letra o solo le llega el bit de la batería, el piano al fondo, la guitarra punteando y esa voz que la vuelve loca? El deseo es ansia, es el fuego que respiro, madre mía, ¿cómo se puede escribir así de bien? Habrá escuchado esa canción más de un millón de veces y nunca se cansa: porque la noche es lujuria. Joder, Patti, y del día qué me dices. Lleva meses pensando en hacer una versión con sus chicas, pero lo cierto es que no se atreve. Solo los más grandes pueden medirse con los dioses y ellas no son grandes; de momento, no lo son.

Esperando. El mormón se ha debido de comer recientemente a dos de sus cuatro o cinco mujeres porque no cabe en el asiento y además no para de bufar y de mirar de reojo el estuche rosa fosforito del chelo. El violonchelo ha pagado su asiento como todo el mundo, así que si se te ha ido la mano con la mantequilla de cacahuete y las tarrinas de helado *cheesecake* tamaño XL, el problema lo tienes tú. Por cierto, no puede ser más bonito ese estuche. La agente le ha dicho un montón de veces que debería cambiarlo porque el color no va con la imagen que el grupo quiere proyectar, pero a ella la agente se la sopla. Qué tía más pesada. Las medias de rejilla rotas sí y los colorines no. El pelo amarillo con raíces negras, ok; pero las uñas sin pintar, *swetee,* que luego te las comes y en el videoclip quedan de pena. Y el caso es que a ella le encanta pintárselas de fucsia o de verde o de azul cielo y luego dejar que el esmalte se vaya descascarillando, sin repasarlas ni mucho menos. La verdad es que se siente bien con esas pintas. La mini escocesa y las medias, la camiseta negra con el escote descosido, las botas Dr. Martens y el piercing en la nariz. Un tanto de manual, lo reconoce, aunque peor lo llevan sus compañeras: la una gótica

flamígera y la otra disfrazada de muñequita manga. Si su madre la viese, pondría el grito en el cielo. Bueno, eso último no deja de ser una frase hecha donde las haya. Ojalá lo hiciera. Su madre nunca puso el grito en el cielo por nada, y ahora, ahora menos aún.

Entrando en pista. La azafata acaba de descorrer la cortinilla que separa al vulgo de la codiciada *business class* , se ha acercado intimidatoriamente y ha introducido su carita de piel sedosa entre el estuche del chelo y el mormón. Ahora sonríe mostrando una impecable dentadura norteamericana mientras le dice —sí, habla y sonríe a la vez— que tiene que apagar su equipo electrónico ya mismo. Deslumbrante. Hay que reconocer que, en cuestión de blanqueamientos, implantes y carillas, los americanos son imbatibles. Pulsa el *off* y Patti se calla. La azafata se aleja. Seguro que hasta el puñetero mormón tiene una dentadura envidiable.

Despegando. Ahora sí que sí. El avión se ha colocado donde conviene y acelera, y acelera todavía más. Qué bárbaro. ¿Será este preciso instante el famoso punto de no retorno? Porque si no lo es, lo mismo grita y así obliga a la azafata de dientes como perlas a acercarse de nuevo. ¿Se encuentra bien? No, no se encuentra nada bien. Hace más de dos años que no va a España y ahora mismo se está cagando de miedo solo de pensarlo. Cagando la pata abajo. Como lo oye, señorita azafata. Demasiado tarde. El avión está ahuecando el ala, así que ya no hay nada que hacer. Su vecino parece traspuesto, tiene un color malísimo en la cara y se aferra con fuerza a los reposabrazos con sus diez regordetes deditos. Tranquilo, cari, voy al cumple de mi madre y te aseguro que esto no se va a caer, aunque tampoco estaría de más que rezases un poquito. Que los Santos de los Últimos Días nos acompañen en este trance hasta Chicago y, ya puestos, también en el futuro incierto que a ella le espera allá en la tierra que la vio nacer.

Ascendiendo. El paisaje que divisa a través de la ventanilla es suntuoso y ordenado. El otoño ha llegado antes de tiempo a Nueva Inglaterra y, después de las casitas de Bradley y otros pueblucho s que ni conoce, todo se convierte en un inmenso manto de amarillos, morados, ocres, rojizos. Impresionante. Lástima que el morro del avión vaya directo hacia una barrera de nubes con una pinta nefasta. Y, encima, marcha atrás. Chicago está en la dirección opuesta a Oviedo, pero así son de retorcidas y arbitrarias las plataformas de venta. Dieciocho horas y treinta y cinco minutos de viaje por delante, de los cuales no sabe cuántos en el aire. Mejor no pensarlo. Lleva mal lo de volar. Siempre lo ha llevado de pena y a pesar de ello se ha pasado y se pasa media vida volando. La orquesta de la

uni era de culo inquieto, la sinfónica más de lo mismo y ahora, con la banda, es un no parar. Calma. Tu bien comido vecino de asiento es generoso y reza devotamente por ti.

Alcanzando la velocidad de crucero. Saludo del comandante. Bonita voz. No se quiten los cinturones porque el tiempo está complicado y puede haber turbulencias. El mormón se retuerce como puede en su minúsculo asiento y choca con el estuche. Se ha puesto nervioso con el aviso y a ella le está empezando a dar pena. En este moderno y civilizado país deberían prever asientos especiales para gordos, puesto que proliferan tanto los gordos. Y las gordas. De hecho, leyó hace poco que aquí hay un cuarenta por ciento de personas con obesidad, aunque no sabe si creérselo. Probablemente sean cosas del Medio Oeste y del nostálgico sur, porque en Hartford no se ven tantos. En los estados republicanos la gente se pone como el Quico de porquerías, o eso es lo que siempre dice Madison. Madison se ha criado entre Missouri y Kentucky, así que ella sabrá. Le gusta Madison. Siempre le ha gustado. La conoció apenas llegó y desde entonces son íntimas. ¿Hace cuánto? Calcula y se estremece. Casi quince años que han pasado como un soplo. Quién lo iba a pensar. Se vino por..., en fin, se vino por lo que se vino. Hace ya mucho tiempo que decidió no darle ni media vuelta a ese asunto. Barreras, distancias y demás subterfugios. Mierda pura. Lo que suele responder a quien se lo pregunta es que la culpa la tuvo el amor —¡ja!—, que el supuesto amor le salió rana y que luego esto la llevó a aquello y, en fin, que aquí sigue. La historia que cuenta es preciosa, tiene su parte de verdad y va como sigue. Acababa de terminar la carrera y acudió a uno de esos famosos cursos internacionales que desde tiempo inmemorial se organizan en Santiago. Agosto en Galicia con muy mal tiempo, clases coñazo por las mañanas, y las tardes detrás de Evan por cuestas y callejuelas empapadas de sirimiri. Le gustó cuando lo vio en la presentación del curso y se había propuesto que ese americano rubio, con más pinta de ma rine que de vivir por y para la guitarra clásica, sería suyo antes de que acabase la semana. ¿Remordimientos? Cero. Era un curso de verano, tan efímero como la propia música que allí estudiaban, y Roberto, su novio todavía, no se tenía por qué enterar. Dicho y hecho. Ni siquiera le importó que Evan tuviese las uñas más largas de la cuenta y la arañara un poco cuando le metía mano. Fue estupendo. Volvió a casa y, a las pocas semanas, zas, llegó una postal de Evan. Entre marranada y marranada, Evan le proponía que aplicara a la Hartt porque el profe de chelo era la pera y, además, él estudiaba allí. Ella quería irse, necesitaba

irse más bien (ojo, stop: ¿no se había prohibido pensar en eso?), de manera que le hizo caso a Evan y, contra todo pronóstico y después de rellenar un montón de papeles, enviar una grabación que a ella le parecía una basura y haber mantenido con firmeza dos o tres pulsos familiares, la aceptaron. Tal cual. Recibió una carta a mediados de octubre en la que se podía leer bien clarito que, si seguía interesada, podría incorporarse a los cursos de la Hartt School en el segundo semestre. La carta llegó que ni pintada porque acababa de ganar el segundo premio de un concurso nacional de poca monta y todavía no le había dado tiempo de gastarse la pasta. Cuatro duros, al fin y al cabo, suficiente sin embargo como para decir en casa que sí, que salía caro, pero que era una oportunidad única , porque Estados Unidos era el motor del mundo y, por si fuera poco, papá, aunque no te lo creas, resulta que tengo algo ahorrado. Su padre aflojó la cartera con tal de que dejase de dar la tabarra y su madre, como siempre, optó por la indolencia: si es lo que quieres, tú verás. Sus padres. Otra cuestión de las que hacen mella. Siempre ha pensado que le vendría bien una buena terapia, pero sabe de sobra que, si la empieza, no va a poder acabarla sin ruina previa. Demasiado que rascar. De momento, el dinero de la terapia lo gasta en botellas de bebidas espirituosas, y listo. Por cierto, hablando de bebidas.

Surcando el cielo. La azafata que la puso firme al despegar ha aparecido ahora empujando un carrito donde tintinean cosas ricas. Porque la noche es lujuria. Seguro que no le importa que vuelva a conectar el dispositivo, aunque, en aras de la convivencia y por respeto al sueño profundo de su vecino, procurará no poner el volumen muy alto. Madre mía, al olor de las sardinas el mormón se ha despertado. O sea, que no es mormón, porque ha abierto el ojo en cuanto ha oído el carrito y acaba de pedirse un copazo. Los mormones son polígamos y no beben ni gota, todo el mundo lo sabe. Hará un esfuerzo y lo acompañará. Pero con cabeza. Sí, señorita azafata, un whisky doble, por favor. Menos mal que los problemas con el alcohol han remitido, aunque no lo parezca. Todo está controlado. A veces es bueno tocar fondo. Lo de llegar hace tres años a un ensayo de la sinfónica con una borrachera de campeonato fue digno de figurar en los anales. Atriles por el suelo y dos arcos rotos, cuyo arreglo pagó religiosamente, *of course*. Un dineral. Por no hablar del bochorno. En su descargo dirá que era la primera vez que le pasaba. La primera y la última. Porque antes de eso la llamaban como refuerzo de vez en cuando y desde aquel funesto día nunca la volvieron a llamar. Sí, querida familia, hora es ya de confesarlo: nunca

saqué plaza fija y eso de que soy violonchelo titular de la Sinfónica de Hartford es el cuento chino más cuento y más chino que nunca jamás conté. Lo que no se explica es cómo pudieron creérselo. Mariana fingiendo que se alegraba tantísimo y los chicos llamándola por teléfono para felicitarla. Ellos. Ellos que nunca llaman. En fin, digamos que su larga experiencia norteamericana ha consistido en un cúmulo de desaguisados de toda índole. Salvo ahora, ahora parece que todo se encarrila, aunque veremos a ver. El responsable de su primer fracaso fue nada menos que Evan. Quién lo iba a decir. No es que a ella le importara mucho, pero una tiene su orgullo y le costó aceptar que ese puto pendejo de Evan se enrollara con una dominicana espectacular durante los breves meses de espera y, resumiendo, si te he visto no me acuerdo. Y tanto que no se acordaba. Por el amor de Dios, es que ni la saludó cuando se dieron de bruces en su primer día. No obstante, ella se repuso pronto. Vaya que si se repuso. Y todo gracias a que en aquella limpísima y multicultural universidad no faltaban chicos encantadores de procedencias infinitas que la ayudaron a sobrellevar la pena. Y luego estaba Madison. Qué habría hecho sin ella. Compartían profe, atril en la orquesta de la universidad, habitación en la residencia y más de un chico. Imposible no hacerse amigas. Vidas paralelas en lo bueno y en lo malo. Brindo por ti, Madison, te prometo que volveré.

Atravesando turbulencias. No, no era ninguna broma. El comandante bien que lo advirtió. Su vecino exmormón se ha metido su copa de un trago y vuelve a tener la cara teñida de un verde desvaído. Lo mira y él la mira y se sonríen con amargura. El pánico es capaz de tejer intensos lazos de apego entre las almas más irreconciliables. Se regaña a sí misma. Debería empezar a dominar esa tendencia prejuiciosa que la lleva a catalogar a la gente a primera vista de un modo, en ocasiones, erróneo. Quizá sea un tipo estupendo y divertido, y por qué no darle una oportunidad. Con la siguiente esto se va a pique, le dice. El exmormón la mira de nuevo, esta vez horrorizado, y acto seguido apar ta la vista. No ha entendido la broma. Una pena. Estaba dispuesta a recolocar el chelo para dejarle un poco más de espacio en el asiento y ahora no lo va a hacer. Así es la vida. Si no estás a la que salta, cuando menos lo esperas el tren pasa y tú te quedas en la estacada. Y que lo digas. Después de graduarse vio pasar varios trenes a los que no se subió y, de repente, como quien no quiere la cosa, en breve cumplirá treinta y siete y fíjate tú dónde anda. Y no habla de su carrera, no, habla de su vida sentimental. Ups. Siente que un nudo le empieza a

cerrar la boca del estómago y decide cortar por lo sano. Lo mejor en estos casos es subir el volumen y concentrarse en la música. Lo siento, vecino, ahí va.

Descendiendo. Se ha debido de quedar traspuesta a pesar de los muchos decibelios que emiten los auriculares. Apaga el equipo antes de que alguien tenga que ordenárselo y mira por la ventanilla con la esperanza de ver a lo lejos la puntita, al menos la puntita, de los rascacielos de Chicago. Nubes. Un tiempo de mierda. Algo sacude la cabina y el avión cae como un fardo durante cinco eternos segundos. Puede que más. Y parada en seco. Clac . Alabado sea. La mano de Dios nos ha sujetado. Gran silencio. La azafata recorre el pasillo sin parar de sonreír a diestro y siniestro, aunque es evidente que tiene el miedo metido en el cuerpo al igual que cualquier hijo de vecino. Eres una farsante. Me cago en ti. El estuche cruje y ella se acuerda del chelo. Ahí dentro y tan calladito. ¿Estará sufriendo con el vaivén? No había necesidad de llevarlo, porque solo va a estar una semana y por que lo que ahora toca con las chicas no necesita mucho estudio que digamos. Pero lo lleva. Ha pagado un dineral para que su familia la vea aterrizar con esa cruz a la espalda. Vaya tela. Eres patética y lo sabes. Sin pretenderlo, se pone a reflexionar sobre ese también espinoso asunto y llega a la conclusión de que lo peor de ser buena —pero no muy muy buena— es que la profesión se abre ante ti cuando eres joven y tú quieres buscar tu hueco e instalarte ahí de por vida porque muchos te han dicho que es eso, neni, lo que tú te mereces. Y como eres buena —pero no muy muy buena—, te paseas durante años por una especie de cuerda floja en la que mantienes el equilibrio como puedes, sabiendo que si finalmente caes del lado conveniente, todo el esfuerzo realizado cobrará sentido, pero que si lo haces del otro, ay, si lo haces del otro lloverán sobre ti un montón de frustracio nes y expectativas malogradas; algunas tuyas, pero, la mayoría, de los demás. Bien. Fin de la reflexión. Ahí queda eso. Y el caso es que ella, como una campeona, aguantó en la cuerda bastante tiempo y ni siquiera se quejaba. O no demasiado. Entre las llamadas puntuales para refuerzos en la orquesta, clases particulares a adultos estresados y niños odiosos y otro sin fin de bolos varios, hasta ahora había logrado vivir muy dignamente; aunque, dicho sea de paso, la herencia que recibió tras la muerte de su padre también ayudó. ¿Qué? ¿Algún problema?

Aproximándose. Acaban de atravesar una masa de nubes color rata y allí están, al fin, los rascacielos, el lago al fondo, el suelo urbanizado hasta más allá de la vista. Se acabaron los sustos: el avión se desliza por el aire

como un águila imperial rumbo a la ciudad de los vientos. Pensándolo bien, Karina, que es de Belgrado, vivió en Chicago antes de instalarse en Hartford, y les suele dar la brasa con lo mucho que detesta este sitio. La conocieron el famoso día que ella tiró los atriles y destrozó todo lo demás, incluido su contrato intermitente. Después del numerito, se fue con Madison a un local de música en directo, con los estuches de los chelos colgados de los hombros y bien decididas a emborracharse y olvidar. El Blue Tavern es un bareto de Hartford donde cualquier espontáneo puede ponerse a tocar lo que sea, siempre que, obviamente, el escenario esté vacío. Su intención secreta tras el desastre era seguir bebiendo hasta caer rendida, y la de Madison —apostaría el cuello—, ver si pescaba algo. El lugar lo frecuentan músicos de todo tipo y pelaje , y aquella noche epifánica, Karina andaba por allí. No la conocían de nada, pero sí recuerda que estaba sola y sentada frente a ellas, que bebía también como una cosaca y que no les quitaba el ojo de encima. Entre tanto, Madison escuchaba su retahíla de lamentos mientras le iba suministrando clínex e insistía en que se controlase un poco porque se le había corrido el maquillaje y se estaba poniendo feísima. Y sucedió el milagro. Karina sacó su instrumento del estuche y se subió al escenario: le dedico este tema a esa chica tan triste que no para de llorar. *¿Sabes? De vez en cuando creo que te gustaría escuchar algo de nosotros agradable y sencillo* , el chelo seguía a Ike Turner mientras Karina recitaba con su voz rota esa maravillosa introducción. Para cuando llegó el tema principal, *listen to the history* , Madison ya estaba también en el escenario, punteando el bajo con su chelo colocado de costado en las rodillas, como una guitarra. Todo el bar se calló porque había algo poderoso en la interpretación de Karina. Tocaba la melodía en fortísimo, con un sonido rasgado pero magnético, *proud Mary* , la letra flotaba en el aire como si alguien la estuviera cantando de verdad: *nunca perdí un minuto de sueño preocupándome por cómo las cosas podrían haber sido.* Karina le guiñó un ojo para que se uniera y allá que se fue. Siempre se le dio bien improvisar y algo de lo que allí sucedía la electrizaba. *Gran rueda, sigue girando,* vamos, Tina, vamos, joder, *rolling* , *rolling* , *on the river* . La gente se volvió loca. Madison se colocó el chelo en su sitio y empezó a producir unos bajos tan potentes que parecían golpes de pelvis. Las cerdas saltaban de los arcos y se enrollaban sobre sí mismas como lombrices vivas. El ritmo cardíaco subía, les pidieron más y más y estuvieron casi una hora encadenando temas que iban adaptando sobre la marcha. Aca baron exhaustas y felices, brindando por el encuentro. Desde

entonces, todo ha ido a mejor. Llevan los instrumentos al límite, amplifican y distorsionan el sonido si es necesario, se desmelenan dentro de sus respectivos disfraces de niñas perversas y el público las adora, a pesar de que ya no son precisamente unas niñas. La cuerda. La jodida cuerda. Volvió a encaramarse a la cuerda floja y ahora ha caído del otro lado. Un lado que no es el previsto, pero en el que todo es más divertido. Y gana el triple. Y tiene que estudiar menos de la mitad de la mitad. Entonces, ¿por qué esa pequeña mota de vergüenza que se esconde y perturba como una piedra en el zapato? Cierra los ojos y deja escapar un resoplido. Qué coño. Ni hablar de vergüenza. Ole, Ángela, ole por ti.

Aterrizando. Este es uno de esos momentos de la vida en los que una contiene la respiración y piensa en su larga ristra de pecados. Sí, algunos quedan por ahí sin expiar. Le están empezando a sudar las manos y, aunque no quería admitirlo, hace ya un largo rato que tiene la boca seca. Mierda. Una opción avispada sería volverse hacia el vecino, entablar una conversación ligera y comportarse como si nada trascendente estuviese ocurriendo alrededor. Mejor no. Mejor inhalar. Luego exhalar. Otra vez inhalar. El aire atraviesa los orificios de la nariz y solamente hay que centrarse en ese hecho ineludible. Inhala y no seas boba. Exhala. Inhala. Listo. ¿Ves? La toma de contacto con la tierra firme se ha llevado a cabo de un modo tan suave que ni se ha enterado. Poco más tarde sus compañeros de viaje se agitan, charlan animadamente, desabrochan sus cinturones con los semblantes cargados de ilusiones nuevas y, en general, todo el mundo se pone de pie. La azafata se acerca y le dice que espere a que los demás salgan. El instrumento, *you know,* ocupa demasiado espacio y además se lo pueden dañar. Dale. Como tú digas. Sé que me odias y no me importa lo más mínimo. El vecino le ha mirado las piernas al levantarse —sí, ya imaginaba que eras un obseso—, o a lo mejor es que le han llamado la atención la faldita corta y los agujeros de las medias. No se dicen ni adiós. Así es el mundo civilizado. Lo ve alejarse y la imagen le inspira un poquitín de ternura. Cuídate, gordi, y recuerda lo de la mantequilla de cacahuete. Llega su turno y sale por fin a la pasarela. El aire se cuela por las rendijas. En el mundo exterior debe de hacer un frío de mil diablos.

El Chicago O'Hare Airport es una pequeña gran ciudad bajo techo. Avenidas, callejuelas, comercios abiertos y transeúntes que se cruzan sin mirarse las caras. Nunca lo había visitado, pero ayer tuvo la precaución de meterse en la página web, buscar en la pestaña de servicios al cliente y reservar hora en una de las peluquerías. La agente le había exigido que

saliera de Hartford con su aspecto público —y se quedó tan ancha—, y ella, obediente, le había hecho caso hasta el final. Bien, se acabó la obediencia. Las tres horas de espera antes de la conexión con Madrid le servirán para teñir esas raíces, emparejar el corte y cambiar el tinte amarillo sol de mediodía por un tono un poco más natural. Llega con diez minutos de adelanto a la cita prevista. La peluquera negra que la recibe le dice que tiene que esperar un cuartito de hora todavía y ella decide aprovecharlo para cambiarse en el baño. En el de minusválidos, faltaría más. En ese baño de amplias dimensiones no suele haber colas y dispondrá de la privacidad suficiente. Cierra la puerta por dentro y se libera del chelo. En el equipaje de mano lleva todo bien dobladito y preparado. Allá va .

Empieza por la chupa y la camiseta. Se quita el sujetador negro y se planta uno que hasta tiene puntillas de encaje. Qué valor, en serio te lo digo, qué valor tienes a veces. Se desabrocha la falda por el costado y se queda en bragas. Son muy neutras y no piensa cambiárselas. Lo mismo valen para una cosa que valen para la otra, y tampoco cree que nadie se las vaya a ver. El espejo está justo enfrente y decide no mirar. Se sienta en la tapa del inodoro para quitarse las botas y resopla porque no es fácil. Jodidos cordones. Ya. Una media. La otra. Las enrolla y las tira a una papelera que encuentra al lado del retrete. Tienen más rotos de la cuenta y tampoco hay que pasarse. Esa agente que las promociona y las domina es una exagerada. En el término medio está la virtud. Hace frío, por cierto, en ese cuarto de baño. Cruza los brazos y los apoya en los muslos. Y se queda embobada un buen rato mirándose las uñas de los pies. Está ahí por mucho que quiera ignorarlo. El nudo en el estómago ha vuelto y esta vez aprieta más. Le gustaría deshacerlo y no sabe cómo. Inhalar. Exhalar. Te jodes y te calmas. Nadie te obliga a hacer esto. Inhala otra vez. Si no respiras como Dios manda, te caerás redonda. Exhala. Eso es. Contrólate un poco y sigamos. Las medias que desenrolla son de seda, finas como el cristal. Después de ponérselas saca la falda, ajustada y larga hasta media pierna. Estira la blusa blanca y luego hace lo mismo con la chaqueta, falso Chanel. Se viste. Los zapatos son de tacón ancho, atados al tobillo como los de los años cuarenta y el colmo de la elegancia. Ha pagado una barbaridad por ellos y sabe que a Mariana le van a encantar. Guarda sus prendas gamberras en el bolso de viaje mientras sigue concentrada en su respiración. Señor, aparta de mí este cáliz. Se arma de valor y se mira por fin en el espejo. Tremendo: su cabeza y su cuerpo no tienen nada que ver. Se desmaquilla con cuidado gracias a una de las toallitas húmedas que

lleva siempre a mano y después se vuelve a maquillar, esta vez con fineza. Ligera sombra en los párpados, ligera la raya del ojo y aún más ligero el carmín, ligero el rosa palo de las mejillas y ligera la madre que te parió, pedazo de impostora, ¿nunca te vas a cansar? Al ir a quitarse el piercing de la nariz, la cuestión se complica. Ni inhalar ni hostias. Dos lágrimas como dos soles ruedan mejilla abajo. Pero ella es fuerte. Siempre lo ha sido. Se las seca con la punta de la toallita y después comprueba que el rímel sigue en su sitio. *Good* . Ya sabes, neni, *rolling on the river*.

En la peluquería, la misma chica de antes le dice que lo siente, que la hora está reservada, que hay otra clienta esperando y que no sabe cuándo la podrán atender. ¿Está ciega o qué le pasa? ¿Acaso no ha visto el estuche que le cuelga detrás?

—No te confundas, querida —le advierte mientras siente el zumbido del móvil en el bolso—, las apariencias engañan. La reserva es mía y bien mía, te lo puedo asegurar. Y ahora, por lo que más quieras, ponte manos a la obra y adecéntame este pelo.

PASEO DE EDUARDO DATO (MADRID)
NOVIEMBRE DE 1977

Ángela ha apagado la luz hace un rato y se ha dormido, y yo he sacado la linterna que tengo escondida bajo el colchón y aquí estoy. No tengo sueño y además me gusta hacer esta cabañita por las noches. Engancho la sábana al cabecero de la cama, me meto debajo y levanto las rodillas para que haya hueco y es como si estuviera en otro sitio. Y en este sitio me siento mucho mejor. Hoy ha sido nuestro cumpleaños y ha habido una fiesta en casa y yo he sido mala con Tomás, aunque eso ha pasado al final del todo. Al principio mamá estaba muy enfadada porque no quería fiestas, pero papá ha traído a un montón de amigos y nos hemos acostado todos muy tarde. Por eso Ángela ya está dormida. Yo, en cambio, no tengo sueño, creo que eso ya lo he dicho. Y es que han pasado tantas cosas, que ahora no me puedo dormir. No debería contarlo, pero esta noche he visto a mamá llorando y me he quedado mirándola y me ha dado una bofetada. He entrado al cuarto donde duerme Leo porque me gusta acariciarle la piel tan suave que tiene, y mamá estaba ahí. Leo es muy chiquitito y a nosotras nos hace mucha gracia. A veces Ángela y yo lo desnudamos y le tocamos la colita hasta que se le pone dura y luego nos vamos corriendo y muertas de risa, aunque eso nadie lo tiene por qué saber. El caso es que mamá estaba sentada junto a la cama de Leo y tenía una mano puesta en su cabecita. A mí me ha extrañado, porque mamá nunca viene a nuestro cuarto a hacernos eso ni ninguna otra cosa parecida, ni a Ángela ni a mí. Claro que a lo mejor es que lo hace mientras estamos dormidas y nosotras no nos damos cuenta, no lo sé. Entonces he visto que mamá tenía un pañuelo en la otra mano y que hacía como cuando lloras y no quieres que los demás lo sepan. Yo lloro muy poco, esa es la verdad. Aunque a mí me gustaría ser como Ángela, que no llora nunca. No llora ni en el colegio ni en la clase de música ni tampoco cuando Tomás se burla de nosotras o nos coge los lápices del estuche y luego no nos los devuelve. Ángela entonces va y le saca la lengua y alguna vez ha ido detrás de él y le ha dado una patada bien fuerte. Yo no soy capaz de hacer eso. Tomás es muy grande y cuando

se enfada da miedo y si no se enfada, también. Una vez se enfadó tanto que se echó encima de Ángela y casi la ahoga. Ella le había tirado un pellizco por algo, un pellizquito de nada, y él perdió el control de esa manera que a veces lo pierde y fue a por ella y empezó a apretarle la garganta. Ángela se puso roja, pero no soltó ni una lágrima cuando Tomás se calmó y la dejó tranquila y salió de nuestro cuarto. A mamá tampoco la había visto llorar nunca. Le he preguntado que por qué lloraba, y entonces ha puesto una cara muy rara y me ha dicho que qué hacía ahí. Y después se ha levantado y me ha dado una bofetada y ha dicho mierda de niñas. Cuando se ha ido, yo también tenía ganas de llorar, pero me he aguantado y me he acercado a tocarle la colita a Leo para pensar en otra cosa. Luego he vuelto al salón a pesar de que algo me apretaba la garganta. Todavía me aprieta un poco. Allí, en el salón, los amigos de papá lo estaban pasando muy bien. Habían puesto música y hablaban muy alto y se reían. Papá me ha presentado a una señora elegantísima que estaba a su lado y a ella le ha dicho que yo era la pianista de la casa. La señora ha levantado las cejas y después ha seguido hablando con papá. Los he escuchado de lejos y me he dado cuenta de que esa señora hablaba de una manera extraña, no sé, como si fuera extranjera o algo. Yo pensaba que papá y ella me iban a decir feliz cumpleaños y no lo han hecho. Me ha parecido raro, porque se suponía que todos los que estaban allí habían venido a casa para celebrarlo, así que no he entendido muy bien a esa señora. Ni a papá tampoc o. Sus invitados no han parado de fumar y de beber, como siempre hacen. Todo estaba lleno de humo. A mí me encanta que vengan, porque la casa se anima. A mamá, en cambio, no le gusta, y como papá no había avisado ni nada, pues por eso lloraba, creo yo. Luego ha llegado Tomás y papá se lo ha presentado a todo el mundo. A Ángela, esos detalles no le importan, ella siempre se queda tan pancha, pase lo que pase. Pero a mí sí que me ha importado, porque parecía que el cumpleaños fuese de Tomás y no nuestro. La señora elegante no ha levantado ninguna ceja cuando se han saludado y hasta he oído cómo le decía que había crecido un montón desde la última vez y que era un chico muy guapo. Mamá también estaba por allí y se ha acercado a Tomás y le ha susurrado algo al oído. No estoy muy segura, aunque me puedo imaginar qué ha sido. Claro que me lo puedo imaginar. Durante el desayuno, la chica que nos cuida, y que se llama Isabel , nos ha felici tado. Mamá duerme siempre hasta tarde, así que solemos desayunar solas con ella, sin Tomás quiero decir. El colegio de Tomás está lejos y él se levanta casi de noche porque su ruta pasa temprano. Isabel es muy buena, aunque un poco tonta.

Ángela se ríe de ella a sus espaldas y, a veces, yo también lo hago. Pongo la misma voz de chifle que tiene y digo sus mismas bobadas, y Ángela se troncha porque la imito muy bien. Ángela dice que si en ese momento cerrara los ojos, no sabría si es Isabel la que habla o soy yo imitándola. A mí me da que exagera un poco, no sé. La otra chica que ayuda en casa se llama Encarnita y, cuando ha llegado, nos ha dicho feliz cumpleaños y nos ha regalado un par de muñecas muy feas que ha comprado por ahí. Le hemos dado las gracias y luego yo he tirado la mía a una papelera que hay camino de las monjas. Es que e ra feísima. Tenía un ojo a la virulé y el pelo tan duro que arañaba. Mañana le diré que la he perdido en el cole y ya está. Nuestro colegio está aquí al lado y a mí me gusta, sobre todo por la hermana Francisca y sus clases de música de los viernes. Esta tarde, cuando hemos vuelto del colegio, mamá nos ha dado sus regalos. Nos ha comprado un curso completo de inglés que se estaba vendiendo por fascículos hasta hace poco y que ahora se puede comprar todo junto. Se llama *Inglés Junior* , y está formado por un montón de archivadores que llevan dentro los fascículos con sus casetes correspondientes. Como nosotras no tenemos magnetófono, mamá nos ha regalado uno portátil porque dice que así no tendremos que pedir le a Tomás el suyo. Mamá es muy lista. También ha comprado varios casetes vacíos para que nos grabemos ahí y así vayamos practicando la pronunciación y mejorándola. Mamá habla muy bien francés y también inglés, porque los estudió en Barcelona y porque los abuelos la llevaban de pequeña a Londres y a París y a más ciudades de Europa. Hoy nos ha dicho que es muy importante aprender inglés, que es la lengua del futuro y que no entiende a esas monjas. Con las monjas solo estudiamos francés, para ellas el inglés es cosa de chicos. Mamá fue al colegio a protestar y , como no le han hecho caso, ha decidido que lo estudiemos en casa, primero con *Inglés Junior* y luego, cuando avancemos un poco, con una profesora particular que ya nos buscará. El curso parece divertido. Y, además, yo no sabía que podías grabar tu voz en un casete y luego escucharla. Me ha gustado la idea. Hemos estado toda la tarde muy entretenidas con eso y con los dibujos y las historias que salen en los fascículos. Los protagonistas se llaman Cástor y Pólux. Son dos extraterrestres que han bajado de la luna y han ido a parar al circo de Míster Barrett. En ese circo también hay un payaso, un domador y una acróbata, aunque de esos tres personajes no me sé el nombre todavía. En los casetes, todos nos hablan y luego piden que hablemos nosotras. Y, por si fuera poco, también hay canciones. La música está escrita en una de las

páginas, y como nosotras sabemos leer música, las hemos podido cantar. Bueno, a ver, que me estoy liando. A lo que iba es a que, después de hablar con mamá, Tomás se ha acercado para felicitarme y luego ha ido a buscar a Ángela, supongo que para lo mismo. Así que está claro que mamá se lo ha soplado y eso para mí no vale. Tomás me ha dicho felicidades y me ha dado un pellizco en el culo que me ha dolido muchísimo, y después se ha dado la vuelta tan tranquilo. Ángela estaba en la otra esquina del salón leyendo un cuento, y me ha mirado. Ángela y yo hablamos poco entre nosotras porque la mayoría de las veces nos basta con eso, con mirarnos. Tomás se ha ido otra vez con los mayores y a las dos nos ha dado la risa. Y es que Tomás se movía de una forma muy rara entre los invitados y hablaba de política como si él pudiese entender algo y además no llevaba el uniforme del colegio, sino que hoy se ha puesto un traje para parecer mayor. Me he ido al lado de Ángela y le he preguntado qué hacía y me ha dicho que estaba leyendo y que si es que no tenía ojos en la cara. Qué estúpida es cuando quiere. También le he preguntado que si sabía cuándo nos iba a dar papá su regalo y me ha contestado que nunca. Ángela es así de rara y suele decir esas cosas, aunque luego ha resultado que llevaba razón. Mamá ha traído a papá y a la señora esa a nuestro lado y nos ha pedido que nos pusiésemos de pie. Después le ha preguntado a papá si no tenía nada que decirnos y él no ha sabido qué contestar. Hoy cumplen once años, le ha dicho mamá a la señora, y la señora ha sonreído y papá nos ha dado dos besos y ha repetido un montón de veces que ya lo sabía y que estaba disimulando porque la sorpresa que tenía preparada iba a llegar más tarde. No ha habido ninguna sorpresa y a mí me estaba dando muchísima rabia ver a Tomás presumiendo y hablando con todos mientras que a nosotras ni nos miraban. Ángela hacía como que leía, pero yo sabía que no estaba leyendo, porque no pasaba las páginas. Y, para colmo, va papá y dice en voz muy alta que está seguro de que Tomás llegará muy lejos y muy pronto, y que brindaba por él. Mamá me ha pedido que le trajese a Tomás una coca cola y eso he hecho. Al abrir la nevera he visto las espinacas y no me lo he pensado dos veces. He pellizca do las hojas y he metido unos trocitos en el vaso. Un par de trocitos muy pequeños, tan pequeños que era imposible que nadie los viera. En casa, todos sabemos que Tomás no puede comer espinacas, pero a mí me ha importado un pito. Así que después del brindis, Tomás ha empezado a quejarse porque no respiraba bien y porque se le estaba hinchando la garganta por dentro y no sé qué más de la lengua. Luego lo han llevado al médico corriendo y

Ángela y yo nos hemos quedado en el sofá sin decir ni mu. Ella leyendo o fingiendo que leía y yo pensando en mis asuntos. Los invitados se han ido y ha aparecido Encarnita y se ha puesto a recoger el salón, a persignarse y a rezar como una loca para que a Tomás no le pasara nada. Y no le ha pasado nada. Hace un rato han vuelto y Tomás está bien. A lo mejor yo no tenía que haber hecho eso, puede ser, aunque la verdad es que no me arrepiento mucho. Un poco sí, pero no mucho. O a lo mejor es que no me arrepiento nada de nada y debería arrepentirme. No sé, y de todas formas da igual. Ángela me ha preguntado antes de dormirse si se lo pienso contar al cura cuando me confiese y le he dicho que no sabía qué tenía que contarle. Ha puesto cara de tú a mí no me engañas y luego ha apagado la luz de la mesilla de noche. Es que es una lista y una sabelotodo. A veces la quiero mucho y a veces me cae fatal. Se ha dormido enseguida y ahora a mí también me está entrando sueño. Y además madrugamos porque tenemos colegio mañana. Así que ya está.

ALICANTE
MADRUGADA DEL 26 AL 27 DE SEPTIEMBRE DE 2003

Al principio fue solo un cosquilleo; sí, eso solamente, algo agradable, desde luego, un sopor que fue bajando por la frente y llegó a los párpados y le aflojó los labios hasta obligarlos a dibujar una sonrisa. Qué tontería —piensa Leo—, ¿seguro que dibujaban una sonrisa?, ¿no sería más bien una mueca fea y bobalicona? Qué sabrá él si, hasta hace un rato, no veía ni podía pensar con claridad. Pero, qué gusto, Dios, qué sensación tan deliciosa. Ahora intenta abrir los ojos y no lo consigue. Y después deja de intentarlo porque se vuelve a sumergir en ese mar de sensaciones, un mar plácido, aterciopelado, agua sosegada que le acaricia cada víscera, cada trocito de piel. La brisa le da en la cara, el silencio se impone a su alrededor, la claridad del amanecer avanza al otro lado de sus párpados.

Cuando los abre, se ve sentado en un banco, solo, rodeado de palmeras. El suelo alistado se aleja a ambos lados dibujando ondas que parecen moverse como olas mansas. Las hay blancas y azules y granates y generan una especie de vértigo, un movimiento continuo que cambia conforme cambia la mirada. Céntrate —se dice. No estaba solo cuando empezó el sopor. Eso es. Está seguro de que quienquiera que fuese le preguntó si quería un poco y él contestó que sí sin saber ni lo que era. Intenta visualizar su cara y se da cuenta de que no va a conseguirlo. Piel morena, corpulento, rasgos duros y a la vez inocentes. Nada más. El picor en la nariz y luego el mar, ese mar, ese mar que acaricia.

—¿Hola? ¿No llevarás por ahí un cigarro?

Hay alguien frente a él. El cielo es ahora azul cobalto y la silueta se recorta justo delante. Se siente más despejado. El sol tardará poco en salir.

—Puede que me quede alguno. —La voz de ultratumba, la lengua pastosa. ¿Estará articulando bien?

—Guay, tío, muchas gracias. Y si me das fuego, hacemos la gracia completa.

—La gracia la hago yo —replica Leo. ¿Por qué diablos algunas palabras se le traban en la lengua?—. No me robes los méritos.

—Te quedan solo dos —le advierte el otro—; piénsatelo.

—Pues uno para cada uno, qué le vamos a hacer.

—¿Te importa si me siento?

—El banco no es mío.

—Oye, ¿eres un poco borde o solo me lo parece?

Leo saca el mechero del bolsillo del vaquero y le da fuego a la silueta. Al hacerlo, el resplandor ilumina esa cara como si fuera la de un santo maquinando algún milagro, incluso se parece un poco a Jesucristo: pelo ondulado hasta los hombros, barbita castaña y descuidada, ojos miel. Las cejas quizá demasiado espesas; sexis, sí, aunque un tanto alejadas del original. Lo mira atentamente mientras da la primera calada.

—¿Sabes una cosa? —le dice.

—Sí, que me parezco a Jesucristo. Aunque yo estoy más fuerte.

Se quedan callados, fumando, un filo dorado surge en la línea del horizonte.

—He visto tantos amaneceres este verano que ya ninguno me impresiona —comunica él después, cuando el sol ya ha salido.

—Eso no suena muy bien. Cada amanecer es único.

—Ah, ¿sí? No me digas. —Apaga el cigarro en la madera del banco y se queda mirando la colilla—. Yo ahora mismo daría mi brazo derecho por unas buenas gafas de sol.

—¿Has desayunado?

—Tú qué crees.

—Si quieres, te invito. Vivo muy cerca.

—¿Así que eres de los que a las primeras de cambio meten en casa a desconocidos? Te advierto que llevo un pedo de campeonato, o lo llevaba.

—Ya me he dado cuenta. Estás colocadísimo. Te vendrán bien un zumo y un café.

—Eres mi ángel.

—Soy Jesucristo, y en casa también tengo cigarros. Por cierto, me llamo Joaquín.

El chico es guapo y amable y, además, le acaba de guiñar un ojo. Qué más se puede pedir.

—Yo soy Leo y me parece bien lo del desayuno, aunque antes tendrás que decirme dónde estoy.

—Tío, ¿tan mal vas? Explanada de Alicante, ¿te suena?

Alicante, es verdad, algo de Alicante sí que le suena. Recuerda eso y que ayer, en Almería, se montó en un coche con un colega de la playa, y poco

más. La idea era llegar a Madrid y luego seguir la ruta por su cuenta hasta Nueva. El cumpleaños. Mariana. Hasta ahí lo tiene claro. En cuanto desayune y folle un poco, o al contrario, la llamará para decirle que no llegará hoy. La cuestión es saber por qué se desviaron a Alicante, y dónde está su colega, y por qué está él sentado en ese banco con un globo aerostático adosado al occipital. Ha pasado el verano en la cala de San Pedro, en pelotas todo el día y viviendo en una casa cueva por la que tuvo que pelear a brazo partido a principios de junio, cuando al tipo que la ocupaba le dio un pasmo y lo tuvieron que evacuar en helicóptero para que dejara sus huesos en algún hospital cercano. La cueva se quedó libre y fue él quien se instaló ahí a pesar de las protestas de los habituales de la cala. Él y también Edurne, una vasca de armas tomar a la que había conocido esa misma tarde.

—¿De dónde eres? —pregunta el chico. Joaquín, se llama Joaquín. Es importante recordar esos detalles—. Porque si no conoces la Explanada, de aquí no puedes ser.

—Madrid, una ciudad del centro, ¿te suena?

El chico llamado Joaquín hace una mueca y después se pone en marcha, ¿vienes o qué?, y es verdad que está fuerte: es un Jesucristo cachas y además le va a dar de desayunar. Qué suerte la suya. En situaciones difíciles, la suerte siempre ha llegado al rescate. Edurne, sin ir más lejos. Él se había atrincherado en la cueva, aunque no estaba nada claro que pudiera quedársela: había provocado una especie de revuelta y todo apuntaba a que los amotinados lo iban a poner de patitas en la calle en cuanto bajase la guardia. Y ya conocía lo que eso significaba porque el verano anterior lo pasó así, a la intemperie: la tienda de campaña instalada en uno de los bancales de la ladera, el calor insoportable en las horas centrales del día, el almuerzo compartido con cientos de moscas y la sensación de estar siempre sucio por mucho que se lavara en el manantial. Es la hostia San Pedro, a pesar de todo. Aguas cristalinas, pocas leyes, colegueo y noches intensas. Un secarral maravilloso con agua potable y fresca. Le hubiese gustado quedarse hasta mediados de octubre, pero lo del cumpleaños de su madre parecía serio. ¿Será verdad que es el último?

—Es aquí. —Joaquín se ha detenido y ahora señala el portal de un edificio horrendo, una torre setentera que se eleva con violencia hacia el firmamento y parece no tener fin.

—Precioso —dice él después de bajar el cuello y recolocar la mirada.

—Estás tú para elegir...

Lo de Edurne tampoco había sido una elección propiamente dicha. Digamos que Edurne le pidió un poco de hierba y él se la dio, y luego fumaron juntos y acabaron arreglando el mundo bajo la sombra de un eucalipto, hasta que vieron llegar el helicóptero y él pensó que estaría bien quedarse con la cueva y, bueno, que después ella lo ayudó en la dura batalla y que entre una cosa y la otra habían pasado el verano como uña y carne sin saber muy bien por qué. O sí. Edurne era una tía estupenda y, además, no le importaba que de vez en cuando él metiese en la cama a algún que otro chico. Un chico que compartían si llegaba el caso, faltaría más. Ella también hacía de las suyas con este o con aquella , y la verdad es que siempre lo acababan pasando de maravilla. Un verano inolvidable. Compartir es vivir.

—Qué ascensor tan estrecho.

—Tú sigue quejándote.

—No me quejo, al contrario: así es más fácil meterte mano.

Salen del ascensor a brazo partido y deciden dejar el desayuno para más tarde. El sol ha salido y baña el sofá al que van a parar después de los primeros forcejeos. No va a funcionar. Le apetece mucho, pero su cuerpo no responde.

—No pasa nada. —dice Joaquín. Joaquín Quitahierroalasunto, así se apellida; aunque la voz lo delata—. ¿Preparo el café o dormimos un rato?

No contesta y al abrir de nuevo los ojos se ve en un apartamento que no conoce, tumbado en un sofá de rayas naranjas y medio aplastado por el peso de un tío melenudo que no para de soltarle pequeños ronquidos muy cerca de la oreja. Aunque llamarlos ronquidos es mucho decir. Son más bien miniexplosiones de aire, o sopliditos: oclusivas bilabiales sordas, podría afirmarse; la fonología y la fonética de primero de carrera le sirven por fin de algo. El sol entra a raudales por la ventana y empieza a hacer calor. Su mente ata cabos, esta vez no es difícil ; menos mal. Rápidamente se ubica y decide que va a ser él quien prepare el desayuno. Aparta con cuidado a Joaquín —así se llamaba hace un rato—, y se dirige al cubículo abierto que sirve de cocina. Es complicado preparar un desayuno en un espacio tan pequeño y desconocido. Al tercer portazo en uno de los armarios, Joaquín se despierta, muestra lo espabilado que está a esas horas de la mañana y le dice que vuelva a su lado.

La refriega es rápida pero muy intensa; este chico promete. El zumo de después le sabe a gloria y el café bien cargado consi gue centrarlo por fin. Por poner un poco de orden, recuerda que preguntó en San Pedro si

alguien viajaba a Madrid y resultó que un amigo de Edurne salía esa misma tarde. Se pusieron de acuerdo y hacia las seis se montaron en el coche después de una buena caminata hasta Las Negras. En la carretera fumaron más de la cuenta, al pasar por Murcia se hicieron un lío con los cruces y fueron a parar a la salida de Alicante: pues ya que estamos... ¿Quién de los dos diría eso? Llegaron cuando anochecía. Empezaron a beber cerveza sentados en la carrocería del coche y hacia las doce tenían tantas ganas de juerga que se fueron a una de las discotecas del puerto deportivo. Buen rollo en general y una música que retumbaba en las venas. Acabaron comprándole un par de pastillas a un chico venezolano y la noche se volvió aún más joven, y él amaba a todo el mundo y todo el mundo lo amaba a él, y Nueva quedaba muy lejos, y al día siguiente ya vería. Hasta que alguien se acerca. Es eso lo que falla, ¿quieres un poco?, lo que provoca una muesca en el relato. Hay una voz masculina y unos rasgos que se escurren como un pez. Luego el banco y las baldosas. Y ahora esto. Fin.

—Debería ponerme en marcha —dice mientras coge su pantalón del suelo y rebusca en los bolsillos para el chequeo de rigor: las llaves, el teléfono, la cartera—. ¡ Me cago en la puta!

—¿Qué pasa? —pregunta Joaquín.

—¿Que qué pasa? —masculla Leo después de darle la vuelta a los bolsillos y lanzar una mirada furtiva hacia la cocina—: que no tengo el móvil.

—Oye, a mí no me mires así. —Los ojos de Joaquín son transparentes, del color del caramelo, límpidos como el mar—. Recuerda que te he encontrado hace un rato tirado en un banco.

—Ya, si no es eso. —Lo ha perdido o se lo han robado, qué haría y con quién antes de la aparición de Jesucristo—. Ahora mismo debería estar camino de Asturias. Había prometido que llegaría hoy.

—¿Asturias? ¿Estás de broma?

—¿Tengo pinta de estarlo?

Se viste a trompicones y toma conciencia de la situación. Bien jodida, por cierto: le separan unos mil kilómetros de Nueva y, una vez descartadas las señales de humo, no parece que ahora mismo sea posible comunicarse con su familia.

—Puedes llamar con mi teléfono si quieres —dice Joaquín, cuyo segundo apellido es Yotequieroayudar.

—¿Tú te sabes de memoria algún teléfono? Vamos, te invito a unas cañas si eres capaz de decirme el número de tres personas que conozcas.

—Me sé el de mi madre, y el de mi mejor amigo.

—Oh, me enterneces. Te falta uno de todos modos, así que las cañas las pagas tú.

—¿Sabes una cosa? —Joaquín abandona la cocina y se le acerca. Sigue en calzoncillos. Está muy bueno Joaquín—. Que en este preciso instante, yo soy la única persona que tienes en el mundo. Así que más vale que te dejes de chulerías y empieces a tratarme bien.

El pelo ondulado se le arremolina en los hombros, y de ahí para abajo la cosa mejora y luego no para de mejorar. No es el momento, claro que no, pero su cuerpo opina de otro modo. Joaquín aprovecha lo que ve mientras él se obliga a centrarse en lo práctico: la cartera sí que la tiene, con la tarjeta de crédito además del carné; las llaves siguen a salvo; y el teléfono está sin batería desde hace dos o tres semanas y protegido por una contraseña: quien se lo haya birlado o quien lo encuentre, no lo va a poder utilizar. Tampoco es tan grave, pronuncia en voz alta, y Joaquín, que está de rodillas, tarda un rato en decir algo.

—Claro que no. En cuanto termine con esto, lo solucionamos.

Es majo este chico, piensa Leo, y luego deja de pensar. Después se dan una ducha y salen en busca de las cañas. El calor aprieta. Son casi las dos. A esta hora, Mariana estará ultimando la fiesta de la tarde, Ángela aterrizando en algún sitio y Tomás preguntándose si el tarambana de su hermano pequeño llegará a tiempo o no llegará. Le gustaría añadir que su madre también está haciendo algo de provecho, pero sabe de sobra que no hace nada. Si la desdichada mujer estuviera en sus cabales, seguramente pondría a Mariana como un trapo por organizarle una fiesta a escondidas. Una fiesta sorpresa es de las peores cosas que te pueden suceder.

—¿Crees que debería denunciarlo? —pregunta a Joaquín nada más entrar en la cervecería—. Era un móvil de mierda y lo mismo en la comisaría acaban descojonándose de mí.

—¿Y por qué no vas y de paso les pides que te den uno de repuesto? Pero con batería y doscientos pavos de saldo, claro; total, ya que estás...

El camarero se acerca y les pregunta qué quieren y entonces la imagen vuelve: ¿quieres un poco?, la llave con polvo blanco en la punta, la voz autoritaria, el mar, un mar que acaricia. ¿Quién era? ¿Qué habrá pasado? ¿Cómo llegó a ese banco?

—Dos cañas, por favor.

—¿La estación está lejos? —pregunta él.

—Un pelín.

—Ayer llegué aquí con un colega —comienza a explicarle a Joaquín sin que Joaquín le haya preguntado nada de nada—, y ahora cualquiera sabe dónde anda. Estábamos bailando y luego... —Luego..., ¿luego, qué?—. Bueno, lo mejor es que me busque la vida. Saco dinero y pillo un tren. Creo que será lo más sensato.

—No va a hacer falta. —Joaquín ha cogido una aceituna del cuenco que el camarero les ha puesto delante y ahora la mordisquea. Sus ojitos caramelo sueltan chispas—. Acaba la caña, que nos vamos.

—Y adónde nos vamos, si puede saberse.

—Nos vamos a Asturias, ¿no es ahí donde necesitas llegar? Hoy ya lo veo complicado, mira la hora que es, pero te prometo que mañana te deposito donde me digas. Estoy de vacaciones y me apetece ver prados verdes y nadar en aguas congeladas. Ya haremos cuentas. Y cada uno a lo suyo, ¿eh? Tú a lo que tengas que hacer y yo de turismo. Compromisos, los mínimos.

Leo se bebe la caña de un trago y coge también una aceituna. La propuesta le viene que ni pintada, la verdad es esa. La idea de Mariana era que todos pasasen unos días juntos después de tanto tiempo sin verse, el cumpleaños no era más que la excusa necesaria para organizar una reunión familiar. Llegará tarde a la cita, pero llegará. ¿Debería pensárselo? Sí, probablemente. Como también debió pensarse lo de vivir con Edurne y no lo hizo, y todo salió bien. Nunca hay que despreciar la bondad de los desconocidos, y, además, y por si fuera poco, el abanico de opciones no es muy amplio que digamos.

—Vaya, así que es cierto lo de que ha llegado a mi vida Jesucristo.

Joaquín se le acerca quizá más de lo debido en ese sitio lleno de familias endomingadas. Le siguen brillando los ojos y ahora también los labios. Parece que va a besarlo, pero en el último momento desvía la boca hacia su oído.

—¿Jesucristo? —El susurro cosquillea—. No lo sabes tú bien.

COSTA FLEMING (MADRID)
MAYO DE 1978

No le gusta que lo llamen don Ramón y tampoco señor Salcedo, y menos en estos sitios, ¿entendido, Zamora?, aquí Ramón y ya está. Para colmo, Zamora se ha pedido un Soberano como si estuviera en algún barucho de su barrio, y hasta el barman se ha quedado mirándolo antes de ponérselo.

—A quién se le ocurre, ¿no ves que aquí se bebe whisky? Ahora solo falta que te enciendas un Ducados.

Ramón Salcedo frecuenta la Costa Fleming desde hace más de diez años y sabe como nadie que aquí se fuma Marlboro, que las rubias con pinta de americanas no son ni lo uno ni lo otro y que , en estas calles de apariencia tranquila, cualquier cosa puede suceder. Es su zona preferida de Madrid, o más bien su zona de terapia: los disgustos de Gobernación, o como llamen ahora al ministerio, y el pequeño infierno de la casa de Eduardo Dato se disuelven como terrones de azúcar en cuanto traspasa el umbral de alguno de los muchos locales —algunos muy canallas, otros no tanto— que hay entre Padre Damián y Generalísimo, entre la plaza de Castilla y el Bernabéu.

—Pues costa, lo que se dice costa, aquí mucha no hay —Zamora lo observa todo con ojos de lechuza—; pero es cierto que este sitio se parece un poco a Torremolinos.

—¿Conoces Torremolinos? La verdad es que eres una caja de sorpresas.

Ramón da una calada a su Marlboro mientras mira de reojo la pista. Hay buen ganado esta noche, desde luego que sí.

—Un viaje de trabajo, don Ramón, ya sabe... Al acabar nos llevaron de jarana y le juro por Dios que fue la primera vez que vi una bola como esa.

La bola de espejos gira sobre la pista de suelo plateado. Suena algo de Augusto Algueró y un par de chicas bailan en el centro con cierta desgana, los brazos al viento sin ritmo aparente y el cuerpo moviéndose como a espasmos. Le gusta verlas, *dababadá,* y sus blusas escotadas y sus pantalones ceñidos arriba y muy anchos por abajo lo están empezando a poner malo.

—¿Y a esas dos? ¿También viste a esas dos en Torremolinos?

Zamora se vuelve hacia la pista y sonríe. No suele sonreír y a Ramón Salcedo no le extraña: los trabajillos de la Puerta del Sol deben de provocar úlcera de estómago al más pintado. Aunque, si lo piensa bien, Zamora no tiene úlcera y nunca se ha quejado del trabajo; es más, ha criado una estupenda mala fama en los últimos años. Todavía recuerda la primera vez que lo vio, recién llegado a Madrid y con la gorra de sereno apenas estrenada. ¿Qué edad tendría? Unos veinticinco, no más. Él había perdido las llaves en alguna farra de las suyas y Zamora lo libró del bochorno de tener que ponerse a dar voces para que María Rosa le abriese, aunque sabía de sobra que María Rosa no le abriría: menuda es, menuda era. En aquellos tiempos, como en los de ahora, fueron muchas las farras y muchas las llaves perdidas, y Zamora siempre estaba allí, con su cara de piel tan curtida como la suela de una alpargata y su expresión adusta, sin preguntas y sin conversación. Le tomó afecto, afecto sincero, esa es la verdad. Incluso una vez que sí llevaba el llavero, pero María Rosa había dejado la cadena de seguridad puesta con toda la mala intención del mundo, esperó a que Zamora terminara el turno y lo llevó en busca de un chocolate con churros y de un rato de charla. Hasta que una noche de hace ahora cinco años lo encontró aún más taciturno de lo habitual y acabó preguntándole qué le pasaba, y Zamora, tan reservado normalmente, le contó: la mujer muy enferma y dos criaturas en casa, el uno muy espabilado, pero la pequeña, ay, don Ramón, la pequeña nos ha salido con defecto, y encima este trabajo se acaba, que si los fonoportas, que si los telefonillos, la vida moderna se nos echa encima y yo le juro a usted que al pueblo no quiero volver.

—Ya me gustaría a mí habérmelas encontrado por allí —contesta Zamora al rato—. Aunque gachís parecidas, en Torremolinos no faltan.

—Pues parece que estas dos te miran. —A Ramón Salcedo, a pesar del afecto o quizá por eso mismo, siempre le ha gustado burlarse un poco de Zamora—. Yo en tu lugar me acercaba; aunque ándate con cuidado, porque en estos lares todo se mezcla: lo mismo la una es puta y la otra la hija de alguna marquesa, o al contrario, quién sabe.

Podría haberlo llamado al despacho para darle la noticia, pero ha decidido hacerlo aquí. Le parece más íntimo, menos serio, y, además, lo que piensa ofrecerle a cambio es algo muy personal. Da un nuevo trago y rectifica, por qué engañarse: lo había citado a las siete en Gobernación, y si más tarde cambió de idea fue porque se había quedado sin plan y no le apetecía salir solo. Qué narices. Iba a tomar la primera con otro de tantos

procuradores en Cortes que, después de las elecciones pasadas, se han quedado sin escaño y ahora chupan tinta a base de bien en los despachos de algún ministerio o donde buenamente pillan. Él mismo es uno de esos y todavía no lo acepta. Lo de ir en las listas de Alianza Nacional 18 de julio fue uno de los más grandes errores de su vida. Con lo calentito que estaría ahora en UCD. Su colega también ha acabado en Gobernación y es tan golfo o más que él, aunque en el último momento canceló por culpa de asuntos familiares. Ay, la familia, menuda cruz. Pensar en María Rosa y los niños siempre le ha producido una especie de urticaria. Menos mal que Tomás apunta maneras. Saber que tiene al primogénito dispuesto a coger el relevo es lo único que, cuando se acuerda de ellos, lo tranquiliza. Lo que se pregunta también es si ha sido una buena idea salir de copas con un tipo que ha sido sereno y ahora es matón en la DGS. Aunque, por otro lado, qué más da. Aquí todo se mezcla, como bien le ha dicho a Zamora, y lo mismo te cruzas con un torero que con un militar maricón, con una actriz de revista o con un alto magistrado. Nadie pregunta. Nadie quiere saber nada. Aun así, ha elegido este sitio por si las moscas: es la primera vez que viene y está seguro de que aquí nadie lo va a reconocer.

—¿Es verdad que al otro lado de Generalísimo han abierto un local donde hacen estriptís?

Es tan inocente Zamora, tan formal y tan bueno, quién iba a imaginar en lo que se convertiría. O a lo mejor no es para tanto, la gente habla demasiado. Después de la llantina porque perdía el trabajo, él mismo le buscó un puesto en la Brigada Político Social, por aquello del afecto y, en cierto modo, como recompensa por tantos favores con las llaves. Qué tiempos. Bastaba un telefonazo y las puertas se abrían de par en par. Todo cambia. Todo se está yendo a pique.

—Eso me han dicho, Zamora, que hay estriptís y del bueno; pero yo todavía no he estado.

Le mira el nudo de la corbata y piensa en que viene de Sanabria y que no hay por qué pedir peras al olmo. En el servicio militar lo llamaban Zamora por eso, por lo de Sanabria, y con ese apodo se ha quedado. Cosas de la mili. Don Ramón Salcedo nunca la hizo, faltaría más; ser hijo de un camisa vieja le ha proporcionado en la vida muchísimas ventajas. Intenta recordar el verdadero apellido de Zamora y no puede, claro, cómo va a poder si ni se fijó en ese detalle cuando lo del papeleo para que entrase con calzador en el cuerpo. Es Zamora. Zamora y ya está.

—Pues o nos vamos al estriptís o yo a estas dos les digo algo, don

Ramón; siempre que a usted le parezca bien.

—A mí lo que me parece es que te ha sentado de maravilla el Soberano —... y la viudez, cabroncete, qué no daría él por perder de vista a María Rosa—. ¿Tomamos otra? Pero ahora te me pides un Johnny Walker, que en esta vida hay que saber modernizarse.

La verdad es que las de la pista están bien ricas, dos bombones con pinta de andar buscando lío. ¿Estará en lo cierto? Porque esto puede ser un puticlub o puede no serlo, las apariencias engañan y más en este barrio tan fino. Las vuelve a mirar y piensa que, si surge, por qué no. Aunque a las once ha quedado con Brenda en su apartamento del Corea y no convendría enfadarla: Brenda se enfada últimamente tanto como María Rosa recién casada; bah, son todas iguales. El Corea hace diez años, qué gran sitio, eso sí que era otra época. Ahora está más tranquilo porque los americanos de la primera hornada abandonaron el edificio y se fueron a vivir cerca de La Moraleja, aunque Brenda, siempre tan excéntrica, insistió en quedarse ahí. Y el lechuguino de su marido a sus pies: lo que tú digas, *darling,* lo que tú prefieras. Si supiera ese la cornamenta que lleva encima cada vez que empuña un timón de avión ahí en Barajas, igual espabilaba.

—Allá voy, don Ramón, ¿no ve que no dejan de mirarnos?

—Espera, que antes debemos hablar. Si te he citado esta tarde, será por algo.

Zamora se detiene en seco y se vuelve. Sus ojos son diminutos, negros y duros como los de un cuervo. Lo sabe, seguro que lo sabe.

—Me va a decir que me voy de la Brigada. Es eso, ¿verdad?

—Ah, ya veo, ya veo... —Así que le gusta el buen whisky, se lo ha bebido en dos tragos—, veo que estás al corriente, y me alegra mucho que lo entiendas. Porque lo entiendes, ¿a que sí? A la Brigada le queda un suspiro, supongo que eso también te lo han dicho. Los cambios van muy rápido y hay que cubrirse las espaldas, por lo que pueda pasar. He querido comunicártelo yo personalmente porque..., bueno, por la amistad que nos une.

—Le agradezco lo de la amistad, don Ramón, pero no sé a qué se refiere con el resto. Yo solo soy un mandado, hago lo que me dicen y ya está. Otros han hecho lo mismo y ya les han confirmado que los trasladan a otros puestos. Háble me claro, ¿por qué a mí no?

—La democracia, Zamora, la democracia. La democracia se nos ha echado encima y es mejor que tengamos la cara bien limpia para recibirla. ¿Lo entiendes ahora? La cara y las manos, Zamora, la cara y las manos.

—No, no lo entiendo.

—Pues que has sido muy bruto, joder, ¿o no lo has sido? Tan bruto que a ti no se te puede limpiar ni con lejía. —Lo de las chicas de la pista va en serio, y está clarísimo que la más rubia va a por Zamora. Madre mía, ¿qué le verá?—. La francesita, ¿la recuerdas? Todavía trae cola esa historia después de dos años.

—¿La francesita? Claro, claro que me acuerdo. Pero aquello fue un accidente, don Ramón, cómo iba a saber yo que venía preñada.

—Ay, ay, ay..., que no te enteras. Aquello fue un error además de un accidente, y si se arregló fue porque entonces todavía se podían arreglar las cosas con cierta facilidad. Pero ahora todo ha cambiado y los que habéis tenido la mano demasiado larga es mejor que desaparezcáis, al menos por un tiempo. —La cara de Zamora es un cuadro, en fin, qué puede hacer él—. El asunto se cerró a capón, como bien sabes, y ahora la familia ha vuelto a dar tanto la lata desde París que la embajada francesa nos llamó el otro día con ganas de hacer preguntas. Puede que insistan o puede que no, estamos en ello. Lo que sí tenemos claro es que no puede quedar ni rastro dentro del cuerpo. Nada, no debe quedar nada. Así que, por si acaso, borrón y cuenta nueva, Zamora, hazme caso: bo-rrón-y-cuen-ta-nue-va.

—Tengo dos hijos y estoy solo, don Ramón, y la pequeña es una carga de por vida; hasta a veces pienso que sería mejor que... —Los ojos le brillan, demasiado quizá—. ¿Me puede explicar usted cómo les voy a dar de comer?

—Está todo pensado, confía en mí; no te preocupes tú por la comida. —¿Se va a echar a llorar? No será capaz. Aquí no, Zamora, aquí no—. Y ahora tranquilízate y déjame que atienda a esta señorita tan simpática.

No es la rubia quien se acerca, sino la más morenita.

—Os vemos muy aburridos, ¿no os apetece bailar?

Ramón Salcedo se anima y arrastra a Zamora a la pista. Las chicas están dislocadas y les preguntan si no conocen a los Bee Gees. Ni idea, a don Ramón le gustan otras músicas. Zamora se ha venido abajo y dice que vuelve a la barra, pero la rubia se le enrosca como una serpiente y el otro no tiene más remedio que ceder.

—Que no se diga —Ramón se ha acercado a Zamora y ahora le habla al oído—, hoy tienes que dejar el listón de Sanabria bien alto. Estas dos buscan faena, así que yo invito, vamos a celebrar que de aquí a nada cambias de trabajo.

Bailan un tema más y Ramón propone ir a uno de los reservados del

fondo, allí estarán más tranquilos. Se sientan en un sofá circular tapizado en capitoné color mostaza y, bajo el globo de luz tenue que ilumina la mesa, vuelan las horas, los whiskys, los muchos Campari con soda que piden las chicas, las melodías de la San Basilio, Tom Jones, Ritmo Pilé.

—Estas están piripis —dice Ramón cuando las chicas se retiran para ir al baño. Son casi las diez y media y él se acaba de acordar de Brenda—. Yo creo que es el momento de marcharnos.

Zamora también se ha achispado más de la cuenta y no quiere irse. Hasta se diría que ya no le preocupa todo ese feo asunto del trabajo. Alcohol y chicas, no hay mejor combinación para olvidar los sinsabores de la vida. La rubia ha vuelto a la pista, pero de la morena no hay señales.

—Mi amiga está fatal —escuchan entre burbujas de sonido psicodélico —. La he dejado sentada ahí adentro y no creo que salga hasta mañana, así que yo me voy con vosotros. Tengo un apartamento precioso justo aquí al lado y seguro que me queda alguna botella. —La lengua se le traba, es la hostia—. Llamo a una vecina que está hoy sola y montamos una fiestecita en un pispás. ¿Qué os parece, ricuras?

La rubia coge a Zamora del brazo y lo conduce a la salida, los dos van dando tumbos. Las pesadas cortinas de la entrada plantean ya el primer problema: la chica tropieza y se agarra a la tela, uno de los anillos de los que cuelga se rompe y más de media cortina se cae. Los tres salen corriendo, partidos de la risa, Brenda va a tener que esperar.

—Y ahora llevadme al 44 de Doctor Fleming —dice la chica en cuanto doblan la primera esquina—, los apartamentos más modernos que jamás ha conocido Madrid.

Y tan modernos, quién no está al corriente en la ciudad. Ramón ha acabado allí más de una noche y conoce de sobra esas viviendas llenas de comodidades y ese edificio, a medio camino entre el apartamento y el hotel, donde más de uno y más de dos tienen instalada a la querida. Si la memoria no le falla, recuerda que hay una piscina con bar en la azotea, y botones, y servicio de restaurante a domicilio, y hasta una chimenea en cada casa. Qué derroche. Está claro que la rubia tendrá por ahí algún paganini estupendo, porque si no, la cuenta no cuadra.

Recorren Juan Hurtado de Mendoza y, por un instante , Ramón se queda atrás para observar a la extraña pareja, que va poco menos que midiendo la acera. La rubia le saca una cabeza a Zamora, y Zamora, tan achaparrado y a su vez tan ancho y fuerte como un torete, la sujeta por la cintura con tal maestría que se diría que no ha hecho otra cosa en su

miserable vida. Él debería irse, pero la curiosidad le puede: se ha hablado de una vecina y a él le gustan mucho las vecinas, sobre todo las que viven en edificios como en el que están a punto de entrar.

—Menos mal que no está el portero —dice la rubia—. Es un cotilla. Y la tiene tomada con nosotras.

El portal, forrado en madera oscura y piedra vista, es más bien el vestíbulo de un hotel que la entrada de una casa decente. Zamora se ha quedado mirando el estanque del fondo con cara de cómo es posible, un estanque, con sus peces de colores y su rocalla y su vegetación tropical. Hay sillones tapizados en torno a mesas y aparadores estilo Mambo, murales al óleo y una biblioteca repleta de tomos sueltos de enciclopedias que, seguramente, nadie lee. Parece el salón comunal, un lujo compartido, el salón que en los pisos de arriba falta. Porque los apartamentos son muy coquetos, pero también muy pequeños, perfectos para su función.

Entonces sucede. Ramón se ha acercado al ascensor y le ha preguntado a la rubia que en qué piso vive su vecina, estaría bueno que, con la borrachera, se le olvidase llamarla: de eso nada, chatina, Ramón Salcedo no piensa dejar pasar la oportunidad así como así. Pero la rubia da vueltas por el portal como si siguiera bajo la bola de espejos, tarareando el Bandolero de Juan Carlos Calderón y completamente a lo suyo. Zamora la persigue con la intención de abrazarla. Qué gracioso se pone Zamora cuando se emborracha, nunca lo había visto así. Y, de repente, un traspié y la rubia se cae. Un ruido sordo inunda el vestíbulo y el tarareo enmudece. Está tumbada boca arriba, con la cabeza en el filo de la chimenea y los ojos abiertos. Una chimenea en un portal, qué absurdo, qué absurdo es todo esto.

—Pero estáis locos o qué os pasa —pregunta Ramón.

Zamora se ha acercado a la chimenea y mira a la rubia, y después lo mira a él mientras dice que no con la cabeza.

—No me jodas, Zamora.

Los pensamientos se le disparan a una velocidad de vértigo. Su despacho en el ministerio, su anhelada vuelta a la política, la pesada de María Rosa y tantas explicaciones que dar. Será fácil convencer a Brenda para que le cubra las espaldas: él llegó al edificio Corea a las diez y ya está, y a Zamora lo manda bien lejos, tal y como tenía previsto, y aquí no ha pasado nada. La morena que dejaron en el baño puede que recuerde algo, aunque seguramente no lo hará, porque acabó como una cuba y porque estas huyen como de la peste de cualquier complicación. Estas chicas,

pobres chicas, un accidente lo tiene cualquiera y a saber en qué condiciones volvió la rubia a casa. La mala fama del edificio hará el resto. Bendita Costa Fleming, ni un alma en las calles y todo un mundo en los bares.

—Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos? —Zamora lo mira espantado, se le ha pasado la borrachera en dos segundos—. No podemos dejarla así.

—Podemos dejarla así porque ni tú ni yo hemos estado aquí esta noche, ¿entendido? Después de dos whiskys y dos bailes, cada cual se fue a su casa y se acabó la fiesta. Así que andando y rapidito, no vaya a ser que aparezca el portero.

—Pero...

Un gemido, sí, ha sido un gemido. La rubia ha ladeado la cabeza. Hay un charco de sangre detrás.

—Se mueve, don Ramón, ¿lo ve? Le repito que no podemos dejarla así, y menos ahora.

—Y yo te repito que nos vamos. Esto es un lío, ¿no te das cuenta de que, si me quedo, me meto en un grandísimo lío?

—Váyase usted, que yo me encargo de todo. No se preocupe, de verdad, que yo..., que yo me encargo.

Ramón Salcedo no lo piensa dos veces. Se acerca a Zamora, le aprieta ligeramente el hombro y con eso se lo dice todo. Qué buen tipo Zamora, y qué poco tiene que perder. Trasladarlo a donde tiene pensado no es lo que se merece, pero llevará una vida sana y podrá alimentar a sus dos críos. Antes de abrir el portal se vuelve y lo ve allí, junto a la chimenea, hablándole con dulzura a la chica.

—Te debo otra, Zamora. No creas que lo olvidaré.

YO TAMBIÉN ESTABA ALLÍ

NUEVA DE LLANES
26 DE SEPTIEMBRE DE 2003

Al fin una cara amiga, piensa Tomás justo antes de levantarse y dirigirse a Roberto suponiendo, solamente suponiendo, que recibirá de él un abrazo. Tomás lleva casi toda la tarde sentado en el filo de la alberca, respondiendo preguntas y escribiendo en el teclado de su BlackBerry, organizando, intentando gestionar la situación de la manera más discreta y eficaz posible. Aunque lo de la discreción, debe asumirlo, va a ser más difícil de lo que en un principio pensaba.

—Lo siento mucho —le dice Roberto con un hilo de voz.

Mientras, efectivamente, se abrazan, Tomás ve la bolsa de piel que le cuelga a Roberto del hombro y no puede evitar una ligera suspicacia: ¿en calidad de qué habrá venido su amigo?

—Gracias. —Tomás frunce los labios, hace un gesto con las manos y señala el despliegue de vehículos y a las muchas personas que deambulan alrededor—. Es tremendo. Todavía no me lo creo.

—Me ha llamado mi padre hace un rato y..., bueno, no hace falta que te lo diga, pero si necesitas cualquier cosa, ya sabes que aquí estoy.

Roberto ha engordado un poco, pero no le sienta mal del todo; los tipos corpulentos siempre pueden permitirse unos kilos de más. Si se parece algo a Bernabé es en eso precisamente, en la corpulencia y quizá en el color pétreo de los ojos; aunque Bernabé es bastante más bajito que su hijo, y mucho menos simpático.

—Lo que necesito es que esto pase cuanto antes y a ser posible sin ruido, no sé si me explico. Lo digo más que nada por lo que llevas colgando ahí detrás.

La bolsa de la cámara oscila en el aire antes de que Roberto la deposite en el suelo. Es la misma de siempre, la misma bolsa color marrón que le regaló Bernabé hace veinte años. Roberto la conserva y, además, como nueva, parece mentira. Aunque la cámara probablemente sea otra, porque él siempre quería la siguiente, la mejor. Tomás todavía puede ver su cara iluminada mientras le enseñaba los filtros, el dispositivo del flash, los

objetivos de diferentes tamaños y el trípode plegable que se escondía en el fondo. Era el premio por sus excelentes notas en selectividad y el preámbulo a sus inminentes estudios de periodismo. Tantos recuerdos de aquellas noches juntos en el Madrid de los ochenta. Tomás en el CEU cursando Derecho y rodeado de niños bien, y Roberto en ese edificio con pinta de búnker que es la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense. Qué tiempos.

—Te explicas perfectamente —responde Roberto con la voz más en su sitio—, por eso la he traído. Aquí pasan muy pocas cosas y esto va a dar que hablar, lo quieras o no lo quieras. En la redacción enviarán a alguien en cuanto se enteren y lo mejor, me parece a mí, es que sea yo quien lo cubra. ¿No lo crees tú también? Soy como de la casa y...

—... y vas a ser delicado.

Un par de sombras se cuelan en la conversación. Situaciones y palabras que en su momento los distanciaron y que, con el tiempo, tanto Roberto como él mismo decidieron olvidar. Un pacto tácito. Son buenos amigos.

—Eso ni lo dudes. —La mirada de Roberto es franca, siempre lo ha sido.

—¿Tomás Salcedo? —Hay una chica frente a ellos. Es morena y grandota, de rasgos exagerados y expresión forzadamente cordial. Andará por los treinta, más o menos—. Soy Dolores Miranda, la juez de instrucción. Lamento mucho lo ocurrido. He venido...; en fin, ya sabe...

—¿Una juez? —Tomás reacciona sin control alguno—. ¿Es que estamos chiflados? Perdone que se lo diga, pero su presencia me parece un disparate. Esto no ha sido más que un accidente; un terrible accidente, pero nada más.

—Entiendo cómo se siente. —A la juez no se le ha movido ni una pestaña—. Aunque debo decirle que no es a usted a quien corresponde calificar los hechos, ni tampoco decidir lo que es un disparate y lo que no.

Así que ya tenemos aquí a doña Incordio —se dice Tomás—, el eslabón que faltaba tras el desfile de la P olicía local y la Guardia Civil, el conductor de la grúa y su palmaria inoperancia, la médica medio bizca con la que ha hablado hace un rato y la bolsa marrón de Roberto. El jardín de la casona parece el patio de un manicomio. Basta mirar la cinta amarilla que rodea el sauce. ¡Una cinta amarilla! Y para colmo esas luces que no paran de girar y nadie apaga. ¿Hace falta exagerar tanto?

—Estaré por aquí —dice Roberto mientras se aleja discretamente y lo deja a él solo ante el peligro, solo frente a la juez.

—Si le parece, señor Salcedo, me gustaría hacerle algunas preguntas;

mera rutina.

Es atractiva. Mayor para su gusto, pero atractiva. Nariz rotunda y ojos de cuidadito conmigo, y esa boca tan grande debe de dar mucho juego.

—Se lo he contado todo a esos dos chicos. —Y Tomás señala a los agentes que hay apoyados en uno de los coches—. Llegaron hace más de tres horas y ahí siguen, ya ve, con la misma cara de aburridos. Por cierto, ¿les podría pedir que quitaran de una maldita vez esas luces? Entre los unos y los otros estamos dando un espectáculo.

—No se preocupe, de momento no tenemos público. Que yo sepa, nos separan unos tres kilómetros de Nueva.

—Pues más a mi favor —argumenta Tomás—. Dígales que se vayan porque esto no les compete: estamos fuera del núcleo urbano. Han estado discutiendo hace un rato con los de la Guardia Civil precisamente por eso. Todos se querían ir.

—Le gusta dar órdenes, por lo que veo.

—Me gusta el orden, que es algo bien distinto.

—Vaya, ¿así que es usted ordenado? —La juez lo mira a los ojos y pone cara de chica lista—. Me pregunto en ese caso cómo una persona de su perfil aparca en la cima de una cuesta, una cuesta tan pronunciada como la que tenemos ahí enfrente, y luego abandona el coche sin asegurarse antes de que el vehículo no se moverá. Lo normal en esos casos es ejecutar dos acciones: marcha atrás y freno de mano. Y usted ha olvidado las dos, según parece.

—¿Me está preguntando algo concreto o estamos ya en pleno juicio? Tenga cuidado, señorita...

—Miranda. En cuanto a lo de señorita...; francamente, yo en su lugar me lo ahorraría.

—Ah, sí, Dolores Miranda. Tiene usted nombre de actriz. Lo que le decía es que tenga cuidado porque algo sé de leyes. Si me lo permite, está usted opinando de lo que no debe, sacando conclusiones precipitadas y quizá yendo un poquitín rápido de más.

Dolores Miranda alza las cejas y sonríe ligeramente, con la cabeza hace un movimiento de traducción difícil y después da un par de pasos hacia un lado.

—Ha sido un placer, y aprovecho para reiterarle mis más sinceras condolencias. Hablaremos en un par de días, cuando esté menos alterado. Hoy me apañaré con el atestado que han redac tado los compañeros; los chicos, como usted los llama. La Policía Judicial está ya por aquí, y ellos

también le harán algunas preguntas. Procure ser amable, tampoco cuesta tanto, ¿no cree? —Sin dejar de mirarlo, Dolores se aleja un poco, pero al instante se arrepiente y se vuelve a acercar—. Ah, y una última cosa: supongo que ya le han dicho que hay dos autopsias de por medio y que debemos esperar los resultados antes de continuar procediendo.

—¿Procediendo? ¿Se refiere a poder enterrar a mi madre y a mi hermana en la intimidad de la familia? Sí, gracias, ya me lo ha dicho la doctora.

La voz se le ha roto un poco sin que él lo pretendiera. Es la ira, por supuesto, pero seguro que queda bien. Se miran unos segundos y, después, Dolores Miranda levanta la mano y la posa en su hombro, lo aprieta ligeramente y sonríe con suavidad.

—Estoy segura de que todo se aclarará enseguida. —Su tono también es suave—. Pero las circunstancias son extrañas y no nos queda más remedio que seguir el protocolo.

—Yo las llamaría lamentables coincidencias, aunque eso no depende de mí.

—En efecto, tal y como le he dicho hace un momento, de usted no depende cómo las califiquemos. Y ahora, senador, voy a cumplir con mi trabajo.

Tomás se tensa de inmediato, no lo puede evitar. De modo que la juez ha venido con los deberes hechos. Menudo fastidio. Era de esperar que su escaño saliera a la luz, aunque quizá no tan rápido. Su carrera política ha sufrido tantos vaivenes en los últimos años que todavía le parece un milagro haber acabado ahí, en el Senado, y es muy consciente de lo muchísimo que se juega con todo esto. Durante la tarde ha tenido tiempo de hablar con su abogado, consultar en su flamante BlackBerry varias páginas de legislación y reflexionar sobre la estrategia que hay que seguir. Lo suyo es un clásico ejemplo de homicidio por imprudencia y se expone tanto al pago de una multa y poco más, como a penas realmente severas. Aunque podría haber sido peor, se repite con la intención de tranquilizarse, muchísimo peor en realidad.

—Un día sin sonreír es un día perdido.

—¿Cómo? —Roberto acaba de volver a su lado y ambos se miran con estupor.

—Chaplin. No sé, perdona, la frase me ha venido al ver cómo sonreías.

—Estaba pensando en la juez —improvisa Tomás. No, no era precisamente en ella en quien pensaba—. ¿Cómo la ves? ¿No te parece que

está bien buena?

—Genio y figura, Tomás. Eres incorregible.

—Herencia de mi padre, no creas que es cosa mía: la vida son dos días y además tiende a empeorar; así que es mejor aprovechar lo que venga, sea lo que sea.

Roberto se sienta a su lado, enciende un cigarro y le ofrece otro a él. Los dos se quedan callados, no hay mucho que añadir a un comentario como ese. Tomás piensa en su padre y en lo que se dirían el uno al otro en este momento. Siempre fue su guía, su mentor, don Ramón Salcedo sabía cómo se hacían las cosas y las hacía cayera quien cayera. Han pasado diez años desde que falleció y Tomás todavía se despierta algunas no ches angustiado, pensando que se ha vuelto a equivocar en algo o que, de nuevo, no ha estado a la altura de lo que de él se esperaba. ¿Lo ha estado hoy? Fue su padre quien le pasó la antorcha de la política, quien le aconsejó a la hora de elegir estudios y amistades, quien le hizo olvidar las ideas y los princi pios supuestamente inamovibles que él mismo le había inculcado porque era esa la única forma de sacarle partido a los nuevos tiempos. Parece que lo esté oyendo todavía, la voz como de barítono y esa manía suya de repetir dos veces las frases que consideraba importantes: caiga quien caiga, Tomás, caiga quien caiga.

—Lo que te voy a preguntar es absurdo, pero no puedo evitarlo. —Roberto ha terminado de fumar y ahora apaga la colilla en la piedra que bordea la alberca—: ¿Cómo estás?

Tomás da una calada, mira la hierba, piensa.

—¿Me lo pregunta el amigo o el periodista?

—No seas ridículo.

—Soy precavido, que no es lo mismo.

—Vale. Olvídalo.

Se vuelven a quedar callados y Tomás aprovecha para filtrar y organizar a su gusto todo lo que va a decir:

—¿Y tú qué crees, Roberto? Mi madre se ha suicidado según todos los indicios, y no solo no se lo recrimino, sino que, en cierto modo, me alegro: era una mujer llena de vida y últimamente esa vida se había convertido en una verdadera mierda. Me la imagino dándose cuenta de lo que había quedado de ella durante los minutos de lucidez que tenía de vez en cuando y me echo a temblar. Anoche, o esta misma mañana, debió de tener uno y decidió que hasta aquí. Con dos cojones. Lo sorprendente es que no lo hiciera antes. Y lo de Mariana me sobrepasa. Estaba ahí tan tranquila y, en

cuestión de minutos, esta gente se la llevará bajo una manta de aluminio. Y la res ponsabilidad es solo mía, mía y de nadie más. Me he puesto un poco chulito con la juez, aunque la verdad es que la entiendo: lo que ha pasado es rarísimo.

—Es raro, sí. Y ya te he dicho antes que dará que hablar. La academia, los alumnos... Mariana es muy conocida en Nueva. Ha hecho una gran labor desde que abrió la escuela y por aquí la quieren mucho. Y luego, claro..., tu cargo tampoco va a pasar desapercibido, las cosas como son.

Tomás se vuelve y mira a Roberto con recelo; no lo puede evitar.

—¿Has hecho tus fotos? —Y señala la bolsa de la cámara—. Te he visto sacarla mientras hablaba con la juez.

—Alguna que otra, y haz el favor de dejar de mirarme así. Tengo una panorámica de la casa desde la cima y otra de las luces junto al árbol, poco más. Te aseguro que nada escabroso.

—Está bien, no te preocupes. Tienes razón cuando dices que es mejor si lo cubres tú.

Llevan tiempo sin verse, pero la sensación es muy familiar. Hay algo muy cómodo en la compañía de Roberto, una mezcla de confianza y cotidianidad que a Tomás le resulta especialmente agradable. Han tenido sus más y sus menos, por supuesto que sí; aunque, hoy, todo parece olvidado. Roberto vivió durante los cinco años de la carrera con ellos, en la casa de Eduardo Dato, porque su padre lo acordó así con Bernabé. La habitación del servicio estaba libre, y allí se instaló Roberto. Fue una buena época. Estudiaban y asistían a sus respectivas clases durante la semana, y los sábados los dedicaban a disfrutar de Madrid. Alternaban las noches en Tartufo con otras en los bajos de Aurrerá sin complejo alguno, del pub más pijo de la época a esos dos patios de suelo pegajoso que había en Argüelles, dos laberintos repletos de antros oscuros donde corrían los minis de cerveza y la música rock, los chupitos flambeados, las chicas de la ciudad universitaria con ganas también de divertirse.

—Vuelves a sonreír —dice Roberto.

—Ya, pienso en tonterías. No sé por qué, pero me he puesto a recordar nuestros años de estudiantes. Qué bien lo pasábamos, ¿verdad?

—Hubo de todo. —Y se miran a los ojos—. ¿No crees?

A Tomás le cuesta sostener esa mirada y enseguida la aparta. Al fondo, bajo el sauce, el espacio ha quedado por fin despejado. Su BMW está convenientemente instalado en la grúa y el personal sanitario realiza sus labores con aparente solvencia. De la casona surge una camilla cubierta y

hay otra preparada junto al banco, aunque esta última, de momento, sigue vacía. Los dos nuevos agentes que han aparecido de la nada rastrean el suelo como hurones y no paran de hacer fotografías: la colina, el banco, las huellas que han dejado los neumáticos y un poco todo en general. Acaban de hablar con Bernabé y ahora se dirigen a la casa. Después llegará su turno. Otra vez tendrá que repetir la misma historia. La BlackBerry le vibra en el bolsillo y Tomás piensa en sus hermanos. A Ángela le ha dejado un mensaje y a Leo exactamente lo mismo. Ninguno de los dos ha contestado. Echa un vistazo a la pantalla y después resopla con fastidio.

—¿No lo coges? —pregunta Roberto.

—Es mi mujer, está pesadísima. Quiere venir a toda costa y yo le he dicho que ni se le ocurra. No quiero que mis hijas vean esto, y tampoco que las deje solas en Madrid.

—Sí, claro. ¿Qué tal van?

—¿Las niñas? Bien, no puedo quejarme. Y de Laura tampoco; todavía no me explico por qué me aguanta. —Alza las cejas y su amigo lo mira con una media sonrisa dibujada en la cara para decirle que sí, que ya imagina, que menudo está hecho—. ¿Y tú? ¿Sigues solo?

Roberto asiente, no parece que quiera dar muchas explicaciones.

—Oye, una cosa —interrumpe Tomás—, menos mal que me acabo de dar cuenta. En mi mensaje le decía a Ángela que la recogería en el aeropuerto mañana a medio día, pero no sé qué planes tendrán estos conmigo. —Y señala a los dos agentes de chaleco negro que están entrando en la casona—. En caso de que se pongan pesados, ¿me harías el favor de ir tú?

—¿ Cómo? —La expresión de Roberto ha cambiado—. Tomás, eso es mucho más que un favor.

Tomás recapacita, se da cuenta de la metedura de pata y rectifica:

—O se lo diré a tu padre y ya está. Sí, será lo mejor. A Ángela le vendrá bien una cara conocida cuando aterrice.

—Mi padre no está para conducir, y menos ahora. Iré yo, no te preocupes.

—Tu padre se conserva hecho un jabato. Míralo, tiene un aspecto envidiable.

Bernabé se ha instalado junto a la ambulancia a la que van a parar las dos camillas. Quizá él también debería acercarse, aunque prefiere no hacerlo. Sabe de sobra lo que se va a encontrar y la cercanía de Bernabé —no puede evitarlo— lo pone un poco nervioso.

—No creas —dice Roberto una vez que el camillero ha cerrado de un golpe las puertas de atrás—. Tiene la tensión por las nubes y no duerme bien. Está muy alterado últimamente. Y ahora esto...

—¿Alterado?

—Han soltado a Emilio.

Un súbito sudor frío empapa las manos de Tomás.

—¿Cómo? No puede ser. ¿Tanto tiempo ha pasado?

—Ha pasado mucho tiempo, sí, aunque no todo el que debería. Le han acortado la pena por buena conducta y mierdas de esas. Era de esperar, pero nos ha pillado por sorpresa. Mi padre quería que se pudriese en la cárcel, o, en caso contrario, morirse él antes de que ese malnacido saliera. No ha pasado ni lo uno ni lo otro , y la rabia lo está carcomiendo. Aunque la verdad es que lleva carcomido veintidós años.

—¿Lo habéis visto? ¿No me digas que se ha atrevido a venir por aquí?

—No, estaría bueno. Lo hemos sabido por Mariana. Al parecer fue a verla a la academia.

La ambulancia se aleja y se lleva sus luces amarillas. Su hermana y su madre todavía no descansan en paz. Lo harán en bre ve. Antes de que acabe la semana le ha prometido la forense. Y Emilio Sariego está en la calle. Ahora empieza a entender. La tarde casi ha caído y la humedad del mar se hace mucho más presente. Un pájaro solitario deambula frente a ellos dando saltitos cortos. Es muy negro y muy feo y tiene el pico color naranja. Qué buscará. Roberto ha encendido otro cigarrillo mientras observa la estela de resplandor intermitente que la ambulancia va dejando a su paso. Y los dos se quedan así, haciéndose compañía mientras piensan en sus cosas, como en los viejos tiempos, juntos, en silencio, fumando sin decir nada.

PROVINCIA DE BURGOS
JUNIO DE 1979

Su Leica de segunda mano empieza a pedir a gritos que la jubilen. Es un modelo del 64, una M2 telemétrica de 35 milímetros que su padre compró en el Rastro por mucho menos de lo que realmente cuesta. Se la regaló cuando cambió de trabajo, hace ahora unos seis años; aunque, obviamente, la Leica tiene muchos más. Su madre acababa de morir y ese regalo fue la única alegría que Roberto tuvo en aquel larguísimo invierno que parecía no acabar nunca. El dinero entraba en casa de otro modo y daba para algunos caprichos, pero la tristeza era más grande que cualquier otra cosa. Ni siquiera Flor reaccionaba cuando él hacía payasadas o ponía voces de lobo feroz, o le pedía que mirase a la cámara porque estaba haciendo un reportaje para una revista y necesitaba fotos de chicas bonitas para la portada. Flor delante de la cámara con la mirada aún más ausente que de costumbre, con los brazos lacios cayendo a los lados del cuerpo como los de una marioneta sin amo y preguntando sin palabras dónde estaba mamá. Su Leica fue un buen refugio en aquel tiempo. Los días que llevaba el carrete a la tienda de revelado amanecían con otro tipo de luz ; una luz que se expandía en el momento de ver por fin los resultados: «Atardecer en el Retiro», «Primeros planos de mi hermana Flor», «Papá con su nuevo uniforme nos invita a un chocolate». Roberto acaricia el revestimiento de piel rugosa que recubre la parte frontal y se siente un traidor por querer cambiarla. Sí, fue un refugio y lo sigue siendo. Pero es que a veces se atasca, y desde hace un año no consigue que la lente esté limpia del todo y las fotografías tienen menor calidad. Aunque será mejor que no lo mencione, porque su padre no está para más gastos. Ha pasado todo el invierno maldiciendo su suerte, yendo y viniendo de Asturias y dejándolos a ellos solos durante semanas enteras, y, ahora que ha llegado la hora de la mudanza definitiva, no parece de muy buen humor. Tampoco Roberto está seguro de querer irse a vivir fuera de Madrid, aunque eso poco importa porque ya está todo organizado y la vuelta atrás es inviable. Se agacha y encuadra el perfil de Flor, el sol reverbera en su pelo dorado, un macizo de

lavanda la enmarca.

—Haz el favor de dejarte de fotos y ven a echarme una mano.

Acaban de terminar de comer y ahora su padre recoge los restos y los guarda en fiambreras metálicas. Las fiambreras se cierran con tres pestañas que hacen clic cuando su padre las aprieta, y con cada clic Flor suelta una risita. Flor es así. Vive en un mundo que nadie conoce, pero cuando conecta con algo, sus sentidos se disparan de un modo sorprendente. Al igual que esos clics, el olor de las napolitanas que venden en La Mallorquina siempre la pone contenta; lo mismo que el sabor de las uvas en verano o, desde hace unos meses, la música de Mozart. Esa música ha sido mano de santo mientras él ha estado preparando los exámenes. Y todo gracias a la vecina. Habría sido imposible aca bar el curso sin su ayuda. Cada tarde desde el pasado mes de septiembre, Roberto volvía del instituto, tocaba el timbre del bajo interior izquierda y allí encontraba a Flor, con las migas de una magdalena recién comida desperdigadas en la manta que le cubría el regazo y ese gesto tan suyo de me da igual quien seas, yo no os necesito. Fue allí donde descubrieron el efecto extraordinario de esa música. La vecina tenía puesta la radio y en el altavoz sonó una melodía tristísima y casi desnuda cantada por un piano. Flor miró la radio y algo en sus ojos se iluminó con tanta claridad que Roberto pudo verla tal cual era, porque sus miradas se buscaron y Flor estaba allí y era real, y de un modo extraño, pero incuestionable, él supo que su hermana había abierto por un instante una ventana, y que desde algún lejano lugar lo reconocía y le decía algo. Para cuando apareció la orquesta que acompañaba al pianista, el hilo de conexión se había disuelto, pero Flor se quedó quieta y feliz hasta que todo acabó y , desde entonces, Roberto le pone el mismo concierto cada vez que necesita tranquilidad en la casa. Es una muñeca, Flor es una muñeca preciosa que a simple vista parece una niña normal, porque anda y se mueve igual que cualquiera y solo come lo que le gusta y observa todo con aparente atención, pero siempre sin pedir ni opinar, sin quejarse, sin permitir que nadie se asome y descubra lo que esconde al otro lado de esa ventana.

Su padre lo mira con mala cara y Roberto guarda al fin la cámara en su estuche y empieza también a recoger. Han parado en medio del campo, porque el 1430 va repleto de equipaje y su padre teme que en los bares de carretera alguien lo vea y les quiera robar. Llevan la casa a cuestas como quien dice. El bajo interior derecha de la calle Colegiata va repartido al completo entre el maletero, el espacio que deja Flor en los asientos de atrás

y la baca que su padre instaló la semana pasada en el techo. A Roberto le gustaría haber tenido tiempo para hacer un reportaje en ese lugar tan bonito donde han parado. Parece el paisaje de una postal, con sus abedules junto a un arroyo y la ermita románica al fondo, en el otro lado de la carretera. Ha sido la vecina quien les ha preparado el almuerzo. Tortilla de patatas y empanadillas de atún, y también una bolsa con media docena de las magdalenas caseras que a Flor tanto le gustan. Roberto la mira de reojo mientras come, y piensa en lo que la quiere y en la lata que da. Porque Flor no enreda ni grita ni reclama atención, pero su silencio y su mirada inescrutable hacen a veces más ruido que veinte niños jugando en un patio. Flor cumplió once años la semana pasada y es como el hada buena de un cuento, con su largo pelo rubio y sus ojos castaños y esa piel casi traslúcida. Él se ocupa de ella todo lo que puede, porque su padre ha estado viajando mucho y porque además le gusta hacerlo. Más de una vez les han dicho que no parecen hermanos y es verdad que no lo parecen. Él es moreno y muy ancho y un poco bruto, mientras que Flor recuerda a Campanilla, la amiga de Peter Pan. La vecina se ha echado a llorar cuando los ha despedido, aunque a Flor no le ha importado lo más mínimo. Se ha montado en el coche y se ha puesto a tamborilear con los dedos, como hace siempre que algo la impacienta. Su padre le ha dado las gracias a la vecina y le ha pagado el último mes. Porque la vecina es muy buena, pero no ha estado cuidando a Flor un día tras otro solo para que él no perdiera clases en el instituto. Un gasto menos, dijo su padre en cuanto arrancó. Se queja mucho por todo eso. Y es que la finca y la casa que van a cuidar han dado más faena de la esperada, y además el sueldo es mínimo, nada que ver con el de antes.

—Coge a la niña. Nos queda un buen trecho hasta Torrelavega y no quiero que se haga tarde. La carretera desde ahí hasta Llanes es malísima.

La niña. Así la han llamado siempre. Nunca Flor, siempre la niña. La niña está acatarrada o la niña se ha caído de la cama o la niña tiene una indigestión porque ha comido demasiadas uvas. La niña, una carga para todos; aunque, desde que murió su madre, lo notan más.

La carretera que recorren es sinuosa y se adentra en un paisaje nuevo para él. Las montañas que la rodean se van tiñendo de verde y hay muchas casitas diseminadas en las laderas, rodeadas de pequeños terrenos separados entre sí con muros de piedra no demasiado altos. Flor mira también por la ventanilla. Hay vacas por todas partes y él no cree que Flor haya visto nunca una vaca. Está contenta, hace un buen rato que dejó de

tamborilear.

—Vas a conocer a mucha gente nueva a partir de ahora —le dice su padre cuando entran por fin en Asturias—. Harás amigos en el pueblo durante el invierno y, muy pronto, llegará la familia de don Ramón; creo que mañana mismo. Don Ramón tiene un hijo más o menos de tu edad, y dos gemelas de la edad de la niña. Me gustaría que me prometieras que no darás muchas explicaciones sobre de dónde venimos. Y que no lo hagas ni este verano ni cuando en septiembre empieces en el nuevo instituto. A nadie le interesa, creo yo. Conocemos a don Ramón de cuando yo era sereno, y ahora le cuido la casa porque los serenos han desaparecido de Madrid y yo necesito trabajo. Y eso es todo. Entre una cosa y la otra, no ha habido nada más. ¿Entendido, Roberto? Que te quede bien claro. Es muy importante lo que te digo.

Roberto asiente, aunque no lo entiende del todo. El trabajo que ha tenido su padre hasta hace un año le ha dado las mayores alegrías. La Leica, sin ir más lejos; para qué tanto secreto. El uniforme y los trajes que llevaba entonces, o la placa y la pistola que escondía bajo la americana, eran para Roberto señas de identidad que convertían a su padre en alguien de quien sentirse orgulloso. Ahora repone tejas y desatasca tuberías y conecta cables y cultiva hortalizas en una tierra que no es suya. No es lo mismo. Desde luego que no lo es.

Poco más tarde, inesperadamente, tras una curva aparece el mar. Nunca lo habían visto. Flor suelta un gemido y después comienza a dar golpecitos en el cristal de su ventanilla. Está excitada, y él también. Es una pena que su padre no pare el coche, ahí sí que saldría un buen reportaje.

—Ya veréis qué bonito es todo esto. —Su padre es menudo, pero muy fuerte , y conduce con el cuerpo casi pegado al volante para dejar sitio a las muchas bolsas y cajas que llevan detrás—. Estoy seguro de que os gustará vivir aquí.

A Roberto lo que le gusta es la promesa que le hizo su padre cuando les dio la noticia de que se trasladaban. La casa donde van a vivir es mucho más grande que la de la calle Colegiata, tan grande que hasta sobra una habitación y es allí donde instalarán el cuarto oscuro para el revelado. La habitación no tiene ventanas y es de apenas unos cuatro metros cuadrados, así que no se puede pedir más. Su intención es buscar trabajo este verano y empezar a comprar lo necesario en cuanto cobre el primer sueldo. Necesitará una ampliadora, que será cara, y bandejas y pinzas y botes de revelador y fijador, y papel fotográfico, por supuesto, y una bombilla de

seguridad con su luz roja y un tanque y carretes. Son demasiados gastos. Bueno, ya se verá.

Y al fin llegan. Cae la tarde y, desde la cima de una colina, su padre les muestra una casa de color azul y aspecto señorial que parece sacada de otra época.

—Esa es de los dueños, la nuestra es la de al lado. —Y señala con el dedo lo que a Roberto le parece un cobertizo—. En su momento fueron los establos. He estado acondicionándolo este invierno y ya veréis lo bien que ha quedado.

Regresan al Seat y descienden por un empinado camino de tierra que rodea la casa por detrás y llega hasta la mismísima puerta de esos antiguos establos. Hay demasiado equipaje que sacar y Roberto vuelve a tener hambre. ¿Quedará algo en las fiambreras? Su padre está delante de lo que a partir de ahora será su casa y los está invitando a entrar. Flor no quiere moverse, pero él la obliga a salir del coche . Le coge su mano mustia y tira de ella hasta que consigue que suba el par de escalones y atraviese el umbral.

—Me gusta —dice Roberto sin demasiado entusiasmo—. Seguro que aquí estaremos bien.

Su padre va abriendo puertas y después cerrándolas con un sonido un tanto brusco que a Flor le provoca ligeras sacudidas. Hay tres dormitorios y dos baños, y una habitación muy grande donde también está la cocina. Todo es sencillo, y nuevo en apariencia, y es verdad que es agradable.

—¿Dónde está? —pregunta Roberto cuando se da cuenta de que falta lo que más le importa.

—Dónde está el qué.

—El cuarto que me prometiste, el cuarto de revelado.

—Ah..., eso... No te preocupes, que lo tendrás. Había pensado hacerlo dentro de tu dormitorio, pero no he tenido tiempo.

—Me dijiste que sobraba una habitación, eso fue lo que me dijiste. Una habitación sin ventanas. ¿Por qué me has mentido?

Flor sale corriendo y se instala en la mecedora que hay en la habitación grande. Los pies le cuelgan ligeramente. Imprime a su cuerpo un levísimo impulso y la mecedora empieza a moverse y a gruñir.

—Roberto, por favor, no me lo pongas más difícil de lo que ya es. Tendrás lo que quieres a su debido tiempo, déjame respirar un poco. Ahora vaciaremos el coche y después comeremos algo , ¿de acuerdo? Tengo queso en la nevera y puede que un poco de chorizo. Os haré unos macarrones.

¿Eh, campeón? Unos macarrones bien ricos. Vamos, ¿qué me dices a eso?

Entonces lo oyen. El sonido es lejano, aunque reconocible. Flor ha dejado de mecerse y sus ojos destilan esa luz extraña de la que emana tanta paz. Quien toca no es tan bueno como el del disco, y la melodía es otra y hay tantas paradas y tropiezos que la música no tiene fluidez. Pero a Flor no parece importarle, y abandona la mecedora y sale al jardín.

—Se ve que han adelantado el viaje —dice su padre—. Don Ramón me aseguró que llegarían mañana.

En el jardín hay un coche, un cochazo color vino tinto con todas las puertas abiertas y una señora todavía al volante. La casa también está abierta y las ventanas de la planta baja iluminadas. Un chico saca maletas y más maletas que luego introduce en la casa a toda velocidad. El piano sigue sonando como a trompicones. La señora se baja y Roberto la mira extasiado.

—Usted debe de ser Bernabé, ¿no? —Su padre asiente en silencio—. Encantada, soy María Rosa Ballet. Por la cara que pone, imagino que mi marido no le ha advertido de que finalmente viajaríamos hoy. —Su padre niega ahora, también con un movimiento de cabeza—. Ya..., él es así. No importa, el caso es que aquí estamos. Menudo viaje de infierno, qué carreteras, y encima estos mocosos sin parar de pelearse.

María Rosa es elegante de un modo que para Roberto no es el habitual. No va especialmente arreglada, pero sus gestos y su manera de hablar son muy especiales. El pelo suelto le cae con desaliño a los lados y está muy abultado en la parte de arriba, como el de Brigitte Bardot. Lleva puesta una camiseta blanca con una rebeca encima, un fular color malva alrededor del cuello y uno de esos pantalones que se ensanchan desde la rodilla hasta los pies y son tan largos que no dejan ver el calzado.

—La verdad es que la idea era recibirlos a ustedes mañana por la tarde. —Su padre se ha puesto muy nervioso, las palabras se le atascan—. Lamento mucho...

—No tiene que lamentar nada, de verdad, no se preocupe lo más mínimo. Nosotros no necesitamos recibimientos ni bobadas de ese tipo. —María Rosa se vuelve y observa la casa con curiosidad, el azul índigo de los muros, la galería acristalada de la primera planta, el torreón—. Vaya, vaya..., vaya con la casona. Hay que reconocer que mi marido ha hecho una compra de lo más curiosa.

—Pensaba que don Ramón vendría con ustedes.

—Don Ramón, como usted lo llama, se ha quedado en tierra porque en

el último momento lo han convocado a una reunión importantísima. —Frunce ligeramente el ceño, sonríe de medio lado y se queda así, como esperando una respuesta que no llega—. De manera que me he venido yo sola con toda esta patulea. —Se acerca a su padre, pone cara de misterio y baja la voz de un modo realmente exagerado—. Entre usted y yo, Bernabé, lo más probable es que don Ramón no asome la patita por aquí en todo el verano; pero eso, a nosotros, nos da igual. —Luego María Rosa saca un cigarrillo oscuro y finito del bolso y, después de encenderlo, los señala a ellos dos—. Sus hijos, ¿cierto?

—Así es. Ella es Flor y él, Roberto.

—Guapísimos. Cada uno en su estilo, pero los dos guapísimos. Yo tampoco me quejo de los míos y todos los días doy gra cias: en estos tiempos que vivimos, ser feo no es más que una terrible calamidad. A ver si tenemos suerte y hacen pandilla y nos dejan en paz el par de meses que vamos a pasar aquí, ¿no sería fantástico? Tengo tantas ganas de estar tranquila... Traigo a cuatro nada menos: el de las maletas, las dos chicas que ya han entrado y el pequeño, que sigue ahí dentro. Mírelo —y señala un ovillo humano que hay en el centro del asiento trasero—, ¿no es para comérselo? Se quedó frito en Aranda y hasta ahora. —María Rosa sonríe con la mirada satisfecha y después se ajusta el fular—. Bien, ¿vamos dentro?

Flor está como pasmada, aunque lo de pasmada es mucho decir , porque la expresión de su hermana es casi siempre la misma. Aun así, a Roberto le gusta imaginar lo que piensa, lo que siente, lo que diría si no se empeñase en vivir en su mundo paralelo. «Los misterios de Flor», ese va a ser el título del próximo reportaje que le haga, el que pensaba revelar él mismo en su cuarto oscuro porque es un confiado y un iluso. ¿Será Flor confiada o más bien suspicaz? ¿Mezquina o bondadosa? ¿Qué estará pensando ahora? ¿Qué opinará de esa señora de pelo abultado y ademanes de actriz?

En el interior de la casa hay maletas y cajas por todos lados, ¿cómo han tenido tiempo de sacar todo esto si acaban de llegar? Una niña de la edad de Flor es quien toca el piano. Desde la puerta solo se le ve el perfil. El chico que se ocupaba del equipaje los mira desde el fondo con recelo.

—Qué os parece —pregunta María Rosa en voz muy alta mientras sigue fumando—. Es bonita, ¿no? Nos la regala vuestro querido padre para que olvidemos lo mucho que se gasta en putas. A mí me gusta. La aceptaremos a modo de compensación.

Como era de esperar, Flor se suelta de su mano y se acerca al piano.

—Mariana, ¿tocas algo para nuestros invitados? —María Rosa hace un gesto tan sumamente cortés que Roberto empieza a preguntarse si esa señora tan extravagante no se está burlando de ellos—. Pero algo que te sepas, por favor. Ya estudiarás las piezas nuevas mañana.

—A mi hermana le gusta mucho Mozart —informa Roberto—, por eso está así.

Flor mira a Mariana con una intensidad que casi asusta.

—Perdónela —balbucea su padre—. No sé si don Ramón le ha dicho que la niña...

—Que la niña es una criatura especial y maravillosa. Sí, algo sé de usted y de su familia; a fin de cuentas, se supone que va a ocuparse de nosotros y de mantener esto a flote mientras estemos aquí. Lo primero que haremos será llamar a un afinador, a ese piano no le han ajustado las cuerdas desde que llegó de la colonia. Y del resto no se preocupe, porque mucho trabajo no le vamos a dar. Para empezar, de la casa no vamos a cambiar ni un hilo —María Rosa pasea la mirada alrededor, como confirmando sus propias palabras—, el indiano cabrón que se hizo de oro esclavizando negros no tenía mal gusto después de todo.

—Lo que usted vea. Yo me he limitado a poner la casa en marcha, lavarle un poco la cara y apañármelas para que todo funcione. Cualquier cosa, me dice.

—De momento me conformo con que nos ayude a subir el equipaje. O si no, que lo hagan los chicos, ¿no cree? Así van intimando.

Roberto se acerca para ayudar y su padre le indica con los ojos que no, que ni se le ocurra, que prefiere hacerlo él. Le cuesta entender por qué, pero, una vez más, obedece. Mariana empieza a tocar algo que suena mucho mejor que lo de antes y Flor la acompaña con pequeños ruiditos de complacencia. Al observarla de frente, Roberto se da cuenta de que el gesto de Mariana es severo, tiene el rostro crispado y todo en ella desprende tensión. El chico del fondo acaba de abrir una de las cajas que han traído y parece que el contenido le interesa muchísimo más que cualquier otra cosa, así que él decide esperar fuera. Por alguna razón, se siente incómodo, y, además, allí no hay mucho más que hacer.

—Toca fatal, ¿verdad?

—¿Cómo?

Hay alguien sentado al borde del estanque que ocupa el centro del jardín. Las piedras que va tirando al agua generan un ruido sordo y

también ondas que transportan dócilmente el rielar de la luna. El olor que le llega es diferente a cualquier otro que él conozca, debe de ser a eso a lo que huele el mar. Se acerca y ve a una chica que se parece muchísimo a la que toca el piano. Aunque su expresión es más suave, y también mucho más viva.

—Le gusta lucirse, aunque ya ves. —Y da un palmetazo al aire—. Yo también podría tocar algo si quisiera.

—¿También tocas el piano?

—Qué va, por quién me tomas. Yo soy violonchelista.

—Una familia de músicos, qué maravilla. Mi hermana Flor va a estar muy bien aquí por lo que veo.

—Tu hermana es la rubita que entró contigo, ¿ no? —pregunta la chica con cierto retintín, mientras sigue lanzando piedras al agua—. Es muy guapa. Al principio pensé que era tu novia.

—¿Nos has estado espiando?

—Un poco.

Y, de repente, la conversación se acelera: «Eso no está bien». «No me has contestado». « A qué». «Lo sabes de sobra». «Vale, sí, es mi hermana y no tengo novia, ¿contenta?».

—¿Y eso? Menudo soso estás hecho. Tomás debe de tener la misma edad que tú y ya ha tenido unas cuantas.

—Apuesto a que tú sí tienes novio.

—No, todavía no. Lo que tengo son solo doce años, pero en noviembre serán trece. Trece es ya una buena cantidad, ¿no crees? —Moja dos dedos en el agua y se los chupa, y después coge del suelo un par piedras. Roberto empieza a pensar que esa niña, tan pequeña y rara, coquetea—. Y tú, ¿cuántos?

—Oye, ¿siempre preguntas así?

—Claro, y me gusta que me contesten.

—Está bien —sin quererlo le sigue el juego, y todavía no entiende por qué—, tengo quince.

—¿Ves?, casi acierto: uno menos que Tomás.

Hay en ella un desparpajo que a Roberto le llama mucho la atención. Las mujeres de su vida, hasta la fecha, han sido bastante más calladas, y mucho menos enérgicas.

—Yo soy Ángela y tú te llamas Roberto, he oído antes a tu padre presentándote. —Ángela se le acerca y lo mira a la cara—. De doce a quince no van tantos; así que, si quieres esperarme, pues me esperas.

Roberto se ríe ante la ocurrencia y ella se vuelve muy segura de sí misma y se va hacia la casa. Lleva el pelo sujeto con una cola alta que oscila con desenvoltura mientras se aleja del estanque. Después se vuelve de nuevo y le lanza la última piedra que le queda en la mano. Roberto la esquiva, aunque no consigue hacer lo mismo con sus palabras:

—Y no sé de qué te ríes. Yo, en tu lugar, me lo pensaba.

AEROPUERTO DE ASTURIAS
27 DE SEPTIEMBRE DE 2003

Comprueba con un movimiento rápido que los pendientitos de perlas siguen en su sitio y, chelo a la espalda y maleta en ristre, Ángela sale al mundo exterior. La terminal es minúscula y no cree que tenga problemas para encontrar a Tomás. Aunque nunca se sabe. Los aeropuertos son lugares perturbadores y misteriosos donde los haya. El mensaje de voz que le llegó en el de Chicago era también misterioso, tanto que durante el resto del viaje le ha costado muchísimo dormir: «Ángela, ha habido un accidente. Mañana te recojo, pero llámame antes si puedes». Si no ha llamado es porque no quería saber qué había ocurrido. Total, de qué iba a servir pasar las diez horas siguientes angustiada por alguna inconmensurable tragedia familiar si, de todas formas, metida en un avión a unos cuarenta mil pies sobre el nivel del suelo —y ya son pies— no se puede hacer nada.

¿Roberto? Qué hará aquí Roberto. Lo ve apenas traspasa las puertas de salida y su primer impulso, sencillamente, es hacerse la sueca. Busca a Tomás entre las pocas cabezas que hay por allí y, al no encontrarlo, entiende que es nada menos que Roberto quien la recoge. Jodido Tomás. Acaba de aterrizar y ya la está poniendo en un brete. Ahí viene. El chicarrón del norte se acerca y sonríe. Glup.

—¿Le ha pasado algo a mi hermano? —dice a modo de saludo. Qué bruta eres. Llevas años sin verlo y empiezas así.

—No, no exactamente. Ahora te cuento. ¿Qué tal el viaje?

Roberto coge la maleta sin esperar a que responda y empieza a caminar unos pasos por delante de ella. Sigue siendo el mismo tipo ceñudo y buenorro de siempre, aunque ahora debe de pesar un poco más. La coronilla le clarea y los vaqueros no le quedan tan estupendos como antes. Es lógico. A saber qué habrá pensado él cuando la ha visto; aunque, llegado el caso, en su defensa diría que veintitantas horas por los aires arruinarían a la mismísima Jackie O.

El interior del coche de Roberto parece una barca de refugiados.

Además de la consabida bolsa con la cámara, en el asiento de atrás hay papeles y revistas, una manta hecha un guiñapo y, lo que es aún más increíble, dos mondas de plátano de un significativo color negruzco. Ángela aparta la manta y las mondas, y acuesta ahí el violonchelo sin hacer el más mínimo comentario. Luego abre la puerta de delante, hace rodar con el pie un par de latas de cerveza vacías y se instala en su asiento con la mayor dignidad.

—Perdona, debería haberlo limpiado esta mañana. Tomás me pidió ayer que te recogiera, luego cambió de opinión, y hoy, sin previo aviso, me ha vuelto pedir que venga. No puede salir de casa.

—Me estáis empezando a sacar de quicio con tanto secretito. ¿Se puede saber qué ha pasado?

Roberto la mira y después niega con la cabeza.

—Será mejor que leas esto. —Extiende el brazo derecho hacia atrás, remueve los papeles y demás porquerías que ahora están bajo el chelo y, como si fuese el conejo que sale de una chistera, le muestra un periódico—. Es la edición de esta mañana.

LA NUEVA ESPAÑA : *Senador implicado en desafortunado accidente.* El artículo solo ocupa media página, está escrito a dos columnas y va acompañado de una foto panorámica de la casa que tan bien conoce. Al terminar de leerlo, Ángela abre la puerta y sale del coche porque siente que ahí dentro no puede respirar. Se apoya en el capó con la mano delante de la boca y después camina, y después vuelve al capó. Respira. No dejes nunca de respirar.

—Siento mucho que te enteres así. —Roberto también ha salido del coche y se ha sentado a su lado—. Pero es que te juro que no sabía cómo...

No puede ser. Los pensamientos se disparan en todas direcciones, y algunos le oprimen con tanta fuerza el diafragma que amenazan con ahogarla. Por fortuna, dentro de toda cabeza humana hay un mecanismo de seguridad que se activa en situaciones de peligro, y el suyo —está convencida— se acaba de poner en marcha. Lo nota perfectamente, nota las neuronas enloquecidas y trabajando a mil por hora, procesando la información como pueden, colocando las diferentes piezas de la nueva realidad en el sitio más adecuado posible, en el lugar que a ella le permita soportarla.

—No te preocupes —le dice a Roberto con la vaga intención de tranquilizarlo—, bastante has hecho. No eres tú quien debería estar aquí. El cabrón de mi hermano te la ha vuelto a jugar por lo que veo. ¿Por qué

decías que no ha venido?

—La casa está rodeada de periodistas desde que apareció ese artículo a primera hora, y Tomás quiere sobre todo discreción. —Roberto se cruza de brazos y mira a un punto indeterminado del aparcamiento—. Es mío, por cierto.

—El qué.

—El artículo.

—Ah, vaya.

—Alguien iba a escribirlo y he preferido ser yo quien lo haga. Es mejor así a que venga cualquiera y...

—Está todo bien, Roberto, no hace falta que te justifiques. Aunque, si te soy sincera, no sé por qué has tenido que mencionar también lo de mi madre.

—Pues por la misma razón. Se iba a saber igual y no me fío de cómo lo cuenten otros. He procurado ser lo más parco posible.

—Ya..., pero el resultado es tremebundo. —Ahora es ella quien mira al infinito. El aparcamiento se va vaciando. Dos nubes de color oscuro se persiguen al fondo y ella siente que una mano le estrangula la tripa. Aparcamiento. Nubes y mano. Tripa. Conexiones absurdas. Cualquier cosa con tal de apartar el dolor—. Es increíble. Qué mujer. Imagino que abrió el ojo de improviso y decidió drogarse hasta caer rendida.

—Bueno, si lo quieres decir de esa manera... Según Tomás, eso exactamente es lo que hizo. La autopsia lo confirmará de aquí a unos días.

—Hizo bien. Yo ahora mismo también me metería algo si pudiera.

Roberto la mira perplejo y ella se echa a reír. Su risa es nerviosa y muy corta, y por algún motivo enigmático le hace pensar en sus pies. La tira de los zapatos años cuarenta va clavada con saña en la parte superior de su empeine desde que se los puso en el baño de Chicago, y nada le gustaría más que quitárselos y calzarse sus botas. Las botas, por el amor del cielo. ¿Será este otro subterfugio del mecanismo de seguridad que viene instalado por defecto en todo cerebro sano? ¿Hacerle pensar en detalles banales en vez de en la crudeza de los hechos? ¿Es esa la mejor manera de no sufrir? Tu madre se ha suicidado, tu hermana ha muerto de manera tragicómica y a ti te preocupan tus empeines. Es increíble, ¿se puede saber de qué estás hecha?

—¿Nos vamos? —Roberto toma las riendas. Menos mal. Él sí que mantiene el tipo.

Tal y como ella suponía, el mecanismo tiene sus fallos y, durante el

silencioso viaje, le hace pasar por estados de ansiedad, rabia, tristeza, desconcierto y llanto, salpicados siempre por pequeñas dosis de humor negro que no puede evitar. Ser y haber sido una niña mala tiene sus más y sus menos. Las ideas más peregrinas llegan sin filtro a su mente, trastornada sin duda por la singularidad de lo ocurrido. Lo de que Mariana ha sido empotrada por el morro de un BMW —artículo *dixit* — no deja de ser una broma de un gusto más que reprobable. Empotrada. Ya te vale, Roberto, ¿no hay otros verbos posibles en nuestra antigua y riquísima lengua? No quiere ni pensar en la cara que pondría su hermana si lo leyera. A su lado, Roberto conduce con aplomo, el rostro hermético, la línea de la mandíbula tan marcada y tensa que parece a punto de quebrarse. Lleva puesto un polo azul de manga corta que le queda un pelín ajustado. Los kilos de más sobresalen por encima del vaquero y, por la razón que sea, hay algo en esa visión que la serena. Roberto ha madurado bien y su masculinidad, o quizá su simple presencia, tiene cierto poder balsámico, cualidad que, en este peculiar momento, agradece. Aunque, por otra parte, ¿qué importancia tendrá el color de su polo o si la talla es o no la adecuada? Es ridículo. Su mente hace cualquier cosa con tal de evadirse, y es Roberto quien le da pie. Roberto. Qué lejos queda hoy todo. Aún conserva esa primera foto que él le hizo con la cámara nueva, y que estrenaba ese día con ella. Posó apoyada en las rocas con el pelo mojado todavía, la marea baja y un larguísimo verano por delante, sonriendo al atardecer y a la vida porque al fin lo había conquistado. Habían pasado dos años desde lo de Flor y todos volvían a Nueva con la urgencia de recuperar el tiempo perdido. Y Roberto cayó en sus redes. Vaya que si cayó.

—Estarás de acuerdo conmigo en que mi hermano es un exagerado.

—Puede ser.

Han llegado y desde la cima de la colina pueden ver la furgoneta blanca que hay abajo, aparcada junto a un par de coches más. Dos chicas, micrófono en mano, hablan entre ellas; y, más allá, un tipo solitario apunta con una cámara de televisión hacia la entrada de la casa. No es para tanto. Si algo así sucediera en su país de acogida, la nube de periodistas sería un poquitín más espesa. «Senador implicado en desafortunado accidente». Roberto, qué cuajo tienes.

—Lo dejó aquí, ¿no?

—¿Cómo?

—El coche. Mi hermano siempre lo dejaba aquí cuando llegaba.

—Sí, así es. Y ahora que lo dices, no creo que hoy sea este el mejor sitio

para aparcar.

Roberto vuelve a poner su patera en marcha, conduce con cuidado por el camino que rodea la finca y la detiene justo enfrente de su propia casa. Ángela se baja, saca el chelo del asiento de atrás y, al darse la vuelta, encuentra plantada delante a una de las chicas.

—Usted debe de ser la hermana gemela, ¿no es así? —La chica le ha incrustado un micrófono en la boca y la mira con los ojos como platos—. Dígame, ¿saben ya si el senador hará uso de su condición de aforado?

El disparate es de tal magnitud que Ángela tiene que hacer un esfuerzo para evitar un nuevo ataque de risa.

—Tesoro, son las tres de la tarde y es sábado —contesta sin pensarlo demasiado—. Tú lo que deberías hacer es irte a echar una buena siesta con tu novio, o con tu novia, si así lo prefieres, o con quien a ti parezca. Y a nosotros, de paso, nos dejas en paz.

Da un portazo y deja atrás a la chica. Al llegar a la casa se vuelve y dirige la vista a la cámara de televisión, y, sin venir cuento, se acerca, pega la mano al objetivo y hace con el dedo una peineta.

—No deberías burlarte. —Roberto ha entrado detrás de ella—. Te puede gustar o no lo que hacen, pero están trabajando.

Ángela no contesta. Se desengancha el estuche del chelo y después se descalza.

—Uff..., perdona los modales. No podía más.

—Hay luz en el torreón —Roberto le mira los pies fugazmente mientras ella se frota los empeines—, supongo que Tomás estará ahí. Yo os dejo.

Le da las gracias por haber ido a recogerla y le pide que salu de a Bernabé, luego pasará a verlo. Y se queda sola en ese salón de muebles coloniales y suelo cubierto de alfombras. Es enton ces cuando llega la hora de la verdad. Y la verdad es terrible. Ha venido desde muy lejos a ver a su madre y a su hermana, y solo encuentra una casa vacía. Y el vacío es inmenso, ahora empieza a sentirlo. La partitura abierta que hay en el atril del piano le provoca tal desgarro que las piernas le fallan. Es el Adagio del concierto 23 de Mozart, la música de Flor como quien dice, menos mal que Roberto no se ha fijado. Ángela recorre con la vista la melodía de la mano derecha y escucha en su interior el puntillo inicial, los tresillos que suben lentamente y luego rebotan arriba y abajo con intervalos amplios pero delicados, la primera pausa en la dominante, el cambio inesperado a sol antes de replegarse en el fa sostenido del principio. Cuántas veces la escucharon en aquellos dos primeros veranos en Nueva. Su madre también

tocaba un poco y fue quien encargó la partitura en una tienda de Gijón cuando se enteró de que a Flor le gustaba. Mariana la aprendió a los pocos días e, incluso, ella misma era capaz de tocarla, aunque solo con una mano. Está a punto de hacerlo cuando oye un ruido arriba. Es Tomás. Debería subir a verlo.

Con los pies descalzos, asciende por la escalera de madera que conduce al primer piso, recorre la galería y el pasillo de los dormitorios y, finalmente, los escalones del torreón. Al abrir la puerta descubre a su hermano mayor con medio cuerpo dentro de uno de los armarios, sacando y metiendo trapos, revolviendo.

—¿Tomás?

Tomás detiene en seco su extraño quehacer, saca la cabeza del armario y la mira a ella con expresión atribulada.

—Joder, me has asustado. ¿Habéis llegado ya?

—No, soy un fantasma.

—Pues lo pareces. No te he oído subir.

—¿Buscabas algo?

Una alerta ha saltado. No puede evitarlo. Tomás nunca ha sido de fiar.

—¿Yo? Qué quieres que busque...

—Es justo lo que te estoy preguntando.

—Ponía un poco de orden, nada más.

Tomás cierra el armario, se recompone y después se da la vuelta. Es evidente que su presencia en el torreón le molesta y, además, no lo disimula. Ni siquiera se acerca a saludarla. Luego aparta las cortinas del fondo y abre la ventana que da a la colina. La brisa con olor a mar y hierba que entra a pequeñas ráfagas no despeja la atmósfera enrarecida que flota allí.

—Le he dejado a Leo no sé cuántos mensajes y sigue sin contestar —dice Tomás mientras va abriendo más y más ventanas—. ¿Tú sabes algo de él?

—Nada, salvo que había confirmado que venía; o eso fue lo que me dijo Mariana.

—Y qué más te dijo Mariana.

—Imagino que lo mismo que a ti. —Las ha abierto todas, a los cuatro vientos. Es como si estuviesen hablando en un palomar—. Estaba tan contenta por haber conseguido reunirnos...

—¿Y nada más? ¿Estás segura de que no te dijo nada más?

Un frío repentino le recorre toda la espalda. Parece mentira. Ningún

abrazo, ningún gesto fraternal, ninguna palabra medianamente afectuosa o de consuelo. Ángela hace cálculos por encima y le salen como unos tres años largos sin verse. Tres años y esto es lo que se encuentra al llegar. Pregunta: ¿su hermano mayor la está recibiendo así después de la que ha liado? Respuesta: sí, querida, así te está recibiendo. Trato hecho, pero donde las dan, las toman. Si él puede ser frío como un témpano en un momento tan trascendental como ese, ella también es capaz de serlo.

—Oye, ¿te pasa algo? Te noto rarísimo.

—¿Que si me pasa algo? ¿Has visto la que hay montada en la puerta?

—Sí, he visto a un par de becarias aburridas y una televisión local. Tampoco es el despliegue de los Óscar.

—Muy graciosa, tú siempre tomándotelo todo a chufla. ¿Te das cuenta de dónde puede acabar mi carrera con todo esto?

—Tu carrera.

—Sí, mi carrera. ¿Acaso no tienes tú la tuya?

Ángela lo piensa dos veces y decide no contestar. Es demasiado. Acaba de aterrizar después de un viaje larguísimo, la ha recibido Roberto con un pastel que todavía no ha digerido y ahora encuentra a su hermano hurgando en armarios ajenos, pensando exclusivamente en sí mismo, como siempre, y en un estado poco menos que febril. Que te den, Tomás. Si nos ponemos serios, el principal responsable de *todo esto* eres tú; no me obligues a decírtelo. El viento levanta una esquina de la colcha que cubre la cama de su madre. La cama vacía de su madre, mejor dicho. De modo que es cierto, de modo que no volverá a verla nunca más. La recuerda asomada a esas ventanas, limpiando los pinceles con un paño, la vista puesta en el horizonte. Debería haberla llamado más veces. O no. Últimamente, llamar a esa casa era una tortura para todas. No va a llorar, no va a hacerlo, no delante de su hermano. Tomás sigue ahí gruñendo y ella decide cortar.

—Estoy muy cansada —dice—. Voy a deshacer la maleta e instalarme. Tranquilízate, ¿vale? Y cierra las ventanas; recuerda que el equipo del Watergate sigue agazapado abajo.

Al entrar en lo que fue su habitación, siente un pequeño escalofrío. Desde que se marchó a Estados Unidos, no ha vuelto a dormir en ese cuarto porque durante sus breves visitas ha preferido instalarse en la habitación de Leo, que nunca estaba. Ahora, al depositar la maleta en el suelo, se da cuenta de que Mariana ha seguido durmiendo durante todo este tiempo en la misma cami ta de ochenta centímetros cubierta por una colcha de flores,

que los peluches siguen amontonados en la butaca del fondo y que sobre el tocador color crema y dimensiones mínimas sigue estando el mismo joyero de cristal con la tapa abollada, los mismos frascos amarillos de colonia Álvarez Gómez, el mismo cepillo de pelo con la empuñadura de plata falsa. No puede ser. Sabía que su hermana estaba como un cencerro, pero no hasta ese punto. Una curiosidad malsana se apodera de ella y la obliga a intentar abrir el cajón secreto del tocador, ese por el que tantas veces se pelearon porque las dos lo querían y solamente había una llave. La llave está echada y ella se pregunta si las cajitas de cuchillas seguirán apiladas en el interior. Recuerda la marca, Wilkinson, y hasta puede visualizar los dos sables cruzados del logotipo. ¿Habrá continuado maltratándose a lo largo de los años? Quién sabe. Es una cuestión que, desde que ella se fue, ambas han evitado por la sencilla razón de que ciertas cuestiones es mejor no tocarlas. Se aleja del tocador y observa la cama en la que va a dormir, gemela, como es lógico, de la de Mariana. La idea de buscar un hotel aparece a lo lejos como una tabla de salvación, y enseguida la descarta. Se quedará allí. Será una forma, tardía y a todas luces inútil, de estar un poco más cerca de su hermana.

Mientras coloca la ropa en su antiguo armario, piensa en ellas —¿acaso podría pensar en otra cosa?—, en esas dos mujeres tan distintas que supieron vivir juntas para sorpresa de todos. Las noticias le iban llegando a Connecticut como pequeñas bombas de relojería envueltas en sobres de correo postal, en llamadas de teléfono a horas intempestivas, en el telegrama urgente que le enviaron cuando murió su padre y no podían loca lizarla porque estaba de gira. Todavía no se había graduado cuando se enteró, por Leo, de que Mariana se mudaba a Nueva. Había conseguido acabar la carrera —no seas mala— y quería abrir una academia y dedicarse a eso, a enseñar música de forma modesta, a dirigir el coro de aficionados que montaría más tarde y a otro sinfín de actividades tan entrañables como aburridas. Le habría gustado que su hermana la llamara para contárselo, pero no lo hizo; y, ahora, la entiende. ¿Sabes, Mariana?, yo tampoco llegué a ser lo que se llama una estrella. En aquel momento ella pensaba que podría conseguirlo, que su carrera iría viento en popa en cuanto doblase la primera esquina y que sus logros profesionales serían proclamados a los cuatro vientos en Madrid. Luego empezó a contar mentiras, a inventarse esos logros que no llegaban y a acostumbrarse a vivir en la impostura. Puro cuento, hermanita, espero que me perdones allá donde estés. De los años que siguieron hasta la muerte de su padre no recuerda nada concreto,

porque nada, que ella sepa, se alejó de lo esperado. Tomás encauzaba su carrera política y empezaba a medrar, Leo crecía y se iba convirtiendo en el golfete que probablemente sigue siendo, y sus padres convivían en Eduardo Dato con indiferencia mutua y buenas formas, lo cual, dicho sea de paso, tampoco era nada nuevo. Fue a los pocos meses de quedarse viuda, cuando su madre dio el campanazo: se iba con Mariana a Asturias, estaba harta de la vida en la ciudad. Le cuesta imaginarse lo que supuso para ambas adaptarse a la idiosincrasia de la otra. Mariana con su perenne cara de Viernes Santo, su eterna depresión a cuestas y sus Wilkinson escondidas en el cajón, organizando conciertitos de alumnos y veladas benéficas mientras los años pasaban mansa y calladamente, buscando qué hacer con su vida entre la función de diciembre y la de carnaval. Y arriba, instalada de nuevo en el torreón como en aquellos primeros veranos, una mujer libre y poderosa a la que todo, incluidos sus hijos y sus diferentes cuitas, alegrías y pesadumbres, siempre le había importado un soberano bledo. ¿De qué hablarían? ¿Se habrían hecho amigas del mismo modo que se hacen amigas esas madres ideales e hijas del mismo palo que protagonizan ciertas películas? Stop. Rebobina. ¿Ha sido ella la que ha escogido la palabra amigas ? Un latigazo de celos le recorre la espalda, desde la punta del coxis hasta la primera cervical. Amigas. Ellas. Y por qué no. Le estaría bien empleado por descastada. A veces sueña con algo así, con que su madre, cuando eran pequeñas, les preguntaba cómo estaban porque le interesaba de verdad saberlo, o les daba consejos sobre cómo manejar a los chicos o las llevaba de compras y se probaban entre las tres media tienda para luego no llevarse nada. Sueños. Aparte de Leo y la poesía *fin de siècle* , los desnudos al óleo y los muchos cuernos que, a modo de contrapartida, procuraba poner a su marido con admirable meticulosidad, doña María Rosa Ballet no se interesaba ni poco ni mucho por todo aquello que la rodeaba. ¿Habría cambiado? ¿Existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que con el tiempo cambiemos? Los últimos intentos de comunicación con ella le habían resultado especialmente angustiosos porque todo en su madre era un puro desvarío; desvarío que, en ocasiones, tenía su gracia. De hecho, su respuesta a la última iniciativa de Mariana no deja de ser otra *boutade* de las suyas: ¿Así que venís todos a celebrar mi cumple? Muy bien, queridos, pues ahí os quedáis. Bravo, mamá, un final a tu altura.

—¿Ángela? ¿Estás dormida? —El que faltaba. Aunque tampoco está mal. Alguien la tiene que sacar de esa espiral de cinismo y broma gruesa en

la que se ha instalado porque no quiere aceptar lo que sucede—. Oye, perdóname por el recibimiento de antes, estoy un poco descolocado y..., y me preguntaba si te apetecería que tomásemos un vino con Bernabé y Roberto un poco más tarde. Bernabé está muy afectado, y además quiere verte. He encontrado un par de botellas por ahí con bastante buena pinta; son de las de papá.

¿Vino? Y por qué no. A fin de cuentas, a Tomás se le perdona todo en esta familia, y no va a ser ella la primera que no lo haga. Se dará una ducha y se pondrá un poco más cómoda , aunque antes bajará a quitar esa partitura de en medio, lo único que faltaba es que la viera Bernabé.

—De acuerdo —contesta mientras coloca en una esquina el estuche color fucsia que ni por asomo piensa abrir—. No suelo beber, pero haré un esfuerzo. Por cierto, ¿qué vino dices que es?

PLAZA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA (MADRID)
PRINCIPIOS DE OCTUBRE DE 1979

Ha entrado en un bar cercano porque necesita tomar algo que le dé el valor necesario para atreverse a llamar. Emilio nunca bebe, y por eso el chorro de coñac que el camarero le ha echado a su café arde esófago abajo como un reguero de cera recién derretida. Pero el efecto es justo el que buscaba. La sangre le fluye ahora con fuerza y la rabia y la vergüenza se multiplican de manera exponencial. Porque Emilio no siente otra cosa desde mitad de agosto. Rabia y vergüenza. Y también mucho rencor. A través de los cristales que lo separan de la calle puede ver la fachada de la casa, y se da cuenta de lo mucho que le cuesta mirarla. Lleva más de tres años evitando pasar por ahí. Y eso que frecuenta la zona porque, cuando en la pensión de Ponzano hay jaleo, suele irse a estudiar a la biblioteca de la Escuela de Industriales, que está a dos pasos. La casa que ve es uno de esos chalecitos racionalistas de los años treinta tan típicos de El Viso: volúmenes puros, cubierta plana, apariencia sencilla y precio exorbitante. Cuántas veces acompañó a Pauline hasta esa esquina de Vitrubio, cuántas veces se dieron el último beso de la tarde entre las mimosas y los rododendros que hay delante del chalé, cuántas veces vieron a las niñas que Pauline cuidaba asomadas a las venta nas de la primera planta, cuchicheando y dándose codazos las una s a las otras, muertas de risa, espiándolos. También lleva más de tres años sintiéndose una basura, un cobarde, apenas un medio hombre que estudia y come y duerme, y estudia más y no piensa, y sigue estudiando y renovando su puñetera beca año tras año y por eso no pregunta ni quiere saber nada de lo que pasó.

De aquella última noche en los calabozos de la Puerta del Sol recordará mientras viva las voces y el dolor que lo inundaba todo, la descarga que surgía de las ingles y se le metía dentro del cuerpo, la sensación de que tenía los testículos llenos de plomo líquido y que las plantas de sus pies eran mera carne viva. Las imágenes vuelven cuando menos lo espera, y el oprobio y la culpa regresan también. Le vendaron los ojos, sí, se los vendaron y más tarde lo bajaron del coche en algún lugar de la Ciudad

Universitaria, y desde ahí caminó durante más de una hora apoyándose en los muros, sujetándose en los troncos de los árboles y los respaldos de los bancos que encontraba en las aceras, arrastrándose por la avenida y pensando en Pauline, ¿qué le habrán hecho?, y en esas palabras que se quedaron clavadas y que su mente repite una y otra vez: las becas van y vienen, no lo olvides, ingeniero. Aquella noche pensó también en su padre, levantándose a esa misma hora en la casa de Nueva para desayunar de pie y bajar a abrir el taller mecánico con el primer resplandor del alba, preparándose para una jornada de doce horas, de trece, de catorce, de las que hiciesen falta porque el hijo está en Madrid y estudia Montes, y allí todo son gastos y la vida es muy cara. Cuando llegó a la pensión, era casi de día y ya había decidido lo que iba a hacer. En cuanto abrió la puerta, la patrona le advirtió que se tendría que buscar otro sitio, que esa era una casa decente y que allí no se admitían líos de ningún tipo y, mucho menos, líos políticos. ¿Política? Nunca le ha interesado la política, pero de qué serviría explicarlo, la patrona no iba a cambiar de opinión. Juan Luis estaba dormido y Emilio se derrumbó en la cama con los pies deshechos en llagas, con el bajo vientre palpitando y con el alma laminada, dispuesto a seguir adelante y a fingir que la vida continuaba como si tal cosa, a mentirse a sí mismo, a olvidar.

Tres años desde entonces, tres años desde que dejó de ser un hombre. Clases, conferencias, apuntes, exámenes, bibliotecas. Solo eso. La patrona cumplió su promesa y él se mudó a una pensión de la calle Ponzano, más barata, pero también más ruidosa. Perdió el contacto con Juan Luis porque ninguno de los dos quería hablar de aquello y «aquello» se imponía cada vez que se miraban a los ojos, ¿qué pasó?, cuando coincidían en la biblioteca de Industriales, ¿en qué andabas metido?, cuando se veían en la cola del ministerio sujetando la carpeta con la documentación para la próxima beca, ¿sabes algo de ella? No hubo más fiestas en Somosaguas ni más sábados de distracciones con las que alejarse un poco de los libros, y, por supuesto, no hubo más chicas. Huía de las manifestaciones que tanto abundaban como de la mismísima peste, y no podía evitar acelerar el paso y bajar la mirada cada vez que pasaba a su lado un coche de Policía. Se sentía vacío y como atrofiado por dentro, y ni siquiera le importaba estarlo también por fuera. Seguía viviendo, nada más. Volvía a Nueva cada mes de junio cargado de buenas notas y durante los dos meses de verano ayudaba a su padre en el taller. Fue así como los conoció. El mundo es pequeño y la vida una pura paradoja. Tomó la decisión más amarga de su vida pensando

en su padre y en ese taller, y hoy el taller lo trae de vuelta a esta plaza, a esa calle, a la casa a cuyo timbre, más tarde o más temprano, tendrá que llamar.

Solo han pasado dos meses y parece que los esté viendo ahora mismo subiendo con la Vespino, sudando la gota gorda porque la cuesta hasta el taller es pronunciada y el ciclomotor que arrastraban estaba más muerto que vivo. Tomás a un lado, con las dos manos en el manillar y el cuerpo echado hacia delante, y Roberto encorvado detrás, empujando el sillín como podía. Adivinó que eran ellos apenas los oyó hablar, ese acento, esa simpatía un poco chula y tan madrileña. En Nueva, las noticias vuelan y todo el mundo estaba al corriente de que alguien había comprado la casona azul, que los nuevos dueños la habían arreglado durante el invierno y que este verano se había instalado allí una señora muy rara que llegaba sin marido, que conducía y , además, fumaba, porque todos veían su Citroën CX aparcado en la puerta del estanco; una señora elegante, altiva, rodeada de críos.

—La hemos encontrado en el sótano. ¿Tú crees que tiene arreglo?

Críos, efectivamente. Quince o dieciséis años como mucho y la piel llena de granos, Tomás con el rostro todavía lampiño y una sombra oscura en el de Roberto, bronceadísimos, fibrosos y delgados como juncos, llenos de esa vida y esa energía que él, en Madrid, había perdido hacía tres años. Enseguida supo que se habían conocido a finales de junio y que a esas alturas del verano eran ya íntimos amigos, que uno era el hijo del dueño y el otro el del guardés, que se quedarían hasta principios de septiembre y que solo pensaban en divertirse, en bañarse en la playa y fumar cigarrillos y, sobre todo, y mucho, en sexo.

—Habrá que echarle un vistazo. ¿Lleva mucho tiempo parada?

—No lo sabemos.

—Buena pinta no tiene. A simple vista hay demasiado óxido y el óxido puede con todo. Tendría que desmontarla y mirar bien el motor.

—¿Tardarías mucho?

—Me temo que sí, y a lo mejor ni os merece la pena.

—Mi madre ha dicho que la arregléis cuanto antes y que le paséis la cuenta a ella.

Era Tomás quien hablaba, y hablaba con autoridad. Una casona como la del acantilado no la compra cualquiera.

—Ajá, lo consultaré, pero os aviso que lo veo complicado. Estamos hasta arriba de trabajo de aquí al día de la Virgen.

—Os pagaremos más si lo hacéis antes.

Su padre estaba oyéndolos y salió del taller hecho una fiera: pero qué se habían creído, allí no había privilegios para señoritos, a la cola como todo el mundo, faltaría más. Los chicos lo miraban boquiabiertos y, cuando su padre volvió dentro, lo miraron a él.

—Joder, chaval, tampoco es para ponerse así. Roberto, vámonos, seguro que hay más talleres en este pueblo.

Estaban bajando la cuesta cuando se lo pensó dos veces y les silbó. Un dinerillo extra le vendría de perlas de cara al otoño, y si esa señora estaba dispuesta a pagar lo que le pidieran, lo mejor sería que se lo pagase a él.

—¡Eh! ¡Esperad un momento! —Corrió hacia ellos y siguió llamándolos hasta que consiguió que se detuvieran—. No le hagáis demasiado caso a mi padre, ¿vale? Yo creo que entre nosotros lo podemos arreglar. Dejádmela y la iré mirando en los ratos libres, fuera de mi horario de trabajo quiero decir, así mi padre seguro que no rechista. Esta noche empiezo y mañana mismo os doy un presupuesto aproximado, ¿os parece bien?

Al mediodía siguiente estaban allí como clavos. Él se había acostado tarde porque le había dedicado a esa Vespino más tiempo del que en un principio pensaba. Después de hinchar un poco las ruedas para poder maniobrarla, había quitado la tapa de la transmisión para verificar si el motor giraba a mano y si la pipa de la bujía y la correa estaban en su sitio. Un desastre. Y desde ahí todo había ido empeorando, porque el carburador estaba obstruido y sucísimo; el cigüeñal, comido de óxido; y la batería, cosa lógica, completamente inservible. Les dio cuenta de lo que había visto, de lo que les costaría la mano de obra y los recambios y del tiempo aproximado que le llevaría la resurrección; porque era eso lo que le pedían, que resucitara una momia.

—Es de las primeras que se fabricaron, un modelo L del 68 —les explicó también—. Podría estar perfecta si la hubiesen cuidado. Una pena.

—Está bien. —Tomás, que para eso era quien era, enseguida tomó el mando—. Me parece bien el precio. Pero si tardas menos, te pagaremos más. Por cada día de adelanto, diez pesetas, ¿trato hecho?

—Veinte.

—Quince, y ni un céntimo más o mi madre acabará cabreándose.

—Trato hecho.

—¿Sabes qué pasa? Que el padre de este —y señaló a Roberto— nos ha dicho que empiezan las fiestas de las parroquias de por aquí, y nosotros necesitamos la moto para acercarnos. Esas fiestas se tienen que poner hasta

arriba de tías, ¿no? —Guiñó un ojo y l uego se agarró la entrepierna—. Y bien calentitas, además.

—Haré lo que pueda, os lo prometo.

—Perfecto entonces. Y ahora nos tomaremos unas cañas para celebrar el trato. Anímate, que invito yo.

Se tomó una cocacola en uno de los bares de la calle principal y, en cuestión de minutos, Tomás acabó liándolo.

—Así que tienes coche y conduces. —Tomás llevaba ya tres cervezas y acababa de encender otro cigarro—. Oye, Emilio, qué bueno saberlo.

—Coche no tengo, eso quisiera yo. Lo que pasa es que mi padre me deja el suyo si necesito hacer algún recado en Llanes o llevar papeles a Oviedo.

—Estoy pensando que podríamos ir juntos a alguna de esas fiestas, ¿no? En tu coche, quiero decir. O a Gijón, ¿nos llevarías a Gijón algún día? Al cine, por ejemplo. —Y se empezó a reír—. ¿A que sí, Roberto? A que tienes muchas ganas de ir al cine uno de estos sábados.

Desde entonces, cuando caía la tarde, los chicos pasaban a ver los progresos de la moto y se entretenían allí un buen rato mirando cómo él intentaba arreglarla: cambió la bujía, revisó el estado de las gomas, vació el depósito, lo limpió y lo rellenó con nuevo combustible, echó espray por aquí y por allá, mejoró la compresión, desatascó el tubo de escape... Nada. Aquello no arrancaba ni con palanca; aunque, por otro lado, daba la impresión de que a Tomás la Vespino ya no le importaba como antes.

Y, entre tanto, a Emilio los habitantes de la casona comenza ron a resultarle familiares a pesar de que él no bajaba a bañarse a Cuevas del Mar o a San Antonio, donde todos solían pasar la mañana y buena parte de la tarde si el tiempo lo permitía. Nunca le ha gustado la playa, y los fines de semana prefería dedicarlos a ir preparando con calma el temario de las asignaturas con fama de hueso que le esperaban en octubre. Sin embargo, aunque no las conociera, los chicos lo ponían al tanto y sí que sabía que las dos hermanas de Tomás eran gemelas, además de unas cursis y unas niñatas; y que Roberto viviría allí todo el año con su padre y su hermana, de la misma edad que Mariana y Ángela y un pelín retrasada, aunque lo que le pasaba exactamente a esa niña nunca terminaron de aclarárselo. A Emilio, quien más le interesaba de todos era la madre: era ella quien le iba a pagar la reparación de la moto y lo que oía sobre esa señora en el pueblo le despertaba muchísima curiosidad.

Una de aquellas tardes, los chicos llegaron más excitados que de costumbre. A Roberto se le iba un color y le venía otro, y luego Tomás, que

no paraba de reírse y una vez más tomaba el mando, sacó el alijo que llevaba escondido debajo de la camiseta: un par de revistas guarras un poco antiguas y un recorte de periódico en el que aparecía la cartelera cinematográfica de Gijón, con un círculo dibujado a bolígrafo rodeando el nombre de una sala.

—Las hemos encontrado en el desván. Se ve que al dueño anterior le gustaban estas cosillas. Este y yo nos hemos hecho ya cientos de pajas y estamos hartos. ¿Las quieres? —Tomás hablaba siempre por los dos, aunque estaba claro que todas las iniciativas eran exclusivamente suyas—. Te las damos si este sábado nos llevas a Gijón. ¿Te has fijado en el título de las películas? A nosotros no nos dejan pasar seguro, pero si vamos contigo... No sé, como eres mayor de edad...

La sala que Tomás había señalado proyectaba dos de esas películas clasificadas S de las que tanto se hablaba, esas que supuestamente nadie veía, pero que habían hecho resurgir cientos de cines condenados a la desaparición. De tal manera que el Cinema Goya, en programa doble y sesión continua y exclusivamente para mayores de dieciocho años, proyectaba *Las noches perversas de Vanessa* y *Bacanal en directo,* y ambas, por su temática o contenido, podían herir la sensibilidad del espectador. Su no fue rotundo al principio, aunque luego, en cuanto Tomás insistió un poco, cedió. El interés que él tenía por ver esas películas era nulo, como lo eran también las viejas revistas francesas que Tomás insistía en regalarle, pero lo cierto es que esos chicos se habían convertido en los únicos amigos que tenía en Nueva, y tampoco le costaba tanto hacerles el favor. Él siempre fue algo taciturno, el raro del pueblo, el que se fue a estudiar con los jesuitas a la Laboral de Gijón y de ahí saltó a Madrid y acabó distanciándose de las amistades de siempre, las que se habían quedado en Nueva y llevaban vidas que nada tenían que ver con la suya. Lo que vivió en la Puerta del Sol acentuó su carácter y provocó que se encerrara aún más en sí mismo. Y ahora esos dos adolescentes con las hormonas desatadas llegaban con una frescura y una curiosidad por todo que le resultaba contagiosa. Tampoco iba a pasar nada por perder un sábado de estudio, y hacía muchísimo tiempo que no iba a Gijón.

—Está bien, os llevo. Aunque os arriesgáis a que no os dejen pasar, lo más probable es que nos pidan el carné.

Pasaron sin ningún problema. La taquillera no preguntó para quién eran exactamente las tres entradas y el señor de la puerta les echó un ojo a los tres con expresión aburrida y nada más. El Goya había conocido tiempos

mejores. Emilio había estado más de una vez allí cuando estudiaba en la Laboral, viendo también pases dobles —aunque para todos los públicos—, y lo recordaba más pinturero y animado, y sobre todo menos lúgubre. El público consistía en un buen montón de hombres solos esparcidos por las butacas de madera, algún grupo de amigos ruidosos y un par de parejas. También había seres de género y edad indefinida que deambulaban como sombras por los pasillos que había entre las butacas. Y luego estaba la película, claro, porque la historia de la tal Vanessa era muy, pero que muy singular: criada en un internado regentado por monjas, Vanessa recibe una inesperada herencia que la lleva a Hong Kong, donde se pondrá al mando de la cadena de burdeles que ahora, vaivenes de la vida, son suyos. La protagonista era una alemana de ojos grandes y expresivos que se dejaba arrastrar por las tentaciones de la carne, la carne de todo tipo. Tomás se había sentado entre Roberto y él y no paraba de moverse, soltar risotadas y hacer comentarios sobre cada escena, comentarios muy gruesos en su mayoría. En una de esas escenas, mientras Vanessa recordaba el pasado y se veía a sí misma cautivada por la sensualidad de una compañera del internado, Tomás empezó a bufar y acto seguido separó los brazos, puso la mano izquierda en la bragueta de Roberto y con la derecha le apretó a él en el mismo sitio.

—¿Cómo vais, chavales? Yo me estoy poniendo malísimo.

Fue un apretón rápido, de muchachotes acostumbrados a ese tipo de bromas, pero a él no le gustan esas bromas y lo apartó con un manotazo.

—Oye, y a ti qué te pasa —le preguntó Tomás—. Este y yo estamos más tiesos que un palo y tú ni te inmutas. ¿Es que no te gusta la película?

Él se revolvió en su butaca y no contestó, y empezó a maldecirse a sí mismo por haberlos traído. Tomás siguió con sus comentarios en voz cada vez más alta y al final, mientras los títulos de crédito descendían por la pantalla, uno de esos seres que recorrían la sala se les acercó y les preguntó si querían algo. Era una mujer de mediana edad con bastante mal aspecto. Se pasó la lengua por los labios y, mientras levantaba la mano y se frotaba el índice con el pulgar para que quedara bien claro lo que buscaba, dijo que al que le apeteciera, lo esperaba en el baño.

—Allá que voy —dijo Tomás mientras la mujer se alejaba—. No llevo mucha pasta, pero para una mamada rápida seguro que me da.

—Tú no vas a ningún sitio. —Lo cogió del codo y lo obligó a sentarse—. ¿No ves la pinta que tiene?

—Qué pinta ni qué pinta. No me jodas, Emilio. La pinta la tienes tú, que

seguro que no has follado en tu puta vida y tampoco dejas que los demás se diviertan. A ver si es que eres maricón y no lo sabes. Es eso, ¿no? Porque si no, no lo entiendo. Eres más raro, tío...

No contestó, lo que hizo fue levantarse y decir que se volvía a Nueva. La sala se había iluminado y todo el mundo se ponía de pie.

—Queda el segundo pase —dijo Roberto, era la primera vez que hablaba desde que habían entrado.

—Venga, Emilio, no te pongas así —añadió Tomás en tono conciliador —. Que hemos pagado por las dos y seguro que la de la bacanal está de putísima madre.

—He dicho que me voy. Os espero en el coche. No sé quién me manda a mí hacer planes con vosotros. —Salió al pasillo y se volvió para ver si le seguían—. Y si no estáis fuera en cinco minutos, me largo.

A los cinco minutos estaban fuera, se montaron los dos detrás como si hubiesen cogido un taxi y nadie dijo una palabra hasta que llegaron a la puerta del taller. Durante el viaje, su enfado cedió un poco porque entendió que Tomás, por muy bocazas que fuese, no podía ni imaginar el pantanoso terreno que había pisado. Incluso pensó que lo mejor sería explicarles, contarles lo que vivió y cómo se sentía desde entonces. No lo hizo y ahora se alegra. Roberto es un buen chico y la carga sería excesiva.

Al día siguiente no tuvo noticias de ellos, ni tampoco en las semanas posteriores. Mejor así, mejor mantener las distancias mientras se calmaban un poco los ánimos. Aunque los echaba de menos, la hora de cierre del taller era más aburrida desde que no estaban. Una de esas tardes, con el verano ya en declive y los días mucho más cortos, probó una vez más con la moto y, misteriosamente, la moto arrancó. Lo tomó como una señal. Esa misma noche la lijó y la pintó con pistola; por la mañana, una vez secada la pintura, la lacó para protegerla; le cambió el sillín; la repasó de arriba abajo y le dio tal lavado de cara que la dejó como nueva. El sábado, en cuanto su padre cerró el taller a mediodía, se montó en la Vespino, atravesó el pueblo y se desvió por el camino de la costa.

—¿Alguna cosita más?

El camarero lo está mirando a los ojos con cierta desconfianza, y aunque su pregunta es muy sencilla, Emilio no sabe qué responder. ¿Dónde está exactamente? ¿Cuánto tiempo lleva ahí? La copa de coñac casi vacía que hay justo delante lo devuelve al presente y a un lugar concreto de la ciudad, y le recuerda de paso el motivo por el que ha entrado en ese sitio. La cabeza le da vueltas. No debería haber bebido. Nunca lo hace. Pide la

cuenta y apura lo poco que queda de coñac. Y por qué no. Los recuerdos flotan y se mezclan entre ellos, y, por alguna razón misteriosa, mezclados son más fáciles de gestionar. El verano, las mimosas, la Vespino, la voz. Paga y sale a la plaza y se da cuenta de que se ha desorientado. Camina sin rumbo mirando los letreros y tarda todavía un poco en ubicarse. La calle Vitrubio es tranquila, árboles en las aceras y apenas transeúntes. En la esquina, el semáforo del paso de peatones se acaba de poner en rojo y, mientras espera, vuelve a pensar en esa casona construida en una hondonada alejada del pueblo, como si el indiano que la encargó hubiese querido esconderla en vez de alardear como hacían otros. La luz cambia a verde y él siente que sus pies van solos. Sus pies sí saben lo que hacen. Su cabeza, en cambio, no. Su cabeza no para y va y viene de aquel sitio. Vamos, no te distraigas, ahí siguen las mimosas y también los rododendros, en ese jardincito coqueto y cuidado que se puede ver desde la calle. Al acercarse, distingue adosado al muro un letrero metálico en el que, cuando venía con Pauline, nunca se fijó: DR. EVARISTO PALACIO. GINECÓLOGO . ¿Habrá alguien a esta hora?

—¿Sí?

Una mujer muy seria, vestida de enfermera, acaba de abrir la puerta. ¿Ha sido él quien ha llamado? Claro. Quién si no. Está como ido. Aquí y allí. Todo es culpa del coñac. Balbucea un buenas tardes y después dice que le gustaría hablar con la señora de la casa.

—La señora de la casa soy yo. —La mujer es atractiva. Su tono es cortante—. Estamos pasando consulta, así que no me puedo entretener. Dígame, ¿le puedo ayudar en algo?

Hay alguien más en esa puerta, alguien escondido detrás de las piernas de la señora enfermera. Es una niña de unos doce años que se asoma y luego desaparece, como si jugara al escondite con él. Sus ojos son claros y brillan en la penumbra.

—Sí..., yo creo que sí puede ayudarme. Perdone la intromisión, pero querría preguntarle por una chica francesa que trabajó aquí hace unos años. Se llama Pauline, Pauline Brisac. Me gustaría saber qué ha sido de ella.

—Ah... ya; ya veo... Por aquí han pasado tantas, que me lío. —La señora se queda pensando un instante, y, luego, se echa hacia atrás y entorna la puerta—. No caigo, la verdad es que no caigo. Ya le digo que hemos tenido muchísimas. Lamento no poder ayudarle.

Emilio replica y dice que Pauline estuvo trabajando ahí mucho tiempo y

que es imposible que no se acuerde, pero antes de terminar la frase, la puerta ya se ha cerrado. Se dispone a marcharse cuando advierte que alguien le chista detrás. Es la niña. Está asomada a una de las ventanas de la planta baja y lo llama para que se acerque.

—Yo sí me acuerdo de ti —le dice—. A mis hermanas y a mí nos gustaba ver cómo la besabas justo ahí mismo, donde estás ahora.

El corazón se le acelera. Las mimosas. Los rododendros. La voz.

—¿Y sabes algo de ella?

—¡Cristina! ¿Me puedes explicar qué haces?

Alguien tira de la niña y cierra de un golpe la ventana. Emilio recapacita. Podría insistir y no lo hace. No, ya volverá. Acaba de decidir que, esta vez, no piensa darse por vencido. ¿Cómo fue capaz? ¿Cómo fue capaz de callarse, de no buscarla, de mirar para otro sitio? Con la excusa del miedo y las amenazas, cavó una trinchera en la que refugiarse para poder seguir estudiando, y hoy esa trinchera lo ahoga porque se ha llenado de vergüenza, de odio, de rencor. La voz ha reaparecido en su vida cuando menos lo esperaba y ahora no se la puede sacar de la cabeza. Maldito seas. Te juro que no pienso parar. La vida ha acabado colocándolos en un lugar muy concreto, y ahora veremos quién gana. Lo hará por ella, por Pauline y por lo que no pudo ser; y también por sí mismo. Es curioso. Tres años evitando pasar por esa calle y hoy vuelve allí cargado de rabia por cul pa de una Vespino, solo eso, una desvencijada Vespino que él consiguió reparar contra todo pronóstico. La tarde cayendo, el olor del mar y el de la hierba, el estrépito del tubo de escape rompiendo el silencio del jardín. Le hacía tanta ilusión darles esa sorpresa que no pensó en la posibilidad de que no estuvieran. Y no, no estaban: tocó al timbre de la casona un par de veces y, lamentablemente, nadie abrió. Qué estúpido había sido. Quedaban pocos días para septiembre, hacía buenísimo a pesar de la fecha y era lógico que quisieran aprovechar esos últimos días de playa. Reflexionó un poco y acabó dejando la moto en mitad del jardín, junto a la alberca. La encontrarían así cuando regresasen de la playa, lista y resplandeciente, el motor en plena forma, el arranque solucionado. Esa misma noche, estaba seguro, Roberto y Tomás irían a buscarlo y se tomarían algo juntos en la sidrería: eran amigos, ya valía de bobadas. Hasta que la voz sale del cobertizo y de repente todo se detiene, y la tarde se vuelve oscura, y el mar ya no huele a mar y la hierba deja de moverse.

—Eh, ¿buscabas a alguien? —La voz tiene los ojos negros, la ropa y las manos sucias y todo el aspecto de haber estado labrando.

—No, solo he venido a traer la moto; ya me iba.

—Tú eres el del taller, ¿no? —Reconocería esa voz entre un millón, entre un millón de millones de voces la reconocería—. Me alegro de saludarte. Mi hijo Roberto me ha hablado mucho de ti.

Zamora se acerca y le ofrece su mano manchada de mugre: así que has conseguido arreglar este trasto, *di que tu madre es una puta,* esos dos se van a poner bien contentos cuando la vean.

POLÍGONO DE HUMANES (COMUNIDAD DE MADRID)
28 DE SEPTIEMBRE DE 2003

Leo se pregunta si alguna vez volverá a oír lo que le dicen, si volverá a hablar de manera clara, si podrá volver a pensar con un poco de orden. Son las once de la mañana y el sol cae a plomo sobre la terraza descubierta de esa discoteca gigante que han inaugurado hace poco, y que él no conocía. La música de la pista interior retumba en su cabeza y lo obliga a mover los hombros como a espasmos. Joaquín está a su lado, tirado también en esa cama balinesa tapizada en color berenjena y moviendo el pie derecho al ritmo de los beat que inundan el espacio, *four-on-the-floor,* un golpe de bombo en cada tiempo: bum, bum, bum, bum.

—Oye, no puedo más. ¿Qué te parece si nos vamos?

Leo pronuncia esas palabras y a la vez las escucha en algún compartimento de su cerebro, con otra voz que no es la suya, a una velocidad muy distinta de la que él las emite. Por lo menos es consciente de lo que dice y lo que hace. O eso cree. Un par de horas antes no podía afirmar lo mismo: estaba bailando y luego tumbado bajo esa cama con dosel; y entre una cosa y la otra, la nada. La nada y el cosquilleo. ¿El cosquilleo? ¿Otra vez? ¿Eso no fue en la Explanada? ¿Es así o se está confundiendo?

—Como quieras, pero yo no cojo el coche ni de coña. —Joaquín no para con el puto pie—. Estoy muy arriba todavía y no me apetece estrellarme, y mucho menos que me hagan un control.

Habían llegado a Madrid la noche anterior, cansados del viaje desde Alicante y decididos a dormir durante horas en su casa de la calle Pelayo. Hoy, supuestamente, pensaban madrugar, llegar a Nueva a la hora del almuerzo y escuchar el resumen de la fiesta de ayer salpimentado con tiernos reproches familiares: Ángela, pasando de todo; Tomás, como una fiera para no variar; y Mariana, dolida y mirándolo con cara de por qué me haces esto, me habías prometido que vendrías. Y su madre, claro, también estaría su madre; aunque ahí prefiere no profetizar. Pues bien, si nada de todo eso ha sucedido es porque, de momento, ellos están tendidos sobre

una cama bali nesa. Una pena haberse perdido el pastel de cuatro carnes, hay que reconocer que a Mariana le sale bien rico. Y es que las noches de los sábados son complicadas, una especie de torrente que te arras tra sin que te des cuenta y que puede llevarte a cualquier sitio. A este polígono, por ejemplo, cualquiera sabe dónde han ido exactamente a parar. Joaquín se puso muy pesado con lo de que le apetecía dar una vuelta por Chueca: vamos, no seas aguafies tas, hace siglos que no vengo. I nsistió un poco más todavía y des pués la vida rodó. Intenta recordar cómo llegaron hasta aquí desde el último garito que pisaron, pero es imposible. Gente, música, copas, cuartos de baño y vuelta a empezar. Todo se confunde y además poco importa. Lo bueno es que vinieron en coche, o eso es lo que dejan adivinar las últimas palabras de Joaquín.

Piden dos botellines de agua que pagan a precio de oro y se van hacia el aparcamiento. Deambulan como zombis entre cientos de vehículos y encuentran el Opel de Joaquín en un terraplén —¿lo dejaron ahí subido?—, a pleno sol, muy cerca de una ristra de motocicletas. Se miran y se ponen de acuerdo enseguida, cuánta complicidad en tan poco tiempo. Echan los asientos hacia atrás, se calzan las gafas de sol y abren las dos ventanillas. El aire corre entre ellos y los bums de la discoteca casi no se oyen a esa distancia. Con un poco de suerte, podrán dormir unas horas.

Joaquín sigue sin camiseta, ha bailado así toda la noche. Se ha tumbado boca arriba, con las manos entrelazadas bajo la nuca, y el vello oscuro que le cubre el pecho y las axilas oscila al compás de la brisa. La visión es tentadora, aunque lo que realmente él necesita es dormirse cuanto antes. No lo hará. Se conoce de sobra y sabe que no va a pegar ojo. Su cabeza va un poco acelerada y no parará de pensar en esto y en aquello, como si lo viera. A los pocos minutos, Joaquín empieza a roncar ligeramente, apenas un ronroneo, parece un gato. Qué suerte: Jesucristo descansa y repone fuerzas tras el pasote que se han pegado. Y el viernes en Alicante más de lo mismo. Por no hablar del resto del verano. No tiene arreglo. Cualquier cosa que le diga Tomás cuando llegue, si es que llega algún día, le estará bien merecida.

La relación que mantiene con su hermano mayor es bastante curiosa, sobre todo desde que Tomás lo expulsó de la casa de Eduardo Dato para instalarse él allí con su familia. Quítate tú, que me pongo yo, o las mil y una maneras posibles de gestionar una herencia. La herencia, ¿no habrá mejor cosa en la que pensar a estas horas de la mañana? No va a permitirlo. Un momento como este solo puede compartirlo con su madre. A

que sí, mamá querida. Ayer fue tu cumpleaños y yo no estaba a tu lado para celebrarlo. ¿Me perdonarías si llegaras a enterarte? Seguro que sí. Siempre fue el preferido. Qué le vamos a hacer. Los demás se siguen quejando, pero la culpa no es suya. A ellos, según le cuentan, los crio de una manera más fría y despegada. En cambio, a él le daba cariñitos, se preocupaba por sus problemas, lo animaba a que fuera él mismo a pesar de la presión de su padre y lo protegía cuando se sentía mal porque los otros no le hacían el menor caso. Así es la familia. Tres hermanos mayores y un juguete que llegó a destiempo, cuando nadie lo esperaba. Menos mal que su madre nunca permitió que lo ningunearan, qué mujer maravillosa. Aceptar cómo ha acabado le supone un esfuerzo enorme que evita hacer porque prefiere pensar que ella sigue ahí, a su lado, protegiéndolo como cuando cumplió quince años y lo enfrentó a su padre por primera vez. Ángela se acababa de marchar a Estados Unidos y la casa parecía distinta. Roberto ya no ocupaba el cuarto del servicio, Tomás nunca estaba y Mariana transitaba por allí como un espectro. Entonces su padre empezó a fijarse en él y a atosigarlo, que si les metía mano a las chicas, que a cuántas les había tocado las tetas, que si él a su edad era un golfo de cuidado y llevaba tres o cuatro al mismo tiempo. Hasta que una noche su madre saltó y dijo que ya estaba bien: a lo mejor a Leo no le gustan las tetas tanto como a ti. Su padre se levantó de la mesa gritando que lo sabía, si es que además se le nota, que menuda le había caído con ese degenerado, el apellido Salcedo arrastrado por el fango y otras cuantas ofensas más del mismo estilo. Gracias, mamá. Fuiste tú quien me sacó del armario. Me ahorraste el suplicio de admitirlo y de decirlo en voz alta. Lo asumiste y lo aceptaste tú por mí. Desde entonces, todo fueron confidencias, complicidades, alguna copa de más en ocasiones. ¿No es así, mamá?, vaya con las que cogíamos juntos años después, cuando os iba a ver a Nueva. Mariana, tú y yo en el torreón, las partidas de canasta, la ginebra que iba y venía. Porque con Mariana también cambiaron las cosas. Y cambiaron para mejor, puesto que la conexión ya estaba hecha. A diferencia de Ángela, Mariana sí que se ocupó de él cuando era pequeño. Es verdad que lo trataba como si fuera un muñeco con el que jugar de vez en cuando, pero al menos le hacía saber que existía. Hasta le quiso enseñar a tocar el piano. Ay..., con cuánta ilusión empezaron aquellas clases que acabaron al cabo de pocos meses. ¿Disciplina, Mariana? ¿Constancia? ¿Tesón? No, no es lo mío.

—¿Duermes? —Joaquín se ha estremecido en el asiento, ha preguntado eso y se acaba de dar la vuelta. Sigue ronroneando, pero ahora de cara a su

ventanilla. Qué buena espalda tiene Joaquín.

Él también cambia de postura. Se gira y se acurruca, y se vuelve a girar. Hay algo que cede, que se relaja, la química no es eterna y la realidad y sus hechos crudos se van imponiendo; y comienza la flagelación. No has llegado al cumpleaños. Seguramente tu madre ni se ha enterado, pero eso no te exime de ser un mal hijo y un malqueda. Ninguna de las dos lo merece. Es el último, le había advertido Mariana, y a Mariana le hacía ilusión. ¿Tanto costaba cumplir la palabra dada? Bebe un poco de agua y siente que la mandíbula se le descuelga ligeramente, que ya no aprieta; el bruxismo de vigilia es lo peor de lo peor. Lo que debería hacer es llamarla e inventar cualquier excusa, pero sigue sin teléfono y ni siquiera tiene apuntado su número en la agenda. Porque ya no tiene agenda. Los móviles acabarán con nosotros, dentro de poco los usaremos también para ligar. ¿Cuándo fue la última vez que las visitó? La pasada Nochebuena no la celebraron juntos, y el cargo de conciencia fue tan enorme que, para compensar, acabó plantándose allí por sorpresa la víspera del día de Reyes. No estuvo mal. Mariana parecía contenta y su madre tuvo uno de esos momentos luminosos que la sacan de vez en cuando de la extraña demencia en la que se consume. ¿Habrá tenido otro ayer por la tarde? ¿Habrá traspasado durante unos minutos lo que sea que oscurece su mente para soltar alguna de las suyas, comerse un trozo de pastel de carne y comentar lo rico que está?

—Gracias, Leo. —Cinco de enero. Su madre con el regalo recién abierto en la mano. Mirándolo a él a los ojos. En su s cabales. Hablando—. Qué buen gusto has tenido siempre.

A Mariana le había comprado un frasco de perfume, nada del otro mundo, y a su madre, una bufanda. Acababa de llegar y, mientras colocaba esos regalos bajo el abeto que su hermana había instalado en el torreón, su madre empezó a decir algo. Algo ininteligible que repitió tres veces. Hasta que, a la cuarta, la entendió:

—Mariana y sus rarezas —dijo—. ¿No crees que las bolas deberían ser de color rojo?

El abeto estaba decorado con piñas teñidas de purpurina dorada, máscaras de carnaval en miniatura y enormes bolas transparentes. A él le gustaba, pero era cierto que resultaba bastante inusual. Que su madre hablara, y además con claridad, fue el mejor regalo de Reyes de su vida. La enfermedad asomó la cara de esa forma, provocando problemas de dicción: acababa de cumplir cincuenta y cinco años y, de la noche a la mañana, no

se la entendía. De ahí pasó a la desmemoria, a la pérdida de facultades intelectuales y a las caídas. Últimamente vivía postrada en la cama, con la mirada perdida la mayor parte del tiempo y serias dificultades para tragar.

—A mí me gusta —repuso él.

—¿Y esas máscaras?... Por el amor de Dios, ¿qué pintarán unas máscaras venecianas en estas fechas?

La observó en la cama y contuvo las ganas de echarse a llorar. Allí estaba, con la mitad del cuerpo erguido y el camisón puesto, el pelo corto y despeluchado, delgada como un pajarín.

—Mira, mamá, ¿has visto qué cosa tan extraordinaria? Los Reyes Magos te han traído un regalo precioso.

—¿De verdad? Será porque he sido buena. ¿Lo abrimos?

—Los regalos no se abren hasta mañana por la mañana.

Entonces su madre se echó a reír y lo miró con la misma ternura de otros tiempos.

—Ay, Leo..., qué niño bobo. Sabes de sobra que mañana por la mañana ya no estaré aquí. Ábrelo tú, anda. Y luego ven a mi lado.

Mariana acababa de aparecer y desde la puerta le hacía gestos para que siguiera hablando. Pero qué añadir después de eso. Dios mío. Pobre mujer. Abrió el regalo y se acercó a la cama, y ella le dio las gracias y le dijo aquello del buen gusto.

—¿Quieres que te la ponga?

—Claro. —Su madre le guiñó un ojo y sonrió una vez más—. El malva es mi color preferido. Yo tenía un fular parecido cuando era joven. Es precioso, me encanta este color.

—No es un fular, mamá. Es una bufanda y, además, es roja.

Iba a insistir en lo del color mientras se la anudaba, pero la voz de Mariana se anticipó:

—Déjalo, me temo que se ha ido. —La bufanda colgaba de sus manos como lo que era: un regalo absurdo—. Y es mejor que no se la pongas, aquí dentro hace demasiado calor.

Los ronquidos de Joaquín ya no son un arrullar de gatito. Qué barbaridad. Debería darle un codazo para que se despertara. Se pregunta qué hora será. La gente de la discoteca está empezando a marcharse. Salen con las caras desencajadas, se montan en coches, arrancan las motos que los rodean. Juraría que aparcaron mucho más cerca de la puerta, sigue sin entender cómo ha llegado el Opel al filo de ese terraplén. Un par de chicas se aproximan y él asoma la cabeza y les pregunta la hora. Las dos de la

tarde. ¿En serio? Algo ha debido afectar a su eje temporal porque la información no le cuadra. ¿Se habrá dormido un rato sin enterarse? ¿Estaba pensando en la noche de Reyes y luego se quedó frito? Posiblemente. Difícil discernir si sueña o si recuerda, si dirige su pensamiento como quiere o si es la fase REM la que se ha hecho con el timón. No sería de extrañar. Su reloj circadiano debe de estar más que harto de que haga de la noche día, y viceversa. El reloj circadiano, el neuronal, las células de espacio, el hipocampo. Leyó mucho sobre esas cuestiones tras el diagnóstico de su madre. El hipocampo está en algún lugar recóndito del cerebro y tiene forma de caballito de mar, y el de su madre, concretando, anda bastante jodido. En cuanto a Mariana, tampoco es que esté muy centrada ni que sea la alegría de la huerta, aunque es verdad que aquella noche parecía más animada que de costumbre, y que su aspecto no era tan malo: el pelo corto a lo chico le sentaba de maravilla y el jersey de cuello vuelto que llevaba era muy favorecedor.

—Has tenido suerte. —Mariana le hablaba mientras doblaba hacia abajo una rama de ese árbol cargado de piñas doradas y bolas trasparentes —. Hacía mucho tiempo que no le pasaba. Supongo que habrá hecho el esfuerzo por ti.

—No empecemos...

Su hermana tronchó la ramita que tenía en la mano y después se acercó a la cama. Recolocó mantas y almohadas y aco modó a su madre con movimientos enérgicos, en apenas unos segundos. En medio de aquel trajín, la manga de su jersey se desplazó antebrazo arriba y Leo pudo verle la muñeca.

—¿Sigues haciéndolo? —le preguntó.

Mariana tiró de la manga, apiló las cajas de medicamentos que había sobre la mesilla de noche y encendió la lamparita.

—¿Bajamos? Habrá que cenar algo.

—Buena idea. —Él se agachó junto al abeto y cogió el otro regalo—. Toma, esto es para ti.

—Gracias, Leo. Deberías haber avisado de que venías. Nosotras no te hemos comprado nada.

En la cocina, Mariana cortó un poco de embutido, preparó una ensalada y abrió una botella de vino. Se sentaron allí mismo, bajo la luz del tubo fluorescente. El runrún de la nevera llenaba el espacio.

—Habría que cambiarla, hace un ruido terrible. ¿Te puedes creer que es la misma que cuando llegamos?

—Podemos ir a comprar una nueva pasado mañana, si quieres —propuso él—. Había pensado quedarme unos días.

—¿No trabajas esta semana?

—He dejado el trabajo. No soportaba más a mi jefa y, además, me pagaban una mierda.

—Pero, Leo..., si no llevabas ni tres meses en esa editorial... —Lo miró con desconsuelo, aunque al mismo tiempo sonreía—. A veces me pregunto qué va a ser de ti.

—No te preocupes. Siempre puedo alquilar mi casa y venirme aquí con vosotras. ¿No te gustaría?

Mariana adelantó el brazo sobre la mesa hasta rozarle la mano. Al deslizarse, la manga del jersey se subió un poco y ella la dejó así.

—No durarías ni una semana. Aquí la vida es muy aburrida. Por cierto, ¿qué tal vas con tus chicos?

No había nada especial que contar, pero él se inventó un par de amoríos y alguna anécdota descalabrada de esas que a ella le hacían tanta gracia. Después de escucharlo atentamente y fingir que le creía, Mariana le aseguró que estaba mejor, más tranquila y animada, que la escuela funcionaba a buen ritmo y que todo iba bien en general. Y, sin embargo, a la vista estaban las marcas que dejaban los cortes, algunas todavía frescas y otras duras y rugosas, abultadas como pequeñas orugas, manifestando lo contrario de lo que ella decía.

—Ángela me envió un mensaje en Navidad, y Tomás hizo lo mismo —dijo él después.

—A nosotras también nos llamaron: Tomás en Nochebuena y Ángela el día veinticinco.

—Sí, claro. Yo no los llamo porque con Tomás siempre acabo discutiendo, y con Ángela, si te soy sincero, ni siquiera sé de qué hablar.

—Están bien, no te preocupes. —Mariana retiró el brazo de la mesa y tiró con disimulo de la manga—. ¿Qué suerte, no crees? Qué suerte que en esta familia todos estemos así de bien.

La velada continuó hasta que acabaron el vino, y al día siguiente él se marchó; ni siquiera esperó a que pasara el día de Reyes para acompañarla a comprar la nevera. Siempre ha sido así. Le gusta ir a verlas, pero casi nunca lo hace. Le gusta estar con ellas, pero enseguida se va. En aquella ocasión fue culpa del mensaje de Íñigo, su mejor amigo. Por la noche había una fiesta en algún antro y le proponía ir juntos, no podían perdérselo. Lo leyó en cuanto se despertó y a las doce y media de la mañana ya estaba en

la parada del autobús. En su mesita de noche encontró un paquetito envuelto en papel de regalo: dinero, una buena cantidad. Mariana lo despidió en la puerta y tuvo la delicadeza de no preguntar por qué se iba. Le pidió que volviera pronto y que las llamara más. Suele hablar de ese modo, en plural, como si mamá siguiera todavía participando de lo que pasa . Él ni ha vuelto ni las ha llamado y hora es ya de remediarlo, ha llegado el momento de darle un buen codazo a Joaquín.

—Joder, tío. Me has asustado.

Joaquín se incorpora en el asiento, se frota la cara con las manos y después bosteza.

—Espabila, que todavía tengo que pasar por mi casa para coger algo de ropa.

—Me estoy meando.

Joaquín sale del coche y lo hace ahí mismo, apuntando a una de las ruedas de la moto que hay al lado. Luego se pone la camiseta y mira la pantalla del teléfono móvil que saca del bolsillo de su pantalón.

—¿Has visto la hora que es? Yo creo que nos vamos directamente, llevo ropa en la mochila y más o menos tenemos la misma talla. ¿Cuánto dices que se tarda de aquí al pueblo ese que vamos?

—Cinco horas no nos las quita nadie.

Joaquín vuelve al coche, arranca y se dirige con desenvoltura a la salida del recinto.

—Son las cuatro de la tarde —dice—, nos vamos ya.

—Oye, ¿te puedes creer que juraría que anoche dejamos el coche en otro sitio?

—Claro, y mientras bailábamos, lo han movido los duendes. ¿Tú flipas todavía o qué te pasa?

El paisaje no puede ser más desolador. Naves industriales cerradas a cal y canto , ni un alma a la vista, descampados que parecen basureros y muros pintarrajeados con grafitis. Giran a la derecha y llegan a una rotonda. Cogen la primera salida como podían haber cogido la última.

—¿Sabes por dónde vas?

—No. Pero me oriento de puta madre y voy a ir siempre en dirección norte. Confía en mí, que llegamos seguro.

Se relaja en su asiento y se deja llevar. Joaquín conduce bien. Con un poco de suerte, esta noche estará en Nueva.

PASEO DE EDUARDO DATO (MADRID)
NOCHEBUENA DE 1979

Las he encontrado en el baño grande y me han llamado la atención. Nunca entramos ahí porque Encarnita no nos deja. Nosotras tenemos el nuestro justo enfrente del de los chicos, y ese del que hablo es solo para mamá y papá. Si hoy he entrado ahí es porque algo de la cena nos ha sentado mal y todos los cuartos de baño estaban ocupados. Mamá se ha enfadado con Encarnita porque piensa que ha sido culpa de la salsa rosa. No sé. Para mi gusto, la salsa estaba rica. Y las gambas igual. Encarnita cocina muy bien y a veces me enseña algunas recetas. Me gusta mucho cocinar. Después de comernos el pavo con manzana y la marquesa de chocolate, Tomás ha empezado a decir que le dolía la tripa y luego se ha levantado Ángela, y la última en caer he sido yo. Leo se ha librado, menos mal. Al vomitar he manchado un poco la tapa del retrete y luego, como no quería que mamá se enfadase más todavía, me he puesto a limpiarla con un trapo que he encontrado en uno de los armarios. Entonces las he visto. A papá se le han debido de caer sin que se diese cuenta y ahí estaban, en el suelo, como escondidas junto al pie del lavabo. Las he cogido y las he guardado entre los pliegues de la falda. No sé qué haré con ellas, pero, como decía antes, me han llamado la atención. Van dentro de una cajita de color negro sobre la que hay un dibujo con un par de espadas cruzadas. Dos sables antiguos más bien, como los de los piratas o algo parecido. Pasado un buen rato, he salido y mamá ha dicho que fuese a la cocina, que Encarnita había preparado manzanilla para todos y que nos iba a sentar bien. Esta Nochebuena ha sido un poco rara. Ángela y yo hemos estado toda la tarde ayudando a poner la mesa porque nos gusta mucho hacerlo. Sacamos la vajilla buena, la cristalería de la vitrina y los cubiertos de plata que Encarnita ha abrillantado esta mañana, y lo vamos colocando todo sobre un mantel precioso siguiendo las indicaciones de mamá. Luego nos hemos arreglado. Mamá se ha puesto un vestido largo y rojo que brillaba, estaba guapísima. Tomás ha salido de su cuarto con traje y corbata y Leo como si fuera a hacer la primera comunión, con un pantalón corto azul marino y

una camisa blanca adornada con chorreras. A Ángela y a mí, Encarnita nos ha planchado dos vestidos que nunca usamos porque también parecen de comunión. Como pensábamos que era mamá quien los había elegido, nos los hemos puesto sin rechistar. Pero era raro, porque parecía que mamá se iba a una fiesta y que nosotros salíamos de misa. Mamá nos ha mirado y ha empezado a reírse. Por Dios, qué hijos más repolludos, y lo ha dicho así, con esta voz que ahora pongo, y luego ha dicho que hiciésemos el favor de cambiarnos. Tomás no ha querido cambiarse; pero nosotras, sí. Yo me he puesto la falda de pliegues y un jersey azul celeste de cuello a la caja, y Ángela un vestido rosa que le queda muy bien. A Leo lo ha cambiado mamá y la verdad es que estaba graciosísimo, con sus cinco años recién cumplidos y esa camisa abierta con pañuelo anudado al cuello como los que llevan los que van en verano a Marbella y luego salen en las revistas. Aunque lo más raro de todo ha sido que papá no llegara y que nos hayamos sentado a la mesa sin él. Eran ya las nueve y cuarto, y mamá le ha dicho a Encarnita que ella no esperaba ni un minuto más, que el Rey ya había hablado y que después del discurso, se cena. Tomás ha dicho que él prefería esperarlo y mamá que muy bien, Tomás, pero te advierto que lo mismo te dan las uvas y ahí sigues, porque ese se fue de aperitivo a mediodía y no va a llegar. Sí, ya lo sé, ya sé que la imito de maravilla, se me da muy bien imitar voces. A Isabel y Encarnita, por ejemplo, las imito a la perfección. Ángela, cuando está aburrida, me pide que lo haga y luego se monda de risa. A los abuelos de Barcelona también los imito a veces, pongo ese acento tan exagerado que tienen y hago como que hablan entre ellos o que hablan con mamá de nosotras: María Rosa, hay qué ver cómo crecen de rápido estas niñas *, per l'amor de Déu,* qué barbaridad. A Ángela le divierte que imite a la gente y yo lo hago si ella me lo pide, porque no me cuesta nada hacerlo y porque me gusta verla reír. Son cosas entre ella y yo. Secretitos de hermanas, que diría Tomás. Nos peleamos mucho, pero, luego, todo se arregla. Es normal. Somos hermanas. Yo le cuento algunos de mis secretos y otros no, otros no se los cuento a nadie. Y supongo que ella hará lo mismo. ¿Por dónde iba? Ah, sí, por Encarnita, que a Encarnita se le notaba mucho que no quería servir la cena por que papá no había llegado, aunque al final, a regañadientes, nos ha puesto un consomé riquísimo y luego el cóctel de gam bas con la salsa, y entonces Tomás ha venido a la mesa y se lo ha comido todo con cara enfurruñada, como si estuviese enfadado con nosotras porque le hemos hecho caso a mamá. Luego Tomás me ha mirado y yo me he puesto muy nerviosa. No me gusta

que me mire así. A lo mejor por eso he cogido uno de los tenedores de plata que había en la mesa y he empezado a hincármelo en la palma, justo debajo del pulgar. Debajo del pulgar hay como un bolita de carne y cuando pincho ahí, no sé..., me siento bien. Por la razón que sea, me ayuda a olvidarme de todo lo que no me gusta. Hemos seguido cenando y papá ha aparecido justo cuando Encarnita estaba sirviendo el pavo, que, por cierto, estaba también riquísimo. Papá se ha sentado y no ha protestado ni ha dicho nada de nada. Simplemente se ha sentado y ha empezado a comer, se ve que tenía hambre. Mamá tampoco ha abierto la boca, de vez en cuando se levantaba para ayudar a Leo a partir la carne o para recolocarle el pañuelito, y nada más. A mí me estaba saliendo un poco de sangre de debajo del pulgar, pero me he limpiado con disimulo y nadie se ha dado cuenta. Así que hemos comido en silencio y eso también es raro, porque se supone que deberíamos cantar villancicos y tocar la pandereta, y nunca hacemos eso ni nada que se le pa rezca. Hay una amiga del cole que me lo cuenta. Me cuenta que toda su familia se junta esta noche en casa de sus abuelos y que lo pasan bomba, que se acuestan tardísimo y que a ella la dejan jugar con sus primos hasta que se cansa. Nosotros ni siquiera tenemos primos. Mamá es hija única y papá tiene dos hermanos con los que no se habla desde hace años. Ahora que lo pienso, a lo mejor sí que tenemos algún primo suelto por algún lado y no lo sabemos ni podemos saberlo. A mí, por ejemplo, me gustaría que Flor fuese mi prima en vez de la hija pequeña de Bernabé. Y no es que Bernabé me caiga mal, qué va, ni mucho menos. Bernabé cuida de la casona de Asturias y la casona es lo mejor que nos ha pasado este año. La compró papá hace tiempo y el verano lo hemos pasado ahí. Ha sido un verano..., bueno..., ha sido un verano distinto. Antes nos íbamos a Santander, a un hotel muy bonito que hay en El Sardinero, y allí nos quedábamos dos semanas, tres como mucho. Papá venía de vez en cuando a pasar unos días y luego se volvía a Madrid. Este año, el veraneo ha durado más de dos meses y encima sin el lío de estar en un hotel. La casona es nuestra y podemos hacer lo que queramos sin que nadie nos eche de las habitaciones para arreglarlas ni nada de eso. Además, tiene un piano del año catapún que mamá mandó afinar cuando llegamos, y yo he podido practicar todos los días. Cuando volvimos en septiembre al colegio, la hermana Francisca me dijo que había mejorado mucho, y yo pienso que se lo debo a Flor. Flor vive justo al lado de la casona y venía a oírme tocar todas las mañanas. Es una niña guapísima, pero rara; muy rara en realidad. Nunca habla y se queda como extasiada y muy quieta o no

para de moverse o de tamborilear con los dedos. Parece la protagonista de un cuento de tan guapa que es; aunque, a veces, sus ojos, cuando se quedan inmóviles, pueden llegar a dar miedo. Mamá nos dijo que lo que Flor tiene se llama autismo, pero que no se contagia ni nada y que estar con nosotras le sienta bien. Me aprendí una canción de Mozart que le encanta y se la tocaba en cuanto llegaba. Y Flor se quedaba mirando las teclas y sonriendo con una sonrisa que no es una sonrisa normal. Luego yo estudiaba las canciones que me había marcado la hermana Francisca y Flor seguía ahí, de pie junto al piano, un día y otro día, sin cansarse y sin hablar. El hermano de Flor se llama Roberto y se hizo muy amigo de Tomás en cuanto llegamos. Estaban todo el día juntos, riendo como idiotas. Mamá no quería que fuésemos solas a la playa y los obligaba a llevarnos, y Tomás se enfadaba porque prefería ir sin nosotras. A veces se venía también Flor. Le gusta mucho el agua, pero como no sabe nadar, había que estar todo el rato vigilándola. Más de una vez me dejaron sola con ella y lo pasé fatal. Roberto y Tomás se iban a fumar a una de las cuevas para que no los viera nadie, y Ángela, que es tonta perdida, se iba detrás de ellos a pesar de que no le hacían ni caso. Ángela se ha pasado el verano intentando llamar la atención de Roberto, y total para nada. No quiero ser mala, porque es mi hermana, pero le está bien empleado. Ángela se cree la mejor en todo y tampoco se va a morir porque algo le salga mal. En el colegio, por ejemplo, es de las más listas de la clase. Y en música, su profesora, que no es la hermana Francisca sino otra, siempre la elige para tocar en las funciones que se organizan cuando acaba un trimestre. Ahora va a parecer que soy una envidiosa, pero que quede claro que no lo soy. Lo que pasa es que yo practico mucho y Ángela muy poco y, al final, la que destaca es ella. Y me da rabia. No lo puedo evitar. Todavía me acuerdo de lo presumida que se ponía cuando salía con el chelo al jardín y tocaba cualquier cosa para que la oyera Roberto desde su casa. Podía practicar dentro, pero, no, lo hacía fuera y lo hacía bien, y terminaba dando la impresión de que solo existía ella. Y me fastidiaba, claro que me fastidiaba, porque yo también estaba allí. Una vez le dije algo y puso la excusa de que a los árboles les gusta la música, y que si ella tocaba cerca, el sauce crecería más fuerte. El sauce. Menuda excusa. La idea de plantarlo fue de mamá. Nos dijo que esa era una de las tres cosas que había que hacer en la vida, y que cuanto antes la hiciéramos, mejor, así nos quitábamos una obligación de encima. Yo pensaba que íbamos a plantarlo juntas. Bueno, nosotras solas no, nosotras con ella y quizá con los chicos, pero mamá le encargó a Bernabé que lo

comprara y luego le dijo que nos ayudara a plantarlo, y ella se fue al torreón. Se ha pasado el verano ahí arriba, con sus cuadros y sus poemas y sus cosas. También ese sábado. Cuando Ángela estuvo tocando en el jardín toda la tarde y luego resultó que Roberto ni la oyó porque se había ido a Gijón con Tomás y otro amigo, uno del pueblo que les estaba arreglando la moto. Cuando llegaron, ella siguió tocando. No sé si Roberto se quedó en el jardín o se fue a su casa, pero yo la escuchaba desde dentro y pensaba en mamá y en lo que la necesitaba, y mamá no apareció. Ella es así. Nunca está. O más bien sí que está, aunque en sus asuntos. A veces la echo de menos. No, a veces no. La echo de menos siempre, pero sobre todo a veces. Ay, no sé. Creo que me estoy liando. Esta noche, por ejemplo. Esta noche me habría gustado que mamá hubiese ido a buscarme al cuarto de baño para preguntarme si estaba bien o si necesitaba cualquier cosa. Pero ha sido Tomás quien ha venido, ha abierto la puerta justo cuando yo fijaba el pliegue de la falda y me ha dicho, con esa cara que yo me sé, que él ya se encontraba mejor. Luego ha cerrado y después nos hemos bebido la manzanilla. Ángela se ha acostado enseguida, yo me he quedado jugando un ratito con Leo y después me he venido a la cama, y ahora no consigo dormirme. Pues eso.

MALA MAR

NUEVA DE LLANES
29 DE SEPTIEMBRE DE 2003

La llamada llega cuando Tomás está preparando el aperitivo. Es la una del mediodía y acaba de cortar un par de rodajas de naranja que ahora pondrá en las copas de vermú. Tomás no recordaba que Ángela bebiera tanto, más bien estaba convencido de que Ángela no bebía nada de nada y de que vivía para su violonchelo y su orquesta gringa. Fue todo un descubrimiento verla el sábado por la noche con la copa en la mano siempre vacía, achispada por el alcohol y mostrando sin rodeos su desprejuiciada manera de ver el mundo. Una sorpresa, ciertamente, y está seguro de que no fue el único que lo vivió así: Bernabé y Roberto también la miraban atónitos; atónitos y a todas luces complacidos.

—¿Y qué quieres? —había insistido Ángela hacía un rato, muy poco antes de que él cediera y sacara del mueble bar la botella de Martini—. ¿Que hagamos tiempo para lo de esta tarde a palo seco?

El funeral, o comoquiera que el acto que les espera se califique, está previsto a las cinco y media. Todo va a ser rápido, expeditivo, íntimo. Él mismo se ha encargado de organizarlo. Los cuerpos de su madre y Mariana quedaron a disposición de la familia el sábado a media mañana en el Instituto de Medicina Legal de Oviedo, pero Tomás, con la excusa de que sus hermanos no habían llegado todavía, habló con la empresa de servicios funera rios que había contratado y les pidió que se hicieran cargo de todo hasta hoy lunes. Por una vez en su vida, el mariconazo de Leo ha servido para algo. El hecho de que nadie lo haya localiza do le ha permitido a él retrasar el sepelio un poco más de lo habitual. Y no es que Leo le preocupe demasiado. Ahora mismo, su hermano pequeño ni le preocupa ni le importa lo más mínimo. Lo que le importa es alargar los tiempos para que la noticia se diluya y la expectación generada se minimice. La elección del tanatorio tampoco ha sido casual: «Apostamos por todas aquellas familias que desean vivir su dolor en la más estricta intimidad sin querer hacer de ello una celebración pública». Y para colmo está en Oviedo. Quién va a querer desplazarse desde Nueva a Oviedo un lunes a media tarde. Los

vecinos estarán en sus asuntos, y la prensa, a esas horas y con la miseria que se cobra, no se moverá de las oficinas de redacción. Con un poco de suerte, solo asistirán ellos dos y, por supuesto, Bernabé y Roberto. Habrá un breve oficio en la capilla y se procederá a la incineración justo después. Todavía no ha decidido qué harán con todo ese montón de cenizas.

—¿Lo coges tú? —le dice a Ángela al mismo tiempo que se ñala las copas y las rodajitas de naranja—. Yo estoy con esto.

Ayer por la tarde, el teléfono no paró de sonar, y ambos están más que hartos de recibir condolencias. Profesores de la academia, alumnos compungidos, vecinos que no lo podían creer. Ángela quería pasar el domingo reponiéndose de su desfase horario, y él meditando con calma la manera más adecuada de ges tionar el futuro. No consiguieron ni lo uno ni lo otro. Ya se lo advirtió Roberto el otro día: Mariana era muy querida por aquí.

Ángela pone cara de resignación y sale de la cocina. Está guapa su hermana. Treinta y seis años, según calcula. Siempre fue una chica sexi y ahora está madurando de forma óptima; y eso que él, desde hace años, prefiere jugar en otra división. Roberto se la comía con los ojos el sábado, aunque al día siguiente, cuando Tomás le preguntó al respecto, su viejo amigo se negó a admitirlo y le aseguró que aquello no era más que agua pasada. Pobre Roberto. Todavía puede recordar su cara abatida cuando, de la noche a la mañana, Ángela lo dejó plantado porque se iba a estudiar fuera. A Estados Unidos, nada menos. Y, además, nunca volvió.

—Es para ti. —Ángela está de nuevo en la cocina , a punto de atrapar una de las copas—. Una tal Dolores, Dolores no sé qué. Dice que es la juez de instrucción.

—Ah, sí..., claro.

—No me habías dicho que teníamos una juez en medio de todo esto.

—Bah, y qué importancia tiene. Es solo un trámite. Los procedimientos judiciales son lo que son y no hay quien los pare.

Ángela se queda callada, mirándolo fijamente mientras da traguitos cortos a su copa de vermú. Y ahí la deja, bebiendo de pie junto a la encimera de mármol. Luego Tomás entra en el salón y coge el teléfono que hay al lado del piano; aunque, antes de hacerlo, toma la precaución de cerrar la puerta de la cocina.

—¿Sí? ¿Señorita Miranda?

Silencio. La señorita Miranda se está pensando si entrar al trapo.

—Buenas tardes, señor Salcedo. Perdone que le moleste.

—Nunca es molestia hablar con una chica guapa.

Nuevo silencio.

—Imagino que tienen previsto salir hacia Oviedo en breve.

—En efecto, y debo reconocer que, además de guapa, es usted un lince.

Mientras disfruta como un desalmado de ese tercer silencio, se pregunta si habrán aparecido las esquelas en los diarios. Él no quería hacer semejante cosa, puesto que lo último que busca es publicidad, pero Roberto argumentó que lo normal era hacerlo, y tuvo que darle la razón. *Normal* fue la palabra clave. Porque lo que Tomás desea es que todo transcurra de la forma más normal posible, tan normal y aburrida que el asunto se olvide cuanto antes.

—Entiendo que la familia está reunida por fin —contesta la juez, inmune a cualquier intento de agresión—, y que la persona con la que acabo de hablar es su hermana Ángela, la gemela de Mariana.

—Así es.

—¿Su hermano también está con ustedes?

—Señora Miranda, le agradezco que se preocupe por nuestra cohesión familiar, pero no acabo de entender dónde quiere ir a parar exactamente.

Desde donde está, de pie junto al piano, a través de los visillos puede observar lo que se trama en el exterior. Las becarias —así las llama Ángela — siguen ahí apostadas, la una mirándose con desgana las uñas y la otra medio dormida. El tipo de la tele se ha debido de dar por vencido, porque no lo ve. Algo es algo.

—Le preguntaba por su hermano...

—Sí, cómo no, mi hermano. No sabemos nada de él. Supongo que se habrá olvidado de que lo esperábamos aquí el sábado y andará por cualquier sitio, con el teléfono desconectado, por supuesto, porque los móviles son una cárcel y otras ridiculeces de la misma índole. Leo es así, siempre lo ha sido.

—Ajá.

—¿Algo más? Mi hermana me está esperando.

La puerta de la cocina sigue cerrada y Ángela estará haciendo de las suyas. De las dos copas de Martini no quedará a estas alturas ni las cáscaras de naranja.

—Sí, claro; no pretendo entretenerlos. Simplemente le adelanto que hay un par de pequeños detalles que les convendría conocer. De ahí mi interés por reunirlos lo antes posible. Es algo que concierne a todos, claro.

—Estoy en ascuas, señora Miranda, y supongo que no me puede

adelantar nada.

El tono de la juez es demasiado melifluo y Tomás decide sentarse, algo le dice que lo va a necesitar. El sofá es el mismo que hace veinticinco años y se hunde bajo su peso. Tiene el culo casi pegado al suelo y desde esa altura puede ver las patas del piano, la alfombra de color granate con motivos orientales y, al fondo, uno de esos comederos vacíos que hay por toda la casa. ¿Dónde estarán los gatos? Porque es lo que le faltaba a Mariana para completar el cliché, alimentar y cuidar ella sola a media docena de gatos.

—Creo que le hablé el otro día de los pasos que debemos seguir en casos como este —le recuerda la juez.

—Me habló, me habló. Fue usted muy didáctica. Aunque le repito que yo también estudié leyes y conozco los protocolos.

—Bien, me encanta hablar de tú a tú. Si lo he llamado es porque tenemos los informes preliminares de las autopsias, y, si le soy sincera, nos ha extrañado que nadie de su familia se interese por la cuestión.

Esta vez es Tomás quien guarda silencio. Recuerda muy bien esa alfombra granate en la que el estampado parece el fondo de un caleidoscopio, la casa vacía salvo la eterna inquilina del torreón, el violonchelo sonando junto a la alberca en una tarde de mitad de agosto.

—Supongo que se hace cargo del difícil momento que vivimos —objeta él después, cuando vuelve a centrarse—. Estamos muy alterados, como ya imaginará. A Ángela ni se le ha pasado por la cabeza preguntar por eso, y yo he dado por supuesto que no hay nada distinto a lo esperado.

—Pues el caso es que sí que ha habido alguna sorpresa, señor Salcedo.

—¿Y bien? Soy todo oídos. Quizá lo más sensato es que me diga ahora lo que me tenga que decir y que luego yo lo hable tranquilamente con Ángela. Entre nosotros, señora Miranda, mi hermana no está ahora para más revelaciones.

—¿Por dónde prefiere que empiece?

—A qué se refiere.

—A que tenemos dos sumarios abiertos.

—Dos sumarios.

—Eso he dicho.

—Un suicidio y un accidente de tráfico, lo segundo por una negligencia mía que asumiré con todas las consecuencias. No creo que sea necesario exagerar.

—A veces las cosas no son lo que parecen.

Tomás se revuelve, maldice en silencio e intenta mantener la calma. En los últimos tres días, ha revisado lo sucedido más de mil veces, cada movimiento, cada decisión. No entiende qué se le puede haber escapado.

—Si lo que pretende es ponerme nervioso, le aseguro que lo está consiguiendo. ¿Podría ir al grano, por favor?

—Su madre falleció durante la mañana del viernes, apenas una hora antes del accidente. Sobredosis de Seconal, un potente barbitúrico.

—Eso ya lo daba por supuesto. Vi las pastillas en la mesita de noche. ¿Dónde está la sorpresa?

—Para empezar, los barbitúricos están casi en desuso desde hace años por sus muchos riesgos y contraindicaciones. Su utilización hoy en día es exclusiva del ámbito profesional, quiero decir que ni siquiera se recetan. Ayer estuve hablando con el neurólogo de su madre y me aseguró que ella, faltaría más, no los tenía prescritos. Así que, para que llegaran a la mesilla de noche que usted menciona, alguien los tuvo que adquirir en algún sitio no del todo legal, ya que comprarlos en una farmacia es completamente imposible.

—Ya veo...

—Por si fuera poco, y siempre según el neurólogo, los momentos de lucidez que tenía su madre eran muy escasos, y sobre todo muy breves; de manera que dar por supuesto que el viernes se despertó de su letargo y, en cuestión de minutos, tomó la decisión de ingerir medio bote de pastillas y, además, reunió el coraje para hacerlo, es mucho suponer.

—Usted no conocía a mi madre. Era una mujer capaz de muchas cosas.

—No, no tuve el placer. A quien sí conozco, y bien, es a la unidad de identificación de la Policía. Se han analizado las huellas que había tanto en el bote de Seconal como en el vaso y la botella de la mesita, y...

—Y ahora me va a decir lo que sea, y lo que sea no me va a gustar.

—Lo que le voy a decir es que solo hay huellas de su hermana Mariana, por todas partes. Su madre no tuvo absolutamente nada que ver con lo que ocurrió.

Tomás traga saliva y piensa. Hay algo que se le empieza a escapar de las manos.

—¿Está poniendo en entredicho el buen hacer de Mariana? ¿La está acusando, quiero decir?

—Yo ni acuso ni juzgo. Como usted bien sabrá, no es ese mi cometido. Me limito a dirigir la investigación y substanciar el sumario. No olvide que soy solamente una humilde juez de instrucción.

No lo olvida, claro que no lo olvida.

—¿Y esto nos lleva a...?

—A seguir con los sumarios. En cuant o al suyo, esta misma mañana lo he enviado a quien corresponde y estoy a la espera de una respuesta.

No le gusta suplicar, y menos aún a una mujer; pero no le queda otra.

—¿Y no sería mejor un juicio de esos rápidos por accidente de tráfico, aquí mismo y esta misma semana? Le he dicho antes que asumiré las consecuencias, y habrá menos líos para todos, creo yo.

—Pensaba que había estudiado leyes, senador. Yo de usted revisaría sus apuntes, porque las leyes están para algo y nuestro deber es acatarlas y obrar según sus dictados.

—En cualquier caso... —Tomás carraspea y traga un poco de saliva—; en cualquier caso, no tenemos más sorpresas, ¿verdad?

La puerta de la cocina se abre y la expresión que aparece en la cara de Ángela es clara como el agua: termina ya. Tiene la copa vacía en la mano y parece dispuesta a sentarse a su lado, a hundir su culito en el sofá y entretenerse con la geometría de la alfombra.

—Me temo que sí —dice tranquilamente la juez—, alguna otra sorpresa sí que hay.

Ángela no se acerca, pero tampoco se va. Y Tomás no quiere que escuche.

—Si le parece, seguiremos hablando en otro momento. Mi hermana se impacienta...

—Seguiremos, claro que seguiremos.

Cordial despedida. Como debe ser. Ambos son servidores públicos. Personas razonables y generosas. Al ir a colgar el auricular, Tomás repara en que le tiembla la mano.

—¿Algún problema? —pregunta Ángela.

—No, ninguno. Trámites y más trámites.

—Pues quién lo diría, se te ha puesto una mala cara que para qué.

Ángela sigue de pie, y, mientras le habla, acaricia la madera oscura y rugosa del bargueño. Un bargueño cubano de hace dos siglos. A su madre le espantaba, pero ahí sigue, presidiendo el salón.

—Es la chica esta —se excusa Tomás—, la juez de las narices. Se cree más lista que nadie y ha acabado sacándome de quicio. Si sigue así, acabaré en el Tribunal Supremo. ¡El Supremo! ¿No te das cuenta del despropósito? Ha sido un accidente..., un accidente y ya está.

Su hermana lo mira con expresión indescifrable. Qué pensará de todo

esto. Lleva puesto el mismo conjunto del primer día: falda ajustada y chaqueta, blusa clara, zapatos abrochados a la altura del tobillo. Tomás supone que, antes de salir, subirá a maquillarse. Está triste y se le nota, aunque ella se esfuerza, y mucho, por disimular. Ayer la escuchó llorar encerrada en su cuarto. Ni siquiera cenaron, habían comido a mediodía lo que les trajo Bernabé y por la noche ninguno de los dos tenía hambre.

—Deberíamos picar algo, ¿no crees? —dice Tomás después, cuando la mirada de Ángela empieza a incomodarlo—. La tarde va a ser dura.

—Me parece bien. ¿Lo preparas tú? A mí se me da de pena cocinar.

—Voy a ver qué encuentro por ahí. Seguro que Mariana tenía previstas cositas ricas para lo del sábado. Si te digo la verdad, desde que he llegado no he abierto la nevera. ¿Te has fijado en cómo suena? Parece el rugido de un dragón.

Entran de nuevo en la cocina. Tomás se quita la chaqueta, la deja doblada sobre una silla y abre el frigorífico. Está lleno, lleno a reventar de gruesos manojos de espinacas. Los hay verdes y frescos como recién cortados y otros con las hojas mustias, algunos casi podridos. Espinacas. Espinacas y nada más. A Ángela se le ha descolgado la mandíbula.

—¿El menú de la fiesta? —dice—. Imagino que en tu honor.

Él se ha ido a la esquina opuesta, lo más lejos posible de la nevera. Puta loca. Qué coño es esto.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

En el salón está Leo y, además, no está solo. Su acompañante lleva una mochila a la espalda, greñas hasta los hombros y toda la pinta de alimentarse a base de botes de proteínas.

—Siento el retraso —dice su hermano con esa sonrisa tan suya. A Tomás le encantaría acercarse y darle un par de buenas hostias—. Os presento a Joaquín. Joaquín es..., es un amigo. Se quedará por aquí estos días. —Luego señala hacia arriba con el dedo y acto seguido hace la pregunta—: ¿Qué tal las chicas?

Ángela se ha llevado la mano derecha a la frente y se ha apoyado en el respaldo del sofá, y él ha dejado escapar un resoplido y ahora mira el suelo de madera, los rodapiés, las zapatillas de deporte comidas de mierda que llevan Leo y su amigo.

—¿Se puede saber qué os pasa? —continúa preguntando Leo en vista de que nadie responde —. Menudas caras. En la puerta están Bernabé y Roberto y ni me han saludado. Cualquiera diría que os vais de funeral.

NUEVA
PRINCIPIOS DE JULIO DE 1980

Roberto ha estado recibiendo cartas a razón de una por mes. La primera llegó a mediados de septiembre y la última hace dos semanas. Al principio no les hizo mucho caso, eran las cartas de una niña caprichosa que recordaba el verano con nostalgia porque se aburría en Madrid. Luego, conforme fue pasando el tiempo, Roberto empezó a esperarlas con anhelo. Con esas cartas volvían los recuerdos de un mundo que había perdido y que, aunque se empeñaba en negarlo para que su padre no sufriera, echaba de menos. El ruido del tráfico, la estridencia de los autobuses que aparcaban frente a su casa en la calle Colegiata, los cines abarrotados de la Gran Vía, el chocolate y los churros de los sábados. Y a sus amigos, claro, a sus compañeros del instituto San Isidro de los que no ha vuelto a saber nada, al señor tan simpático que le revelaba las fotos en la calle de La Bolsa, a la chica que tanto le gustaba y que solía ver parada delante de Caramelos Paco, una tienda de golosinas de la calle de Toledo. Ahora su vida es mucho más tranquila, y menos interesante. Durante todo el invierno, se ha despertado con los gallos para poder coger el autobús que va a Llanes, pasar el día en el instituto y volver a casa a media tarde. Luego, deberes y exámenes y algunas fotografías en los ratos libres, y vuelta a empezar. Y además estaba el tiempo, ese cielo siempre gris y esas lluvias casi diarias, las tormentas, el viento que golpea el acantilado, a veces con tanta fuerza que hace temblar el torreón de la casona. Por si fuera poco, los escasos amigos que ha ido haciendo a lo largo del curso no viven en Nueva, sino en el propio Llanes o en otros pueblos cercanos que él ni conoce. Son amigos demasiado recientes que, salvo en las horas de clase, nunca ve. De modo que, durante estos largos nueve meses, solo ha tenido las cartas. En ellas, Ángela, con una bonita caligrafía de colegio de monjas, le ha ido contando sus progresos con el violonchelo, las peleas con Mariana o con Tomás, las rencillas que tiene con sus amigas y otros detalles sin ninguna importancia que a Roberto, encerrado en lo que fue un cobertizo y rodeado de prados y borrascas, le han acabado alegrando las tardes. Era su

padre quien las recogía en la oficina de correos después de dejarlo a él en la parada de autobús a primera hora de la mañana. La vuelta desde el pueblo, en cambio, siempre la ha hecho a pie, caminando un día tras otro por el camino de tierra que conduce a la casona, tanto si tronaba y llovía, como si no.

—No puedo estar pendiente de ti —le decía su padre—, el autobús nunca llega a su hora y yo aquí tengo mucha faena; bastante hago con no obligarte a trabajar durante el curso.

A lo que sí le obliga es a que estudie. Y no es que a Roberto no le guste, más bien al contrario; pero para su padre los estudios son otra cosa, son algo importante, casi un asunto de honor.

—Tienes que estudiar y hacer una carrera, ya veremos cómo nos apañamos mientras tanto. No quiero que termines como yo.

El dinero no les sobra, aunque, de momento, eso no es un gran problema porque allí hay muy pocas oportunidades de gastar. La habitación de fotografía quedó pospuesta para el curso que viene y, a cambio de esa promesa incumplida, su padre le ha costeado los carretes y su posterior revelado en Llanes. El problema es que ya no encuentra nada que fotografiar. A Flor la tiene muy vista, y los paisajes de Nueva son preciosos pero acaban cansando, porque siempre son los mismos. Por eso se alegró tanto cuando hace unos días por fin llegó la familia, y la casona volvió a abrirse y el verano empezó de verdad. La otra novedad en su vida es que ahora se paga él mismo los gastos de las fotos gracias a que su padre le ha buscado un trabajillo en una de las tiendas de comestibles del pueblo. Una tienda que no es ni grande ni pequeña y que se llama así: «Tienda de Comestibles ». Roberto va allí por las mañanas para ayudar a descargar las mercancías, colocarlas donde haga falta y hacer cualquier otra cosa que el tendero le mande. Es el mozo, el mozo para todo, y tampoco está mal. Las tardes las tiene libres y por eso pudo ayudar a preparar la casona antes de que la familia llegase. Así los llama su padre: la familia; y así los llama él. Flor parecía que se olía algo , porque estaba todavía más rara que de costumbre, pegada a ellos mientras limpiaban o de pie junto al piano, quieta como una estatua hasta que la obligaban a volver a casa porque era la hora de cenar. Roberto le ha estado leyendo las cartas en voz alta durante todo el invierno, las mismas cartas una y otra vez. Flor se acercaba a cualquier hora al cajón de su cuarto donde él las guarda y se quedaba allí, inmóvil y con los ojos fijos en el tirador de cobre, esperando escuchar las noticias de esa familia cuya ausencia tanto se notaba. Cuando Ángela

mencionaba a Mariana en alguno de sus párrafos, la cara de Flor adquiría un color distinto; y aunque no sonreía, porque Flor no sonríe, era como si lo hiciera. Desde que llegaron el otro día, Mariana y ella andan siempre juntas. Mariana le toca algo al piano o le habla y Flor no responde, claro, pero a ninguna de las dos parece importarle. Se las ve contentas. Su padre dice que la aparición de Mariana en sus vidas ha sido como una bendición.

Lo de Ángela es distinto. Menuda es. Todavía se acuerda de la cara que puso cuando, apenas se apeó del coche, lo vio en la puerta de la casona. Y es que él no ha contestado ninguna carta. No había nada que contar y, además, tampoco quería entrar en su juego. Es demasiado niña y a veces se pasa de impertinente, y, por si fuera poco, Tomás se partiría de risa si se enterase de que hay algo entre ellos. Para Tomás, sus hermanas no existen, y con el pequeño Leo le pasa más o menos lo mismo . Es raro, porque para él, su hermana Flor es lo más importante que hay y habrá siempre en el mundo. Todos somos diferentes, piensa, y Tomás es como es. El verano pasado, por ejemplo, Tomás llevaba a las gemelas a la playa porque no le quedaba más remedio y luego las dejaba ahí, tumbadas en la arena con Flor, y le decía a él que menuda tabarra daban y que anda, Rober, vamos a ver si hay alguna tía buena en el agua, nos acercamos haciéndonos los despistados y tocamos lo que sea. Las manitas. Una teoría muy suya: cuando la mar está brava, todos acabamos revolcados en el rom peolas, y ese es el momento de meter las manitas. Las ideas de Tomás van siempre ahí. A las manitas. A él también le gustan mucho las chicas, pero no ve las cosas de ese modo. Este año, sin embargo, Tomás ni siquiera hace el esfuerzo de bajar a sus hermanas a la playa, y a él, cuando las ve chapoteando en la alberca sin ninguna gana de hacerlo, le dan un poco de pena.

Lo peor de este asunto es que Ángela, desde que llegó, ni le habla ni lo mira a la cara. En la última carta ya se lo advirtió: o contestas a esta, o para mí estás muerto. Ella escribe así. No se anda por las ramas. Y, ahora, él no sabe qué hacer. No es que Ángela le guste, no. Con lo cría que es y lo resabiada. Aunque debe reconocer que el verano pasado le hacía gracia tenerla siempre pendiente de si se había ido al pueblo con Tomás, de si estaba en casa, de si volvía de la playa o si bajaba. Ayer intentó hablar con ella y fue imposible. Se le ocurrió preguntarle que por qué no practicaba fuera como antes, como cuando sacaba el chelo al jardín y pasaba ahí toda la tarde. Estaba sentada en la alberca, tirando piedras al agua, y él se acercó por detrás sin hacer ruido y le hizo la pregunta. Ángela ni se

inmutó. Tiró un par de piedras más y después se levantó y entró en la casona. Poco después, salió Mariana.

—¿Qué haces aquí?

—Nada, aburrirme. He quedado con tu hermano para dar una vuelta en la moto, pero no aparece.

—Está hablando por teléfono con papá. Llevan ya un buen rato.

Entonces se le ocurrió. Los visillos del salón no paraban de moverse y Roberto supuso que Ángela estaba ahí, observando desde detrás lo que pasaba.

—¿Has montado alguna vez en moto?

Mariana abrió mucho los ojos y dejó escapar una risita.

—La moto es de Tomás, ¿no?

—Sí, pero la compartimos. —Lo cual no es verdad. Tomás le pidió que la cuidara durante todo el invierno, pero que ni se le ocurriese sacarla si él no estaba.

—¿Y dónde quieres llevarme?

—Podemos ir al pueblo y volver, no tardaremos mucho.

Mariana no se lo pensó dos veces y dijo que sí. La moto estaba allí mismo, bajo el sauce, y al arrancarla, Roberto miró de reojo los visillos. Ayudó a Mariana a subirse y le colocó las manos alrededor de su cintura: agárrate bien, que no estás acostumbrada.

Era una tarde soleada de sábado y la calle principal de Nueva estaba llena de vida, las terrazas repletas, grupos de amigos que bebían entre grandes carcajadas, parejas que paseaban tranquilamente.

—Es un pueblo muy bonito —dijo Mariana cuando aparcaron—. Nunca había venido.

Roberto iba a preguntar por qué, pero se arrepintió al instante. Conocía la respuesta. Esas dos niñas tan finas y ricas pasaban el verano como dos descarriadas. Sabía por Tomás que la madre apenas bajaba del torreón, y que el padre era un ser omnipotente que no se movía de Madrid pasara lo que pasara.

—Demos una vuelta —le propuso—. Así lo ves.

—¿Crees que Tomás se enfadará si tardamos?

—¿Tomás? No, no lo creo. Ya te he dicho antes que compartimos la moto. Habíamos quedado para ir esta noche a Ribadesella porque hay fiestas, pero todavía es pronto.

—¿Y pensáis ir en este trasto?

Mariana empezó a caminar sin rumbo fijo y a los pocos segundos se

volvió para mirarlo con expresión decidida. La situación era muy curiosa. Contra todo pronóstico, era ella quien dirigía y lo hacía de un modo incuestionable, dejando claro que en aquel momento la única opción posible para Roberto era seguirla allá donde sus pasos la llevaran. Iba vestida con unas bermudas verde pálido y una camiseta de manga larga e idéntico color, bailarinas con un lacito delante y el pelo sujeto con la misma cola de caballo que casi siempre lleva su hermana. Cuando están juntas, es imposible confundirlas. La mirada voluntariosa y desenvuelta de Ángela contrasta vivamente con el aire siempre alicaído de Mariana, de modo que los rasgos de ambas, aun siendo los mismos, difieren en lo esencial. Sin embargo, al observarla ayer, al ver esa coleta oscilando con insolencia por las calles de Nueva, Roberto no las vio tan diferentes y se preguntó si Mariana no era en el fondo otra cosa, si bajo la apariencia sumisa que mostraba cuando estaba cerca de su familia no había algo más inquietante y distinto, algo imposible de prever o adivinar.

—¿De qué hablas cuando estás con Flor? —fue lo que acabó preguntándole un poco más tarde, cuando ella se detuvo en la iglesia para mirar la hora en el reloj de la torre.

—Y a ti qué te importa. —Giró el cuello como si le acabase de picar una avispa y después se dispuso a entrar en el edificio—. Voy a rezar un rato. Mi madre no quiere traernos y yo lo echo de menos. No es que crea mucho, no te vayas a pensar, pero es lo que hago a diario en el colegio y ya estoy acostumbrada. ¿Vienes?

—No, te espero fuera.

Nunca entra en esos sitios porque le provocan una tristeza extraña, una nostalgia más bien. Era su madre quien los llevaba cada domingo a San Pedro el Viejo, una iglesia muy antigua que había cerca de casa. Desde que ella no está —y va ya para ocho años—, ni Flor ni él han vuelto a ir a misa porque a su padre la religión no le interesa. Ocho años. Y cuánto la echa de menos. Seguía pensando en su madre cuando lo vio aparecer al fondo de la calle, corriendo con trote suave, vestido con un pantalón de deporte y una camiseta a todas luces sudada. Emilio también lo vio a él y, después de apartar la vista, cruzó de acera. No era la primera vez que ocurría algo similar.

—No seas capullo y haz el favor de pararte —le dijo después de lanzarse como un jugador de rugby y chocar con su espalda, bromeando, buscando la complicidad perdida.

—Perdona, no te había visto —mintió Emilio, y él no se lo reprochó.

Los malentendidos no suelen tener un único culpable.

—¿Qué es de tu vida? No hemos vuelto a saber nada de ti desde el año pasado.

—Mucho trabajo, como siempre. —Estaba nervioso, los dos lo estaban —. Y luego empezó el curso y me marché, y hasta ahora no he parado de estudiar.

Todo eran medias verdades que ambos aceptaban. Si no supieron nada de él fue porque Tomás no quiso perdonarle lo de Gijón tan fácilmente, y porque Emilio dejó la moto reparada en la casona y después se lo tragó la tierra. Según Tomás, fue su madre quien se encargó de pagarle escrupulosamente lo que le debían. Durante el puente de los Santos, Roberto fue a buscarlo con la intención de recuperarlo como amigo, pero Emilio estaba muy ocupado y no podía atenderle, o eso fue lo que le dijo el padre en la puerta del taller. No insistió, pero regresó a casa entre abatido y atónito. En Navidad ni siquiera lo intentó, él también tiene su orgullo.

—He venido en la moto con una de las hermanas de Tomás —le explicó —. Estamos dando una vuelta. Por cierto, va como un tiro desde que la arreglaste.

—Me alegro.

—¿Mucho trote? —Señaló las manchas oscuras de las axilas y sonrió.

—He llegado a Gulpiyuri. Unos cinco kilómetros de ida y luego la vuelta.

—No está mal. Un día podíamos salir juntos.

—Sí, claro..., cualquier día de estos...

—¿Qué es eso de Gulpiyuri?

—Una playa de por aquí, una playa interior. Acércate un día, merece la pena. Oye, te dejo. Tengo que seguir o acabaré enfriándome.

—Vale, vale.

Y Emilio continuó corriendo sin que él tuviera la oportunidad de decirle lo que pensaba, que lamentaba lo ocurrido, que a Tomás aquello del cine ya se le había olvidado y que por qué no volvían a quedar los tres, esa misma noche sin ir más lejos, podían ir juntos a Ribadesella y divertirse un poco en la verbena.

—¿Lo conoces? —Mariana había terminado de rezar y estaba a su lado —. A ese que corre, digo. Estabas hablando con él.

—Sí, es el hijo del mecánico.

—Ah, claro, por eso estuvo en casa el otro día.

—¿Cómo dices?

—Al Citroën de mamá le pasó no sé qué en el viaje y ese chico vino a arreglarlo.

—¿Estuvo Emilio en la casona?

—Sí, y al día siguiente, también. Nos cruzamos en la galería, cuando él bajaba del torreón. Me dijo que el coche estaba ya listo y que mamá le acababa de pagar. Yo no le había preguntado nada, ya ves tú, como si a mí me importara quién sube o baja de ahí arriba.

Se quedó callado y pensando en si Tomás habría visto a Emilio, hasta que Mariana le propinó un empujoncito:

—Y ahora vámonos o se hará tarde. Espero que Tomás no proteste cuando lleguemos.

Desde la cima de la colina pudieron verlos a los dos. Tomás con los pies descalzos dentro de la alberca y Ángela bajo el sauce, tocando el violonchelo. La música llegaba hasta ellos a pesar del ruido que hacía el motor de la moto.

— El cisne —apuntó Mariana—. Menuda cursi.

—Qué mal os lleváis, ¿no? —le preguntó después, mientras bajaban al ralentí por la cuesta.

—No, eso no es cierto. Solo que, si ella puede burlarse de mí, yo también me burlo de ella.

Tomás estaba de muy mal humor. No le había gustado que cogiese la Vespino sin su permiso y menos para pasear a su hermana. A Mariana le dijo que ya hablarían ellos más tarde, y a él que no irían a ninguna verbena: no sé qué te has creído, chaval, espero que no se repita. Mariana entró en la casona sin una pizca de esa frescura desconocida que apenas media hora antes había desplegado en Nueva. Y Ángela siguió tocando con la mirada puesta en el infinito, moviendo la coleta al compás de la música y ajena a todo, como si en ese jardín solo estuviese ella, ella y nadie más.

—Qué bien suena —le dijo casi en un susurro—. Tu hermana me ha dicho el nombre de lo que tocas. Hasta el título es bonito.

Ángela no contestó. Acabó la pieza, recogió el atril y después desapareció. Roberto se quedó sentado en el banco que habían instalado ese invierno debajo del sauce y al rato, al comprobar que nadie salía, se fue también a su casa. Allí, Flor se mecía en la butaca y su padre le preguntó si finalmente no daría una vuelta con Tomás. No. No iba a hacerlo. Sus expectativas para el verano empezaban con muy mal pie. Había estado soñando durante meses con ese primer sábado en compañía, y ahora era evidente que lo iba a pasar solo. Por eso no ha podido dormir en toda la

noche, porque ha estado pensando cómo hacer las paces con Tomás y cómo arreglar lo de las cartas. Lo primero es muy sencillo, bastará con pedir perdón y reconocer que no ha obrado correctamente; a fin de cuentas, la moto no es suya. En cuanto a lo otro, ya se le ocurrirá algo, algo a lo que Ángela no pueda negarse y le permita a él tomar la iniciativa. Flor tampoco ha debido de dormir bien porque acaba de entrar en su cuarto y ya está mirando fijamente el cajón del escritorio. Qué boba es en ocasiones. ¿Acaso no sabe que, desde hace unos días, Mariana vive ahí al lado?

LLANES (ASTURIAS)
30 DE SEPTIEMBRE DE 2003

Ángela lleva más de media hora esperando, así que se va a pedir otro vino. Y con este, van tres. Pues claro, y por qué no. España tiene esos privilegios: poder beberte una copita de vino blanco en una terraza sin necesidad de acompañarla de algún plato pantagruélico que serás incapaz de terminarte, como mucho unas aceitunas aliñadas o unas patatas riquísimas acompañadas de un boquerón. No, lo del vinito y la tapa no ha llegado todavía a Connecticut. Qué delicia. Ahora espera que el camarero sea imaginativo y le traiga una anchoa, por aquello de cambiar de sabor. Para colmo, se ha sentado sola y a nadie parece importarle, y esto , en Hartford, no se hace. Punto número uno: el vino en los locales públicos tiene un precio prohibitivo, y no quiere ni imaginar lo que podría costar allí un verdejo tan rico y tan bien servido como el que se está metiendo en el cuerpo. Punto número dos: lo de sentarse en un bar a la hora central del día con la única finalidad de no hacer nada de provecho, tampoco se da. Aunque ella no está aquí sin motivo. Si ha ido a parar a esa calle peatonal y un poco inhóspita de Llanes en vez de, ya puestos, plantar sus reales en una glamurosa terraza con vistas de las muchas que hay en el puerto, es porque esa cafetería está relativamente cerca del juzgado de instrucción, y porque es ahí donde Dolores Miranda la ha citado. Es una cita informal, ni declaraciones ni nada que se le parezca. Tan informal que Dolores solo se la sugirió, como también le sugirió que fuese ella a verla a Llanes en vez de lo contrario. Más íntimo. En Nueva hay demasiada expectación. Y mejor si no lo comentaba con nadie.

—¿Comentarlo? ¿A qué se refiere? —El oficio había terminado y estaban en una esquina solitaria del tanatorio. La juez se las había apañado para apartarla un segundo de la asombrosa multitud que acudió al funeral.

—A nada, a nada concreto. Aunque preferiría que la cita quedase entre usted y yo. Quiero decir que..., que es mejor que su hermano no lo sepa.

—Mi hermano Tomás, entiendo. Porque tengo dos.

—Así es, con el pequeño ya he quedado mañana a la misma hora. En el

juzgado estamos hasta arriba y tengo que tirar de ratos libres.

—Pero... ¿pasa algo? —A Leo también lo había citado, y a una hora diferente. Venga, Dolores, a quién pretendes engañar.

—En absoluto. —La respuesta fue categórica. Una chica con carácter. No le extrañaba que Tomás tuviera sus más y sus menos con la juez—. Simplemente, me gustaría hablar con usted de manera extraoficial en un entorno tranquilo, lejos de la presión que hay en Nueva; nada más.

Aun así, raro era. Y mucho. Tanto la cita de este mediodía como todo lo demás. La aparición inesperada de Leo no fue más que el preludio de otro montón de sorpresas. Leo, qué divino. Hay que reconocer que su llegada tuvo una calidad escenográfica de primer orden: desaliñado en la puerta en un momento más que inoportuno, a por uvas completamente y en tan buena compañía. Bravo. Su reacción, en cambio, todavía le sobrecoge. Tomás no se anduvo por las ramas y Leo, mientras escuchaba las últimas noticias, se fue doblando en dos poco a poco y luego empezó a llorar como un niño, al principio suavemente y después con hipidos y sollozos gordos, a lo que sumó, segundos más tarde, una intensa mocarrera. La escena la perturbó de una manera muy íntima. Su madre hizo bien poco por ellos, pero al menos se preocupó —Dios la bendiga— de educarlos a la inglesa: que os quede claro, lo de mesarse los cabellos y sufrir a chorros delante del prójimo es de una vulgaridad espantosa. Aprendida como tienen la lección, ni Tomás ni ella se acercaron a consolarlo. Lo dejaron ahí hasta que se calmó, azorados ambos y confundidos, pero inmóviles, evitando mirarse a la cara porque era mejor presenciar aquello impertérritos, como si no estuviese pasando. Aunque quizá ese no mirarse tuviese raíces más turbias, y mucho menos clasistas, de lo que le gustaría admitir: el sufrimiento de Leo era tan palpable que a su lado se podía calibrar el propio, y era mejor evitar comparaciones. Ahora que lo piensa, ¿cómo es posible tanto dolor? ¿Tan cerca estaba de ellas? ¿Acaso no era verdad lo de que en su desastrada familia cada uno vive su vida en la distancia, intercambiando con los demás la dosis justa de afecto y nada más? Pobre Leo. Es increíble lo poco que sabemos los unos de los otros. El tiempo los ha convertido en cuatro líneas divergentes o más bien en cuatro compartimentos estancos. El chico con el que ha venido estaba también patidifuso. En menuda se ha metido. Un par de polvos y fíjate tú dónde acabas, guapetón, en medio de un funeral cantado y multitudinario.

Porque lo del funeral tuvo bemoles. Quién nos lo iba a decir, Mariana, hemos pasado media vida sin hacerte el menor caso y resulta que eras tú, y

solo tú, la que ha acariciado la cima de la fama. Impresionante. La cara que puso Tomás al llegar al tanatorio también es digna de mención. Era lo que le faltaba después del susto de la nevera. Leo y el de los rizos castaños se instalaron en los asientos traseros del coche que Tomás había alquilado, recién duchados y cambiaditos de ropa porque Tomás decidió —con muy buen criterio, eso nadie lo niega— que con esas pintas no podían ir a ningún sitio. Les prestó un par de pantalones y dos camisas almidonadas y ahí detrás iban los dos, como dos pinceles. Leo hecho un mar de lágrimas y el otro —¿cómo se llama, por cierto?— sin decir esta boca es mía. Cosa que se entiende. Total, qué iba a decir.

En cuanto lleg aron a las proximidades del tanatorio, empezaron a oler a chamusquina. Porque, o a medio Principado le había dado por estirar la pata al mismo tiempo, o allí había coches de más. Aparcaron después de dar varias vueltas y, una vez dentro, se toparon en primer lugar con la prensa, representada por tres periódicos de tirada nacional más todos los regionales, varias emisoras de radio y unas cuantas televisiones; luego, con la mucha gente afligida que inundaba los pasillos; y, al final, con el encargado del negocio, que tuvo el detalle de reservarles el primer banco de la capilla y acompañarlos hasta allí para que tomaran asiento. Ni Tomás ni ella lo podían creer. Las condolencias que iban recibiendo mientras entraban daban buena muestra de lo ilustre que era Mariana en la zona. «Qué fatalidad». «No saben cuánto lo sentimos ». «Mi hija empezó con ella y ahora está acabando la carrera». «Ha hecho una gran labor». «Nunca la olvidaremos». Cuando llegaron los féretros desde ese frío y oscuro lugar donde los tenían escondidos desde el sábado —Tomás había prohibido toda actividad que pudiera asemejarse a un velatorio—, una buena parte de los congregados entonó a cuatro voces, ni una más ni una menos, un dignísimo Salmo 23: *El señor es mi pastor, nada me falta.* El coro de Nueva al completo estaba allí, dispuesto a despedir a Mariana como Dios manda: *en verdes pastos me hace descansar.* Leo sollozaba a su lado, *jun to a tranquilas aguas me conduce,* y ella misma, a pesar de la educación inglesa, también lloró lo suyo. Al terminar, todos y cada uno de los asistentes quiso dar el pésame a la familia, aunque la mayoría —fue público y notorio— lo que deseaba era ver de cerca al senador, y, de paso, soltarle alguna pullita. Hubo de todos los tipos, en los funerales no suele faltar mala leche: qué accidente tan tonto, ¿no cree, senador?, o, no me puedo ni imaginar cómo debe de sentirse, o, cargar con algo así de por vida no debe de ser nada fácil. Bien, sin ánimo de generar polémica, Tomás se lo ha ganado a pulso. El puto

freno, joder, a quién se le ocurre. Pero él es fuerte y aguantó la embestida, miró a todos como si no se hubiesen duchado en un mes, y luego tuvo los arrestos de atender educadamente a la prensa. No le quedaba otra. Él también es famoso a su manera. Fue ese el momento que aprovechó la tal Miranda para llevarla a un rinconcito y hacerle ciertas proposiciones. Así que esta mañana, ella ha cogido el tren de las once y veinte y allí está, bebiendo un verdejo tras otro, anchoa y patata frita incluida, mientras llega la tardona de la juez. *Me has ungido la cabeza con perfume, y has llenado mi copa a rebosar.* Precioso salmo, y qué bien lo cantaron.

El trayecto en el tren regional ha durado muy poco. Apenas veinticinco minutos de aldeas tranquilas y bellos paisajes cubiertos de nubecitas algodonosas. En ocasiones, y según el tramo, a lo lejos se unía el suntuoso verde de la tierra con el azul plata del mar. Oh. El compañero de viaje que le ha tocado en suerte le ha recordado a su viejo amigo exmormón. La misma manera de bufar y revolverse en el asiento y la misma obesidad mórbida. La mantequilla de cacahuete no es habitual por estos lares, pero los excesos de cachopo y fabada pueden conducirte también a situaciones adversas. Al pensar en el mormón, se le agria un poco la anchoa. Qué extraño . Todo parecía digno de broma durante aquel vuelo que ahora parece tan lejano. Todavía no sabía que había perdido a su madre, y a su hermana, y que mientras surcaba los cielos escuchando a Patti Smith, lo que de verdad importa se había ido al traste y ya no volvería nunca. Es difícil hacerse a la idea. Jamás pensó que sentirse huérfana sería algo tan abrumador y definitivo. Un islote a la deriva y ese tipo de metáforas. Basura. La literatura lleva siglos contaminándonos y ahora lo del islote nos parece normalísimo. Así que vamos a dejarlo. ¿No te parece, Mariana? La intensidad y las frases profundas siempre fueron cosa tuya. Te echaré de menos, hermanita, y me pregunto qué estarás tramando. Tú a mí no me engañas, lo sabes de sobra. Ni yo a ti.

—Lamento el retraso —le dice la juez. Qué susto le ha dado—. O nunca pasa nada o pasa todo junto. No hemos parado en toda la mañana.

—No se preocupe. Estaba aquí tan ricamente, tomándome un vinito.

—Pediré lo mismo —dice mientras se sienta—. Y nos tuteamos, si no te importa. Ya te dije que esto no tenía nada de oficial.

Claro, neni, nos tomamos aquí algo sin que se entere ni Cristo como dos buenas amigas, de las de toda la vida además.

—El camarero no saldrá si no le avisas. Muy espabilado no es.

Dolores hace un gesto: pura mímica, pero la mar de efectiva. A los dos

minutos tiene una copa delante, con el mismo líquido fresco y dorado que hay en la suya. Ahora que la puede observar con calma, sin la confusión de ayer, se da cuenta de que la juez es un poco más joven que ella, que es del tipo grandota pero bien hecha, y que podría ser fea hasta decir basta, porque tiene una cara exageradísima; y, sin embargo, la disposición de sus rasgos la hace atractiva de un modo muy singular. Y luego está la voz, una de esas voces graves y vibrantes a lo Marlene Dietrich. Lo que ella daría. Qué envidia me das.

—Pensaba que iba a tener tiempo para comer contigo —anuncia Dolores—, pero va a ser imposible.

—Pues si tienes tanta prisa, lo mejor será que vayamos al grano.

—Exacto. Y te lo agradezco. Si he querido hablar contigo a solas es por todo lo que ya te habrá contado tu hermano Tomás.

—¿Mi hermano? Mi hermano no me ha contado nada especial al margen de lo que ya sabemos, que no es poco.

—Ayer hablé con él por teléfono y lo puse al tanto de las novedades. Si no me equivoco, estabas también por allí.

—Te aseguro que no me ha dicho nada.

—Quizá no ha tenido ocasión.

—Puede ser. Después de hablar contigo apareció Leo y enseguida nos fuimos. Por la noche estábamos como estábamos y cada cual se refugió en su cuarto. Aunque esta mañana hemos desayunado juntos y...

—¿Le has dicho que venías a verme?

Qué pesada eres.

—Le he dicho que venía a Llanes porque necesitaba un poco de civilización, y lo ha entendido. Estar encerrados todo el día en ese sitio tan aislado nos acabará volviendo locos. Tengo el billete de vuelta el domingo y ya estoy contando los días.

—Vives en Estados Unidos, ¿no?

¿Es una pregunta? No me digas que has estado cotilleando por ahí.

—Así es. Desde hace casi quince años. El tiempo pasa rápido.

—Verás, y perdona si soy brusca —allá vamos—: los dos fallecimientos que nos ocupan entran dentro de lo que llamamos *causas no naturales* , y deben ser investigados.

—Me parece bien. ¿Dónde está el problema?

—El problema está en que los resultados de la primera autopsia no han sido los que esperábamos. Y los de la segunda, si me apuras, tampoco.

Entonces escucha una historia que parece sacada de un *thriller* de

sobremesa: pastillas de una marca que ni remotamente conoce, la opinión de un neurólogo, huellas de Mariana en lugares poco apropiados, atroces coincidencias.

—¿Me está diciendo que mi hermana organizó el suicidio?

—Los suicidios ajenos no se organizan, como mucho se pueden inducir; aunque tampoco es el caso. Me temo que el término jurídico es otro, y que suena peor.

La juez se queda callada, mirándola fijamente. El hecho insólito de que Tomás no haya compartido la noticia se acaba de sentar en la silla de al lado, como un invitado más. Un gato con el lomo a rayas corre que se las pela y se mete en el primer portal que encuentra abierto. Los gatos saben latín y los bucólicos cúmulos que ella divisaba desde el tren son ahora nubarrones negrísimos a punto de descargar. Se acabó la terraza. Será mejor que nos refugiemos.

El interior de la cafetería es oscuro, la mayoría de las mesas están vacías y ellas pueden elegir. Dolores se dirige al fondo, donde, sobre una tarima de madera, hay un piano vertical junto a una batería algo rudimentaria y un par de micrófonos. Vaya, vaya. De modo que están en uno de esos lugares donde se dan conciertos. Piensa en su chelo, en su banda y en sus chicas. Ay, Patti, *because the night* , qué lejos queda ahora todo aquello. Antes de sentarse, Dolores alarga la mano, la coloca en el teclado y hace sonar un acorde, uno de séptima disminuida, nada más y nada menos. Solo alguien que sabe algo de música puede hacer eso.

—¿Tocas?

—Un poco. Estudié de pequeña y luego lo dejé. Fue una de las promesas que me hice mientras preparaba la oposición. Si la sacaba, lo recuperaría. Este es mi primer destino y, nada más llegar, busqué clases particulares. Tuve suerte: Mariana era una maestra fantástica.

Se queda muerta. Esa es la expresión adecuada. Muerta. Recopila datos y respira hondo. No pasa nada. El mundo está lleno de extraordinarias casualidades y esta es solo una de tantas.

—¿Ibas a Nueva desde aquí para dar clases con Mariana? —Siendo sincera, y bastante malvada, semejante trajín es lo que más le extraña.

—Yo no vivo en Llanes. Soy de un pueblo de Navarra y me gusta el campo. Mi casa está en Bricia, al lado de Posada. —Hay un nuevo armónico en su voz, una especie de esquirla que la ha hecho aún más grave, pero menos firme. Dime, Miranda, ¿qué más quieres contarme?—. Ayer fui al funeral en calidad de alumna, no como juez. Y ahora,

¿volvemos a Tomás?

El camarero se acerca. No. No va a seguir bebiendo. Necesita tener la cabeza despejada. Dolores tampoco repite. Tal y como se preveía, ha empezado a llover.

—Hablábamos de mi madre, y de Mariana. Qué tiene que ver Tomás con lo que pasara entre ellas.

—No lo sé. Y de ahí este encuentro.

Que no es oficial. Una sencilla y amigable charla. ¡Ja! Ahora solo falta que saques la grabadora.

—Has dicho antes algo de una segunda autopsia. ¿Podrías explicármelo?

—Me gustaría, pero, como tú comprenderás, ahora mismo no puedo adelantarte nada.

—Vamos a ver, Dolores. —¿Sabes lo que te digo? Que hasta aquí hemos llegado—. Empiezo a pensar que me tomas por tonta. Está claro que has quedado conmigo, o me has citado, o como quieras llamarlo, para hablarme de Tomás. Y ahora, vaya por Dios, resulta que no puedes. —Aparta la silla hacia atrás y empieza a levantarse. Sigue lloviendo. Debería hacer cogido el paraguas—. Por otra parte, te recuerdo que Tomás es nada menos que mi hermano. No sé si me explico.

—Perfectamente, y te comprendo. —Dolores ha deslizado la mano por la superficie de la mesa y acaba de apretarle a ella la suya. Un apretón afectuoso, cómplice en algún sentido, de esos que indican que ahora viene lo bueno—. Solo quiero que sepas que Mariana y yo éramos amigas. Supongo que has tenido o tienes alumnos adultos y sabrás lo que pasa en las clases, que hablas de cosas.

—Qué tipo de cosas. —Está bien, me vuelvo a sentar.

Dolores suspira y cierra los ojos un par de segundos . Ha pinzado el pulgar derecho con dos de los dedos de su otra mano y ahora lo aprieta ligeramente. Lleva las uñas sin pintar, pero están sanas y brillan en sus manos grandes y cuidadas. La yema del dedo que aprieta se está poniendo blanca.

—Tu hermana estaba mal, imagino que no te sorprendo con la noticia. Muy mal, en realidad. Las depresiones crónicas tienen sus brotes agudos y me temo que este verano ha sufrido uno de ellos. Estuvo ingresada una semana, no sé si lo sabías. Luego se recuperó un poco, pero andaba muy nerviosa, no dormía bien y..., bueno, ya sabes..., lo que se hacía en los brazos iba de mal en peor.

—Sí que erais amigas, efectivamente. Mariana no hablaba de ese asunto con cualquiera. Y no, no sabía que había estado ingresada.

—Nos conocimos hace tres años. —Se queda pensando, sonríe con tristeza y libera el pulgar. La yema vuelve al color rosa—. Era una persona muy especial. En fin, qué te voy a contar que tú no sepas.

—Tan especial que, estando tan hundida como dices, va y organiza una fiesta.

—Así es.

—Y la mañana de la víspera, cuando todos estamos a punto de llegar, se despierta y decide que mejor no, que a la del cumpleaños ya es hora de darle pasaporte.

—Es una manera bastante peculiar de decirlo; pero sí, me temo que eso es exactamente lo que hizo.

—Hablo así porque me estoy cabreando. Siempre estuvo como una regadera, pero esta vez se ha pasado de la raya. ¿O no?

—Entiendo cómo te sientes.

Como vuelva a decir otra frase de ese tipo, le cruza la cara. Vaya que si se la cruza. Pero qué coño vas a entender tú cómo me siento, qué coño vas a saber tú. Las imagina solas en la casona. Un día y otro día y un mes y otro mes. Las noches de ventisca. Las lluvias y esa humedad que lo impregna todo. Una humedad que vive ahí y jamás se va. Qué te puedo decir, Mariana. Es verdad que me marché y lo abandoné todo. Te abandoné. Pero esto no se hace, esto es una putada grandísima.

—Hay todavía algo que te quiero preguntar —continúa la juez. Porque esta tía que tiene enfrente es una juez. Una juez de tomo y lomo. No debería olvidarlo—. Me gustaría saber si el sábado, cuando llegaste, viste o notaste algo; algo que te llamara la atención.

—Supongo que hemos cambiado de contexto, ¿no? Esa pregunta suena a diligencia sumarial.

—Un poco sí, lo reconozco. Digamos que me muevo entre dos aguas.

—Y en cuál estamos ahora.

—Me limito a instruir lo que me corresponde, que en este caso es todo lo relativo al..., al presunto suicidio de tu madre.

—O sea, que habla la juez.

Se miran. La juez Miranda asiente.

—¿Y Dolores? Qué piensa ella de todo esto.

—A Dolores, hay algo por ahí que no le encaja. Pero eso no tiene por qué salir de este piano bar.

—Trato hecho. Vayamos entonces a la pregunta, señora Miranda. Doy por supuesto que estoy obligada a responder.

—Tanto como obligada, no. Puedo citarte en el juzgado otro día si lo prefieres, pero ya que estamos... Aunque también te digo que deberías pasar luego a solicitar los informes de las autopsias. Estás en tu derecho, y es importante que los leas.

Varias imágenes acuden en fila a su mente. Ordenadas y erguidas como soldados. Por la razón que sea, hay una que descarta de inmediato. No. De momento, lo de Tomás con la cabeza metida en el armario del torreón, no te lo voy a contar.

—Las espinacas.

—¿Cómo?

—Mi hermano es alérgico a las espinacas y ayer, para nuestra sorpresa, nos encontramos con que en la nevera no había otra cosa. Manojos y manojos de espinacas y nada más. Parecía una broma, y de muy mal gusto, por cierto.

—Una broma, dices.

—Tomás tuvo un episodio a los quince o dieciséis años que casi se lo lleva por delante. Bebió de un vaso en el que habían caído unas hojitas y, si te digo la verdad, yo siempre he estado segura de que fue Mariana quien se las puso ahí. Cosas de críos. De pequeñas nos llevábamos muy mal con él y a veces le gastábamos ese tipo de... bromas. Aunque él tampoco se quedaba corto con nosotras, no creas.

—Y dices que Mariana tenía pensado recibirlo así. Curiosa bienvenida, ciertamente. ¿Algo más?

—No, nada digno de... Bueno, ahora que lo pienso... —Qué, ¿te sigo tuteando?—. Si te lo cuento es porque tú también tocas y..., no sé, porque a mí me chocó. Resulta que en el piano de Mariana había una partitura de Mozart, el Concierto 23, y estaba abierta en el comienzo del Adagio.

—Es maravilloso.

—Mucho. Pero ese solo de piano lleva siglos prohibido en casa. Era la melodía preferida de Flor, la hija del guardés que cuida la finca.

—¿Bernabé? Lo conozco, y también a su hijo. No sabía que tuviese más.

—Flor murió hace muchos años. Un suceso terrible que nos trastornó a todos. Desde entonces, nadie en nuestra familia ha vuelto a tocar esa música. Así que no sé qué demonios hacía en el atril.

NUEVA
MADRUGADA DEL 12 AL 13 DE AGOSTO DE 1980

Todo saldrá bien. Mamá no para de repetirlo y yo quiero creerla. Tranquilas, todo va a salir bien. Desde que nos han traído a casa lo habrá dicho unas mil veces, todo saldrá bien, tantas que empiezo a pensar que miente. Roberto y Tomás se han quedado allí, con los que siguen buscando. A Leo, a Ángela y a mí nos ha encontrado un señor que llevaba un chubasquero amarillo y que iba dando voces, gritando nuestros nombres y los de los demás. Yo he estado pendiente de Flor todo el día, como siempre hago. De Flor y también de Leo. Al empezar la lluvia me he despistado un segundo y Flor ha salido corriendo. Le dan miedo los truenos, aunque en ese momento no había truenos todavía. Solo una lluvia finita, la de siempre, con el cielo encapotado. Ahora que lo pienso, a lo mejor Flor adivinaba lo que se nos venía encima y por eso echó a correr. Roberto fue a buscarla y la trajo, y después hemos seguido la ruta tan tranquilos. Aquí esa lluvia es normal. Leo estaba muy ilusionado y todo le parecía divertidísimo. Era su primera excursión. Los bufones le gustaban mucho, y la verdad es que a mí también. Hemos ido a verlos porque Roberto, desde que empezó el verano, los sábados por la tarde nos descubre lugares bonitos de por aquí. A mí, el primer sábado, me montó en la moto de Tomás y me llevó a Nueva. Fue divertido, aunque luego Tomás se enfadó. Eso ya lo conté y no quiero repetirlo. No me gusta lo que pasa cuando Tomás se enfada. A la semana siguiente, Roberto llegó diciendo que a Flor le sentaba muy bien estar con nosotros, y que andar por el campo y hacer un poco de ejercicio era mejor para ella que cualquier terapia, que se lo había recomendado el médico que la atiende en Llanes y que por qué no salíamos todos juntos de vez en cuando. También nos dijo que había sitios preciosos cerca y que podíamos organizar rutas cortas, él se encargaría de todo, y repitió lo de Flor. Al principio, Tomás dijo que ni hablar, pero, después, aceptó. Claro que aceptó. Aceptó porque a Flor todos la queremos mucho. Así que, gra cias a ella y a su enfermedad, hemos ido visitando un montón de rincones que están siempre a menos de una hora a pie. A mí me

encantó la playa a la que fuimos el primer día. Una playita muy rara que se llama Gupi..., Gupi algo. El nombre que tiene también es raro. No está en el mar, sino dentro. El agua entra por unas rocas y forma como una piscina, aunque no es una piscina. Es playa, porque el agua está salada y hay arena y..., bueno, que a mí me encantó. Ángela tampoco quería ir, porque estaba enfadada con Roberto y no le hablaba desde que llegamos. Aunque, como lo hacíamos para que Flor saliera de casa y eso, sí que vino, y también le gustó. Luego, como ella es así, se empeñó en no reconocerlo para seguir fastidiando a Roberto. Hoy le ha levantado el castigo. No sé quién se cree que es. Y Roberto con cara de bobo , y tan contento, además. Habíamos quedado a las tres y media en la puerta de la casona y él, como hace siempre, nos ha empezado a contar a qué sitio nos llevaba y lo que veríamos. Estábamos todos esta vez. La semana pasada le pregunté a mamá si en la siguiente excursión podríamos llevar también a Leo y me dijo que sí. Ha cumplido seis años, no es tan pequeño, y a mí me daba mucha pena la carita que ponía cada vez que nos marchábamos y lo dejábamos solo. Ayer por la tarde subí al torreón a recordárselo a mamá, pero estaba ocupada con un cuadro y no me hizo ni caso. Me preguntó que si estaba por ahí Roberto y me pidió que fuera con él a Nueva en la moto y comprara unos pinceles en la droguería. Me apuntó en un papel el grosor de los que quería y luego siguió pintando. Yo le dije que Tomás no le prestaba la moto a nadie y que por qué no lo mandaba a él. Pero Tomás estaba en la playa y mamá se puso muy nerviosa. Le iban a cerrar la droguería y necesitaba los pinceles. Y tampoco podía subir ella en el coche , porque estaba inspirada y no podía parar. *Inspirada* , menuda palabra, pero es que mamá es así. Busqué a Roberto, cogimos la moto y nos fuimos los dos a Nueva. Había mucha gente en la calle, y en la cola de la droguería nos encontramos con el chico del taller. Se llama Emilio y da la impresión de que está por todos sitios. Se ve que el coche de mamá sigue teniendo problemas, porque aquí ha vuelto más veces. Nos preguntó que si pensábamos salir también este sábado y Roberto le dijo que sí, y que iríamos a ver los bufones de Pría. Emilio nos dijo que eran impresionantes, pero que tuviésemos cuidado, por que el parte daba mal tiempo y mala mar. Mala mar, eso dijo, y razón no le faltaba. Roberto y él se hablaban raro. Al principio pensé que eran amigos, pero luego me di cuenta de que no. Los amigos se hablan de otra manera. No sé. Serán ideas mías. Cuando nos tocó el turno, compramos los pinceles y luego bajamos pitando. Tomás no había llegado aún y ni se enteró. Esta mañana le he vuelto a recordar a

mamá que nos llevábamos a Leo, y como no me ha mirado ni me ha dicho ni sí ni no, yo misma le he puesto las deportivas, lo he peinado con la raya a un lado y le he preparado el bocadillo. Ay..., echamos tanto de menos a Encarnita... Mamá no quiere que venga porque dice que Encarnita también tiene derecho a vacaciones, y yo no digo que no tenga ese derecho, lo que pasa es que mamá cocina fatal y es un poco despistada, y al final comemos más bocadillos que otra cosa. Y eso que este verano estamos mejor que el pasado, porque como Roberto trabaja ahora en una tienda de comestibles, mamá le encarga la compra y él la trae y entre todos nos vamos apañando. Bernabé, cuando tiene tiempo, también nos prepara comida, pero solo sabe hacer guisos y a nosotros no nos gustan. Les pone acelgas y hierbajos raros, y el otro día casi vomito. Menos mal que no se dio cuenta. Bernabé es muy bueno con nosotros. Ahora está en Madrid. Se fue el viernes porque papá lo llamó para algo urgente, y todavía no ha vuelto. Normalmente, cuando salimos de excursión, nos despide en la verja y no para de repetir que tengamos cuidado y que volvamos pronto. Hoy nadie nos ha despedido. A las tres y media estábamos todos alrededor de la alberca y Roberto nos ha explicado qué son exactamente los bufones y ha marcado el tiempo de caminata hasta Pría. Cuarenta minutos no es mucho y yo estaba segura de que Leo lo iba a aguantar. Los bufones son como una especie de chimeneas que hay en las rocas de los acantilados. El agua se mete por ahí y sale como si fuera un surtidor. Roberto ha dicho que teníamos suerte, porque el mar estaba revuelto y el agua saldría con fuerza. Y así ha sido. Hemos caminado por unas sendas preciosas y ya desde lejos los hemos visto. Chorros de espuma que salían de la tierra. Parecía magia. Entonces , Ángela le ha dicho a Roberto que qué bonito y desde ese momento no han parado de hablar. Tomás me ha mirado con esa cara que se le pone a veces y yo he cogido a Leo de la mano y he empezado a andar muy deprisa. Cuando me he dado cuenta, estaba clavando la uña de mi pulgar en la mano de Leo. Menos mal que no se ha puesto a llorar ni se ha quejado. He parado de apretar y ya está. Leo es un ángel. Yo lo quiero muchísimo. Ojalá todos fuéramos como él. Al acercarnos a los bufones, ha comenzado a llover y ha sido entonces cuando Flor ha salido corriendo. Roberto, a pesar de que iba embobado con las tonterías que decía la creída de Ángela, ha ido a por su hermana y, en cuanto han vuelto, sí que ha empezado la tormenta de verdad, con rayos y relámpagos y truenos y de todo. El cielo se ha puesto negrísimo y caía mucha agua, y el viento soplaba muy fuerte y levantaba unas olas tan grandes que llegaban casi hasta el sendero y parecían querer

engullirnos. Yo nunca he visto el mar así. No quería que se me notase, pero me ha empezado a dar miedo a mí también. Hasta que el sendero ha desaparecido y, sin quererlo, nos hemos separado los unos de los otros. Yo he agarrado con fuerz a la mano de Leo y he procurado no perder el rastro de Roberto y Ángela, que iban un poco más allá. Tomás iba detrás de nosotros y a lo lejos, con el resplandor de un relámpago, he visto el pelito rubio de Flor. Pero enseguida he dejado de verlo porque Leo ha tropezado y se ha caído, y yo me he agachado para ayudarlo a que se levantara y no ha sido nada fácil: Leo había metido las manos en un charco de barro y no podía sacarlas. Parecían arenas movedizas y he tenido que tirar con fuerza. Con mucha fuerza en realidad. Incluso he llegado a pensar que el barro se tragaría a Leo y que a ver qué iba a contar luego yo en casa. Qué susto, por Dios. Estábamos empapados, la lluvia era un manto de agua y el mar rugía muy cerca como un oso o un ogro o un monstruo horrible. Con el último tirón, Leo ha conseguido incorporarse y yo lo he abrazado y nos hemos quedado un rato así, muy juntos y apretados el uno contra el otro. Ángela ha aparecido a nuestro lado y nos ha dicho que Roberto la había dejado sola en cuanto se ha dado cuenta de que no veía a Flor. Pero es que no se veía nada. Pero nada de nada. Estaba todo negrísimo y los truenos retumbaban muy cerca y hacían que el suelo se estremeciese. Nos hemos puesto a caminar cada vez más asustadas porque no sabíamos por dónde íbamos; aunque tampoco nos podíamos quedar ahí, ¿no?, en mitad de ningún sitio y con las olas cada vez más altas y más cerca. Yo notaba la mano de Leo apretando la mía y eso me daba fuerzas para no pararme. Estaba segura de que, si paraba, la mala mar se nos echaría encima y nos devoraría a los tres. Cuando ha llegado el señor del chubasquero amarillo, nos ha preguntado por los demás y ni Ángela ni yo hemos sabido qué decirle. Nos hemos quedado calladas y quietas hasta que, a lo lejos, hemos oído a Roberto gritar el nombre de su hermana, y Tomás ha aparecido al poco rato y se ha puesto a gritar él también . Ay, cuánto me alegro de haberle dicho a Leo que viniera. Porque me ha salvado. No me gustaría estar ahora perdida por ahí. Luego Tomás y Roberto se han quedado buscando y a nosotros nos han llevado a un bar de Pría, donde había un montón de gente esperándonos y donde estaba también mamá. Mamá se ha abalanzado sobre Leo y lo ha abrazado, y luego nos ha abrazado también a nosotras. Estaba llorando. Creo que es la segunda vez que la veo llorar. Al parecer ha sido el chico del taller quien ha dado la voz de alarma. Yo creo que nadie se esperaba una tormenta tan fuerte. Estoy segura de que si

mamá lo hubiese sabido, no nos habría dejado salir de excursión. Lo que pasa es que casi nunca sabe nada. Es como es. Ahora no para de dar vueltas en el salón y desde aquí oigo sus pasos y cómo enciende un cigarrillo tras otro, porque el mechero no para de hacer clic-clic. Leo ya se ha dormido, y de Ángela no sé gran cosa, porque se encerró en nuestro cuarto cuando llegamos y no quiere hablar con nadie. Yo estoy aquí, arriba de la escalera. Sigue lloviendo a mares y el agua está entrando en la galería. Alguno de los cristales se habrá roto. Justo ahora suena el teléfono y oigo que mamá dice algo. Seguro que la han encontrado. Seguro que todo ha salido bien.

GIJÓN (ASTURIAS)
1 DE OCTUBRE DE 2003

Leo se ha puesto algo nervioso porque quería invitar y no puede. El datáfono dice que no acepta la operación y el camarero empieza a mirarlos con cara de o lo solucionáis ya o voy a tener que llamar al encargado. Tercer intento y lo mismo. «Tarjeta denegada, error 190 » , y Joaquín, que está enfrente, ríe y alza los hom bros y dice que va al baño. A meterse otra raya, eso seguro. Y van cuatro desde que empezaron a comer. Aunque tampoco está él para hablar. De momento, ha llegado a la tercera. La cosa va por turnos porque son chicos civilizados y están en un restaurante de postín. Unas navajas a precio de oro y una puntita, ve tú pri mero. Con el pixín, la segunda, qué rico y qué rica, por Dios. Y luego una carnaca de la hostia y ahora el arroz con leche y los frixuelos. Esto es de locos. Un par de días más por aquí y prohibido quitarse la camiseta en Pasapoga, su discoteca preferida. El comedor al que han ido a parar por casualidad forma parte de un espacio diáfano de techos altos y grandes espejos barrocos colgando de las paredes. Primero, la barra ilustrada, perfecta para empezar con las cañas —nada, una y nos vamos—; luego, los baños donde tal ; y, al fondo, esas mesas cubiertas de manteles de hilo entre las que Leo ha decidido que se iban a dar un homenaje en honor de su madre y de Mariana, y que la cuenta, esta vez sí, la pagaría él.

—Así compensamos, ¿no? —le había dicho a Joaquín hacía una hora, justo antes de empezar a pedir platos y más platos—. Te debo ya bastante.

—¿Llevas dinero?

—Ni un duro, luego tenemos que buscar un cajero automático. Pagaré con la tarjeta y listo.

Están en Gijón porque Joaquín se ha empeñado. Según dice, es mejor hacer turismo y airearse un poco que pasar el día consumido por la pena y metido en la casona. Y tiene razón. Cualquiera volvía hoy a Nueva después de la conversación con la juez. Claro que la elección de Gijón como destino turístico no ha sido una mera casualidad. Esta mañana, un amigo de Alicante le ha pasado a Joaquín un contacto de por aquí y han venido a

hacer unas «compras». Las penas con pan son menos. Aunque, si siguen a ese ritmo, la compra no les va a llegar ni a media tarde.

Es una suerte tener a Joaquín cerca estos días. Apenas se conocen, es cierto, y la situación no puede ser más extraña, pero es un chico templado y amable, y su presencia le consuela. Lo normal es que Joaquín se hubiera marchado ayer por la mañana, bastante aguantó apenas llegó. Sin embargo, allí estaba cuando él se despertó, junto a la cama, con su camiseta sudada y sus pantalones de deporte, la melena recogida, mirándole dulcemente con esos ojos de caramelo.

—He ido a correr un poco —dijo.

—¿Un poco? Estás empapado.

—He llegado hasta Nueva. Es precioso todo esto.

Esta mañana ha hecho lo mismo. Se fue a correr a primera hora mientras él dormía como un tronco —el lorazepam, que tan generosamente comparte Ángela con la familia, es una bendición—. Al despertar, lo vio de nuevo a su lado, sudadito y diciendo cómeme. Hoy, al igual que ayer, también se han duchado juntos. Ducha y nada más. No está el ánimo para fiestas y Joaquín, como es lógico, lo entiende. Después él le ha pedido que lo acompañara al torreón. Quería estar allí un rato, pero no se atrevía a subir solo. ¿Y esto? A Joaquín le han extrañado los cuadros. Un pecho velludo cubierto de siemprevivas, frutas rojas junto a un culo sin acabar. No sé, cosas de mi madre. ¿Te gustan? Luego han desayunado rápido y a las once estaban en Llanes, para un café informal con la juez. Joaquín se ha ido a pasear para así dejarlos solos y ella, la juez, ha sido muy expeditiva. No tenía mucho tiempo y tampoco quería andarse por las ramas. Mejor. Para empezar, le ha confirmado lo que desde ayer sabe: que el sumario del accidente de Mariana no está del todo bajo su jurisdicción. El aforamiento de Tomás. Algo de un suplicatorio al Senado. Ni idea. Siempre se ha hecho un lío con ese tipo de términos. En cuanto a lo sucedido con su madre, seguía su curso y la juez daba por supuesto que sus hermanos lo habían puesto al corriente de la situación. La *situación* . Qué cosas. Él todavía no termina de creerse que Mariana hiciera eso.

—Sí, estoy al corriente de todo, ¿algo más?

—En efecto, hay algo más. Los casos son tan próximos que el límite de ambas instrucciones no queda nada claro. Yo me hice cargo de las dos al principio, pero, como te acabo de explicar...

—... a Tomás lo investigará el Supremo llegado el caso.

—Eso es. Lo que pasa es que... Verás, la situación de tu hermana

Mariana en el momento del impacto era, digamos, anómala; y perdona que no entre en detalles. Lo único que puedo y quiero compartir contigo es que acababa de hacer un par de llamadas con el móvil, y que la última te la hizo a ti.

—Ni idea. No soy mucho de móviles y en verano prefiero desconectarme.

—Intenta recordarlo. Fue el viernes, a las 14:17, justo antes del..., del accidente.

A esa hora él seguía en la cala de San Pedro, con el móvil apagado, por supuesto, desnudo por la playa y preguntándose cómo llegar a Nueva.

—No. Lo siento. La última vez que hablé con ella fue en agosto, cuando me llamó para lo del cumpleaños. Luego apagué el teléfono y no me preocupé más.

—Quizá te dejara un mensaje... ¿No te ha llegado nada después, cuando lo conectaste?

—No lo he vuelto a conectar porque lo perdí ese viernes, el viernes del que me habla. Estuve en Alicante y..., bueno, eso..., que lo perdí.

—¿Y no has intentado recuperar el chip? Te pueden hacer una copia si lo solicitas.

— Por ahora no; pensaba hacerlo estos días y ya ve lo que me he encontrado. Y tampoco tenía prisa, la verdad. Te acostumbras a vivir sin esa mierda y dejas de necesitarla. Es maravilloso.

—Si no te importa, te voy a pedir que llames a tu buzón de voz ahora mismo, lo puedes hacer desde mi teléfono si quieres. ¿Te sabes la contraseña?

—Me temo que no. Es más, ni siquiera tengo activado ese servicio, el de escuchar los mensajes desde otro teléfono quiero decir. Lo siento, soy muy poco tecnológico.

—Ya veo. Lo que te pediría entonces es que recuperes tu chip cuanto antes y verifiques si Mariana te dejó o no un mensaje ese día. En el caso de que lo hiciera, me gustaría saber qué te dijo. Puede que no sea nada, o puede que sí.

—Y esto..., esto a qué sumario corresponde exactamente.

—A los dos.

—La instrucción judicial y sus límites.

—Exacto. Unos límites un tanto difusos. Veo que lo has comprendido. Te agradecería, además, que fueses discreto... Lo más discreto posible.

Lo comprendió, aunque, por ahora, a la juez no le está haciendo el

menor caso. Joaquín propuso lo de la compra en Gijón y él no ha sido capaz de resistirse. Flota desde el lunes en una nube de lorazepam y dolor, y está dispuesto a cualquier cosa con tal de evadirse un rato. ¿De verdad no volverá a verlas? La noche de Reyes se hace presente a cada paso que da, la bufanda de un vivo color rojo que su madre transformó en malva, el fajito de dinero que le regaló Mariana envuelto en papel floreado, la despedida silenciosa y sin reproches. Evadirse no es la solución más valiente, pero sí la más fácil. Y por qué no. Joaquín regresa del baño y él se levanta y le dice que va a buscar un cajero, y que lo espere en la mesa o si no el camarero se mosqueará.

—Déjalo, anda. Pago yo y ya está. —Joaquín guiña un ojo y sonríe. Es un gran seductor.

—Dije que invitaba yo, y eso es lo que pienso hacer.

Joaquín insiste, e insiste tanto que incluso lo coge del brazo y tira hacia abajo con fuerza para impedir que se vaya. Leo se suelta y sale a la calle. Estaría bueno. Joaquín lleva desde el sábado pagándolo casi todo y sin permitirle a él que saque dinero. La juerga en Madrid, la gasolina, la fiestecilla que se están dando. Todo salvo el hotel de Aranda, donde pararon el domingo a dormir porque tenían tal reseca que casi se estrellan. Ahí sí que le aceptaron la Visa. Una Visa que no toca desde hace meses. Por qué iba a hacerlo si en San Pedro apenas hay gastos. La puta Visa. Qué le pasará.

De camino al cajero, piensa otra vez en Mariana. ¿Podrá dejar de hacerlo algún día? Lo de los gatos todavía le pone los pelos de punta, y lo que contó Ángela cuando volvió de Llanes, más. Quién iba a imaginar algo así de Mariana. Es verdad que a su madre se le fue la cabeza hace ya algunos años, y que era ella, y solo ella, quien la cuidaba para gran alivio del resto. Pero ¿de ahí a eso...?, ¿un bote casi entero de pastillas...?, ¿y cuando todos estaban a punto de llegar...? ¿Qué pensaba? ¿Hacerlos cómplices? ¿Decirles mirad, querida familia, mirad la bonita función que he montado para recibiros? ¿A cuento de qué lo de los gatos?

El día de ayer dio para mucho, y esos tres gatos fueron las grandes estrellas. Después de ducharse, Joaquín y él bajaron y se dieron de bruces con Tomás, que estaba al teléfono gritándole a alguien y dando la impresión de que así pensaba pasar el resto del día: haciendo y recibiendo llamadas, quejándose por todo, incordiando. Ángela no aparecía por ningún sitio y Joaquín, que no para de hacer planes, propuso dar una vuelta, ver el mar, nadar un rato. Se pusieron a caminar sin rumbo fijo y

acabaron en la playita del C anal, una especie de cuña de agua que penetra en el acantilado y que, incluso con marea baja, casi no tiene arena. El olor del Cantábrico, la brisa, las nubes en el horizonte. Joaquín se desnudó y se metió en el agua dando grandes alaridos. Me cago en Dios. Esto no es Alicante. Siguieron ruta hasta Cuevas del Mar y allí la cara de Joaquín se iluminó. Las grutas del fondo, la arena blanquísima, el verde esmeralda recubriendo las rocas. Y el bar, claro; un bar siempre ayuda. Tomaron un par de cervezas y regresaron a casa. A pesar del contagioso entusiasmo que mostraba Joaquín por todo, él no se encontraba bien. Al llegar vieron a Bernabé, que salía del huerto. Nunca se entendieron. Bernabé es un hombre áspero, chapado a la antigua del mismo modo que lo fue su padre. Las breves conversaciones que habían mantenido a lo largo de los años se llevaban a cabo gracias a un esfuerzo mutuo y sostenido. Naturalmente, ayer no se salieron del guion.

—Qué buena pinta, Bernabé.

Cargaba un palé en el que rebosaba una docena de alcachofas recién cogidas.

—Son las primeras de la temporada —dijo después de darle un repaso a Joaquín.

—Es un amigo.

Bernabé asintió.

—¿Te importa si cogemos unas cuantas?

—Puedes coger las que quieras. Recuerda que son más tuyas que mías.

Ir a un huerto asturiano a coger alcachofas contribuyó a que el entusiasmo de Joaquín se desbordara. Aseguró que cocinaba muy bien y propuso confitarlas y luego pasarlas por la plancha. Él seguía en su propia nube, contestando a todo que sí y sonriendo sin ganas. Sin embargo, entrar en el huerto lo animó. Es un sitio precioso. Bernabé lo tiene tan bien cuidado que parece un jardín. Las alcachoferas las cultiva al fondo y allá que se fueron, sorteando parterres de calabacines, berzas, ajetes tiernos y lechugas. Joaquín pensó que necesitarían unas tijeras para cortarlas sin causar estragos y desanduvo el camino para ir a pedírselas a Bernabé. Él se quedó solo y entonces lo vio. Un poco más allá, casi en la linde del huerto, la tierra estaba removida y sobre ella había una especie de cordón grueso, no muy largo y de un luminoso color blanco. Al acercarse comprobó que estaba recubierto de pelo, y que no era un cordón. Esperó a que volviera Joaquín y entre los dos los desenterraron. Estaban todos. No recordaba sus nombres. Mariana le hablaba a menudo de ellos cuando iba a visitarlas: el

uno más arisco y el otro muy simpático, y al tercero solo le faltaba hablar o alguna chifladura de ese estilo. Ni idea de quién era quién. Jamás les hizo el menor caso. Cuando lo supo, Bernabé frunció el entrecejo y achinó un poco los ojos. Nada más. Y Tomás, al enterarse, pensó que era una broma suya y que no tenía ninguna gracia; hasta que cayó en la cuenta de que, efectivamente, los comederos estaban vacíos desde que llegaron.

—A lo mejor no ha sido Mariana —propuso él—. Adoraba a esos gatos.

—Ah, ¿no? ¿Y quién piensas tú que ha sido, eh, listo? —No era una pregunta. Tomás se limitaba a gritar de nuevo y a ir de un lado a otro en la cocina.

—Alguien los enterró en el huerto, y Mariana no se ocupaba del huerto, que yo sepa.

—Traía esto para vosotros —interrumpió Bernabé, que había entrado en la casa sin que ninguno se diese cuenta—, os calentará el cuerpo. —Era uno de sus guisos. Algo sabroso, contundente, hasta arriba de grasa. Depositó la olla en la encimera y después lo miró a él—. Yo nunca le haría nada malo a un animal —le dijo—. Los gatos desaparecieron el día que... Bueno, quiero decir que no los veo desde el viernes. Yo también empezaba a preguntarme dónde diantres se habrían metido.

La tarde fue dura. Enterraron a los gatos en un lugar más apropiado que el huerto y hacia las seis llegó Ángela. Tomás le contó lo de esos pobres bichos y ella dijo que también tenía algunas cos illas que contar. Miró a Joaquín y Joaquín lo entendió rápidamente: yo os dejo, me apetece correr un rato. Luego, cuando se quedaron los tres solos, Ángela desgranó esa horrible historia que él no se puede sacar de la cabeza: los barbitúricos, las huellas, las afirmaciones de la juez.

—Es todo muy raro, Tomás. —Ángela estaba realmente alterada—. ¿O no es raro? Y encima, esto —dijo señalando un comedero—. Empiezo a tener la impresión de que Mariana nos quería decir algo.

—Claro, nos ha preparado una yincana y el más espabilado se llevará el tesoro a casa. ¿Qué será? ¿Una lata de espinacas? ¿Comida gourmet para gatos?

—¿Te burlas? Yo también sé hacerlo, no creas, y te aseguro que se me da fenomenal. Y ahora, si eres tan amable, ¿nos podrías explicar por qué ayer no nos dijiste nada de la autopsia?

Tomás levantó las cejas, soltó un suspiro y lo señaló a él con un gesto de condescendencia.

—Acababa de llegar, y ya viste cómo reaccionó. No me pareció que

fuese adecuado.

—¿Y esta mañana? Porque esta mañana tampoco has abierto la boca. Y te recuerdo que hemos desayunado solos tú y yo.

—Mi intención era contároslo todo cuando estuviésemos los tres juntos. Ahora habría sido el momento, pero, claro, ya veo que esa juez va más rápida que nadie. Que tenga cuidado, está metiendo las narices donde no debe y le puede caer la de Dios. —El volumen de voz de Tomás había vuelto a dispararse—. Es acojonante. Por cierto, ¿y de qué más habéis hablado, eh? ¿De qué más? Porque llevas todo el día con ella ¿o no? Dime, ¿llevas todo el día con esa o no? Es lo que me faltaba. Espero que no hayáis hablado también de mí.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Porque eres todo un señor senador?

—Sí, a lo mejor es por eso.

—Vale, pues no te preocupes, que tu puto freno ni lo hemos mencionado.

—Anda, así que la señora concertista también sabe decir tacos.

—Vete a la mierda, Tomás. Eso es lo que te dice la concertista, que te vayas a la mismísima mierda. Tu puto freno y tú.

Tomás reaccionó mal y tuvo uno de esos ataques de ira que tiene a veces. Cerró los puños y se acercó a Ángela con el rostro desencajado y toda la pinta de querer hacerle daño, y eso sí que él no lo iba a permitir. Se interpuso entre ellos y Tomás, afortunadamente, se contuvo, masculló algo y luego desapareció. Ángela se quedó mirándolo mientras se alejaba y después lo miró a él:

—¿Está loco o qué le pasa? —La voz le temblaba—. ¿Tú has visto eso, Leo? ¿Tú lo has visto? ¿De verdad me iba a pegar?

«Lo sentimos. No es posible realizar la operación. Consulte su saldo ». ¡Joder! El cajero es tan tocapelotas como el datáfono. ¿De qué le habla si en la cuenta asociada a esa tarjeta de débito tenía seis mil pavos por lo menos? ¿Qué se ha podido gastar durante dos meses en San Pedro? ¿Quinientos? ¿Mil como mucho? Obedece y consulta el saldo, y un sudor frío empieza a cubrirle la espalda, las manos, la parte posterior del cuello. Pide el extracto de las últimas operaciones y la lista de retiradas de efectivo aparece en la pantalla: fechas, hora exacta, oficinas. No es posible. El extracto sigue al pie de la letra sus últimos pasos. Las carreritas matinales a Nueva, el madrugón en Aranda, el coche que misteriosamente se cambió solo de sitio en la disco de Humanes, la Explanada de Alicante al amanecer. Qué hijo de perra. Cada día el límite permitido, hasta que ha conseguido

secarla. Echa a correr en dirección al restaurante y, a mitad de camino, cae en la cuenta: ¿quieres un poco? La llave cerca de su nariz. El cosquilleo. Su mente adormilada. ¿Fue así? ¿Le metió por la nariz lo que fuese y él le dio la contraseña, y luego volvió al escenario del crimen con la intención de hacerse su amigo? Tu puta madre, Jesucristo, te voy a matar.

Llega al restaurante con el corazón en la garganta y lo busca en la mesa. Sobre el mantel hay una bandeja con la cuenta y unas cuantas monedas esparcidas.

—¿Olvidó algo? —le pregunta el camarero.

—¿Dónde está? ¿Dónde coño se ha metido?

—¿Su amigo? —El camarero sonríe con displicencia. Se debe de creer muy listo. Lo mismo la primera te la llevas tú—. Su amigo pagó y entró otra vez en el baño. Hace un buen rato de eso. Espero que no se encuentre mal.

El baño está vacío. Grita su nombre y entra también en el de señoras. Una chica se está pintando los labios y lo mira con cara de asombro. Vuelve al de caballeros y lo ve. Está junto al grifo del lavabo y lo reconoce enseguida porque es inconfundible. Un Ericsson del 99 color amarillo pollo. Nadie en su sano juicio lleva un móvil así. Lo coge y comprueba que está apagado, y que alguien se ha llevado la tarjetita que va dentro. Levanta la vista y se mira en el espejo. Cómo has podido ser tan cretino. Junto a su reflejo distingue también el mensaje, escrito con el dedo sobre el polvo apenas perceptible que recubre el cristal. Son solo dos palabras: «Lo siento » . ¿Lo sientes? No me digas. Me cago en tus muelas, Joaquín.

CARRER DE BALMES (BARCELONA)
SEPTIEMBRE DE 1980

Cuando encontraron a Flor —recuerda a todas horas María Rosa—, era casi de día. La tormenta había cedido un poco antes, mientras ella apuraba el último cigarro. Ese tiempo sin poder fumar concentró la desesperación y la angustia de toda una noche de espera y la condujeron a un estado de ansiedad difícilmente soportable. Sus pies se movían solos por el salón: del piano al bargueño, de los ventanales a la librería. Le costaba respirar, y hasta llegó a desear dejar de hacerlo. Todavía le cuesta si piensa en aquella tarde y admite que pudo haberlo evitado. La idea repiquetea en su cabeza como el pico de un pájaro carpintero, sin piedad, con un encono continuo y persistente. Ahora mismo, por ejemplo, sentada en su escritorio de juventud frente a un poema que es incapaz de traducir, María Rosa está convencida de que de un momento a otro el cráneo le estallará y lo que quiera que haya dentro salpicará las cortinas y ensuciará las paredes que la rodean. Ha venido a ver a sus padres y tiene la intención de pasar con ellos unos días, aunque no sabe si aguantará mucho, porque aquí tampoco se encuentra bien. Quizá no haya sido una buena idea. En Madrid, los niños volvieron el lunes pasado al colegio y el silencio de la casa le oprimía el pecho de tal modo que sentía que se ahogaba. Quién podría haberlo imaginado. Desde que nació Tomás, se ha pasado la vida luchando con uñas y dientes por salvaguardar ese silencio, por recuperarlo cada vez que esas cuatro pobres criaturas la dejan en paz. El lunes, cuando la casa se quedó vacía, los levísimos ruidos que Encarnita hacía en la cocina no la perturbaban como en tantas otras ocasiones, sino más bien lo contrario. Si se concentraba y se aferraba a ellos, el entrechocar de las cazuelas y el redoble del mortero conseguían sacarla de su espiral de culpa y la conectaban con el mundo, con esa realidad de color gris de la que viene huyendo desde hace años.

Está a punto de cumplir los treinta y siete, y a veces se pregunta si la vida le ofrecerá todavía alguna que otra sorpresa. Una sorpresa agradable, por supuesto; de las otras, ya ha tenido unas cuantas. Hasta ahora, casi

todo ha consistido en una larga ristra de decepciones que ha ido aceptando con suma elegancia y un cierto distanciamiento. Ella es así. Quizá por eso esté tan afectada. Porque lo que ha ocurrido este verano, sencillamente, no lo puede aceptar. ¿Afectada? ¿Es esa la palabra idónea para traducir lo que siente? Es mucho más que eso. Está transida de remordimiento y de tristeza, y, además, no hay forma de encontrar excusas con las que aliviar nada de lo que le pasa. Podría achacar lo que ocurrió a su famoso ensimismamiento, a su indolencia y su pereza, a su no hacer. Pero sería deshonesto y sería mentirse, y, de todos modos, de qué serviría. Porque lo cierto es que esa tarde estuvo muy ocupada hasta que estalló la tormenta: la espalda en forma de triángulo invertido, los glúteos prietos y recubiertos de un fino vello castaño, el cirio encendido apoyado en el sacro, rodeado de fresones gordos y de cerezas.

—No deberías haberles permitido que salieran.

—Lo sé. Y no me lo repitas más, te lo pido por favor.

Había empezado a pintar bodegones tan extraños como ese a los pocos meses de su boda, mientras Tomás seguía inflándole la tripa. Todavía no habían decidido el nombre que le pondrían cuando naciese, porque, por entonces, lo seguían llamando «el problema». Fue su propia madre la que le puso el apodo (María Rosa, el problema hay que arreglarlo cuanto antes, o en Londres o en la iglesia; María Rosa, el problema se te empieza a notar y la gente murmura; María Rosa...), y Ramón y ella acabaron integrándolo en sus conversaciones con la mayor naturalidad. «El problema» había puesto patas arriba el regio piso del Eixample donde vivía con sus padres, la carrera de Historia del Arte que tenía a medias, la relación con su novio de toda la vida y, lo que era aún más grave, las noches en las *boîtes* de la calle Tuset, donde se rodeaba de las mentes más abiertas y preclaras de esa Barcelona que tanto echa en falta. Fue precisamente en uno de esos locales —qué cabeza tiene, no puede recordar el nombre— donde conoció a Ramón. Él estaba en la ciudad por trabajo y decidió tomar una copa en lo que entonces todos llamaban Tuset Street, la calle más moderna de Barcelona y, probablemente, de toda España. Ramón siempre ha tenido un fino olfato para esas cuestiones, y también para las otras; aunque, en aquel momento preciso, ella no podía ni sospecharlo. Le impresionó, esa es la verdad. Estaba con su amiga Mercè tomando un Manhattan y él las miró y sonrió y se sentó a la mesa sin pedir permiso, pidió una ronda de lo que ellas bebían y durante quince minutos seguidos no paró de piropearlas. El traje, la apostura de galán —que sigue teniendo, por cierto—, la dentadura

de un actor de Hollywood y todas esas anécdotas tan sofisticadas y divertidas que se iba inventando sobre la marcha. Tenía treinta años, diez más que ella; un hombre hecho y derecho al que los ojos le chisporroteaban de hambre cuando la miraba. Comparado con Ramón, su novio no era más que un muchachito lampiño, de muy buena familia pero sin mundo, sin picardía, sin gracia. Con la siguiente ronda, aquel madrileño arriscado y algo insolente se le acercó al oído y le susurró que tenía unos labios preciosos. Su bigotito perfilado le cosquilleó ligeramente el cuello y ella sintió cómo la ropa interior francesa que llevaba puesta se le desajustaba bajo la minifalda. Y una no es de piedra. Nunca lo ha sido. La noche siguiente también se vieron, y durante varios meses Ramón viajó a Barcelona con cierta asiduidad. Él le hablaba de amor y se lo hacía, y ella se dijo que seguramente también estaba enamorada. Hasta que llegó «el problema». Un problema que solo podía haber generado Ramón, porque lo que es su novio...; no, su novio no. Con su novio hablaba de la generación del 27, de la dudosa ética del arte conceptual y de filosofía contemporánea, y ninguna de esas profundas cuestiones planteaba «problemas » similares. Jaime Vidal. Qué habrá sido de ese chico tan ilustrado y galante. Habían estudiado juntos en el Liceo Francés, se empezaron a besar con doce años y, desde entonces, él solía meterle mano cada dos o tres semanas, nunca con excesivo entusiasmo. «El problema», en definitiva, se solucionó con una boda discreta. Sus padres tardaron años en perdonárselo. Porque quien la esperaba en el altar no era Jaime —de los Vidal de toda la vida, familias amigas, catalanes de pura cepa—, sino un tal Ramón Salcedo, falangista convencido y procurador en Cortes, hijo de uno de esos facinerosos seguidores de José Antonio que supieron medrar desde la nada cuando se ganó la guerra. Un patán disfrazado de caballero. Un pillo. Un golfo. Un canalla que no había respetado a su hija y que, no contento con eso, ahora se la llevaba a vivir a otra ciudad. Al llegar a Madrid después de la boda, se sintió tan sola y decepcionada que, a pesar del embarazo, buscó quehaceres con los que remedar el ambiente intelectual y artístico que había dejado atrás, y que tanto le gustaba. La pintura siempre fue una de sus deudas pendientes. Justo a dos manzanas de donde Ramón había comprado la casa, encontró una academia y allí mismo se matriculó. Ahora, dieciséis años más tarde, entiende perfectamente que su presencia llamara tanto la atención en esas clases. El bombo cada día más voluminoso, los vestidos cortos de colores vivos y con forma de trapecio, la cinta gruesa que le echaba hacia atrás el pelo abultado, las botas altas, brillantes, blancas. Era

como si acabase de llegar de Carnaby y, por un despiste inexplicable, hubiese acabado aprendiendo a pintar al óleo en una escuelita para señoras ociosas del barrio de Chamberí. El día que nació Tomás también lo recuerda perfectamente. Estaba sola en casa cuando empezaron los dolores y no hubo forma posible de localizar a Ramón. Así que llamó a la academia en busca de ayuda —era su único contacto con el mundo—, y una de esas señoras que tan mal la miraba en el día a día se presentó en Eduardo Dato a los diez minutos y la acompañó al hospital. A Ramón le dejó un mensaje escrito sobre el recibidor de la entrada y no supo más de él hasta las doce y media de la noche, cuando «el problema» ya había nacido. La excusa de las reuniones hasta tan tarde había dejado de funcionar hacía varios meses. Y, además, estaba el olor, un olor que con el tiempo fue capaz de detectar a decenas de metros de distancia: punzante, dulzón y a la vez ácido, casi palpable, pegajoso como una tela de araña. En fin, nada del otro jueves: un genuino olor a puta.

—María Rosa, ¿no te vas a cambiar? —Su madre acaba de abrir la puerta de su habitación. Va vestida como si fuese a una recepción de gala en el Palacio de Pedralbes—. Son ya las ocho. Ya sabes que en esta casa cenamos pronto.

—No voy a cenar, mamá. No tengo hambre.

—¿Y eso qué importa? Se supone que has venido para estar con nosotros. Tu padre ya ha llegado.

No le falta razón, pero no encuentra las fuerzas para arreglarse ni para sonreír y hablar de la empresa familiar, de las maravillas de la Generalitat con Pujol y Convergència, de los últimos chismes del Círculo Ecuestre. Aun así, se cambiará de ropa y cenará con ellos. Es lo menos que merecen. Aunque preferiría quedarse a trabajar hasta tarde en ese dormitorio donde alguna vez —hace ya tanto tiempo— fue libre y dichosa, y el porvenir estaba repleto de ilusiones y esperanzas. En aquellos años fue una chica atolondrada y dispersa que no sabía a ciencia cierta lo que quería. Gracias a la buena posición y a la curiosidad que desde hacía generaciones heredaban todos los miembros de su familia, había tenido la suerte de viajar y conocer las grandes capitales, la moda europea, la cultura con mayúsculas y, en un plano más doméstico, el mundillo de la calle Tuset. En ese callejón tan cercano a su casa se movía como pez en el agua y daba por sentado que así sería su vida, un puro afán. A su novio Jaime no acababa de ubicarlo, era demasiado burgués, demasiado *comme il faut,* demasiado tieso. Pero ahí estaba, cumpliendo su papel de momento; luego, ya vería. Y,

de repente, las cosas decidieron por sí solas y se recolocaron de un modo impredecible: vivía en Madrid y tenía un hijo al que llamaron Tomás en homenaje a su suegra, apenas veía a nadie salvo al portero y la asistenta, se aburría como una ostra y su marido la engañaba. Qué panorama, María Rosa. En las clases de pintura conoció a un hombre finísimo, llamado Juan París, que acababa de fundar una editorial de poesía y que estuvo coqueteando con ella un par de meses. Nada serio, un juego nada más. Juan era todo un señor al que lo que de verdad le gustaba eran los otros señores. Se hicieron íntimos. Juan le presentó a gente interesante, la invitaba a fiestas, le propuso colaborar como traductora en la sección francesa de su editorial. Nunca lo había hecho y lo tomó como un reto. Pronto descubrió que tenía cierto talento. No es fácil traducir poesía. Se aficionó a esas fiestas. Como una adolescente, se escapaba de casa al caer la tarde y procuraba volver antes de medianoche. Dejaba a Tomás al cuidado de la chica de entonces y se vestía con la ropa a la última que seguía comprando en Barcelona. Todos la adoraban. Su ligero acento catalán, su estilo desenfadado y cosmopolita, su conversación tirando a deslenguada. Para muchos de aquellos jóvenes tan cultos como amanerados, se convirtió en una especie de musa. Hasta que una noche Ramón regresó antes de lo previsto y la esperó despierto, fumando y bebiendo bourbon en el sillón de la entrada. Ella lo miró a la cara y no contestó a sus preguntas, simplemente le pidió fuego y le dijo que, visto lo visto, por qué no se separaban. ¿Separarse? ¿De qué estaba hablando? ¿En qué país se había pensado que vivía? La empujó hacia el dormitorio. Te voy a dar yo separación. La agarró con violencia del pelo y la tumbó bocabajo en la cama. ¿De dónde vienes? ¿Con quién has estado? Se defendió como pudo, pero Ramón es fuerte y estaba fuera de sí. Me han dicho que te ha dado por los maricas. Las botas blancas todavía puestas. La minifalda volcada hacia la espalda. Ten cuidado, no vaya a ser que alguno te haga esto. No tuvo piedad. La noche fue larga y a Ramón nada le satisfacía. Vencida, dejó de oponer resistencia. Su cuerpo era como un apéndice que había dejado de pertenecerle. Tardó en conciliar el sueño. Nueve meses más tarde, nacieron las gemelas.

Cierra el poemario que tiene en el escritorio y recoge el cuaderno. Suele trabajar a mano. Prueba mil opciones y, después de decidir cuál es la más acertada —siempre en un mar de dudas—, la escribe a máquina para ver el efecto final antes de enviarla. Juan París se arruinó hace algunos años y la editorial está en las últimas. No importa. Ella sigue ayudando en lo que

puede. Total. Qué más le da. Ramón es un putero y un hombre horrible al que apenas dirige la palabra. Pero a su dinero no le hace ascos. Lo toma y lo despilfarra en justa compensación. A veces piensa que le gustaría abandonarlo todo y rehacer su vida lejos de allí. Luego recapacita y lo que abandona es la idea. ¿De qué viviría? ¿Y dónde? ¿A qué o a cuánto sería capaz de renunciar? No tiene el valor necesario. Ni siquiera es tan moderna como pensaba. ¿Qué ha sucedido entre tanto? ¿Cómo ha llegado hasta ahí?

El nacimiento de las gemelas supuso un antes y un después en su matrimonio. Ella se juró que jamás volvería a tocarla y a él, en cam bio, le gustó la experiencia. Y la experiencia se repitió. No sucedía a menudo, pero sucedía. Era extraño. Las cosas pueden llegar a mutar de tal modo que acaban colocándote en una nueva realidad. No se avergüenza. Por qué iba a hacerlo. Era una negociación sorda y prolongada en la que ambos, estaba segura, obtenían su ganancia. Ella lo provocaba con nuevas salidas, más fiestas, amistades y círculos cada vez más estrafalarios en un Madrid desconocido y alocado, algún que otro amante accidental. Él hacía lo propio con sus fulanas, sus vueltas a casa a horas intempestivas o su querida oficial, una americana casada y llamada Brenda, a la que, por supuesto, también engañaba. Los estallidos de ira de Ramón acababan siempre en el dormitorio, de esa manera violenta y sucia en la que ella —o así quería pensarlo— era quien dominaba y dirigía. Porque lo miraba a los ojos con una frialdad extrema mientras él jadeaba y se volvía loco de placer. Y disfrutaba viéndolo. Así de claro. Córrete como un perro. Es lo que eres. Nunca me tendrás.

Entre tanto, las gemelas fueron creciendo. Esas dos niñas tan raras dejaron de ser bebés y empezaron a pronunciar palabras comprensibles, a caminar por la casa y a reclamar una atención que ella no podía prestarles. Parece mentira, pero no sabría decir con exactitud la edad que tienen ahora. Las quiere, claro que las quiere. Por Dios, son sus hijas. Lo que pasa es que es incapaz de demostrárselo. Nada le gustaría más que ser una buena madre, ayudarlas a crecer, a ser mujeres fuertes e independientes y a no cometer los mismos errores que ella ha cometido. Le gustaría hacer todo eso y, sin embargo, no lo hace. Porque, cuando menos lo espera, el recuerdo vuelve y las transforma a las dos en algo anómalo, en el resultado de lo que nunca debió suceder. Es terrible y es así. Dura muy poco, pero ahí está, levantando una barrera. Ojalá su mente funcionara de otro modo. Hay momentos en la vida que no se pueden olvidar tan fácilmente. La última fiesta de cumpleaños que tuvieron fue más bien un desliz de Ramón.

Invitó a sus amigotes a casa para celebrar que Tomás acababa ingresar en las juventudes de UCD siguiendo sus sabios consejos. Cómo olvidarlo. Brenda también estaba por allí y se saludaron con cortesía. Le cae bien Brenda, y se alegra de que Ramón pase los veranos con ella, con ella y con unas diez o doce más. No puede ni quiere imaginárselo en Nueva. Qué pintaría él allí. Fue la mismísima Brenda quien, en una de esas primeras fiestas improvisadas que Ramón daba a veces en casa, le presentó a Arnold, un colega de su marido. Arnold era piloto en Pan American y volaba a Madrid de vez en cuando. Un tiempo feliz. Recuerda que ese año las gemelas habían empezado a recibir clases de música —el 73, eso es, pocos meses después asesinaron a Carrero de esa manera tan aparatosa y cinematográfica—, y lo recuerda porque así empezó la conversación, en el salón de casa, junto al piano que acababan de comprarle a Mariana y el estuche del chelo de Ángela. Qué hombre tan sensible, tan educado, tan guapo. Tenía tres hijas que también estudiaban música. Las veía poco por culpa del trabajo. Vivían con su exmujer en Long Island. Apreciaba mucho a su exmujer. ¿Evelyn? ¿Era ese el nombre? Qué mala memoria tiene. Arnold y Evelyn se llevaban bien. Anglosajones cultos y civilizados. Se citaron al día siguiente en el bar del Intercontinental, donde Arnold, entre vuelo y vuelo, se hospedaba. Tomaron una copa. Luego otra. Más tarde, desde la terraza de la habitación, vieron las luces de Generalísimo. Siempre reservaban la misma. Como Ava Gardner. Crearon un mundo propio entre esas paredes. Charlaban. Reían. Hacían el amor sin descanso. Era un mundo que se desvanecía con su partida y resucitaba a su vuelta. No le importaba. Las semanas de espera transcurrían alegremente, esclarecidas por esa ilusión inespera da. Al año y medio nació Leo. Qué niño lindo. Ramón no preguntó en aquel momento, pero hace un par de semanas sí que lo hizo. Preguntó y dijo, y lo que dijo no la deja dormir. Los encuentros del Intercontinental duraron todavía algunos años. Los mejores de su vida. Hasta esa no fiesta de las gemelas. La casa llena de gente desconocida y las niñas esperando unos regalos que nadie les había comprado. La llamada de Evelyn llegó a media tarde, poco antes de la aparición de los invitados con sus trajes, sus risas, sus copas, sus pitilleras. Esa voz nasal. Ese tono abatido y cercano. Arnold pilotaba ultraligeros en los ratos libres. Vuelos de portivos. El mundo a sus pies. Había ocurrido hacía dos días y pensó que ella debería saberlo. Arnold le había mostrado alguna fotografía de los dos juntos. Se los veía felices y eso la reconfortaba. Si le facilitaba una dirección, podría enviársela.

¿Es posible que haya pasado tanto tiempo? Leo cumplió seis años en agosto. Su vida es otra. Volvió a la pintura para superar la desesperanza en la que se instaló después de aquella llamada. Y empezó a recluirse. Las fiestas le habían dejado de interesar. No quería intentarlo de nuevo. Para qué. Con el dinero de Ramón, alquiló un pequeño estudio orientado al norte en la calle Españoleto, a cinco minutos de casa. Recuperó a alguno de sus antiguos amantes. Siempre es bueno tener una agenda. A veces, les pedía que posaran. La piel viva y desnuda junto a piezas de naturaleza muerta se convirtió en una fuente inagotable de inspiración. No sabría explicar por qué. Juan París está convencido de que tiene talento, de que debería intentar exponer esos cuadros: no seas tan tímida, confía en ti, seguro que se venden. Juan, qué buen amigo. No le gusta que ahora veranee en Nueva. El año pasado fue a visitarla unos días y acabó echándose las manos a la cabeza: sí, querida, admito que la casa tiene su encanto; lo que me pregunto es qué diablos haces aquí. En cuanto vuelva a Madrid, lo llamará y le contará lo que ha pasado. Necesita contárselo a alguien o acabará volviéndose loca. Cuando piensa en que Leo también fue a esa excursión, su corazón se detiene y el aire adquiere una cualidad distorsionada. Leo, las niñas, Tomás. La tormenta acercándose y ella en el torreón ajena a todo. Emilio llegó con retraso y antes de desnudarse lo dijo.

—¿Estás segura? ¿No sería mejor salir a buscarlos?

En el cielo lucía un azul deslumbrante. Las cortinas de lino que se mecían con la brisa transformaban la luz, y ese efecto en el lienzo le interesaba. Le pidió que se tumbara boca abajo y colocó los frutos rojos en la misma disposición del primer sábado. Todo ha comenzado este verano. ¿Todo? No hay mucho más que las sesiones de posado. Pobre muchacho. Las desgracias propias pueden resultar irrisorias si se comparan con las ajenas. Es un buen ejercicio. Debería ser de obligado cumplimiento para todo aquel que tienda a la queja gratuita. Su coche dio problemas en el viaje desde Madrid y a los pocos días ni siquiera arrancaba. Emilio vino a arreglarlo para evitarle buscar una grúa que lo trasladara al taller. La conocía, le dijo cuando ella llamó por teléfono pidiendo ayuda , el año pasado le pagó la reparación de una Vespino. En aquel momento, no le pudo poner cara. Era verdad que estuvo en ese taller el verano anterior. Recuerda que pagó lo que le pidieron por arreglar la moto que los chicos habían encontrado en el sótano, y que aprovechó el desplazamiento a Nueva para comprar cigarrillos y hacer un par de recados. Sale poco de la casona. Bernabé se encarga de la intendencia y de casi todo lo demás. Este

mes de julio, en cambio, el chico del taller mecánico sí le llamó la atención. Llegó rodeado de un halo de timidez y tristeza que le despertó mucha ternura. Los hombros anchos y el talle fino, la camiseta llena de manchas de aceite, sus manos hurgando en el motor con pericia. Y además estaba esa mirada tan dulce, tan llena de candor y melancolía. Qué curioso. A esa edad, ella no pensaba en tristezas. Le pidió que subiera al torreón cuando terminase porque tenía el dinero allí, y luego se le ocurrió sobre la marcha. ¿Te puedes quitar la camiseta? ¿Cómo dice? Necesitaba un modelo joven para la nueva serie que tenía proyectada. Lo argumentó bien. Bastarán un par de sesiones. Unas sesiones que le pagaría, faltaría más. Emilio bajó los ojos, lo pensó un poco y después se quitó la camiseta. Un torso bonito. Lo que imaginaba. Solo podría venir los sábados. Entre semana ayudaba a su padre en el taller. Su timidez no cedió conforme pasaban los días. Más bien al contrario. La tensión, quizá. Jamás consiguió relajarse. Uno de esos sábados, ella se acercó para recolocarle el brazo izquierdo y sus miradas se cruzaron. Nunca un beso fue tan dulce. Ternura. Solo ternura. Fue lo único que hubo entre ellos dos. Roces. Caricias. Palabras suaves entre lágrimas. Dios mío. Y es tan joven. Aquel día, en cuanto cayeron las primeras gotas, Emilio se incorporó y dijo que saldría a buscarlos. Los freso nes y las cerezas rodaron sobre la alfombra. Y el cielo se ensombreció. Cuando bajaron, el viento había empezado a soplar. Irían en dos coches. Ella en su Citroën y Emilio en el que le prestaba su padre. Sígueme. Arrancaron bajo lo que era ya una gran tormenta. El agua a borbotones sobre el parabrisas , el camino hasta Pría un río de barro. En la entrada del pueblo, Emilio le pidió que fuera a dar el aviso. Él seguiría conduciendo hasta donde se suponía que estaban. Los bufones. Roberto se lo había dicho el día anterior. No, voy contigo, soy yo quien tiene que buscarlos. La convenció porque era verdad que necesitaban ayuda. Si iban los dos solos, podría ser peor. Bajo los relámpagos, un bar abierto. Estaba tan fuera de sí que el camarero no la entendió. Luego, el pueblo entero volcado en la búsqueda. Un guardia civil junto a ella, gritando sus nombres. La garganta en carne viva. No podía estar sucediendo eso. Llovía como nunca ha visto llover. Hasta que llegó el aviso. Los habían encontrado. La muchedumbre congregada en el bar les abrió paso. Abrazó a Leo entre sollozos y después miró a las niñas y también las abrazó. Tomás y Roberto se habían quedado para seguir buscando. Porque Flor no aparecía. Los llevaron a la casona y allí el tiempo se detuvo. Todo se va a arreglar. Preparó un baño caliente para Leo y otro para las gemelas. No quisieron comer nada. Leo se durmió enseguida y

Ángela se encerró en su cuarto. La lluvia no cesaba. La cajetilla de cigarros se iba quedando vacía. Los pasos. Mariana al final de la escalera. Tranquila, todo se va a arreglar. Llegó el alba y la tormenta amainó. Y también llegó aquella llamada. La habían encontrado con las primeras luces. Nada se había arreglado. Bernabé y Ramón aparecieron a media mañana. Bernabé enloquecido, gritando que lo sabía. Esa noche, Ramón durmió en la casona por primera vez. Esperemos que sea la última. Antes de acostarse, estuvo hablando por teléfono con quien se había hecho cargo del caso. Todo era mucho más espantoso de lo que se veía a simple vista. Habían encontrado algo en el cuerpo de Flor.

NO DIGAS NADA

CALLE DEL PRÍNCIPE DE VERGARA (MADRID)
2 DE OCTUBRE DE 2003

Tomás recurre a Jaime en cuanto surge el más mínimo problema. Es su asesor y su abogado, y la confianza es total. La confianza es como una planta enredadera y las enredaderas no crecen de un día para otro. Necesitan su tiempo. La que crece entre ellos está bien enraizada: si Jaime es su abogado, es porque el padre de Jaime lo fue de su propio padre. Generaciones paralelas, asuntos, favores, lazos. Y, además, son amigos. Jaime y él suelen comer juntos una o dos veces al mes, y si la comida se entona, cosa bastante habitual, acaban la tarde en un chalecito recóndito de La Moraleja, donde son atendidos por unas señoritas la mar de simpáticas. Por si fuera poco, también son medio familia, ya que Laura, su mujer, es prima hermana de la mujer de Jaime. Tantas coincidencias podrían inducir a pensar que, o bien el mundo es muy pequeño, o bien es la casualidad lo que dirige nuestras vidas. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro es cierto, al menos en este caso: todos ellos han estudiado en los mismos colegios, en la misma universidad pontificia, han bailado de jóvenes en las mismas discotecas y han frecuentado las mismas parroquias y amistades. Y es una suerte —se dice Tomás—, es una suerte que la vida se organice tan maravillosamente bien ella solita y que cada cual esté en su sitio y rodeado de los suyos. Así no hay líos ni confusiones, y todo queda en casa, y uno sabe que, pase lo que pase, siempre habrá alguien muy cerca que te podrá proteger.

El mero hecho de entrar en el bufete, ya lo tranquiliza. VÁZQUEZ & ZULUETA ABOGADOS . El discreto letrero en la entreplanta de una de las fincas más señoriales de toda la calle da paso a un espacio diáfano, funcional y moderno. Qué buena reforma hicieron. Tomás todavía recuerda la primera vez que estuvo aquí con su padre: tapices oscuros en las paredes, escribanías de bronce sobre robustas mesas talladas, sillones fraileros con escudo en el respaldo. El juicio de Emilio estaba a punto de celebrarse y su padre quería tenerlo todo atado y bien atado. Y como la vida —ya está dicho— es así de lista y organizada, resultó que el magistrado de la

Audiencia Provincial de Oviedo había sido compañero de estudios del abuelo de Jaime, de estudios y de batallón: gente de bien, de la que te apoya cuando hace falta, de la que está siempre ahí. Todo salió como esperaban y, desde aquella primera visita, Tomás ha vuelto a ese bufete cada vez que ha tenido que enfrentarse a algún amargo padecimiento: la estúpida becaria que lo denunció por acoso —una niñata a la que explotaban en la televisión regional y que quiso sacar tajada de su aspecto de Lolita—; el problema que tuvo hace unos años con Hacienda —bah, a quién no le pasa—; el reparto inmaculado de la herencia de su padre... En fin, la vida es larga y las fatigas acechan. Hoy da gusto entrar ahí. Han desaparecido los tapices y el olor a made ras venerables y ahora todo es luz y transparencia. El suelo es de un gris industrial y, en lugar de gruesos muros y lámparas de banquero, hay halógenos y paneles de cristal al ácido, escritorios de metacrilato y aéreos sillones escandinavos junto a algún que otro guiño *mid century*. Jaime Vázquez lo espera en el espacio del fondo, el más amplio y soleado, las copas de las acacias llegan hasta la mitad de las ventanas.

—Lo que te gusta liarla, Tomasín.

El pésame y las formalidades ya fueron pronunciadas y aceptadas por teléfono, no hace falta repetirlas y Jaime no es de los que se andan con florituras. Es un tipo franco y directo, además de un gran profesional. Los ojos claros le brillan como puntas de alfiler en esa cara de chico espabilado. En muy buena forma física, la piel pecosa y el pelo color panizo, tan desenvuelto que te deja atrás en cualquier asunto, sea de la índole que sea. En el chalecito de La Moraleja, por ejemplo, siempre sube el primero. Ni media vuelta le da a nada. Sus gustos en ese aspecto son tan diáfanos como la nueva decoración del despacho. A Tomás le viene bien que sea tan ansioso y decidido, así él tiene tiempo de esperar a que Andrea le traiga la guinda, el manjar selecto que solo ofrece a unos pocos, a unos pocos que pagan muchísimo más.

—Te advierto que no estoy para bromas. —Tomás se sienta sin pedir permiso, se repantiga en el asiento y cruza una pierna sobre la otra.

—¿Y en el partido? —pregunta Jaime—. Ahí cómo están.

—Muy revueltos. Ayer tuve una reunión de urgencia con el portavoz del grupo parlamentario, por eso vine a Madrid. Me exigen unas declaraciones. Ya sabes, se supone que de nosotros se espera en todo momento un comportamiento ejemplar. La opinión pública, la oposición al acecho y otras simplezas del mismo estilo. Es de locos, ¿no te parece? Entiendo el

revuelo, pero estarás de acuerdo conmigo en que no es para tanto. Lo que me ha pasado a mí, le puede pasar a cualquiera.

—¿Y qué vas a hacer?

—He convocado a la prensa esta tarde en la puerta del Supremo. Si quieren carne, la tendrán.

—¿El Supremo? No jodas, falta todavía mucho para eso. Según mis cálculos, hasta el próximo otoño ningún alto magistrado llamará a tu puerta.

—Precisamente. Tengo pensado decirles que en ese mismo sitio nos veremos cuando los jueces lo decidan, y que ojalá sea lo antes posible, que soy muy consciente de la imprudencia cometida y que, por supuesto, asumiré toda la responsabilidad, como cualquier ciudadano.

Jaime se queda callado, pensando, con la mano en la barbilla.

—Lo veo perfecto como discurso. Se diría que alguien por ahí te lo ha escrito.

—Muy gracioso.

Luego Jaime lo mira con sorna y levanta las cejas.

—Menos mal que no estás en la Comisión de Seguridad Vial; eso sí que habría sido la hostia.

—Ya vale, te he dicho que no estoy para bromas. Y te recuerdo que quien ha muerto es mi hermana. Y mi madre, de paso, también. Te pido un poco de delicadeza.

Jaime se excusa y lo hace con sinceridad. No es la primera vez que se embala de ese modo. Es un buen tío, aunque tiene sus cosas. Quién no las tiene.

—¿Cómo va todo por Nueva? —pregunta Jaime después.

—Mal. Ya te dije por teléfono que intenté lo del juicio rápido y no hubo manera. La juez que me ha tocado en suerte es durilla de pelar.

—Sí, ya he preguntado por ahí. Lleva poco tiempo en la carrera y tiene toda la pinta de estar todavía muy verde. Esas son las peores.

—No sé qué mosca le ha picado conmigo. Es como si quisiera buscarle tres pies al gato a toda costa. Ha estado hablando con mis hermanos medio en secreto, y estoy seguro de que a mí no me dice todo lo que sabe.

—Bueno, es su trabajo, y no veo por qué iba a compartirlo con el investigado.

Tomás se agita, piensa, cambia el cruce de las piernas y se repite esa palabra: investigado.

—Oye, Jaime, ¿y no hay manera de quitársela de encima? Si he venido

a verte es por eso. No sé, no me gusta esa tía.

—Me temo que no. Me he estado informando a conciencia de cómo va el proceso en casos como el tuyo y todo se parece bastante a lo que te expliqué por encima el otro día. —Jaime se yergue en su sillón de diseño, pone cara de préstame mucha atención y empieza a hablarle en el mismo tono didáctico con el que se habla a los niños—. Ella seguirá con la instrucción hasta que la Fiscalía le envíe un escrito en el que, por tu condición de aforado, aconseje o justifique la remisión del caso al Supremo; luego solicitará al Senado un certificado sobre tu condición efectiva de senador, y, una vez recibido, se inhibirá y quedarás en manos de lo que decidan nuestros amigos de la Villa de París. Luego hay más trámites, que no te voy a contar para no aburrirte, y al final, más pronto o más tarde, te adjudicarán un magistrado. Para tu tranquilidad, te diré que no creo que la cosa llegue tan lejos. Se trata de un accidente, nada más. Lo único bueno de todo esto es que cada uno de esos pasos tardará meses, y a nosotros nos dará tiempo de sobra para prepararnos.

—O sea, que a la juez, por ahora, me la como enterita.

—Tampoco es para tanto, ¿no? A fin de cuentas, no hay mucho más de lo que se ve, y ella estará hasta arriba de trabajo y lo tuyo lo dejará enseguida. —Jaime se calla, reflexiona y después continúa—: ¿Y dices que ha hablado en secreto con tus hermanos? Menudo secreto, ¿no? Porque, vamos a ver..., si eso es así: tú..., ¿tú por qué lo sabes?

—Lo sé por el descerebrado de Leo. Es la hostia. Si es que el pobre, además de maricón, es también tonto del culo. Se presentó el lunes en Nueva con un tío que acababa de conocer. Ha tenido el valor de meterlo en casa con la que estaba cayendo y ayer se fueron los dos a Gijón, a cambiar de aires y hacer turismo, nos dijeron. Una parejita preciosa. Imagínatelos. Si mi padre levantara la cabeza... —Se detiene un momento, toma un respiro, piensa en su padre—. Y, de repente, el tío ese coge y se larga y deja a mi hermano ahí tirado, sin móvil y sin un céntimo en el bolsillo. Por lo visto, le ha sacado hasta el hígado. ¿Qué te parece? ¿No es para descojonarse? En fin, que como Leo es así de listo, no se le ocurrió nada mejor que llamar desde una cabina al juzgado de Llanes para que la juez de las narices nos avisara y fuésemos a buscarlo. Como no localizó a mi hermana, la juez me llamó a mí, pero yo estaba en un taxi camino del aeropuerto y ni por asomo iba a cambiar mis planes para salvarle el culo a Leo. Ayer por la noche hablé con Ángela y me dijo que fue a por él con Roberto. Te acuerdas de Roberto, ¿no?

—Sí, claro, el que vivía con vosotros.

—El mismo. Otro infeliz. Iba para reportero de guerra y ha terminado de gacetilla en un periódico de provincias. Fue el primero que sacó la noticia, por cierto. Alguien lo tenía que hacer.

—Yo creo que se olvidarán pronto. La prensa, digo. No eres tan importante.

—Vete a la mierda.

—Cómo estás de susceptible.

—Un poco, así que para ya de joderme o la vamos a tener. Lo que vengo a decirte es que ayer quedó bien claro que mis dos hermanitos han tenido algún contacto con la juez, porque si no, ya me dirás a qué viene tanta llamada y tanta confianza.

—No veo el problema. —Jaime es tajante y tranquilizador. Una maravilla de abogado—. Te repito que está haciendo su trabajo, nada más. A no ser que haya algo por ahí que todavía no me has contado...

—Qué quieres decir.

—Que estás rarísimo, Tomás, ¿o es que no te das cuenta? Si te pones así de nervioso cuando hablas con ella, no me extraña que sospeche.

—Sospechar de qué.

—De nada, hombre, de nada. De qué va a sospechar. Anda, que estás tú... Mira, ¿sabes lo que te digo?, que te voy a poner una copa. Tenemos por ahí un whisky japonés que quita el hipo. Tomamos uno y luego nos vamos a comer y a lo que se tercie. Tú ya me entiendes. Te vendrá bien un poco de jarana.

—Paso, Jaime, de verdad. Quiero almorzar en casa, hace casi una semana que no veo a mi familia. Ayer llegué tardísimo por culpa de la reunión y ya dormían.

—Un marido ejemplar.

—Exacto. Igual que tú.

A Jaime le cambia la expresión de la cara con una facilidad pasmosa. Pasa de la curiosidad a la displicencia, o de la empatía a la broma cruel, con recursos de gran actor. Está en ello. A ver qué suelta ahora.

—Oye, ¿y cómo dices que se llama la comisión del Senado de la que te acaban de hacer portavoz?

—Que te den, Jaime, me estás tocando mucho las pelotas.

Tomás se levanta y ni siquiera se despide. Maldito cabrón. Cómo es posible que tenga tan poca sensibilidad. Está pasando por uno de los peores momentos de su vida y su supuesto mejor amigo lo sigue tomando todo a

guasa. Aunque, si nos ponemos serios, un poco de razón sí que tiene: Comisión Especial sobre la Prostitución; ahí es nada. Ocupa esa portavocía desde hace dos meses. Bueno, el mundo es imperfecto y no es él quien va a arreglarlo.

El tráfico es intenso a esa hora en Príncipe de Vergara, y el aire le llega cargado de esa energía urbana y casi palpable de la que tanto se habla. Cuánto le gusta esta ciudad. Un día más en Nueva y habría acabado pegándose un tiro. El silencio, los días interminables, la sensación de que la vida se acaba cuando oscurece. Y, por si fuera poco, la convivencia con sus hermanos, el batiburrillo de recuerdos que pululan por esa casa, la presencia de Mariana en cada conversación. Ángela está pesadísima. Ayer, mientras él esperaba al taxi que lo llevaría al aeropuerto, lo atosigó a preguntas. Qué fue de Mariana cuando ella se marchó, cómo se tomaron papá y mamá que no volviera a España, cuánto tardó Roberto en buscarse otra novia. Qué más dará. ¿No sería mejor dejar que la vida siga en vez de complicarla con tanta pregunta?

Está a punto de coger un taxi para ir a casa cuando la BlackBerry vibra. Es un correo electrónico y lo que lee en la pantalla le gusta. El partido ha cambiado de idea y no lo deja solo ante el peligro. Cancelan el numerito del vestíbulo del Supremo y, en su lugar, se emitirá un comunicado con términos muy similares a lo acordado en la reunión de ayer: imprudencia, responsabilidad, un ciudadano como otro cualquiera. Adjuntan el borrador para que lo apruebe. No hay nada que aprobar, puesto que son ellos quienes deciden, pero él obedece y dice que sí, que adelante, y que muchísimas gracias.

Mientras se monta en el taxi que acaba de detenerse delante, recapacita. Inesperadamente tiene la tarde libre, y mucha tensión acumulada. El sábado vuela a Asturias porque ha quedado con sus hermanos para ir a recoger las cenizas. Y por fin le devolverán el coche. Ángela ha retrasado su viaje y se vendrán los tres juntos a Madrid. Se leerá el testamento a los pocos días y comenzarán los trámites de la herencia. Jaime está en ello: las mejores manos. La semana será dura y puede que a su amigo, como casi siempre, no le haya faltado razón hace un rato. Escribe un mensaje de texto a su mujer con la excusa habitual: otra reunión, lo siento, elige un buen restaurante y nos vamos de cena. El taxista lo mira extrañado , claro, llevan ahí varios minutos y todavía no le ha dicho adónde van.

—Ah, sí, perdone: La Moraleja. Cuando lleguemos, yo mismo le iré guiando; es un poco lioso encontrar esa calle.

Es pronto, y ni siquiera ha comido. El deseo impone sus reglas en los momentos más insospechados. Podría decirle a Jaime que viniera, pero no lo hace. Hoy prefiere —lo necesita más bien— ir solo. Cuando va con Jaime, todo adquiere un tono festivo: primero una marisquería o un buen asador, al vino de la comida se le suman varias copas y la tarde transcurre en un ambiente de rebeldía y frescura, como jóvenes gamberretes haciendo alguna trastada sin la menor importancia. Los días que va solo no hay gamberrada ni borrachera rebelde que le sirva como excusa. Va porque lo necesita. Porque algo muy profundo y oscuro lo llama y tira de él.

—Usted dirá.

A pesar del tráfico, el taxista ha tardado poco en llegar a la vía de servicio de la carretera de Burgos y acceder a la primera rotonda. Tomás le indica que continúe por el Camino del Cura, y desde ahí lo va guiando por un laberinto de calles floridas y veredas de álamos hasta que llegan a ese chalet, donde tantos vicios quedan ocultos gracias a una tupida barrera de plátanos y sicomoros.

—¡Pero bueno, Salcedo...! ¿Qué horas son estas?

Andrea Schwartzmann es argentina, más viva que las ratas y muy comprensiva con los caprichos de cada cual, por muy raritos que sean. Según cuentan, llegó a España a principios de los setenta y tuvo el buen tino de comprar por cuatro duros esa propiedad situada en la frontera difusa que separaba las urbanizaciones prácticamente nuevas de El Encinar de los Reyes y La Moraleja. Había pensado que los cientos de militares americanos instalados en El Encinar desde que abrieron la base de Torrejón bien tendrían que divertirse de vez en cuando, que los sucios lupanares del centro de la ciudad les quedaban muy lejos y que tener a mano un lugar discreto y confortable donde desahogar las tensiones del día a día era algo que todos esos robustos muchachos seguro le iban a agradecer. Todo fue viento en popa hasta el 92, cuando los americanos se retiraron de Torrejón y El Encinar de los Reyes se quedó vacío. Las familias pudientes que después fueron llegando no necesitaban, en principio, sus servicios, y , a los pocos meses, el negocio estuvo a punto de quebrar. Andrea, sin embargo, no se desanimó: pensó que frente a grandes males, grandes remedios, y de la noche a la mañana transformó el viejo burdel en algo, digamos, mucho más exclusivo.

—Tienes razón —concede Tomás—, debería haberte avisado.

—¿Tan mal vas, querido?

Uno de los secretos de Andrea es ese, tratar a los clientes con suma

familiaridad, regañarles como a niños chicos o, si es necesario, hacer de paño de lágrimas, de hermana mayor, de confidente.

—No, no tanto. Me apetecía verte, nada más. Y no he caído en la cuenta de que aquí también tenéis un horario.

—Ah, ya veo: te recagaron. —Andrea lo mira, sonríe, mueve la cabeza —. Pasá, pasá. Veremos lo que puedo hacer por vos a estas horas. Aunque tendrás que esperar un poco, con ellas nunca se sabe. ¿Querés tomar algo mientras tanto?

Las manos de Andrea son grandes y están deformadas por la artrosis, y revolotean mientras habla como animales prehistóricos, como pterodáctilos de alas membranosas y ásperas patas gauchadas. ¿Qué edad tendrá? La voz de incansable fumadora, el fuerte acento porteño y el pelo gris plata con reflejos violetas la convierten en una madama de novela. Va impecablemente vestida de negro, tacones de aguja incluidos. Ella dirá lo que quiera, pero ese sitio no tiene horas, su servicio es *non stop* . A Tomás no le apetece beber nada. El café del desayuno le ha sentado como un tiro y todavía sigue con el estómago hecho un puro revoltijo. Una vez más, la juez. Esta mañana, el juzgado de Llanes ha enviado a Ángela el informe de la autopsia de Mariana por correo electrónico, con copia a Leo y a él mismo. Al parecer, Ángela lo solicitó el martes por escrito, cuando estuvo con la juez. Los familiares directos pueden hacerlo, haya o no investigación. Lo que se desprende del informe es, cuando menos, rarísimo. Tan raro y desquiciado como la propia Mariana. Nunca se cansará de decirlo. Qué loca. Qué loca furiosa.

Una chica mulata aparece al fondo. En la mano lleva una bandeja con una copa de champán y un poco de caviar. No es mala idea. Andrea es así. Decide por ti sin preguntarte, porque sabe lo que tú necesitas. La chica le sonríe y le dice que la señora Schwartzmann está haciendo unas llamadas, y que si él desea cualquier cosa, no tiene más que pulsar el botón que tiene justo detrás, entre la cortina y la chimenea. Tomás le da las gracias y examina esas cortinas, confeccionadas con cuentas de cristales de colores. Andrea conserva el mobiliario de los setenta, y uno tiene siempre la impresión de haber ido a parar a una película de Emmanuelle: papel pintado con motivos geométricos, sofás color chocolate y cojines naranjas, estanterías de tubos metálicos y baldas acristaladas, y, por supuesto, un regio sillón de mimbre tipo pavo real, perfecto para Sylvia Kristel. Recuerda que en una ocasión habló con Andrea de su padre. Hay ciertos apellidos que te preceden, tanto si lo quieres, como si no. Andrea le contó

que, en aquellos años, don Ramón Salcedo frecuentaba los círculos norteamericanos del edificio Corea y El Encinar, y que tenía una amiguita, vos me entendés, pero, a pesar de tenerla, más de una noche acabó acá: por suerte para este negocio, los hombres sois insaciables. Él siempre había sospechado que su padre fue un mujeriego y un juerguista, y que la España de Franco no fue para él un país tan gris como otros cuentan, sino algo mucho más entretenido. Pero una cosa es sospecharlo y otra imaginárselo allí, en el mismo sillón tapizado con escay que él ocupa en este instante, con su bigote finito y el pelo bien peinado hacia atrás, su sonrisa seductora, golfeando con las bullangueras chicas de entonces. Las de ahora, le aseguró la propia Andrea, son otra cosa. Mucho más refinadas y todas con un toque especial, y ese toque distintivo es lo que diferencia su negocio de los cientos que proliferan en Madrid. Aquí no hay una carta o un desfile para que elijas como en la mayoría de los sitios. No. Aquí tú eliges primero y después te preparan la carta, confeccionada siguiendo tus gustos, tus filias y tus rarezas: negritas de ojos azules, orientales minúsculas, casadas de alto nivel, transexuales imponentes, hermafroditas, modelos de pasarela, dúos mixtos.

—Sueña con algo, con lo que sea, y Andrea Schwartzmann te lo conseguirá.

Un coche se detiene en la puerta del chalé una hora más tarde. Andrea aparece en el salón y le guiña un ojo: confía en mí, ya verás como te gustan. Un temblor se apodera de él cuando las ve. La respiración se le altera y la saliva le inunda el interior de la boca.

—Andrea, ¿cómo lo haces? Siempre me sorprendes.

AUDIENCIA PROVINCIAL DE OVIEDO (ASTURIAS)
FEBRERO DE 1981

Se ha rapado el pelo, observa Bernabé, y lleva puesto un chubasquero verde. Entró así, con el chubasquero abrochado y el cuello de filo amarillo subido hasta casi la boca. «¿El acusado tiene algo que añadir a lo dicho en esta sala?», y el acusado no añade nada. Qué va a añadir después de lo que aquí se ha oído. Está ahí mismo, sentado en la primera fila, y Bernabé, desde su asiento, puede verle la espalda, el cráneo afeitado, la parte posterior de las orejas. El acusado no añade nada y entonces Bernabé se muerde los labios y agarra los bordes de la silla para contener las ganas de levantarse y rodear con las manos ese cuello cubierto de tela impermeable, rodearlo y apretar con el inmenso dolor que lleva dentro, y mirarlo a los ojos mientras boquea y cae al suelo allí mismo, delante del juez, delante de todos. Un ajuste de cuentas de los de antes, ojo por ojo, le importan muy poco las consecuencias. Si no lo hace es porque no puede, porque no se lo van a permitir. Han pasado más de dos horas desde que lo vio llegar, esposado y cabizbajo, custodiado por los mismos policías que lo protegían de la nube de ciudadanos enfurecidos que esperaban en la puerta de los juzgados. Más de dos horas de palabras y argumentos, de imágenes narradas que se parecen demasiado a las que lo atormentan cada noche. El cuerpo de Flor empapado de lluvia, su cabecita contra una roca, el vestido rasgado y los zapa tos a más de quinientos metros, rotos también, cubiertos de barro. A la necesidad de venganza se suma el peso de la culpa, y no sabe qué es peor. Porque aquella tarde él no estaba allí para protegerla, para prohibirle a Roberto salir de excursión debido al mal tiempo que se avecinaba, o para buscarla bajo la tormenta e impedir que le hicieran eso a su pequeña.

—Visto para sentencia.

Un golpe de martillo.

Maldito seas.

Ojalá te hubiese matado en aquel sótano.

Las pruebas y los testimonios son contundentes, no hay mucho que

deliberar. El coche de Emilio estaba allí sin justificación alguna. La defensa ha argumentado que Emilio salió a buscarlos en cuanto empezó la tormenta porque Roberto, el día anterior, le había dicho que tenían planeada una excursión y que pasarían la tarde en los bufones ; y que fue a buscarlos él solo, sin avisar a la Guardia Civil o a los vecinos, como un su perhombre, como un héroe que quiere para sí todas las meda llas. Quién podrá creerlo. Fue hasta allí aprovechando la tor menta porque deseaba cobrarse su pieza, como un depredador, como un animal sediento. Doña María Rosa también salió a bus carlos y lo primero que hizo, como es lógico, fue avisar a todo el mundo. Pidió ayuda en Pría y la tuvo, y sus cuatro hijos siguen sanos y salvos. ¿Qué idea es esa de que estaban los dos jun tos en el torreón y que cada uno fue en su propio coche? Los asesinos no saben qué inventar. Hasta su propio abogado se ha quedado boquiabierto. Doña María Rosa lo ha negado bajo juramento y es la palabra de una señora contra la de una sabandija. Emilio, al escucharla, no ha tenido más remedio que bajar la cabeza y no ha vuelto a subirla. Por eso no ha añadido nada al terminar. Porque no hay nada que añadir. Fue Emilio quien la encontró y avisó a los demás. Sus huellas en uno de los zapatos. ¿De verdad alguien va a creer que vio ese zapato gracias al resplandor de un relámpago, y lo cogió, y al ver lo pequeño que era supo que Flor estaba muy cerca y por eso dio con su cuerpo en mitad de la noche, a más de quinientos metros? El fiscal lo ha ex plicado muy bien: cuando todo un grupo busca a algún desaparecido, el culpable suele participar en esa búsqueda desde el primer momento, y con más ahínco que los demás. Nadie del pueblo ha venido a apoyarlo o defenderlo. Ni siquiera su propio padre lo ha hecho: salió por la tarde, me pidió el coche, no sé adónde fue. Tampoco tiene amigos a pesar de haberse criado en Nueva, y las declaraciones de Tomás y Roberto solo han confirmado que es un tipo muy raro, oscuro y solitario, que sus comportamientos son anómalos en un joven de su edad. La posible psicopatía de la que ha hablado el fiscal ha sido confirmada por un perito psiquiatra: no comprende el dolor ajeno, es frío e inteligente, vive en su mundo y, sobre todo, nadie se atrevería a afirmar que no es capaz de repetirlo. ¿Necesita el señor magistrado algo más?

Por algún motivo que Bernabé todavía no entiende, lo que ocurrió en la Puerta del Sol hace ya cinco años no ha salido a relucir. Habría sido el camino más fácil: la venganza, el móvil perfecto. A él no le habría importado, más bien lo contrario. Lleva demasiado tiempo ocultándose de su pasado y empieza a estar cansado de hacerlo. En aquellos calabozos, él

solamente ejecutaba, solamente obedecía, y con la ley del 77, todo quedó perdonado. Amnistía y libertad. ¿No era esa la consigna que coreaban por las calles? Amnistía, sí, pero para los de un bando y los del otro, como tiene que ser. También para los «delitos cometidos por los funcionarios y agentes del orden público contra el ejercicio de los derechos de las personas». Se sabe la frase de memoria. Un com pañero la tenía escrita en el papel que le dio cuando se despidieron. Para que no la olvidase nunca, para que estuviese tranquilo pasara lo que pasara. Y está tranquilo: era otro mundo, otros códigos, otra vida muy distinta a la de ahora; no hay , por lo tanto, nada que ocultar. Sin embargo, si estuvo en Madrid a mitad de agosto fue precisamente por eso, por los calabozos de Sol, porque a don Ramón le había llegado el rumor de que había por ahí un fulano que estaba metiendo las narices donde no debía.

—Te coges un tren y te vienes para acá mañana mismo, Zamora. Yo no puedo desplazarme y esto es demasiado serio para hablarlo por teléfono.

Tiene grabada a fuego la conversación que allí, en Madrid, mantuvo con don Ramón, y también lo que hicieron esa noche, mientras su niña seguía perdida. ¿Podrá perdonárselo a sí mismo algún día? No es capaz de pensar en otra cosa desde agosto. Cada imagen, cada frase, cada decisión se repite con una caden cia lenta, pero implacable. Incluso ahora, mientras la sala del juzgado se va quedando vacía, Bernabé regresa sin quererlo a la estación de Chamartín y se ve allí, apeándose del tren nocturno, recibiendo la bocanada de aire seco y caliente con la que la ciudad lo recibía a pesar de que apenas daban las nueve de la mañana. No había vuelto desde que se instaló en Nueva. Solo habían pasado dos años y le sorprendió que la ciudad hubiese cambiado tanto. Estuvo paseando durante horas para hacer tiempo y vio jóvenes con crestas de colores caminando por la Gran Vía, vio anuncios de conciertos de música moderna en los que aparecían imágenes provocativas e indecentes, vio chicas vestidas con desvergüenza, vio paredes pintadas con mensajes políticos inaceptables. Había quedado con don Ramón en la cafetería California de la calle Goya. La habían reformado después del atentado del año anterior y don Ramón le dijo que él seguía yendo ahí, faltaría más, a mí esa gentuza no me da miedo.

—Y en Nueva, ¿vais bien?

El sol de mediados de agosto calentaba la calle con furia. Era la hora del vermú y eso bebían, sentados en los taburetes giratorios de la barra.

—En Nueva vamos bien —contestó él después—. Roberto y la niña ya se han acostumbrado a vivir allí, y en verano lo pasan de maravilla porque

han hecho muy buenas migas con sus hijos.

—Lo sé, lo sé. Tomás me tiene al tanto de todo. Qué gran chico, ¿verdad? Tengo muchas esperanzas puestas en su futuro.

—Son todos muy buenos chavales. Su hija Mariana le toca el piano a la niña, y parece que a Ángela le ha dado por mi Roberto. En fin, ya sabe, cosas de críos. Y su mujer...

—Mi mujer seguro que también está estupendamente, como si la viera. Y ahora vayamos al caso, Zamora. Veamos..., ¿te suena de algo esta cara?

Don Ramón le mostró una fotografía y él la examinó de cerca.

—Sí, claro. Es el hijo del mecánico del pueblo. El año pasado le arregló una motillo a Tomás y este verano ha estado con el CX de su señora. Por cierto, debería pensar en cambiarlo. No ha parado de dar problemas desde que llegaron.

—Vaya, vaya. Así que le arregla el coche a mi amada esposa. Sabíamos que el mochuelo era de Nueva, pero esto ya me parece el colmo.

—Es muy buen chico ese también. La moto le dio tanta guerra que acabó haciéndose amigo de Roberto y de Tomás. Luego pasó algo entre ellos y ahora no se hablan. Ya le digo, cosas de críos.

—¿Y habéis coincidido muchas veces?

—¿Él y yo? No, qué va. ¿Por qué lo pregunta? Que yo sepa, nos vimos el año pasado, el día que trajo la moto, poco más.

—Se llama Emilio.

—Sí, eso ya lo sé.

—Emilio Sariego. ¿Te dice algo ese nombre?

—¿Qué pasa, don Ramón? Me está usted poniendo nervioso.

—Pasa que ese buen chico estuvo hace unos años en la Puerta del Sol y que tú te ocupaste de él. De él y de su novieta francesa.

—No me joda.

—Y pasa que desde el mes de septiembre no ha parado de tocar las narices por aquí. Porque estudia aquí, en Madrid. Debería haber acabado Montes este año, pero se ve que ha estado tan ocupado dando por saco con lo de la francesa, que suspendió unas cuantas. Un tipo listo, a pesar de todo, ha llegado hasta ahí a fuerza de becas.

Las becas, eso sí que le sonaba. Las amenazas para que cerrara el pico cuando lo soltaron fueron más bien por ahí. Y claro que lo había visto más veces, la última hacía cuatro días, creía recordar. Nueva es demasiado pequeño como para no verse. Volvían de Llanes, la niña había tenido la revisión del pediatra y el coche se le paró justo en la puerta de la iglesia. Se

bajó maldiciendo y abrió el capó, y mientras trasteaba en el motor para averiguar qué demonios fallaba, Flor empujó la puerta trasera y se dirigió a esa iglesia en la que él nunca había entrado. Emilio salía de allí en ese momento y se quedó mirando a la niña muy fijamente y de una manera un poco rara, y después lo miró a él, pero no lo saludó.

—¿Y usted cree que él sí me reconoció a mí?

—No estamos seguros, Zamora, pero es lo más probable. Desde el 76 no ha abierto la boca, y en septiembre, justo después de verte en Nueva, vuelve a Madrid y se planta en la mismísima puerta del doctor Palacio con ganas de hacer preguntas.

—No sé quién es ese doctor.

—Un ginecólogo que empleaba a la tal Pauline Brissac para que cuidara a sus hijas y, de paso, les enseñara francés. La chica vivía en su casa, ahí en Vitrubio, y ahí la llevamos cuando pasó lo que pasó.

Las imágenes volvían muy poco a poco, pero con una claridad estremecedora. La francesa desmayada y sangrando de una forma muy fea porque estaba preñada y no había avisado. ¿Cómo iba él a saberlo? ¿Acaso es adivino? Y, para colmo, se trataba de un error, algún soplón se había confundido y ellos se dieron cuenta cuando ya era demasiado tarde: ni ella ni el novio tenían nada que ver con ningún grupo armado. Se tuvo que ir a Asturias por esa maldita historia y la historia continuaba después de cuatro o cinco años. Era como una pesadilla interminable, como si el fantasma de aquella extranjera lo persiguiera allá donde va.

—Yo no sé qué pasó después, don Ramón. Solo sé que, por culpa de la francesa, me largaron de aquí.

—Mira, Zamora, no te conté los detalles en aquel momento porque no hacía ninguna falta, total, para qué; pero la verdad es que tuvimos mucha suerte. El doctor Palacio es de los nuestros y certificó la defunción sin poner pegas: un mal aborto y una hemorragia incontrolable. A la familia le dijimos que su hija llegó sangrando a casa por su propio pie, que la habían intervenido a saber dónde y que Palacio hizo lo que pudo, pero era ya demasiado tarde y no la pudo salvar. Luego enviamos el fiambre a París, y santas pascuas. Qué tiempos, joder. No había que dar tantas explicaciones como ahora, y mucho menos por este tipo de asuntos. A los dos años, la familia empezó a hacer preguntas, eso sí que lo sabes. Querían el nombre del chico, del chico que la preñó. No tenían constancia de que tuviera novio en Madrid y les extrañaba enormemente lo que había pasado. Gente humilde, ya sabes: basura en realidad. Yo estoy seguro de que intentaban

sacar tajada como fuese, porque, si no, ya me dirás tú a cuento de qué reaparecen después de dos años. Humildes, pero insistentes, tanto que al cónsul le tuvimos que repetir la versión oficial y añadir, por si acaso, que el fulano podía ser cualquiera, que con cierto tipo de chicas todo es posible y que las familias suelen ser las últimas en darse cuenta de la mala hierba que han criado. Se quedó tranquilo, un tipo razonable, pero en la Brigada estábamos en pleno proceso de blanqueo, y por eso te pedimos que te fueras: no podías seguir ahí si ese asunto salía a la luz.

—No me lo pidieron, don Ramón, digamos mejor que me obligaron.

—Vale, vale, te obligamos. Hay que ver cómo eres de tiquismiquis. ¡Lo que te vengo a decir es que te mandé a Nueva! ¡A Nueva, joder, como si no hubiese más sitios en el mundo!

—No le entiendo.

—¿No me entiendes? Claro, Zamora, cómo me vas a entender si no lo entiendo ni yo. Si es que una cosa llevó a la otra y el final es para troncharse. Escucha esto. Me acababan de ofrecer la casona por cuatro duros. Un tipo que acababa de arruinarse la vendía y yo me enteré porque tenemos el mismo abogado. Pensé que era una buena inversión que, por si fuera poco, me solucionaba el problema de los veranos: ya sabes lo que a mí me gusta estar solo en Madrid..., tú me conoces. Justo después se decidió lo tuyo en la Brigada y yo vi el cielo abierto, así de claro te lo digo. Te dejaba colocado y bajo techo, y de paso me cuidabas a la familia. Y no me mires así, Zamora, que en este mundo nada es gratis. En lo que no me fijé fue en el expediente. ¿Lo entiendes ahora? Lo tuve durante meses encima de la mesa del despacho y no se me ocurrió mirar su lugar de nacimiento: Nueva de Llanes. ¡Emilio Sariego es del mismo pueblo al que te enviaba a vivir a ti ! ¿No es la hostia?

—Lo es, don Ramón. Y, si le soy sincero, no sé de qué se ríe.

—Me río de la cara que acabas de poner. ¿Sabes a qué se ha dedicado el bueno de Emilio este pasado invierno?

—No, cómo voy a saberlo.

—Además de intentar hablar con el ginecólogo, que no es poco, ha ido a la Dirección General a preguntar por su expediente y por el de la chica, ha estado en la embajada francesa y ha querido ver al mismísimo embajador. ¡Al embajador! De momento, no ha conseguido nada, porque en una embajada no se dan datos de residentes o fallecidos así como así y porque él, además, no es quién para solicitarlos. Lo que pasa es que parece dispuesto a seguir y nos tememos lo peor, da la impresión de ser un

poquitín testarudo. Por eso hemos pensado... Ay, Zamora, por eso hemos vuelto a pensar en ti.

—No me diga que me trasladan otra vez , porque eso sí que no, don Ramón, eso sí que no se lo consiento, y perdone que le hable así. Yo estoy bien como estoy, y, además...

—Tranquilo, hombre, que no es eso. Mira, lo que hemos pensado es que a lo mejor tú, puesto que estás por allí, un día de estos, como quien no quiere la cosa, coges y le das un pequeño escarmiento, ¿entiendes lo que te digo? Un susto nada más. Pero sin pasarte, ¿eh? Lo justito para que sepa que mejor si no remueve la mierda, y que su padre está mayor y le puede pasar cualquier cosa, o que en el taller hay mucho coche ajeno y la gasolina prende con facilidad... En fin, Zamora, lo que a ti te ocurra... ¿Qué? ¿Cómo lo ves?

No lo veía de ningún modo especial. La idea no le gustaba en absoluto, pero eso no era lo importante. Él es un hombre sencillo, siempre lo ha sido. La vida viene como viene y hay que aceptarla, y luego uno sigue adelante y ya está. De su infancia en Sanabria recuerda muy poco, solo que la infancia acabó y él se casó y se fue con la mujer a Madrid, donde nacieron los críos. Allí se colocó de sereno, y se tomó tan a pecho el trabajo que al poco tiempo le subieron el sueldo y le dieron uno de los mejores barrios de la ciudad. La mujer murió y lo dejó solo con Roberto y con esa niña que provoca tanta tristeza al mirarla. ¿Por qué una niña así? ¿Qué ha hecho él de malo? Cuando perdió el puesto de sereno y don Ramón le habló de la Brigada, vio el cielo abierto de nuevo; aún no sabía lo que allí le esperaba. Sin embargo, se acostumbró pronto, y nunca se ha preguntado por qué. Era lo que había. O eso o la vuelta a Sanabria con los dos críos y una mano delante y la otra detrás. A todo se acostumbra uno. En cuanto llegaba en metro a la estación de Sol, sentía que un nuevo Bernabé surgía de su interior y ocupaba el puesto del auténtico, y que durante los interrogatorios quien actuaba era el otro, y ese otro sabía que todo consistía en obedecer, porque siempre había alguien detrás que ordenaba: la cabeza en el agua, Zamora, eso es, en el agua hasta que cante. La picana, pues la picana; el pasillo, pues el pasillo. Algo malísimo habrían hecho esos zagales para acabar ahí. ¿Remordimientos? Debería, sí, aunque tampoco lo tiene claro. El otro Bernabé tiene la piel muy dura, los ojos fríos, el corazón hecho un bloque de hormigón. El Bernabé de verdad es, en cambio , otra cosa. ¿Lo es? ¿No estará intentando escabullirse? Hay sensaciones que, cuando menos lo espera, le revolotean dentro y luego se escapan. Y también le

llegan voces, golpes, súplicas, gritos. Cuando eso pasa, se concentra hasta que consigue que se vayan. De qué serviría. ¿Acaso es él quien ha organizado el mundo? Ahora su vida es otra. Le gusta cuidar de la casona, cultivar el huerto y observar el cambio de estaciones, dejar que los días pasen y disfrutar de la brisa que llega del mar. Hasta tiene una amiguita, luego se lo contará a don Ramón, una viuda del pueblo que va de mercado en mercado con un puesto de frutas y hortalizas. Él le da lo que le sobra del huerto para que lo venda y ella se lo agradece allí mismo, entre las matas de acelgas y alcachofas.

—Preferiría no hacerlo, don Ramón, yo ya no estoy para esos trotes. Aunque, si no hay más remedio...

—Este es mi hombre, claro que sí. Ahora mismo vamos a comernos unas gambas.

Se comieron las gambas y después él dijo que quería coger el tren de la tarde, pero don Ramón que ni hablar de eso, Zamora, tú te quedas aquí y mañana te vas tan tranquilamente.

—Yo preferiría...

—Nada, nada. Tú lo que necesitas es desfogar un poco y darle una alegría al cuerpo, que Nueva será precioso, no te digo que no, pero aburrido de cojones. Yo ahora tengo un compromiso, así que luego a las siete quedamos en la puerta de mi casa y desde ahí nos vamos a tomar una copa a un sitio que conozco y que te va a encantar. Y luego..., luego nos pegaremos una farra como la de Doctor Fleming, ¿te acuerdas?

—Claro, don Ramón, claro que me acuerdo. Me acuerdo perfectamente.

Como para no acordarse. La rubia con la cabeza medio abierta en el filo de la chimenea y don Ramón huyendo a toda prisa porque no quería problemas, el portero del edificio pidiendo ayuda un poco más tarde y luego la rubia apretándole a él la mano en la camilla de la ambulancia, pidiéndole por favor que no la dejara sola, que no la dejase morir sola. Y no lo hizo. No podía hacerlo. A pesar de las apariencias, él tiene un buen corazón. Hubo suerte y la rubia no se murió aquella noche. La dejó en una sala de urgencias rodeada de enfermeras y cuidados, y nunca volvió a saber de ella.

—Joder con la que liamos, Zamora, me descojono cuando me acuerdo. Todavía te debo ese favor y ya va siendo hora de pagártelo. Así que tú no te cortes y pide por esa boquita lo que te apetezca, ¿entendido? Te aseguro que vas a follar más esta noche que en toda tu triste vida.

Así le devolvía aquel favor don Ramón, llevándoselo de putas, y él,

como siempre ha hecho, obedeció sin rechistar y aceptó también quedarse en la casa de la calle Eduardo Dato. Tenían una habitación para el servicio que siempre estaba vacía y podría dormir ahí. No era mala la idea, y un gasto que se ahorraba. El recuerdo de esas horas lo perseguirá mientras viva. La tormenta había estallado en Nueva y él entraba en un local iluminado con neones fucsias. Las chicas se paseaban por encima de la barra ataviadas con minúsculos bikinis mientras su niña corría asustada bajo la lluvia. La música repiqueteaba en el ambiente como el agua y el viento lo hacían en el acantilado. La secuencia se repite cada noche desde entonces, cada noche, cada noche. Una barra de hierro atravesaba el local de pared a pared y varias chicas se contorsionaban alrededor como si fueran acróbatas. En los calabozos había una barra muy parecida. A cuántos colgó así, por las corvas, como aves desplumadas expuestas en una pollería. Don Ramón pidió las bebidas y luego le dijo que eligiera: la que más te guste, Zamora, o como si son dos; no veo mejor manera de pagar una deuda. Le costó elegir porque nunca había visto mujeres como esas. La planta de arriba olía de un modo desconocido para él. La chica le preguntó qué le gustaba hacer mientras su niña. Se desnudó lentamente y lo desnudó lentamente mientras su niña. Le descubrió placeres nuevos mientras su niña. Gimió y se derramó mientras su niña. Mientras su niña. Imposible pasar de ahí. La noche se detiene en ese punto y salta a Eduardo Dato, y después acelera para no detenerse nunca más. Las cinco de la mañana y su cabeza embotada por el alcohol, don Ramón indicándole cómo llegar al cuarto donde dormiría y al mismo tiempo pulsando algo en una especie de radiocasete que había junto al teléfono. «Este es el contestador automático de la familia Salcedo Ballet. Si lo desea, puede dejar un recado después de oír la señal. Muchas gracias». Las voces ocuparon después todo el salón, distorsionadas por el rasgar de la cinta, sucediéndose una tras otra y anunciando antes quiénes eran, la fecha, la hora: Ramón, soy Víctor, es sábado y son las seis de la tarde, acaba de llamarme el subdirector general, mañana hablamos y te cuento, chasquido; Ramón, soy Brenda, te recuerdo que hoy cenábamos en casa, son las diez y media, y sigo esperando a que llegues, la mesa está puesta, si supieras lo cansada que estoy de todo esto, chasquido; Ramón, soy Silvia, eres el cabrón más grande que he conocido en toda mi vida, y he conocido a unos cuantos, ojalá te mueras pronto, olvídame, ¿vale?, estoy sola en casa, te odio y te deseo como nunca he deseado a nadie, vente, chasquido; Ramón, soy María Rosa, te llamo a estas horas porque ha sucedido algo horrible, devuélveme la llamada en cuanto

oigas este mensaje, sea la hora que sea, te lo pido por favor.

NUEVA DE LLANES
3 DE OCTUBRE DE 2003

Si hace una semana le hubiesen dicho que acabaría cenando con Roberto en la sidrería de Nueva, se habría partido el culo de risa. Y, sin embargo, ahí está Ángela, metiéndose unos escalopines al cabrales y mirando a Roberto, escuchando la dulzura con la que le habla, dejándose acariciar por esos ojos oscuros. No lo puede evitar. Esa mezcla tan suya de gañán y chico tierno siempre le resultó atractiva. Si lo abandonó hace quince años, no fue precisamente porque le hubiese dejado de gustar. Cómo explicarle. Cómo contarle lo que ni siquiera ella está dispuesta a admitir. La idea inicial era cenar juntos con Leo. Pobrecito. No cuesta demasiado ponerse en su lugar y sentirte al instante una basura. La empatía nunca será su fuerte, no nos engañemos, pero hay casos y casos, y el de Leo es antológico. Una barbaridad. Que te dejen tirado como una colilla en un momento así no tiene nombre. Por no hablar de la pasta, o del engaño continuado de varios días; un engaño, todo hay que decirlo, de una perfidia exquisita. La repera. Y, entre tanto, Leo embobadito y con cara de al menos lo tengo a él. Cuando el miércoles fueron a rescatarlo, lo encontraron deshecho, temblando de frío porque iba en camiseta y se había puesto a llover, y con todo el aspecto de un cervatillo desvalido. Bambi. Tal cual. La juez la había llamado una hora antes para decirle que Leo estaba en Gijón y necesitaba ayuda, y Roberto, que andaba por allí con Bernabé, se ofreció a llevarla en su coche. Aparentemente, Roberto no le guarda rencor alguno. Durante el viaje hablaron de nada y de todo un poco, nerviosos, buscando a la desesperada frases y preguntas triviales que engarzaran mal que bien los diferentes retazos de conversación: la vida de Roberto en Llanes —ah, no sabía, pensaba que vivías en Nueva—; la orquesta sinfónica de la que ella es titular —embustera, que eres una embustera—; el periódico —ahí vamos, no me quejo—; el cambio del dólar; Bush y sus compinches; la salud de Bernabé; la guerra de Irak. Un rollo. Y mucha tensión. A la vuelta, menos mal, fue Leo quien tomó la palabra. De cervatillo desvalido pasó, en cuestión de segundos, a hidra furiosa y malhablada. Con lo finito que

parecía. Lo contó todo entre maldición y maldición, a taco limpio. Joaquín se le había aparecido *in the middle of the night* como un ángel que le ofrecía amor sin fin y un coche gratis, aunque, antes de eso, había tenido la precaución de suministrarle cierta sustancia ilegal, pedirle la tarjeta de crédito con contraseña incluida y devolverle lo solicitado antes de que él volviera a ser dueño de sí mismo. Y, después, como dos tortolitos. Hasta que la tarjeta no dio más de sí. Desde luego, qué mentes tan retorcidas hay por el ancho mundo.

—En cuanto llegue a Hartford, me pongo a dieta.

Están hablando de Leo y ella suelta lo de la dieta mientras apura la salsa de cabrales gracias a un barquito de pan. Llevan toda la noche así. Dando tumbos de un lado para otro. Que si esto que si aquello. Que lo mismo te digo una cosa que te digo la otra. Un mareo, la verdad. Roberto sonríe y no responde. Va a pedir los postres. Si han quedado para cenar es porque ella lo propuso el miércoles —cuando te creces, neni, no hay quien pueda contigo—, al volver de Gijón. Se le ocurrió que podría ser divertido y que les vendría bien a los tres. Demasiada presión acumulada. Demasiada tristeza. Demasiadas cosas serias e importantes en las que pensar. Las alternativas (cenar sola con Leo, cenar sola con Roberto, cenar sola) eran también terroríficas, así que optó por hacer pandilla puesto que en ese viaje de vuelta no habían estado tan mal. Hoy, en el último momento, el traidor de su hermano ha dicho que no iba, que prefería quedarse en casa, que se sentía mal y que, por favor, se divirtieran y no se preocuparan por él. Menudo cobarde. Ella ya estaba lista y Roberto acababa de llegar, vaqueros y camisa blanca remangada hasta el codo, la barba recién afeitada y el coche-patera limpísimo. Cancelar no era una opción.

—¿Y qué ha pasado finalmente con el móvil? —Roberto regresa sensata y delicadamente al tema que los ocupa—. ¿Ha podido recuperarlo?

—No. El sinvergonzón de Joaquín lo dejó inservible. Lo abandonó encima del lavabo, pero le había quitado antes el chip para que Leo no pudiera llamar ni pedir ayuda mientras él ponía tierra de por medio . Un chico listo: dejó a Leo sin blanca e incomunicado, y luego carretera y manta; cualquiera pilla a ese ahora. En fin, que estamos esperando un duplicado. Fuimos ayer a pe dirlo a Ribadesella y nos dijeron que suele tardar un par de días. Con suerte, lo tendrá mañana. Estuvimos también en el banco, pero ahí no hay nada que rascar. Lo que ha perdido, perdido se queda. Espero que tenga más cuidado la próxima vez.

Mientras llega el arroz con leche, vuelve a tirar de empatía y se pone

otro ratito en el pellejo de su hermano. Veamos. ¿Qué habría hecho ella? ¿Se habría dejado engañar? Sí, probablemente. Joaquín será un cabrón, de acuerdo, pero tenía toda la pinta de esconder grandes tesoros y de saber utilizarlos. Son detalles importantes que, en episodios de desasosiego, te pueden nublar la vista. A ella le ha sucedido más de una vez, y le da en la nariz que Leo tiene el mismo tipo de debilidades. No lo conoce mucho, eso es cierto; aunque, vamos a ver, en algo se les tendrá que notar que son hermanos. Cuando ella se escapó —porque fue lo que hizo, escaparse vilmente—, Leo tenía unos quince años y ya estaba empezando a dar señales de que no iba a ser un hijo fácil. Desde entonces, el contacto ha sido mínimo, aunque algo le dice que, de haberse quedado, podrían haber acabado haciendo muy buenas migas. Puede que todavía estén a tiempo. Quién sabe.

—Tener cuidado no es suficiente —dice Roberto después, cuando ya es imposible acordarse de lo que hablaban—. Uno nunca puede saber lo que el otro está planeando.

—¿Cómo dices?

—No, nada, pensaba en Leo y su amiguito.

¿Qué ha sido eso? Aseguraría que acaba de lanzarse un misil tierra aire en dirección a su lado de la mesa. *Mayday. Mayday.* No, Roberto, por ahí no. Entiendo que necesites derramamiento de sangre, pero no creo que este sea el momento.

—Saldrá adelante —zanja ella—. Todos lo hacemos.

—Sí, claro. Parece un chico fuerte. En vuestra familia, todos los sois; salvo Mariana, claro...

Misil esquivado.

—Oye, y una pregunta, ¿tú qué tal te llevabas con ella?

—¿Con Mariana? —Roberto se lo piensa, duda, titubea—. Bien, en general bien. Aunque tampoco teníamos mucho trato. Yo suelo pasar a ver a mi padre dos o tres veces por semana, normalmente a media tarde, y a esa hora ella estaba casi siempre en la academia. Cuando coincidíamos, charlábamos de la salud de tu madre sobre todo. Nada más.

Algo se enturbia de repente y por eso se mira las uñas. A la desesperada. Es Mariana otra vez. No debería haber preguntado. Mencionarla es sentarla a la mesa. Hacer, no sentir, observar. Las uñas. Ha vuelto a mordérselas. El descascarillado del esmalte le recuerda la capa de barniz que se dio a sí misma en el baño del aeropuerto de Chicago. El barniz se está descascarillando también. Poco a poco. Muy poco a poco. Las

costras caen al suelo haciendo tan poco ruido que nadie se da cuenta. Pronto saldrán a la luz las medias rotas. Los fracasos. Las mentiras. El piercing en la nariz. Cuánta mierda.

—¿Sabes, Roberto? Intento entenderla y no puedo.

Si habla de ese modo es porque todos en la casona están ya al corriente de lo que ha sucedido. Después de tantos días de secretismo, Tomás, antes de irse a Madrid, le contó a Bernabé la última travesura de Mariana. A Bernabé, cuyo hijo periodista, aquí presente, es quien lleva el suceso en el periódico. ¿A qué juegas, Tomás?

—Nadie la entiende. Mi padre decía que andaba muy nerviosa. Hace unas semanas discutieron y la discusión fue tan fuerte que dejaron de hablarse. Nunca había ocurrido. Mariana siempre ha sido para él una especie de segunda hija, supongo que no te descubro nada. Nunca olvidará lo mucho que quería a Flor y lo feliz que era mi hermana con ella.

—Y no sabes por qué discutieron.

—No. Le he preguntado varias veces y no me lo ha querido contar. Lo que sí sé es que, según él, tu madre había mejorado un poco este verano.

—¿En serio? Mariana nos aseguró que este sería su último cumpleaños, que se estaba muriendo y que, por eso, nos pedía que viniéramos.

—Sí, me lo dijo Tomás.

—O sea, que lo que organizó fue una despedida forzosa y, a su vez, una fiesta familiar. Eso es lo que hizo. ¿No te parece un poquitín macabro?

Roberto asiente y entonces ella se escucha a sí misma contar le lo que de ningún modo quería contarle a nadie: que ayer abrió su portátil antes de irse a Ribadesella con Leo, q ue tenía un correo del juzgado de instrucción de Llanes con un documento adjunto, que ese documento era el informe preliminar de la autopsia de Mariana y que su lectura les amargó a los dos el día.

—Mi idea era hacer de hermana mayor por primera vez en mi vida. Acompañar a Leo al banco y a lo del teléfono, charlar, animarlo...; ocuparme de él, en definitiva. Nos parecemos mucho, aunque él todavía no lo sabe.

—¿Lo conseguiste?

—Casi no hablamos. Leímos ese informe antes de salir y nos pasamos el viaje intentando entenderlo, cada uno en su mundo, mirando por la ventanilla y pasándolo fatal.

Se le acaba de quebrar la voz. No mucho. Un amago de quiebro. Un amaguito. Seguro que Roberto ni se ha fijado.

—Ángela, no hace falta que sigas si no quieres.

Qué bueno es. Agradece sus palabras, pero prefiere continuar. Necesita soltarlo y te ha tocado la china, guapetón, así de claro te lo digo.

—Mariana también había tomado Seconal esa mañana. Aunque una dosis muy pequeña, lo justo para estar medio atontada. Y tenía..., tenía una de esas cuchillas... Ya sabes, las de siempre.

—Ángela, de verdad...

—¿Te das cuenta, Roberto? Estaba sentada en el banco, con su música y su libro, abriéndose tranquilamente todas y cada una de las marcas que se ha ido haciendo a lo largo de los años. En el momento del accidente pasaron desapercibidas , porque imagínate la que se debió de liar. Es horrible. Me dan escalofríos al pensarlo.

—¿Lo has hablado con Tomás?

—No. No me ha llamado. Y sé que ha leído también ese in forme, porque nos lo han enviado a los tres. Vuelve mañana. Y el domingo nos vamos a Madrid. Estoy deseando largarme, pero hay muchos flecos sueltos todavía y no he tenido más remedio que cambiar el billete.

—No sé qué decirte. —Roberto saca la cajetilla de cigarros y le pregunta con un movimiento de las cejas si le importa. No, no le importa, aunque no entiende cómo en España todavía permiten que se fume en los restaurantes. En todos los países civilizados lo han prohibido o lo están prohibiendo. En Connecticut, sin ir más lejos, ya no dejan fumar.

—No tienes que decir nada, me basta con que me escuches. Por cierto, ¿me das uno? —Así me gusta, un gran saco de contradicciones desde que te levantas hasta que te vuelves a meter en la cama—. Lo dejé hace años, pero ahora me apetece.

—Sí, claro, toma. —Y fuego, su mechero, sus gestos tranquilos.

—Aunque, si se te ocurre algo... Algo que me ayude a entenderla, quiero decir. La juez, por ejemplo, me aseguró que Mariana ha pasado un verano terrible, que la ingresaron incluso. Eran amigas. Supongo que lo sabías.

—No. No tenía ni idea. Sé que le daba clases y poco más. —Llega el arroz con leche. Buena pinta. Roberto se pone serio y continúa—: Mira, Ángela, yo no la veía ni nerviosa ni nada en especial. La veía rara, vale, pero es que siempre ha sido rara, ¿o no?

—Un poquito.

—Y es verdad que la ingresaron. Fue a principios de agosto, si mal no recuerdo. Es algo que sucedía cada cierto tiempo, así que yo creo que nadie

le dio más importancia de la que ya tiene. Sé que fue a primeros de mes, porque el día quince sí que vino a la misa; ya sabes..., la misa que todos los años mi padre le encarga a Flor.

—¿Todavía?

—Ya ves. Luego él nunca aparece, pero la encarga. Yo casi siempre voy con Mariana. Y ese día seguía mal, sí, por supuesto que sí, aunque luego se recuperó. Si no me equivoco, la última vez que hablé con ella fue hace un mes más o menos. Quería volcar unas grabaciones vuestras en un CD y me preguntó si sabía cómo hacerlo.

—¿Unas grabaciones?

—Había encontrado unos casetes de las dos tocando juntas cuando erais pequeñas. Quería pasarlas a digital para que las tuvieses de recuerdo. Yo tenía por ahí un convertidor y se lo presté. A aparatos extraños no hay quien me gane, tengo de todo.

Se quedan callados. Un nuevo fantasma ha llegado a esa mesa. Son demasiados. Aquellas grabaciones en el viejo magnetófono fueron un foco de disgustos, de peleas, un infierno. Mariana, en cuanto pulsaba el botón, se ponía nerviosísima y empezaba a fallar, a acelerarse, a no entrar bien. Era un completo desastre acompañando y ella se lo decía: por qué te empeñas, no ves que no vales, estás tensa y suenas fatal. ¿Un CD con todo ese dolor? ¿Un regalo de recuerdo? Mira alrededor y toma conciencia de que está dentro de un tonel gigantesco partido por la mitad. Es la marca de la casa. Muchas de las mesas están dentro de toneles tan grandes como el suyo. Aquí todo es a lo bestia. No ha bebido demasiado en comparación con lo que acostumbra y, sin embargo, le da la impresión de que el tonel gira sobre sí mismo y que Roberto y ella son como dos ratones en una jaula, corriendo dentro de esa gran rueda de madera y acero que alguien ha colocado ahí para que no se aburran. Corren y corren, y nunca llegan. Deberían irse. Pagar y pasear un poco por el pueblo. Tomar esa copa que habían previsto. No tendría que haber fumado. El cigarro le ha sentado como un tiro y ahora necesita que le dé el aire. Y lo necesita ya. Roberto ha insistido en que invitaba él y no le va a estropear ese capricho.

—Te espero fuera, ¿vale? Perdona, pero no me encuentro bien.

Roberto la mira asombrado mientras ella se levanta y se va. No es el tabaco. Son las costras. El barniz. Mozart. Los gatos muertos. Mariana le está diciendo algo y no sabe qué es. De pequeñas hablaban así. Sin palabras. Una mirada o una mueca eran más que suficientes. Luego todo se envenenó. Qué quieres, Mariana, dímelo ya, cuéntame lo que has hecho.

Hace frío en la calle, y el frío, por la razón que sea, la despeja y la serena. Es viernes. Los jóvenes que entran y salen de la sidrería saben cómo divertirse. Sus risas la animan. Y le dan envidia. No ha vuelto a reírse desde que llegó y no sabe si volverá a hacerlo algún día. Un desconocido se acerca. La mira.

—Perdona, tú eres Ángela, ¿no?

—...

—Te pareces tanto a tu hermana... —La tutea. Es enorme. Quién será—. Siento muchísimo lo que ha pasado.

—Gracias, pero...

—Me alegro de encontrarte. Es una suerte que este pueblo sea tan pequeño.

Ya hablaremos, le dice también, y si no añade nada más es porque está allí Roberto, empujándolo contra la pared, el puño en alto, los ojos desorbitados.

—¡Si te vuelves a acercar a nosotros, te mato! ¿Me has oído? ¡Te juro que te mato!

El desconocido se achica, a pesar de que no tiene por qué hacerlo. Es una montaña de músculos a punto de explotar. Se recoloca la ropa y los mira antes de alejarse. Hay algo muy digno en esa mirada. Roberto se da la vuelta y la abraza. La abraza y ella se deja abrazar. Pero es él quien tiembla. Como un niño.

—Lo siento —le dice. Acaba de caer en la cuenta—. No lo he reconocido. Pensé que era el padre de algún alumno de mi hermana.

El coche de Roberto está cerca y caminan hacia allí en silencio, abrazados todavía. No pronunciarán su nombre, y cualquier otra palabra que digan será molesta.

—Perdona, he perdido los estribos. —Susurra él después. Ha deshecho el abrazo para sacar las llaves del bolsillo. Y ella vuelve a sentir frío. Un frío que no la serena—. Qué más querrá de nosotros.

—Me dijo Tomás que Mariana y él se han estado viendo este verano. ¿Es verdad?

—Claro, claro que es verdad. Por eso me he puesto así. Lo único que faltaba es que lo intentase también contigo.

—Que intentase el qué, Roberto. Me ha dado el pésame y ya está. Estamos todos muy nerviosos y a lo mejor estás inventando cosas.

Se miran. Eres una bocazas. Acaba de perder los estribos, lo ha dicho él mismo. Probablemente, ni siquiera es consciente de lo que acaba de

insinuar.

—Te llevo a casa, ¿vale? Lo de la copa lo vamos a dejar para otro día.

El coche recién lavado los devuelve en poco tiempo al punto de partida: la alberca seca, la casona en silencio, la luz encendida en el cuarto de Leo. Pobre Leo. Cómo estará. Roberto regresa a Llanes y ella le dice que no debería hacerlo. Ha bebido, y está demasiado alterado para conducir.

—Ya estoy más tranquilo, no te preocupes. Y, además, no me gusta dormir ahí dentro. —Señala su casa, la casa donde vive Bernabé. Después sonríe—. No te imaginas cómo ronca mi padre.

—Como veas. Pero ve con cuidado, ¿vale? Y gracias por la cena. —El motor sigue en marcha y ella tarda todavía un poco en tirar de la palanca que abre la puerta—. Para mí ha sido una noche bonita, a pesar de todo.

—Sí, claro. Para mí también.

Desearía decirle más cosas. Que le ha gustado que la abrace, por ejemplo, que era justo lo que necesitaba y que si no le importaría hacerlo de nuevo. Ahí mismo. En mitad del jardín. Se baja del coche y Roberto maniobra. Marcha atrás. Giro. Cambio total de sentido. Los faros son como relámpagos que iluminan el cielo sin luna, la colina, los montes que los rodean.

—No se os ocurra iros el domingo sin despediros, ¿eh? —grita él después. Conduce con una mano y le guiña un ojo en la oscuridad. Con la otra le dice adiós—. Que os conozco.

El silencio que deja el motor al alejarse se le hace completamente insoportable. No entiende qué le pasa. Es como si hubiera perdido pie en una playa que a simple vista no parecía tan profunda. Y para colmo no son ni las doce. La noche que le espera será larga. El horror. Leo sigue despierto y decide subir a verlo. Le dará una sorpresa. Tomás le mostró el primer día lo bien surtida que sigue la bodega y ha llegado el momento de echar un vistazo. Eso es. Aunque antes pasará por su cuarto. La sorpresa será de las gordas. Se acabó el puto barniz.

HOSPITAL LA MILAGROSA (MADRID)
MAYO DE 1984

No la soporto. Sencillamente no la soporto. Yo no sé lo que se habrá creído. Ahí estaba el sábado, como siempre, pavoneándose entre los invitados y comportándose como si la fiesta fuese para ella. Menos mal que el curso acaba pronto y el año que viene no iremos a la misma clase. El otro día me dijo que le daba mucha pena que nos separásemos y le contesté que a mí también. Luego me abrazó. Cuando me abraza así me siento mal, porque yo nunca lo hago. No se me ocurre hacerlo. Así que, si me abraza, a mí lo que me da es vergüenza. Incluso me puedo llegar a poner roja si no me controlo. Luego finjo el mismo cariño que ella demuestra y así se queda tranquila. Que seamos gemelas no significa que la tenga que querer del mismo modo que ella me quiere a mí. Aunque a lo mejor también finge. No me extrañaría. En nuestra familia lo hacemos casi siempre. Es lo que nos han enseñado. Ahora todos van a pensar que si estoy aquí es por Ángela. Porque le tengo envidia o algo por el estilo. No. Ni mucho menos. Ella no tiene nada que ver. Que le vaya bien me alegra. Y no estoy fingiendo. El año pasado hizo las pruebas de ingreso en el conservatorio de Ópera y la cogieron, fue la primera de la lista y yo me alegré. Su profesor es muy bueno y prestigioso, y se nota: Ángela cada día toca mejor. Ahora tiene amigos nuevos y todos tocan muy bien. A la fiesta trajo a unos cuantos. Yo haré esas mismas pruebas el mes que viene. A ver si tengo suerte. No es fácil tocar cuando hay gente delante. A Ángela, en cambio, se le da muy bien. El sábado, sin ir más lejos. A principios de la semana pasada, mamá nos pidió que preparásemos algo para sus invitados: un par de piezas cortas, alegres y bonitas. Era su cumpleaños, daba una fiesta y venían sus amigos, que son muy divertidos y extravagantes y la quieren mucho. Hacía tiempo que no venían a casa. Mamá ya no tiene el humor de antes y, además, papá no los soporta ni Tomás tampoco, pero a nosotras y a Leo nos caen muy bien. Son todos artistas, o lo parecen, y se habían vestido de una forma muy exagerada. Yo creo que para provocar a papá en el caso de que de improviso apareciera. Entre cardados y hombreras anchísimas, había

dos chicos maquillados y vestidos con cazadoras de tachuelas, y también una mujer con el pelo azul. Mamá nos dijo que era fotógrafa y se la presentó a Roberto para que hablaran de eso, de fotografía. Desde que vive con nosotros, Roberto me cae mejor. Esta tarde ha venido a verme y le he pedido que me trajera libros y algo para poder escuchar música estos días. Se ha vuelto a casa y al rato me ha traído todo lo necesario. Menos mal que lo han dejado pasar. Tengo racionadas las visitas. Y los médicos no permiten que nadie se quede conmigo porque dicen que he sufrido una crisis nerviosa y necesito mucha tranquilidad. Me han trasladado a una habitación para mí sola y ni siquiera mamá puede quedarse; aunque habría que ver si, de poder hacerlo, se quedaría. Me extrañaría mucho, así de claro lo digo. Además, yo estoy bien. Aburrida, pero bien. Creo que están exagerando. Me dan pastillas y luego me duermo. Un rollo. Qué bien que ahora podré leer un poco y escuchar las cintas de música clásica que me ha traído Roberto. Es la única música que me gusta. Ángela siempre pone los 40 Principales en nuestro cuarto, y se vuelve loca con Mecano y otros nombres que nunca retengo. No sé. A mí todos esos grupos me parecen de idiotas. A mediodía han venido las dos, mamá y ella. Mamá me ha cogido de la mano y me ha estado mirando un buen rato, sin saber qué decir. Ángela tampoco ha dicho gran cosa, solamente que si necesitaba algo, y yo le he contestado que gracias y que no necesito nada, pero nada de nada. No estoy enfadada con ella, qué va, pero tampoco quiero que ahora venga a hacerse la buena y luego se quede tan pancha. Si tiene remordimientos, que se fastidie. Un poquito de sufrimiento no le va a venir mal. Cuando se iban les he preguntado si vendría Roberto más tarde y me han dicho que no lo sabían, pero que seguramente sí. Quería lo de la música y quería pedírselo a él, no me apetecía mezclarlas a ellas y mucho menos a Tomás. Papá vino con él ayer. Estaban muy serios. Papá parecía preocupado, aunque a pesar de la preocupación no paró de sonreír con esa sonrisa tan bonita que tiene y de decirme que me tenía que curar pronto porque para eso soy su hija preferida. Los dos sabemos de sobra que eso no es verdad, así que yo también sonreí. Sin necesidad de hablarlo, nos pusimos de acuerdo para fingir que todo iba de maravilla, como tiene que ir, y se marchó tan contento. Dijo que volvería mañana. Espero que no venga con Tomás. En la fiesta, eran Tomás y Roberto quienes ponían la música. A ellos también les gustan los grupos raros, más raros aún que los de Ángela. Tomás quería irse por ahí, pero mamá le pidió por favor que se quedase. Es normal. Era su cumpleaños. Juan París, el señor de la editorial, también

estaba, y fue él quien le preguntó a mamá si íbamos finalmente a tocar algo. Mamá puso cara de asombro y le contestó que sí, y que gracias por recordárselo, se le había olvidado completamente. Me enfadé un poco. Y me enfadé por lo de siempre. Entiendo que mamá estuviese atendiendo a los invitados y riéndose y fumando y todo lo que ella quiera, pero que se olvide de nosotras de esa manera no termino nunca de entenderlo. Luego se me pasó. Más que nada porque últimamente evito comportarme como una niña pequeña. Ya no somos pequeñas. En noviembre, Ángela y yo cumplimos los dieciocho y podremos hacer lo que queramos. Ángela dice que piensa salir todos los fines de semana hasta la hora que le dé la gana, que está harta de que Roberto y Tomás se vayan de juerga los sábados y no cuenten con ella. Se pone como una fiera y ahí sí que le doy la razón. Si Roberto es su novio y dice que la quiere tanto, debería quedarse en casa y no irse de bares con el cerdo de mi hermano. A mí no me gusta salir. No hay nada que disfrute más que estar en casa, con mis libros y mis partituras. La semana pasada estudié mucho. Preparé la *Arabesca* de Debussy, que a todo el mundo le encanta, y también el acompañamiento de lo que iba a tocar Ángela. Siempre toca lo mismo en situaciones parecidas: *El cisne* , de Saint-Saëns. Dice que para qué complicarse la vida si a la gente le da igual que toques una cosa u otra, y que lo que en realidad quiere es que termines cuanto antes para poder seguir con lo suyo. Bueno..., puede ser; son cosas de Ángela. Hicimos un par de ensayos y pasó lo de siempre: no paró de criticarme. Que si toco muy fuerte, que si no la sigo, que si voy muy rápido o demasiado despacio, que si no la espero. Lo que consigue con eso es ponerme más nerviosa y que lo haga peor todavía. Así que cuando en la fiesta mamá pidió silencio y anunció que íbamos a tocar, yo estaba ya como un flan. Empecé con Debussy y me salió de pena, pero todos fueron muy amables y aplaudieron mucho. Luego llegó Ángela y me dijo al oído que no me preocupase, que la iba a acompañar una de las amigas que había traído, una pianista buenísima llamada Marta, ya verás qué bien toca. Y eso hicieron. Tocar como los dioses. Los invitados se quedaron mudos, tanto que ni siquiera se atrevían a aplaudir. Al fondo del todo vi a Roberto, que estaba como extasiado, y a su lado, Tomás, que me miró, movió la cabeza de un lado a otro y empezó a reírse. A reírse como él se ríe. A reírse de mí. Luego la fiesta continuó y a Ángela le dio por el pavoneo, y a mí por sentirme muy sucia y muy chiquitita. Y eso es todo. Las cosas casi nunca son lo que parecen. Cuando Roberto me encontró en el baño, fue lo primero que me dijo: con lo bien que has tocado, Mariana, con

lo que tú vales, no entiendo por qué haces esto. Y qué hice, maldita sea. Lo que hice fue no acordarme de cerrar la puerta con el pestillo. Ahí estuvo el fallo. Estaba tan nerviosa... Me sentía tan mal... Roberto avisó a mamá y luego apareció Juan París, y así terminó la fiesta. Yo tenía los ojos cerrados, pero oía perfectamente las voces, los gritos, mamá a mi lado y Juan apretando los paños que me había atado en los antebrazos, Leo llorando y Ángela pidiéndome perdón entre sollozos, que lo sentía, que volveríamos a tocar juntas cada vez que yo quisiera, Juan apartándolos a todos y luego el sonido de la ambulancia, y después un gran silencio. El que me da más pena es Roberto. Menudo susto se llevó, con lo bueno que es siempre conmigo. Está loquito por Ángela y Ángela también por él. Es bonito verlos juntos. Me pregunto si todo lo bueno que le pasa a ella me pasará a mí también algún día. Es lo mismo que le he dicho al médico hace un rato, que no se preocupe, que no lo volveré a hacer, que todavía tengo muchas esperanzas puestas en la vida. Y qué le voy a decir si no, ¿eh?, qué le voy a decir. Es la única manera de que me dejen en paz. Es muy difícil cambiar lo que has aprendido cuando eras tan pequeña. No digas nada. Ponte ahí. Arrodíllate y no digas nada. Si lo cuentas, será peor. No. No diré nada. No diré que sonaba el chelo en el jardín: *El cisne,* precisamente, No diré nada. No diré que Ángela llevaba toda la tarde tocando para que Roberto la oyera, sin saber que se había ido a Gijón con Tomás. No diré nada. No diré que, cuando volvieron, ella siguió tocando y desde dentro de la casa yo la oía. No diré nada. No diré que apoyé mis dos rodillas desnudas sobre los dibujos geométricos de la alfombra. No digas nada. Cuántas veces lo he oído desde entonces. Cuando se enfada, cuando bebe o se aburre, cuando llega tarde, cuando la casa se queda vacía. Y yo lo hago. No quiero hacerlo y lo hago. Y no. No digo nada.

RIBADESELLA (ASTURIAS)
4 DE OCTUBRE 2003

Leo se ha levantado con mucho cuidado para no despertarla. Ángela le dijo anoche que quería acompañarlo, pero esta mañana la ha visto tan dormida que ha preferido dejarla ahí, hecha un ovillo bajo el revoltijo de sábanas, con la faldita todavía puesta y los churretes de rímel pegados a las mejillas. Han dormido juntos. Han dormido juntos en su camita de noventa centímetros. Cuchara con cuchara. Como amantes. Como los amantes que no son. Estaba a punto de apagar la luz cuando oyó su voz: Leo, ¿duermes? Ángela regresaba de cenar en Nueva y proponía tomar algo con él antes de acostarse. Se levantó de la cama para abrirle la puerta y se la encontró en mitad del pasillo, con una botella de vino y dos copas en una mano y el violonchelo en la otra, disfrazada de algo que en un principio no entendió. Luego Ángela le fue explicando: las botas, el piercing, los cuadritos escoceses. Brindemos. Eres la primera persona de esta familia a quien se lo cuento. Tocó y tocó con una fuerza irresistible: Tina, Queen, *The logical song, Light my fire,* Tina de nuevo. Bajó a por otra botella y al volver se sentó a su lado en la cama.

—¿Y tú qué piensas? —preguntó. Estaba radiante, contenta, repleta de energía.

—Qué quieres que piense. Que lo haces muy bien y que no hay nada de lo que te tengas que avergonzar. No entiendo por qué no nos lo has contado antes.

—No me refiero a esto —y señaló el chelo, que había quedado exhausto en una esquina del dormitorio—, me refiero a nosotros. A todos nosotros. A lo que ha pasado y lo que está pasando.

Tardó en contestar, porque él tampoco lo tenía muy claro. Aún no le había dado tiempo a llegar hasta ahí. Se sentía tan desbordado por los hechos crudos, por lo inmediato, que no se había parado a reflexionar. A la espiral de dolor y culpa en la que se veía inmerso desde el lunes, se había sumado un sentimiento profundo de humillación, de vergüenza, un desencanto vital que estaba muy alejado de su naturaleza más íntima. Él,

todo optimismo y ligereza, no podía parar de preguntarse en quién podría confiar ahora, cómo había llegado a una situación como esa, y, de paso, también se preguntaba por qué no las cuidó. Lo que Ángela le pidió anoche era que buscase respuestas, que se alejase cuanto pudiera y que observase la ristra de acontecimientos y desgracias recientes como un entomólogo observa una fila de hormigas. No pudo hacerlo. No tenía opinión alguna, pero le sentaba bien el vino y era muy dulce su compañía.

—Ojalá supiera qué decirte —le contestó al fin—. Ahora mismo me siento incapaz de pensar en nada.

—Lo entiendo, nene. — *Nene* , así lo llamó—. Es que..., vaya tela, lo tuyo es para hundir al más pintado. De todas formas, no te obsesiones. Vendrán más, otros que te querrán con locura o que te la jugarán cuando menos lo esperas. Es así. Ahora te parece un mundo, pero de aquí a nada hasta te reirás.

—Venga ya, Ángela, hablas como si tuvieses cien años y estuvieses al frente de un consultorio sentimental. Por lo poco que veo, tampoco estás tú para dar consejos. No te hagas la sabia.

Su hermana sonrió y rellenó las copas. Y a partir de ahí, cualquier cosa fue posible. No hay nada como una buena borrachera para hablar sin orden ni concierto.

—¿Sabías que, de pequeñas, te metíamos mano Mariana y yo? Éramos malísimas.

—Sí, me lo contó una vez. Vaya par, estaréis contentas: he salido de la cáscara amarga por vuestra culpa.

—Ah, ¿sí? —Ángela levantó las cejas y lo miró de medio lado—. No me digas.

P arecía otra persona. Alguien mucho más cercano y asequible. Los ojos le brillaban con una socarronería que le era muy conocida. Claro, allí estaba la mirada de mamá: el mismo impostado desapego, las mismas ganas de quitarle importancia a todo lo que es demasiado importante y nos puede amargar la vida. Pensaba que era el único heredero de esa y otras anomalías y no era así. Qué buenas noticias.

—Me caes bien —le dijo él después.

—¿Cómo? —Ángela patidifusa.

—Que me caes bien. Nunca lo había pensado. Para mí siempre has sido la hermana que no estaba, nada más.

Entonces se puso muy seria y la socarronería anterior dio paso a un halo de melancolía. Había exagerado un poco con el rímel. Eso también ayudó.

—¿Cómo era?

—Cómo era quién.

—Mariana. No paro de preguntarme en qué se había convertido desde que me fui.

—No digas tonterías, erais gemelas, nadie mejor que tú para saberlo. Además, la vida de Mariana no dependía de la tuya, que yo sepa. No te creas tan importante.

No acusó el ataque y siguió con lo suyo.

—¿Gemelas? Si te refieres a que hubo un cigoto común y que físicamente éramos casi idénticas, de acuerdo. Aparte de eso, poco más: en el carácter nunca tuvimos nada que ver. Recuerdo que estábamos muy unidas, eso sí, nos entendíamos sin palabras y nos arropábamos mutuamente cuando mamá nos ignoraba, lo cual sucedía a menudo. Luego, todo se fue torciendo, o pudriendo más bien. Nos distanciamos sin darnos cuenta y, al final, yo me fui. Ahora que lo pienso, creo que todo empezó aquí, en esta casa. Desde aquel primer verano, nada volvió a ser igual. ¿Tú venías mucho a verlas?

—Qué va. Venía poquísimo, y no sabes lo que me arrepiento.

—Ya..., nos pasa a todos. Qué pena, ¿no?

Tardaron en volver a hablar. Bebieron vino y cada uno se embrolló en su propia madeja, sin saber cómo salir. Luego Ángela desató los cordones de sus botas, se descalzó y apoyó la espalda en la pared.

—Recuerdo perfectamente el día que te fuiste —dijo él después, cuando los pensamientos le dieron un respiro—. Toda la familia te acompañó al aeropuerto menos yo. Además del chelo, llevabas tantas maletas que no había sitio para mí en el coche y me dejaron en casa con Encarnita.

—¿De verdad? No me acuerdo de eso.

Esta vez fue él quien levantó las cejas y la miró de medio lado: no me digas. Antes de marcharse, Ángela entró en su habitación y le dio un beso rápido, adiós, Leíto, pórtate bien. Cabrían en un par de folios las frases que han intercambiado desde entonces.

—Al volver de Barajas, Mariana se encerró en vuestro cuarto y estuvo llorando dos días. Yo entraba de vez en cuando y me tumbaba a su lado. Y me quedaba así, abrazándola hasta que se calmaba.

Los grandes titulares se sucedían uno tras otro y fue justo después de ese cuando los churretes de rímel hicieron su primer acto de aparición. Ángela lloró en silencio, abstraída, con la mirada puesta en el violonchelo. Luego alargó la mano, le cogió a él la suya y le dijo que lo sentía. No había

nada que sentir. Y menos a esas alturas. Había llegado el momento de abrir otra botella.

—Sabías que no ibas a volver, ¿verdad?

Ella lo miró a los ojos, sorprendida o quizá alarmada por una afirmación tan tajante.

—Lo único que sabía era que no podía seguir aquí.

—Por Roberto, imagino. No recuerdo muy bien si todavía vivía con nosotros cuando te fuiste.

—Se había mudado un año antes, al terminar la carrera. Tuvo una discusión con papá y poco menos que lo echó de casa, ya sabes cómo era... Trabajaba, seguía con sus fotos y le iba bien. Estaba preparando una exposición en un colegio mayor de la ciudad universitaria cuando rompimos. No he vuelto a hablar con él hasta hace una semana.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Nos vimos en el funeral de papá, unos cinco años después. Recuerdo que se acercó a darme la mano en señal de pésame, pero la boca ni la abrió.

Una imagen cruzó su mente sin que él lo pretendiera. Aquella noche, aquel funeral, aquella locura en la que se vio inmerso. Estaba preparando un examen en casa de su amigo Íñigo y su madre llamó allí: Leo, tu padre, ven rápido. Le había fallado el corazón en el apartamento de Brenda y había que organizarlo todo y a toda prisa. Mariana vivía ya en Nueva. Y a Tomás le había pillado fuera de Madrid y hasta al cabo de varias horas no llegaría. No acudió. No quiso ayudarla. No quiso saber nada. El dolor era mucho más intenso de lo que nunca habría podido imaginar. Los continuos desprecios no habían construido ningún parapeto frente a esa inesperada sensación de pérdida. Pensó que don Ramón Salcedo estaría viéndolo desde algún sitio y decidió ofrecerle un pequeño espectáculo: y ahora, querido padre mío, ahora te vas a enterar.

—¿Sabes lo que hice esa noche, la noche que murió papá? —Ángela alzó los hombros y luego negó con la cabeza. Cómo iba a saberlo—. Me metí en el cuarto oscuro más infecto de Madrid y estuve follando durante horas con todo aquel que se me acercó. Me daba igual quién fuese: uno y luego otro y luego más y más. Así hasta que encendieron las luces. Luego pasé por casa, me di una ducha y me fui al tanatorio.

Ángela dio un trago, miró el fondo de la copa y luego lo miró a él.

—Y por qué me lo cuentas. ¿Crees que es necesario?

—Te lo cuento porque nunca lo había contado a nadie y ya iba siendo

hora. Estaba destruido. Y no soportaba sufrir tanto por alguien que me había amargado la vida. Si me apuras, fue como un suicidio encubierto , porque ni siquiera me molesté en ponerme protección. Era el año 89 y ya se sabía lo que estaba pasando en ese tipo de sitios. Todavía no entiendo cómo no lo pillé.

Se quedó callada. Quedaba ya poco vino y no era plan de bajar a por más botellas.

—Nos jodieron a lo grande, ¿no te parece? —musitó después. El rímel resbalaba de nuevo por sus pálidas mejillas—. Papá a ti, mamá a nosotras..., y Tomás un poco a todos.

—¿Tomás? Vaya con Tomás. ¿Te he dicho ya que no puedo con él? —Sonaba a broma, aunque no lo era. Su hermano mayor lo saca de quicio. Y no es algo nuevo. Siempre fue así—. No sabes lo que me alegré cuando dijo que se iba.

—Ya..., y te entiendo. La verdad es que a mí me desconcierta. Cuando pienso en cómo se puso ayer conmigo, me da hasta miedo. De pequeño perdía los estribos con mucha facilidad, demasiada, diría yo. Recuerdo que, en una ocasión, estuvo a punto de ahogarme. Es increíble, tiene ya sus añitos y no parece que haya cambiado mucho.

—Mañana vuelve, ¿no? Le podríamos preparar un pastel de espinacas para recibirlo. Conozco una receta argentina que me encanta. Torta Pascualina: espinacas, queso y huevo. Riquísima. ¿Cómo lo ves?

—Esa receta es italiana. —Ángela rio sin demasiadas ganas y le dio un palmetazo en el muslo—. Y no seas malo. ¿Dormimos?

Después se dejó caer hacia un lado, se acomodó en la cama y lo arrastró por la cintura para que hiciera lo mismo. Y por qué no.

—No me has contado lo de Roberto —susurró él después, con la luz ya apagada.

—Qué es lo de Roberto.

—No sé, lo que habéis hecho esta noche los dos solos, por ejemplo. No te hagas la tonta, desde fuera se ve muy claro lo que os pasa.

—No nos pasa nada, y no hay nada que contar —le dijo mientras le acariciaba con delicadeza la coronilla—. Anda, durmamos un ratito.

Y así han amanecido, acurrucados, como dos niños que alguien con pocos escrúpulos hubiese abandonado en esa casa tan grande y oscura. Ahora luce el sol y la resaca le devuelve la conversación, las copas vacías, el afecto. Se siente bien. A veces, la vida nos lleva a lugares insospechados del modo más retorcido. La historia de Joaquín le fastidia muchísimo, pero

con él por aquí habría sido imposible que lo de ayer sucediera. Le han tomado el pelo, y le han robado, y a cambio le han devuelto una hermana que, además de simpática, es cariñosa y divertida. No está mal como negocio. Joaquín, bendito seas.

Se acaba de bajar del tren y ahora camina por las elegantes calles de Ribadesella. Es sábado, media mañana. La gente pasea o hace la compra, charla, desayuna. Al fondo ve la desembocadura del río, la playa de arena dorada, el verde profundo de los montes. Imposible imaginar lo que Mariana le dijo en ese último mensaje, pero está seguro de que fue algo bonito, algo que merecerá la pena escuchar.

En la tienda ya han recibido la tarjeta. La chica que lo atiende es muy amable y le ayuda a colocarlo todo en el lugar que conviene, a responder a lo que ese diabólico teléfono le pregunta y a conseguir que todo funcione como es debido. El dispositivo vibra y hace ruiditos y los mensajes van cayendo en el buzón como las figuras del Tetris . ¿Tanta gente lo ha estado llamando? ¿Es que no tenían nada mejor que hacer? Si desea escuchar el mensaje, pulse uno. Si desea borrarlo y pasar al siguiente, pulse dos. Si desea guardarlo, pulse tres. Si desea devolver la llamada, pulse cuatro. Si desea... Lo que deseo es que te calles, tía pesada. Espe ra no liarse con las opciones. No sería la primera vez que le ocurre: guarda el que no le interesa y borra, sin querer, el que todavía no ha escuchado. De momento, las voces son como un retorno a los orígenes del mundo: un par de amantes con ganas de fiesta, dón de te metes; su amigo Íñigo preguntando si es que no piensa vol ver, vale ya de playa, maricón; Edurne inquieta porque no ha te nido noticias suyas desde que se fue de San Pedro; Tomás advirtiéndole que ni se le ocurra llegar tarde; Íñigo de nuevo, qué plasta es. La posibilidad de que el buzón estuviese lleno cuando Mariana llamó también existe. Una ironía más. Sus últimas palabras en el limbo de la mensajería móvil por culpa de la desastrada vida que él lleva. Qué va a pensar de todo esto la juez. La imagi na pidiéndole explicaciones con su cara severa y demasiado grande. Vamos, Mariana, no me hagas pasar por ese mal trago, soy todo oídos, sabes que tu hermanito pequeño siempre ha estado ahí.

Y por fin llega su voz, una voz muy débil, arrastrada, se diría que está medio dormida. No hay palabras bonitas, sino más bien una lista de instrucciones precedidas de una oración condicional: *Leo, si cuando llegues a Nueva, ves que me ha ocurrido algo...* Son instrucciones muy precisas que él va a cumplir a rajatabla a pesar de que no las entiende. ¿Qué es esto? ¿La yincana de la que se burlaba Tomás? Atraviesa Ribadesella angustiado,

acaba de comprender que debería haber escuchado ese mensaje hace ahora una semana. Una semana que ha desperdiciado de la manera más absurda que pueda concebirse. Mariana, cuánto lo siento, me temo que te he vuelto a fallar. Intenta ordenar las piezas y le resulta imposible. Anoche, entre trago y trago, Ángela le habló de nuevo de las señales: los cortes, los gatos, Mozart en el atril. No se lo dijo, pero pensó que ella también estaba perdiendo el juicio y que la culpa la tenía la casa. Unos días más por allí y todos acabarían enloqueciendo. ¿Qué insinuaba , que Mariana les hablaba desde la ultratumba? Lo de ahora es mucho más concreto: *...ve a la academia, entra en mi despacho y enciende el ordenador. La contraseña es «wilkinson»* . ¿Wilkinson? ¿Como la marca de cuchillas? A ver si Ángela va a tener razón con lo de los mensajes cifrados.

El tren de vuelta no se hace esperar y, durante el trayecto, él empieza a preguntarse si estará abierta la academia, si los profesores han seguido con las clases o se han quedado en sus casas, inquietos probablemente, esperando nuevas instrucciones. Nadie ha pensado en ellos hasta ahora. Mal hecho. Porque si no hay clases, él no podrá entrar en ese sitio a menos que avise a alguien.

Apenas quince minutos de viaje y Nueva otra vez. Recorre las calles con el alma en vilo. No quiere avisar a nadie. Algo le dice que es así como debe hacerlo. Es un secreto. Un secreto entre ellos dos. Hay un cartel en la entrada: «Se suspenden las clases hasta próximo aviso». La puerta, sin embargo, está abierta de par en par.

—Yo he venido a limpiar esto, como todos los sábados. —Es bajita, regordeta, y cualquiera le rechista—. A mí nadie me ha avisado de lo contrario.

—Soy hermano de Mariana. ¿Le importa si paso?

—Sí, sí... ya me acuerdo, lo vi el lunes en Oviedo. Qué desgracia tan grande, ¿verdad? El pueblo lo ha sentido muchísimo. —Estruja el mocho con fuerza y mueve el cubo hacia una esquina—. Pase, pero tenga cuidado, acabo de fregar y este suelo resbala.

El despacho está al fondo del pasillo. En las aulas ve pianos de pared, atriles, pizarras con pentagramas. Huele a jabón de pino mezclado con lejía. No es un olor desagradable. La mesa del despacho está ordenada, limpia, ningún papel a la vista. Wilkinson, como para no acordarse, ... *y luego abre el correo y busca la carpeta de borradores* . Hay una caja abierta de lápices Alpino, con las puntas de colores recién afiladas y alineadas por alturas de menor a mayor. También un cubilete con bolígrafos

perfectamente colocados. *Encontrarás un mensaje preparado con copia a varios destinatarios. Tú eres uno de ellos. Dale a enviar, por favor.* Repasa la lista de nombres, son todos conocidos, una última reunión familiar. Hecho. Ahí va. *Pase lo que pase ahora, quiero que sepas que…* Nunca podrá saberlo. La voz de Mariana se corta ahí. En medio de un gran estruendo.

COLEGIO MAYOR CHAMINADE (MADRID)
OCTUBRE DE 1988

Roberto sabe que su amigo Pablo lo hace sin mala intención, pero lo cierto es que está empezando a pasarse de la raya. Pablo no para de preguntarle si está seguro y de repetirle que debería pensárselo: es una grandísima oportunidad, Roberto, no puedes desaprovecharla de esta forma. Que se calle. Que se calle de una vez. Lo ha meditado mucho. Muchísimo. No hace otra cosa desde anoche. ¿Por qué Pablo no se va y lo deja tranquilo? Tampoco es para tanto. La sala donde iba a exponer es un espacio demasiado abierto, una especie de lugar de lectura o reuniones con sillones bajos colocados alrededor de grandes mesas cuadradas, ventanales corridos que dan a la piscina y apenas paredes donde colgar los retratos. No, no es el lugar adecuado para una exposición de fotografía. Aun así, se había animado por la misma razón que ahora esgrime Pablo: porque hay muy pocas oportunidades en la ciudad. Las salas y galerías profesionales son coto vedado para los que empiezan, y para acceder a los centros culturales u otros espacios públicos es imprescindible tener contactos. Contactos de los que él carece. Su único vínculo con ese mundo habría venido, llegado el caso, de la mano de Tomás o de su padre, tan metidos en política y tan acostumbrados al mangoneo. Nunca se le pasó por la cabeza pedirles ese tipo de favores, no es su estilo y, además, bastante lo habían ayudado ya. Ahora, aunque quisiera, tampoco podría hacerlo. El respeto y la buena relación que siempre mantuvo con don Ramón se rompió hace un año, y, desde finales de agosto, no se habla con Tomás. Es increíble, y muy triste. Ha sido Pablo quien lo ha traído a este sitio, al lugar de reunión y charla de dos o tres centenares de estudiantes y a una pared que da paso a la puerta del comedor del segundo turno. Es ahí donde ha estado colgando los retratos. En la pared perdida de un colegio mayor. No era lo ideal, desde luego, pero ha de reconocer que hasta hace poco más de doce horas se sentía ilusionado. El Aula de Fotografía de ese colegio no solo había apreciado y acogido su obra, sino que había organizado un pequeño acto de inauguración el próximo jueves. Vendrían colegiales de las residencias

vecinas, alumnos de la escuela de imagen, compañeros suyos de la carrera y, con suerte, algún fotógrafo profesional. Su obra, lamentablemente, de la noche a la mañana había dejado de tener sentido. Y ya no la quería exponer.

—Lo siento, Pablo. Entiendo que te hago quedar fatal con esto; pero he dicho que me los llevo, y me los llevo. Y no quiero discutir más, te lo pido por favor.

Comparte piso con Pablo y Alberto desde el año pasado. Estudiaron juntos y ahora son becarios, cada uno en un medio distinto. Él hizo una entrevista en *El País* y tuvo la suerte de que lo seleccionaran para unas prácticas. Suerte relativa. Todo depende de cómo se vean las cosas. Su vida no ha parado de cambiar desde entonces. En algunos aspectos, para bien; en otros, no tanto. Ya no vive con los Salcedo después de haber estado alojado en esa casa durante toda la carrera. Don Ramón se lo propuso en su momento a su padre y el agradecimiento es enorme: sin esa ayuda, habría sido imposible costearse los estudios en Madrid. Recuerda su llegada a Eduardo Dato con la mochila de los libros a la espalda, la maleta en una mano y, en la otra, la bolsa con la cámara nueva que había recibido como premio por sus notas. Una Nikon F3 nada más y nada menos, la cámara de la NASA, la mejor del mercado. Su padre había decidido tirar la casa por la ventana. ¿De verdad han pasado seis años? Aquel verano, el del 82, fue como un renacimiento: la pesada losa de la muerte de Flor seguía sobre sus hombros, pero la carga empezaba a resultar un poquito más llevadera. El sentimiento de culpa que lo invadía todo, que contaminaba cualquier cosa que pensara o que hiciera, dejó un resquicio y por ahí se coló la luz de agosto, el olor del atardecer, los primeros besos. No habían vuelto a verse a solas desde aquella noche terrible, la noche que no se ocupó de Flor, la noche que estuvo pendiente de Ángela en vez de vigilar a su hermana, la noche en que la vida se le partió en dos por no haber querido cancelar la excursión que él mismo había organizado. Después, días negros, noches oscuras, el frío del invierno ocupando anticipadamente su casa. Los Salcedo se marcharon a Madrid antes de que acabaran las vacaciones y al verano siguiente no volvieron a Nueva. El mundo se volvió un lugar incómodo y asfixiante. Su padre casi no hablaba y, si lo hacía, era para reñirle sin motivo alguno, para murmurar frases inin teligibles, para maldecir a quienes habían abolido la pena de muerte. Nunca mencionaba a Flor, ni tampoco quiso contarle nada del juicio. Él fue a declarar y allí vio a Emilio, en la primera fila, con el pelo rapado y la cabeza gacha, los brazos caídos,

inmóvil, sin atreverse a mirarle a la cara. Contó lo que pasó y, después, su padre no le permitió que volviera al juzgado. Veinticinco años. Una larga y más que merecida condena. Nunca podrá entender por qué lo hizo. Ojalá se pudra allí. Luego, los meses fueron pasando sin alicientes: estudios, exámenes, el estéril y tristísimo verano del 81 y la necesidad de salir cuanto antes de aquel sitio. Hasta que al año siguiente la vio bajarse del Citroën, vestida con unos vaqueros y una camiseta Amarras de color pistacho y tarareando una canción muy tonta que se había puesto de moda.

—Ah, así que aquí sigues —dijo Ángela, y después se dio la vuelta y se fue en busca del chelo, que viajaba detrás—. Oye, ¿se puede saber qué estás mirando ?

Se había quedado tan sorprendido al verla que no supo qué decir. Estaba preciosa. El mismo desparpajo, la misma insolencia, y el prodigio de haber cumplido quince años. Cuando al fin reaccionó, Tomás ya había sacado la mitad de las maletas y María Rosa salía del coche fumando un cigarrillo y protestando por la distancia y las carreteras. Nada nuevo. El mundo se ponía en marcha otra vez. Leo había crecido muchísimo y no paraba de enredar, y Mariana, que apareció la última, se fue hacia la alberca y se sentó allí, en el borde todavía húmedo debido a la lluvia de la tarde, con la expresión mustia y la mirada perdida en ese rostro tan igual y tan distinto al de su hermana. Pronto volvieron las tardes en la playa, las bromas y las juergas con Tomás, los instrumentos sonando en el interior de la casa. Su padre le acababa de regalar la cámara y la estrenó con ella a los pocos días.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Depende.

—Quiero hacer unas fotografías un poco especiales y necesito a alguien que me haga de modelo. ¿A ti te importaría posar un rato?

No lo sabía, pero en aquel momento empezó a tomar forma la exposición que ahora mismo está desmontando. La idea era hacer una serie de retratos, retratos de verdad, retratos que captaran la esencia del modelo, su mundo interior, sus vivencias, su alma. Había estado leyendo mucho sobre el tema durante el invierno en los libros y las revistas de fotografía que sacaba de la biblioteca. De un día para otro, los viejos «reportajes» que le hacía a Flor le parecían tontunas de niño ignorante y pretencioso, trivialidades bien poco alejadas de lo que podría hacer cualquiera con una cámara decente en las manos. Las lecturas le habían abierto los ojos y ahora quería ir más lejos, y para ello intentaría imitar primero a los

grandes hasta encontrar al fin su propio estilo, su mirada. Sabía que el origen de todo estaba en los maestros del R enacimiento y el Barroco, en esos retratos al óleo que parecían querer hablarnos y que mostraban la vida entera con un leve gesto. También había estudiado a los iconos del siglo: Avedon, Brassaï, Newman, Evans, Sander... Qué iluso. Y qué joven era entonces. A lo máximo que ha llegado es a terminar esta serie de doce retratos, dos por cada año de los seis que han pasado desde aquella primera vez en la playa.

—¿Y por qué me lo pides a mí?

—Te contestaré cuando hagamos las fotos.

—Mira qué listo. Hace dos veranos no estabas tú tan espabilado.

Posó apoyada en una roca blanca de Cuevas, con el pelo todavía húmedo porque quiso nadar antes un poco, el rostro perlado de gotitas, la mirada desafiante, provocadora, llena de frescura y descaro. Fue un primer plano captado con objetivo estándar y el diafragma muy abierto, bajo la luz suave y los pausados giros de un atardecer en el Cantábrico. Ahora que la conoce o cree conocerla, se da cuenta de que esa primera imagen es la mejor de la serie. Porque Ángela estaba allí de un modo que nunca estuvo en las siguientes: más desnuda, más ella, más entregada también. Aunque, si lo piensa, cualquiera sabe: por lo poco que ha aprendido en estos últimos seis años, Ángela es un misterio tal que es imposible captarla en su totalidad por muchas veces que la retrate.

—¿Te falta mucho? Estoy ya un poco cansada.

—No. Te hago tres más y hemos terminado por hoy.

No tuvo tanta paciencia. Tras el segundo clic la vio acercarse, apartarle la cámara con la mano y ofrecerle unos labios que eran muy dulces y a su vez sabían a mar, y ese fue el sabor que él tuvo en la boca todo el resto del verano. Tomás lo aceptó de buen gra do y Mariana se limitaba a observarlos sin decir nada. Nunca bajaba a la playa, se pasaba los días tocando el piano o leyendo en el banco del sauce. En cuanto a María Rosa, como era de esperar, ni se enteró. La llegada en septiembre a la casa de Madrid sí que originó en cambio un pequeño revuelo, porque don Ramón, mucho menos ensimismado que su esposa, se dio cuenta a las pocas semanas de lo que allí sucedía.

—Solo te advierto una cosa, Roberto —le dijo muy serio una noche después de pedirle que lo acompañara a su despacho—: como se te ocurra ocasionarle el más mínimo problema a mi hija, te juro que no sales vivo de esta casa.

Ahí estaba esa bandera, sobre la mesa, junto a una foto enmarcada en la que se veía a don Ramón saludando a Franco.

—Pero..., don Ramón, yo nunca...

—Ni don Ramón ni hostias. Tú tienes entre las piernas lo mismo que tengo yo, y cuando eso se encabrita puede pasar cualquier cosa. Así que mucho cuidadito, ¿entendido?

Su propio padre también estaba al corriente y le había dicho más o menos lo mismo, aunque con otras palabras. Intentó no sonreír, porque, tanto el uno como el otro, lo culpaban de antemano de cuanto pudiera pasar, cuando, hasta la fecha, era Ángela quien llevaba la iniciativa en ese tipo de aspectos.

—Que si lo has entendido te he preguntado. No sé a qué viene esa risita.

—Sí..., perdone. —Los paseos al caer la tarde, ella esperándolo en la cima de la colina y él desesperado porque el turno de la tienda de comestibles parecía no acabar nunca, ya era hora, estaba a punto de irme, las carreras entre los árboles del pequeño bosque que hay detrás de la casona, vamos, no seas bobo y quítame de una vez la camiseta—. Claro, claro que lo he entendido.

—Mira, chaval, como te veo algo despistado, te lo voy a explicar mejor: si te hemos acogido aquí es por la vieja amistad que me une con tu padre, nada más que por eso; espero que no nos defraudes.

—Lo sé, don Ramón —la mano de Ángela cogiendo la suya para indicarle el camino que debía seguir, no, no tan rápido, el calor y la humedad de esos lugares, sabores nuevos, el mar—, y siempre estaré en deuda con usted por lo que ha hecho.

—Muy bien, no esperaba otra cosa. Y ahora préstame mucha atención porque te voy a hablar más clarito todavía. —¿Los has comprado? Quiero hacerlo mañana. Es luna llena—. Vamos a ver, y no te ofendas: te permito que salgas con mi hija por la sencilla razón de que intentar persuadirla de lo contrario sería perder el tiempo. —Bajaron a la playa y allí estaba la luna, esperándolos—. Tiene quince años y es más testaruda que su madre, que ya es decir. —La marea, el rumor de las olas, el agua rozándoles los pies—. Así que vamos a dejar que se le pase el caprichito y luego ya buscaré una solución. —Nunca nada fue tan dulce, su voz entrecortada, sus ojos agradecidos—. Porque como tú comprenderás, Roberto, mi hija es mi hija, y tú...

No esperaba ese final y por eso reaccionó así, saliendo de su ensoñación

sin freno alguno.

—Y yo soy el hijo del guardés.

Don Ramón alzó las cejas y sonrió.

—Vaya, veo que eres bastante más listo de lo que pareces. Bien, me alegro mucho, me alegro de que haya quedado tan claro.

Quedó muy claro y no hubo problema. Sin necesidad de negociarlo con Ángela, la casa de Eduardo Dato fue un espacio que, durante los cinco años que vivió allí, nunca fue profanado. Aprendieron así a disfrutar de los parques, de los pisos de estudiantes de sus compañeros de facultad, de la llave del estudio de la calle Españoleto que la mismísima María Rosa les cedía de vez en cuando: total, lo vais a hacer igual, al menos ahí estaréis tranquilos. Fue un tiempo de estudio y esperanzas, de escapadas con Tomás hasta el amanecer y de peleas con Ángela porque no le gustaba que saliera sin ella, de planes y sueños y expectativas, de largos veranos en Nueva. Los retratos fueron llegando a razón de uno cada seis meses. Siempre primeros planos, hombros, cuello, rostro, la mirada encuadrada con la ley de los dos tercios. En muchos de ellos, el clavijero y la voluta del chelo aparecen a la izquierda junto a expresiones de dolor, de éxtasis, de sosiego, los dedos presionando las cuerdas, la mano en tensión, la música vibrando. Ahora, mientras los descuelga uno a uno, piensa en los felices años de convivencia, en los buenos momentos, en la sensación de sentirse parte de algo. A pesar de aquella primera advertencia de don Ramón, en Eduardo Dato siempre lo trataron como a uno más de la familia. Con Mariana acabó intimando gracias a los libros que intercambiaban y a las conversaciones sobre arte y fotografía. No ha vuelto a verla desde el verano, ni a ella ni a Tomás. Los personajes que hasta ahora han conformado su vida van cayendo a los lados como figuras de ajedrez. Justo ayer hizo un año que don Ramón le pidió que se fuera, es muy curioso el modo en que las fechas van tejiendo poco a poco una red de concurrencias y casualidades. Ocurrió también en el despacho. Y también le habló muy clarito. Le había permitido que siguiera saliendo con su hija mucho más tiempo del que él había previsto, en fin, qué le vamos a hacer, pero lo que no le iba a consentir ni perdonar de ninguna manera era que hubiese aceptado ser becario en un periódico de rojos. No hubo negociación posible y, además, él también se quería ir. El agradecimiento será eterno a pesar de la desagradable escena que vino después: lo de poner las maletas en la puerta no es una metáfora, es algo que en ocasiones sucede. No le importó tanto como don Ramón pretendía. Había llegado el momento de despegar, de iniciar su propia andadura y

explorar los caminos que la vida quisiera mostrarle. Se instaló en un piso de la calle Leganitos con Pablo y con Alberto y, en cierto modo, también con Ángela. Era su último curso y el conservatorio estaba tan cerca que la mayor parte del tiempo lo pasaba ahí, estudiando Bach y el concierto de Dvo řá k en el salón de esa casa, compartiendo comidas y cenas con sus amigos, follando a todas horas con él. Hasta que llegó el verano. El verano una vez más. Ese tiempo que todo lo cambia.

—¿Cuándo irás a Nueva?

Estaban tumbados en la cama, exhaustos, fumando un cigarrillo. Ángela había conseguido el premio fin de carrera esa mañana y llevaban más de tres horas celebrándolo.

—No lo sé todavía. Tengo que hablar con mi jefe.

—Te lo digo porque quiero ir al curso de Santiago.

—Ajá.

—Es del 7 al 27 de agosto. Y julio lo pasaré en Nueva, por eso te preguntaba.

No llevaba ni un año en la sección de cultura y tampoco podía presionar mucho a la hora de negociar fechas de vacaciones. Estaban contentos con su trabajo, apreciaban sus artículos y sus fotografías, insinuaban la posibilidad de un contrato. Todo iba bien.

—Intentaré conseguirlas en julio en ese caso, aunque lo veo difícil. ¿Tan importante es ese curso?

—Tan importante para mí como tu trabajo para ti. —Ángela apagó el cigarro con cierta brusquedad y se levantó para vestirse—. ¿Alguna pregunta más?

No hubo más preguntas y tampoco vacaciones cuando él quería. Le dieron los últimos días de agosto y le dijeron que ya podía estar contento, no era algo habitual con los becarios. Le adjudicaron *Los Veranos de la Villa* y aquello fue un no parar. Del Vicente Calderón a Las Ventas, de la Muralla Árabe al Conde Duque. Danza, teatro, zarzuela, Pink Floyd, Celia Cruz, Michael Jackson, Mecano, Sabina, Bosé, Nina Simone, Ponty, La Fura del Baus. No estuvo mal, nada mal para el hijo de un guardés. Con el fin de pasar una semana juntos, quedaron en que Ángela volvería a Nueva el último domingo de agosto, una vez terminado su cursillo y coincidiendo con el primer de día de sus ansiadas vacaciones. Se verían allí después de dos meses de conversaciones telefónicas y mucho deseo acumulado. Ese sábado, antes de irse a la redacción, dejó preparada la maleta del día siguiente porque solía volver muy tarde por las noches. Estaba a punto de

salir cuando lo llamó su jefe para decirle que podía marcharse ya si así lo deseaba: no había nada interesante que cubrir.

—Has hecho muy buen trabajo, Roberto. Cuando vuelvas, hablamos.

Cogió el autobús de la tarde sin avisar a su padre ni a nadie en la casona, quería darles una sorpresa. Durante el viaje no paró de fantasear. Quién no lo hace. Los castillos en el aire, con sus almenas y sus puentes y sus princesas en peligro, son el pasatiempo preferido de cualquiera. Tendría un contrato en el periódico y de aquí a poco lo cambiarían de sección, iría aprendiendo de todo y de todos y conseguiría ser corresponsal en lugares en conflicto, viajaría por el mundo, haría fotos de guerra tan vívidas y extraordinarias que conseguiría premios, reconocimiento, posibilidades de exponer. Y Ángela estaría a su lado, triunfando también: conciertos, orquestas, éxitos. Fundarían una familia bien distinta de las que ambos conocen. Sin ese destino aciago que parece tener la suya y sin esa pátina de frialdad que cubre a todos los Salcedo. El autobús se retrasó por culpa del mal tiempo y perdió las conexiones desde Oviedo. Llamó a su padre y le pidió que fuera a recogerlo. Durante el camino hablaron muy poco, como siempre, aunque le volvió a dejar bien claro que a él tampoco le gustaba que trabajara en *El País:* no tenías por qué jugársela de esa forma a don Ramón, con todo lo que ha hecho por nosotros. No contestó. Para él la política es algo lejano y no demasiado importante, y no entiende ese rencor, esa rabia, la cara desfigurada de don Ramón en el despacho. Con Tomás también había discutido, pero seguían siendo amigos, faltaría más. Era su vida, su trabajo, no tenían derecho a estropeárselo por cuestiones que él ni siquiera entendía.

Al llegar, la planta baja de la casona estaba iluminada y también había luz en el torreón. Empujó la puerta sin llamar porque imaginaba allí a Mariana, leyendo junto al piano, estaba seguro de que se alegraría de verlo. Le llevaba un par de novelas que a él le habían gustado mucho y quería dárselas esa misma noche. Se equivocó solo en parte. Porque, sí, allí estaba Mariana, junto al piano, bajo la luz amortiguada de una lamparita, pero también estaba Tomás. Retrocedió y cerró la puerta. En el jardín encendió un cigarro, le costaba creer lo que había visto. Poco después, Tomás salió y le preguntó con toda la calma del mundo que cuándo había llegado.

—No te esperábamos hasta mañana. —Olía a alcohol. Sus ojos brillaban en la oscuridad del jardín.

—Ya..., me han dado el día libre en el último momento y he pillado un autobús. Mi padre me ha recogido en Oviedo.

—Si me hubieses avisado, podría haber ido yo.

Ni siquiera pudo pensárselo. Las palabras salieron solas. Desbocadas. Sin medir las consecuencias. Las manos le temblaban. Y también la voz.

—He estado antes dentro.

—¿Dentro de dónde?

—De la casa.

Tomás lo miró , el cuello estirado, los orificios de la nariz muy abiertos, un gesto duro y arrogante que ya le conocía.

—¿Y?

—¿Me lo podrías explicar?

—El qué.

—Estabas ahí, con Mariana.

Tomás tardó en contestar porque se tomó su tiempo para encender un cigarro, darle un par de caladas profundas y meter la mano derecha en el bolsillo de las bermudas que llevaba puestas.

—¿Con quién? ¿Tú alucinas o qué te pasa? No sé qué estás insinuando, pero no me gusta nada.

—Estabas ahí con ella. Os he visto.

—¿Sabes, Roberto? Tú lo que deberías hacer es besar el suelo que nosotros pisamos en vez de entrar sin llamar en una casa que no es tuya y luego pedir explicaciones por algo que te acabas de imaginar. No es la primera vez que me pregunto quién te has creído que eres.

No esperaba esa respuesta, aunque tampoco le extrañó. Se defendía atacando. Muy típico de un perfil como el suyo.

—He pensado que soy uno más de la familia. ¿No es eso lo que decía siempre tu madre?

—Sí, claro, menuda familia. Y tú vas y te lo crees. Si mi madre te ha aguantado todo este tiempo es porque los remordimientos no la dejaban dormir. Le has servido de somnífero, todo un mérito.

—De qué hablas ahora. No desvíes el tema.

—Hablo de que se sentía culpable por lo de tu hermana y darte cobijo ha sido su manera de expiarlo. ¿Nunca lo habías pensado? Parece que está en la luna, pero en el fondo es una mujer muy práctica. —Gesticulaba con las manos y dibujaba muecas con la cara. Sin embargo, sus ojos estaban fijos, duros, fríos, clavados en él—. Vivir con una culpa como esa no debe de ser nada fácil. Por cierto, ¿tú cómo lo llevas?

No pudo contenerse. Se lanzó hacia Tomás y lo derribó con el primer empujón. Sentía los músculos en tensión y la adrenalina desbocada en las

venas, y unas ganas enormes —es así, de qué serviría negarlo ahora—, unas ganas enormes de matarlo. Se sentó a horcajadas sobre él sin darse cuenta de que no controlaba sus puños, que Tomás sangraba y al mismo tiempo sonreía, que le estaba provocando para que siguiera porque sabía que, por muchos golpes que le diese, las palabras pronunciadas nadie las podría borrar. Hasta que apareció su padre y con un par de forcejeos logró separarlos, se puede saber qué os pasa, el temblor en los brazos, en la mandíbula, la sensación de que todo su cuerpo estallaba. Tomás se levantó, lo miró de nuevo a los ojos y se metió cojeando en la casona. No han vuelto a hablar desde entonces y la duda sigue ahí: el salón estaba en penumbra cuando entró y él se puso quizá demasiado nervioso. ¿Sería verdad que no fueron más que imaginaciones suyas? ¿Tan sucia tiene la mente? ¿Quién de los dos es el retorcido, el depravado, él o Tomás?

Al día siguiente, llegó Ángela. A él le había costado conciliar el sueño y acabó despertándose tarde. Hacia las doce salió al jardín y la vio sentada en el filo de la alberca, su lugar preferido.

—Ya era hora, dormilón.

Se acercó y la besó en los labios y ella sonrió con esa sonrisa suya que puede significar cualquier cosa. Había meditado mucho y decidido no contarle nada, porque ni siquiera estaba seguro: era demasiado horrible, y mucho mejor para todos que Tomás tuviese razón.

—Qué ganas de verte. Me vine ayer aprisa y corriendo para estar aquí cuando llegaras y ahora resulta que me he quedado dormido. Soy un desastre.

Ángela lo miró de una manera extraña y después dijo que por qué no paseaban. Estaba cansada, pero le apetecía.

—Una compañera del curso es de Gijón y me ha traído en coche —le explicó ella después—. Muy maja, la verdad. Lo malo es que quería llegar a su casa antes de mediodía y me ha obligado a madrugar más de la cuenta. Menuda paliza nos hemos dado.

—¿Todo bien en la casona?

—¿Por qué lo dices?

—No sé, pregunto.

—Todo bien salvo que Tomás tuvo problemas anoche. Me lo ha contado Mariana. Al parecer, estuvo en el pueblo, bebió más de la cuenta y le acabaron zurrando. Yo no lo he visto todavía, pero Mariana dice que tiene un ojo hinchado y la cara llena de moratones.

—Joder.

—No te preocupes. Seguro que le está bien empleado. Y mala hierba...

Fueron caminando hasta la playita del Canal, la marea estaba muy baja y pudieron tumbarse en la arena. Él la deseaba más que nunca y, al mismo tiempo, no podía sacarse de la cabeza lo que había visto la noche anterior. Fue allí donde escuchó por primera vez ese nombre. Evan. Un guitarrista americano muy simpático. Ángela había estado practicando su inglés con él.

—Llevo toda la vida estudiándolo, pero nunca lo había hablado así, con alguien de mi edad y en un contexto que no es el de una clase. He mejorado muchísimo.

Más tarde intentó besarla de un modo menos casto que el del recibimiento, y ella, sencillamente, lo esquivó. Cómo fue tan estúpido para no verlo. Dijo que tenía frío y que la arena estaba demasiado húmeda, y también dijo que se volvía al día siguiente a Madrid. Quería preparar un concurso y prefería hacerlo en casa. Se fueron todos. La casona se quedó vacía de un día para otro y él seguía sin entender nada. Se podría haber quedado. Era su semana de vacaciones. La única del verano en la que estarían juntos. Él procuraría no molestarla, y qué mejor sitio que ese para estudiar. Pasó la semana con su padre. Inquieto y obsesionado, no tanto por Ángela como por Mariana y Tomás. No salió a despedirlos cuando se marcharon. No tuvo el valor. Los conocía de sobra y sabía que Tomás se comportaría como si allí nada hubiese sucedido. Educación inglesa. María Rosa, tan ausente en casi todo, daba mucho la lata con eso de la educación.

Cuando volvió a Madrid, encontró a Ángela todavía más distante. Preparaba su concurso y daba la impresión de que en su vida no cabía nada más. Consiguió el segundo premio y la situación no cambió. Hace unas semanas le habló de Connecticut, de la universidad donde impartía clases un violonchelista maravilloso, de que estaba pensando enviar su solicitud, de la necesidad de un cambio de aires.

—¿Cuánto tiempo estarías fuera?

—No sé, dos años mínimo, puede que tres.

No dijo nada. No exigió nada. No la presionó. Entendió que era su futuro y su carrera y que era ella quien debía decidir. Ayer fue a visitarlo a la calle Leganitos, con la decisión tomada.

—Me han admitido. ¿Te lo puedes creer? ¡Me han admitido en la Hartford!

—Eso quiere decir que te vas.

Se quedó mirándolo muy seria, como ofendida por la respuesta.

—Vaya, no esperaba que te pusieses a tirar cohetes, aunque podrías disimular un poco. Esto es muy importante para mí.

—Me alegro mucho, Ángela. Y te doy la enhorabuena. Imagino lo contenta que debes de estar.

Seguían en el pasillo, muy cerca el uno del otro, y en las pupilas de Ángela distinguió reflejos nuevos, brillos que nunca había visto. Entonces, de repente, lo entendió.

—Te vas por ese, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—El chico americano, no recuerdo ahora su nombre.

—¿Evan?

—Imagino que en Santiago hicisteis algo más que practicar inglés.

Ángela abrió mucho los ojos y después tragó saliva, con las facciones crispadas, duras, con el cuello tan tenso que parecía a punto de partirse en dos. La conocía bien y sabía que se estaba conteniendo, que medía una a una las palabras que a continuación pronunciaría, y que esas palabras sonarían como disparos y luego no quedaría nada que se pudiera reparar. Durante un instante sus pupilas se empañaron, sin los brillos de antes, sin los reflejos, y luego bajó los párpados y todo su cuerpo cedió, como si claudicase, como si no pudiera hacer otra cosa que darse definitivamente por vencida.

—¿Podrás perdonarme algún día?

No esperó a que contestara. Se acercó a él y le rozó los labios con las yemas de los dedos, y después, a toda prisa, se marchó. Se lo ha intentado explicar a Pablo y Pablo no lo entiende. No es tan difícil. Esos doce retratos no son más que el resumen de un gigantesco fracaso y no quiere que nadie los vea. En cuanto salga de allí, los tirará a la basura. Como el resto de cosas. Esta mañana se ha levantado y ha tropezado con el atril. Ahí seguía, en mitad del cuarto, con las partituras todavía extendidas y probablemente desordenadas, sujetas con un par de viejas pinzas.

CUANDO FUIMOS HERMANOS

AEROPUERTO DE ASTURIAS
6 DE OCTUBRE DE 2003

A Tomás le gusta mucho desayunar con ellas. No lo hace casi nunca y quizá por eso lo disfruta tanto. Es algo que ocurre sobre todo los domingos. Laura, siempre tan esmerada, no solo se levanta muy temprano, sino que despierta también a las niñas para que la ayuden y esté todo perfecto cuando él aparezca en el comedor y se haga el sorprendido: pero ¡bueno!, ¿y esto?, ¿estáis locas o qué os pasa? La mesa luce en esas ocasiones como un bufé en el Palace. Laura es así. Sobre el mantel de algodón coloca un centro con flores frescas y, alrededor, las fuentes repletas de pequeños manjares, las jarras de cristal con zumos recién exprimidos, las bandejas con panes de trigo y centeno cubiertos de semillas. La luz entra con suavidad a través de las cortinas y, si hace bueno, Laura entorna ligeramente las mallorquinas para que el frescor de la mañana penetre también en la estancia. Todo es bienestar y maravilla. Las niñas emiten ligeros murmullos mientras sirven el café y espuman la leche gracias a unos batidores minúsculos que compraron el año pasado en Alemania. Acaban de cumplir doce años y son también gemelas. Bromas de la genética. Si no han tenido más hijos es por el miedo a que vuelva a suceder lo mismo. Dos no es demasiado, pero cuatro sería una multitud. Son guapas y educadas, cariñosas, buenas cristianas y buenas estudiantes. Han heredado la dulzura innata de Laura y también su saber estar, y, llegando un poco más lejos, la capacidad de conseguir que Tomás sienta en todo momento que es el rey de la casa. Las pocas veces que discuten entre ellas lo hacen precisamente por eso, por ver quién de las dos se desvive más, por ser la que mejor le sirve, la que con más entusiasmo lo adula y complace. Es curioso: está de nuevo en Asturias, esperando la llegada de Roberto, y no consigue quitárselas de la cabeza. Han crecido y ya no se puede decir que sean dos niñas, aunque sus cuerpos no son todavía de mujer. Esta mañana, mientras iban y venían de la cocina con el pan recién tostado, se ha fijado en Paula y ha percibido que está a punto de convertirse en otra cosa. La corola, los estambres, los pistilos; todo en ella es una pura florescencia. Cuando las ve

juntas, no puede evitar pensar en sus hermanas. Fue con esa edad cuando Ángela y Mariana empezaron a diferenciarse, cuando sus formas de ser y de pensar emprendieron caminos divergentes. ¿Les pasará lo mismo a sus hijas? ¿Será Paula una adulta feliz y Lorena una amargada? Tomás mira el reloj y chasquea la lengua con desagrado. Es la una y cuarto, y Roberto no aparece. ¿Habrá pasado algo? Lo ha llamado ya un par de veces y ni siquiera contesta. Ayer por la tarde hablaron y Roberto le dijo que cenaría con Ángela y Leo, y que sí, que faltaría más, que contara con él para recogerlo en el aeropuerto. Ha pasado media hora desde que aterrizó y no da señales de vida. Cogerá un taxi y se acabó. Quién le mandará a él pedir favores a nadie.

El taxista no puede disimular su cara de satisfacción cuando escucha el destino. Carreras como esta son las que merecen la pena, confiesa abiertamente. Tardarán una hora más o menos, dependerá del tráfico. Tomás se acomoda detrás y le pide que apague la radio si no le importa, va a intentar dormir un rato. Es mentira. No tiene sueño ni intención de dormir. Simplemente, le apetece estar tranquilo, dejarse llevar y disfrutar del paisaje sin el runrún del locutor y la caterva de tertulianos analizando y opinando sobre cuestiones de las que apenas saben nada. Es agradable que alguien conduzca por ti de vez en cuando, soltar las riendas como quien dice, abandonarse y confiar. No son situaciones a las que él esté acostumbrado, porque siempre le ha gustado dirigir, imponer su voz y su criterio, controlar y atar en corto todo lo que sucede alrededor. Desde el viernes pasado, el terreno donde pisa ha corrido el riesgo de quebrarse, pero, una vez más, él ha sabido aguantar el tipo, sortear las aguas pantanosas que ha ido encontrando a continuación y salir indemne del charco. No es la primera vez que le sucede. Son habilidades que no se aprenden, sino que se llevan en los genes. Es como lo de engendrar cigotos con tendencia a partirse en dos en cuanto son concebidos; algo así. Ha llegado al Senado de esa forma, saltando sobre muchos charcos y pisando alguna que otra coronilla. No es un político brillante, ni tampoco bien preparado, pero es un político astuto. Su escaño forma parte de los designados por la Asamblea de Madrid y lo logró por ser sumiso y saber callarse en el momento adecuado, por esconder sus prontos y su naturaleza autoritaria, por conseguir que los de arriba lo vieran como alguien fácil de moldear. Dio de lleno en la diana. La menos mala de las opciones suele ser, a la postre, caballo ganador. Algunos de los que lo conocen bien no se lo han perdonado todavía. No quiere ni imaginar la de manos que se frotarían

en la sede del partido si las cosas se hubiesen torcido esta semana. Que se jodan, se dice mientras contempla el esplendor del paisaje: t odas las gamas del verde, las casitas y los valles, los ríos sonorosos, las montañas a lo lejos. Ah, qué placer sentirse así. Hasta la prensa ha dejado de prestarle atención. La campaña para las segundas elecciones a la Asamblea en un año empieza la semana próxima, y a quién le va a importar ahora un accidente de tráfico. No está el horno para bollos. Lo que pasó en las votaciones de junio con esos dos tránsfugas ha crispado el ambiente hasta límites insospechados. Lo único malo de todo esto es que hay que volver a empezar. Aun así, y con un poco de suerte, seguirá en el Senado *sine die* . Se está bien ahí dentro. Tranquilito y como agazapado, pulsando el botón que le dicen que debe pulsar y disfrutando de no pocas prebendas. Ayer, en la cena, brindó con Laura por eso. Su nombre sigue bien situado en la lista y pillará cacho seguro. Los acontecimientos de Nueva estuvieron a punto de mandarlo todo al traste, aunque finalmente no ha sido para tanto porque, después de todo, lo sucedido no tiene el más mínimo interés. Ni siquiera la oposición ha dado mucho la lata; más bien al contrario, incluso ha recibido las condolencias de acérrimos enemigos. Sorpresas. Sorpresas te da la vida.

—Me encanta este restaurante —dijo Laura tras el brindis—, deberíamos venir más.

Se había vestido para la ocasión y había hecho lo mismo con las niñas. Sin estridencias. Con esa distinguida mesura que singulariza todo lo que toca. Se siente un afortunado por tenerla cerca. No cabe duda de que fue una buena elección. La compañera perfecta para el tipo de vida que siempre había soñado. Se conocieron en el CEU, él terminaba la carrera y ella acababa de empezarla. Laura se enamoró tanto que no conseguía centrarse en los estudios y no se licenció. Se casaron a su debido tiempo y formaron una bonita familia. Desde hace diez años disfrutan de la casa de Eduardo Dato, un chalecito en la sierra que han comprado hace poco y los veraneos en Menorca. A Laura no le gusta el norte y a él, siendo franco, tampoco. Desde que El Búho enfermó, ha estado yendo a Nueva un par de veces al año; este, ni siquiera eso. Por muy mal de la cabeza que su madre anduviese, él no podía perdonarle así como así el escupitajo que le lanzó en su última visita, y los eternos y cansinos reproches de Mariana lo acaban siempre enervando. Menos mal que sus últimas palabras ya han caído en la caja del olvido, ese maravilloso compartimento donde deposita todo lo que le molesta o desagrada. ¿De qué sirve recordar cuestiones que incordian

como palos en las ruedas y no nos dejan avanzar? Lo de ayer en el chalé de Andrea, por ejemplo. Lo de ayer con esas dos malcriadas ya está olvidado. Una pena, porque eran exquisitas a pesar del maquillaje que las madres lituanas, o rumanas o búlgaras, o de donde esas vinieran, les ponen para que parezcan mayores sin entender que no hace falta, que están mucho mejor al natural. Unas malcriadas o , más bien, unas salvajes. Parece mentira que todavía no entiendan que, si van allí y aceptan el trato, su obligación es complacer y cumplir. ¿A qué venían, pues, esos llantos y esos gritos cuando les pidió que se quitaran el uniforme e hicieran lo que a él tanto le gusta? Esas boquitas tan pequeñas, ese interior tan dulce y ese final bien profundo, entre el paladar y la glotis. Lograron sacarlo de sus casillas, porque ninguna de las dos quería, y es verdad que se puso un poco violento, pero eso no es motivo para exagerar. Fue una escena muy desagradable. Aceptó las disculpas de Andrea y luego se marchó a cenar con su mujer y las niñas. Para qué darle más vueltas. Salió mal y no pasa nada. Seguro que en la próxima visita todo va mucho mejor. Lo malo es que se quedó con las ganas y esta mañana ha acabado fijándose con demasiada atención en el cuerpecito de su hija Paula. Aunque eso, por supuesto, eso también lo va a olvidar. Es un don que él tiene. Controla su pensamiento hasta tal punto que solo recuerda lo que quiere. Y lo que no se recuerda, no sucedió. Es un método sencillo y muy práctico. No entiende por qué la gente se complica tanto sin necesidad. Hace un par de años, en una de sus visitas a Nueva, Mariana quiso sacar a colación episodios de un pasado lejanísimo y aprovecharlos, además, para echarle en cara el fracaso de su mísera existencia. Qué estupidez. Asuntos de familia que a nadie interesan y de los que nadie se acuerda: no sé de qué me hablas, Mariana, voy a subir a ver a mamá. El viernes pasado, Mariana tuvo un brote similar y las consecuencias fueron desastrosas. Sobre todo para ella. A quién se le ocurre. Menos mal que las cosas se han solucionado de la manera más conveniente. La familia y sus exigencias. Una lata. Si piensa en su, digamos, debilidad, en esa atracción irrefrenable y en los juegos de alto riesgo que conlleva, admite que no es fácil de explicar y de paso decide que no hay por qué hacerlo. Laura lo satisface como esposa y, sin embargo, a veces necesita algo más. Eso es todo. Qué tiene de malo. Solo intenta divertirse y lo consigue, y, por si fuera poco, sin causar el menor daño. Después, el mundo sigue girando y lo hace ordenadamente. Como debe ser. Ayer, sin ir más lejos, fue un día perfecto. La conversación con Jaime lo tranquilizó y alejó las dudas que por ahí flotaban, sintió el calor y el cobijo

de su partido, cenó con su familia en un restaurante fantástico y esta mañana ha disfrutado del desayuno a la luz tamizada que entraba en el comedor, embelesado por el aroma de los nardos. ¿Andrea Schwartzmann? No, a Andrea hace meses que no la ve.

Nueva. Las dos y cuarto. A ver qué excusa pone Roberto.

—Ahora siga recto —le dice al taxista—, y un poco más adelante gire por el camino de tierra que sale a la derecha. Le iré indicando, no se preocupe.

Hace justo una semana y un día que recorrió ese mismo camino. Es increíble. Parece que desde entonces ha transcurrido una eternidad. En aquel momento conducía con una mano, porque con la otra sujetaba el cigarro que acababa de encender. Mariana había llamado hacía un rato y en el altavoz del manos libres todavía quedaban restos de su largo y desagradable monólogo. Ahora, en cambio, ahora ya no queda nada. Ni en el altavoz ni en otro lugar. Qué le diría. Qué le diría Mariana para que él se enfadara tantísimo. Cómo saberlo a estas alturas. Eso también lo ha olvidado. Sonríe mientras el taxista se acerca a la última curva y a la cima de esa colina desde la que podrá ver la casona a los pies y el torreón, la galería acristalada y la palmera, los muros azules rodeados de hortensias y más allá las ondulaciones del terreno, tapizadas de verde. Una vista preciosa, eso sin duda.

—Pero... ¿qué coño...? —Tomás da un salto en su asiento para poder mirar a través del parabrisas delantero—. Pare, pare. ¡Que pare ahora mismo! ¿Se puede saber qué coño es esto?

—¿Perdone? —pregunta el taxista—. ¿No es por aquí?

En la cima de la colina, al igual que hace ocho días, está su coche aparcado. Y muy cerca, y tomando notas en un cuadernillo, también está la juez.

IGLESIA DE SAN JORGE (NUEVA)
15 DE AGOSTO DE 2003

Emilio se ha sentado al fondo, en el último banco, y ha agachado la cabeza. También ha notado las miradas, ha oído los susurros, ha visto cómo algunas personas se apartaban a su paso. Me vais a comer la polla. Mariana le dijo que era mejor que no fuera, que podían reconocerlo, que más de uno lo tomaría como una provocación. Lo ha estado pensando mucho y ha decidido venir. Lleva veintitrés años rezando por esa niña, no solo en agosto, sino todos los días. Un día detrás de otro. Un año y otro año. Así hasta veintitrés. ¿Por qué no iba hacerlo hoy, aquí, en la iglesia de su pueblo? Una misa por el alma de Flor. Es Zamora quien paga al cura para que incluya su nombre en esa lista que recitar á al término del oficio. *Acuérdate de nuestros hermanos.* Pero Zamora nunca viene, eso es lo que le contó Mariana; aunque Mariana, a Zamora, lo llama Bernabé. Cuánto sabe ahora. Sabe, por ejemplo, que Zamora no es creyente, y que si encarga esa misa, lo hace por su mujer, que sí creía. Di que tu madre es una puta. *Dios secará tus lágrimas, y no habrá más muerte, ni pena ni dolor.* Quien no falta es Roberto. Desde su escondite, lo ha visto entrar. Ha llegado con Mariana y se han sentado juntos en la segunda fila. Su padre tampoco quería que él viniera. Le ha estado dando voces toda la mañana y le ha pedido una vez más que se vaya cuanto antes de esa casa: tú ya no eres mi hijo. Pero adónde va a ir. No tiene nada. Lleva dos meses en la calle y lo único que ha encontrado hasta ahora es rechazo. Menos mal que estaba Mariana. Estaba. Porque ya no está. Una pena. Con lo que le costó acercarse a ella. Se lo puso difícil y lo entiende. A él le habría pasado lo mismo. Pero acabó lográndolo. Estuvo merodeando durante días por la academia hasta que, una tarde, se armó de valor y entró:

—Está terminando una clase. No tardará mucho. ¿Usted es...?

—Un amigo de la infancia. Pero no le diga nada, si no le importa; prefiero que sea una sorpresa.

Se sentó en la única silla disponible que había en el vestíbulo y esperó allí un buen rato. Los instrumentos sonaban a la vez en las aulas y

generaban un batiburrillo disonante que a él, curiosamente, le provocaba bienestar. Demasiado tiempo oyendo gritos, toses, peleas, golpes en los barrotes, puertas de acero que se cierran para no abrirse. Demasiado tiempo de todo. Demasiado tiempo. La secretaria le dijo después que podía pasar al despacho, al fondo del pasillo, la puerta de la derecha. En un principio, no la reconoció. Había tocado con los nudillos y, al no obtener respuesta, entreabrió y pidió permiso. Mariana estaba de pie, colocando algo en la estantería, y desde ahí se volvió y lo miró. Llevaba el pelo tan corto como el de un chico, pantalones azules y una camisa de cuadritos pequeños y manga larga, también en tonos de azul. Y su rostro intimidaba, quizá por el par de surcos que le rodeaban la boca o quizá por la mirada, dura y como asustada a la vez. Se sintió cercano a ella enseguida. Su forma de mirar el mundo —está seguro— es exactamente la misma.

—Hola.

—Sí, dígame. —Mariana se acercó a la mesa y se colocó detrás, como protegiéndose—. No tenía ninguna cita concertada a esta hora.

—¿Tanto he cambiado? Pensaba que me reconocerías.

Lo miró a los ojos y apretó la mandíbula.

—Me va a perdonar, pero me pilla en un cambio de clase. ¿Ha hablado con la secretaria? ¿Es ella quien lo ha dejado pasar?

—Le he dicho que quería darte una sorpresa.

—No sé quién es usted. Y ahora le agradecería que saliera de mi despacho.

Pensó en olvidarlo y marcharse, demasiado complicado, ni siquiera estaba seguro de que mereciera la pena. Sin embargo, en el último momento, cambió de idea y retrocedió. La puerta se había quedado medio abierta y él se limitó a cerrarla. Depositó el libro en la mesa y lo empujó lentamente hacia ella. Era su única oportunidad.

—Soy Emilio, Emilio Sariego, y me gustaría charlar un rato contigo. —Mariana abrió la boca, pero no dijo nada. Seguía de pie, crispada, con las manos apretando los bordes de la mesa—. No hace falta que contestes. Solo piénsalo. Te lo pido por favor.

—Y concede a tus hijos difuntos la remisión de sus pecados —dice el cura—, para que, por nuestras súplicas, obtengan el perdón que siempre anhelaron alcanzar.

¿Sus pecados? ¿Qué pecado pudo haber cometido esa niña? ¿Qué perdón se le ha negado? La voz del cura es aflautada y las palabras que pronuncia le resultan terriblemente huecas. ¿Sabrá de lo que habla? ¿Sabrá

ese cura qué es de verdad el pecado y la culpa, la sentencia, la condena? ¿Sabrá qué es el odio, el estupor, la claudicación y la renuncia? En la cárcel ha tenido tiempo para aprender todo eso. Todo eso y mucho más. Ha aprendido lo que le hacen los presos a quienes lastiman a las niñas. Ha aprendido a sobrevivir en un mundo para el que nadie está preparado. Ha aprendido a ser el último escalón de los escalones más bajos. Ha aprendido a conseguir protección a cambio de ciertos favores. Y luego, con el tiempo, ha aprendido a levantar la cabeza y a hacerse un hueco, a retar a quien lo insulta, a plantar cara. Se ha convertido en una masa de músculos porque esa era la única manera de que lo respetaran, de que no abusaran, de que lo dejaran en paz. Ahora no sabe qué hacer con esos músculos ni tampoco con su vida. Si recapacita un poco, estaba mejor allí. La única razón por la que sigue adelante es por ellas, por Flor, por Pauline. El castigo de los inocentes. Job. Capítulo 9. Versículos 22 y 24. Porque también ha aprendido a leer la Biblia y ahora espera que el cura llegue ahí: *La tierra es entregada en manos de los impíos, y Él cubre el rostro de sus jueces.* ¿Por qué no lo hace? ¿Por qué no recita esos versos y los explica? Es lo menos que merecen. Cuántas veces ha recordado aquella fiesta, el césped húmedo, el olor a cloro que desprendía la piscina. Pauline tan sofisticada y elegante, con ese inconfundible aire de extranjera, aunque en el fondo tan sencilla como él. Orígenes parecidos por muy parisina que fuese: familias humildes, trabajadoras, familias que evitaban los problemas. ¿Con quién la confundirían? ¿Qué otra francesa de la misma edad y relacionada con la violencia política habría por aquellos años en Madrid? Pauline, no. Pauline nada tenía que ver con la violencia. Pauline era una buena chica que daba clases de francés y que llevaba dentro un hijo suyo, y él no fue a buscarlos cuando lo liberaron porque no es más que un cobarde. Un miserable cobarde. Pensar en ello lo vuelve loco. *En vano sembraréis vuestra semilla, porque vuestros enemigos la comerán.* Levítico, 26:16. Y es que también existe el castigo de los culpables y eso fue lo que él tuvo. Eso fue y lo merecía. Eso. Eso fue. Gira el cuello y se da cuenta de que su vecino de banco no para de mirarlo, y de que esa mirada está cargada de inquietud. Debería parar de frotarse los muslos. Quizá sea eso. Sí, seguramente es eso. Tener al lado a un tipo enorme que se frota ambos muslos con las manos extendidas desde que acabó la Segunda Lectura puede resultar muy inquietante. Corintios 15, versículos 20 a 27. De la cadera a la rodilla. De la rodilla a la cadera. Mismo ritmo, misma secuencia. Una y otra vez. Los muslos le arden. Le gustaría parar de frotarse, pero no puede hacerlo. Es

así. Las cosas han acabado de este modo. Antes era una persona normal y ahora no lo es. Hace muchísimo tiempo que dejó de serlo. Quién lo podría seguir siendo después de lo vivido. La cabeza en el agua. Parece que los esté oyendo ahora mismo. Di que tu padre... Todavía. Sí, todavía. El pipermín, también recordaba en su celda el sabor del pipermín. Lo que daría por volver a probar ese licor verde esmeralda, esos labios de menta. *Dios, ¿por qué estás lejos de mi clamor y mis gemidos?* Libro de los Salmos, 23. Qué locura. Si lo piensa bien, no le extraña que Mariana lo echase a gritos de la academia, que llamase asustada a la secretaria, que entrara en pánico al ver ese cuerpo hipertrofiado en su despacho, a escasos metros de ella.

—Quería comprobar que de verdad eras tú, por eso he venido.

Mariana apareció en el taller al cabo de un par de días, su padre había subido a su habitación para decírselo: levántate y vístete, tienes una visita. Desde que salió, pasa los días en la cama, mirando el techo y las paredes, los lomos de los libros de ingeniería que siguen en los estantes, el escritorio con los montoncitos de apuntes que nadie se ha molestado en recoger. Al final de la tarde, baja a entrenar. Encontró sus viejas mancuernas en una esquina del taller y con eso se apaña. No habla con nadie. Con su padre tampoco. No tienen nada que decirse. Qué se van a decir. En el juicio los creyó a todos menos a él. Fue uno más de los que lo abandonaron a su suerte. Que os follen. Se asomó y la vio en el patio, con su pelo corto, sus pantalones, la camisa de manga larga con los puños abrochados.

—Pues sí, soy yo —le dijo cuando la tuvo enfrente, y después señaló con el pulgar el interior de la casa—. Imagino que mi padre te lo habrá confirmado.

—El otro día me asustaste —Mariana hablaba con calma, los ojos alerta y el cuello erguido, llevaba el libro en la mano—. Te pido disculpas por haberme puesto así.

—No te preocupes, es normal. Tampoco esperaba otra reacción. —Miró hacia atrás y ahí seguía, en la puerta, vigilando como un centinela—. Oye, ¿te importa si damos un paseo? No nos va a quitar el ojo de encima si nos quedamos aquí.

Se alejaron del taller en dirección a la carretera, habría sido muy raro que los viesen juntos por el pueblo.

—En realidad, he venido por esto —dijo luego Mariana. Y le mostró el libro, el librito de poemas que él le había dejado sobre la mesa del despacho — . Dime, ¿por qué tienes tú esto?

—Y tú qué crees.

Cuántas veces lo habrá leído, cuántas preguntas se habrá hecho mientras recorría esas páginas en la celda: la portada amarillenta, las esquinas de las hojas desgastadas de tanto pasarlas, la dedicatoria encriptada en uno de los poemas. « *Le livre pour toi.* Poemas en prosa de Marguerite Burnat-Provins (1872-1952). Editorial Café de París, 1979, Madrid. Traducción de María Rosa Ballet *»* . Entonces no lo sabía, pero ese libro que ella le regaló durante una de aquellas largas tardes de posado contenía más de un mensaje.

—He estado leyendo sobre la autora —continuó Mariana—. Una vida interesantísima. En algunos aspectos, me recuerda a la de mi madre. —Se detuvo y lo miró a los ojos—. ¿Es así? ¿Erais amantes? Recuerdo haberte visto en alguna ocasión por la casa, nervioso, subiendo o bajando del torreón. Nunca le di mucha importancia.

Atardecía. Dos vacas pardas cruzaban mansamente la carretera, a escasos metros de donde ellos estaban. El olor de la hierba le provocó una súbita tristeza. Demasiado tiempo sin olerla. Demasiado tiempo. Demasiado tiempo.

—Mariana, antes de que sigamos hablando, necesito decirte algo.

—Si estoy aquí es por eso, para escuchar todo lo que me tengas que decir.

—Yo no lo hice, te lo juro. Yo no tuve nada que ver con lo que pasó. Es necesario que sepas que...

Mariana levanta la mano y le hace un gesto para que no siga, asiente, reflexiona, se pone de nuevo en marcha y luego le sigue hablando de la autora del libro: fíjate, como ella, pintora además de poeta. *P orque el a mo r a tó nu e stros cuerpos con sus divinas m anos,* sí, María Rosa y la autora se parecían, *como los n i ños atan l os tallos que arrancan en los campos,* ese temperamento de artista atrapado en un entorno aburrido y burgués, *porque nuestras v i das se mezclar o n como se mezclan las aguas sonoras,* esa mujer casada enamorándose de un joven ingeniero y cantándole al amor más encendido, *consagro a tu juventud un himno embriagado* , generando un gran escándalo .

El interés de Mariana le hizo pensar en aquellos días felices. ¿Felices? ¿Está seguro? « P a r a E m i l i o» . Qué tristeza. Ahí siguen las letras subrayadas en los versos a modo de dedicatoria, a pesar de que su amor nunca fue más allá. No. Nunca. Lamentablemente. ¿Amor? ¿No estará exagerando? A él le interesaba rondar esa casa porque sabía que muy cerca

se escondía el enemigo. Llevaba todo un año intentando averiguar qué había pasado sin lograr gran cosa: puertas cerradas, miradas frías o burlo nas, números de expedientes que no existían o de los que nadie sabía nada. Pero en el cobertizo se escondía la voz y la voz sí que sabía. Di que tu madre es una puta. Las atenciones de María Rosa aplacaban la rabia y la reverdecían al mismo tiempo. Ahí sigues. Ahí sigues escondido. Ven y mira cómo me has dejado. Ven y mírame. Por tu culpa, jamás seré feliz. Los frutos rojos resbalando por la curva de la espalda, las velas encendidas, las cortinas de lino flotando con la brisa mientras María Rosa pintaba. Frutos rojos y versos, velas, cortinas. Poco más. Muy poco más. *Je t'ai demandé à la terre que battaient mes bras vides, mais tu n'étais pas là.* Qué bien suenan. En la cárcel aprendió a valo rarlos al igual que empezó a leer y entender la Biblia. Con el tiempo también los ha memorizado, en español al principio y más tarde en francés. Necesitas algo a lo que aferrarte cuando estás allí dentro. Algo que te suavice. Que te aplaque. Y, aun así. Y aun así se da cuenta de que a veces se comporta como un perturbado. Un momento, ¿Mariana le acaba de preguntar algo a lo que no ha prestado atención? ¿Está con ella o está en la iglesia? Huele a incienso por aquí. A perfume de señora. A día de fiesta. Los muslos le arden y el tipo de al lado ha dejado de mirarlo.

—Hoy contemplamos a la Esclava del Señor envuelta en un resplandor regio en el Paraíso, adonde nos ha precedido también con su cuerpo glorificado. En María se cumplen las promesas de Dios a los humildes y a los justos: el mal y la muerte no tendrán la última palabra.

La última palabra. La muerte y el mal. El mal estaba en las duchas de la cárcel, en la oscuridad de las celdas, en los funcionarios y guardias que miraban para otro lado. Era como volver a la Puerta del Sol, la cabeza en el agua, ven aquí, cosita rica, y era volver a pagar por algo que tampoco había hecho. Hasta que conoció a Ginés y Ginés le dijo que no se preocupara, que él se encargaría de que nadie lo molestase, que se encargaría de todo y ahora ven, ven y date la vuelta. Recuerda la voz de Ginés y las piernas se le empiezan a mover solas. Unas piernas que no parecen suyas. Las rodillas se acercan y se alejan y se acercan y se alejan. Un-dos, un-dos. Van rápido las muy cabronas. Sí, van jodidamente rápido. Son cosas que ocurren. Nada más que eso. Cosas que ocurren. *Entonces Lot salió con ellos a la entrada y cerró la puerta tras de sí: hermanos míos, os ruego que no obréis perversamente.* Génesis 19: 6 y 7. Se reconstruyó a sí mismo en el gimnasio y en la celda. Fondos, sentadillas, dominadas. Y vuelta a

empezar. Las manos un puro callo. Mariana le miraba los tatuajes y hablaba con una dulzura que lo conmovía: entonces, ¿mi madre te regaló este libro porque posabas para ella?, ¿es eso? *Zarcillos de oro te haremos, tachonados de plata.* Cantar de los cantares 1:11. Las becas van y vienen, tú verás lo que haces. ¿Cómo? ¿Quién ha ha blado ahora? Daos fraternalmente la paz. Un-dos-un-dos-un-dos. ¿Estás segura? ¿No sería mejor salir a buscarlos? Malditas piernas. Que se paren de una vez.

—¿Y por qué no lo dijiste? —preguntó después Mariana—. ¿Por qué no dijiste que estabas en el torreón con mi madre y que fuisteis a buscarnos juntos, cada uno en su coche, pero juntos?

—Lo dije, Mariana, y ella lo negó. Fue ahí donde me derrumbé. Era como si todo se hubiese orquestado en mi contra, como si todo estuviese decidido de antemano y yo no tuviese posibilidad alguna de enfrentarme a ese poder superior. Tu madre era la única persona en la sala que podía ayudarme y, por alguna razón, no quiso hacerlo. Todavía me pregunto por qué. Y luego está..., luego está lo otro..., ya sabes, supongo que sabes lo que encontraron en la boca de Flor.

Mariana se tensa, la mirada se le enfría y los surcos de sus mejillas se hunden todavía más. Una hilera de arruguitas finas enmarca sus labios. Unos labios que tiemblan. Mariana es fuerte, o eso parecía aquella tarde, fuerte y decidida, aunque ahora, aquí, en la iglesia, ha dejado de serlo. Es todo tan raro. Ni ella ni su hermana Ángela estuvieron en el juicio ni pudieron darse cuenta de que aquello no tenía sentido, que los argumentos carecían de consistencia, que todos querían acabar y marcharse. Ni siquiera se mencionó su encuentro en el pasado con Zamora, sus más y sus menos en la Puerta del Sol.

—Te harían pruebas, supongo. —Mariana escucha su historia mientras dobla el libro sobre sí mismo y lo aprieta como si quisiera estrujarlo. Todavía están en la carretera—. Pruebas de ADN, quiero decir.

—Esas pruebas se empezaron a utilizar años más tarde. En 1980 no había.

Tampoco habrían sido necesarias si él se hubiese decidido a usar su mejor carta, Mariana mirándolo, su verdadera coartada. Entonces le cuenta de Zamora, de los golpes, de todo lo que se tapó. En el cajón de su escritorio conserva una copia del informe. El original lo iba a presentar el abogado como prueba exculpatoria, pero, luego, durante el juicio, ni ese abogado hijo de puta ni ninguna otra persona lo mencionó. Y yo era tan joven, Mariana. Era tan joven y sentía tanta vergüenza que prefirió callarse

cuando le preguntaron si tenía algo que añadir a lo dicho en la sala.

—Es terrible.

Sí, lo fue. Y qué importa. Qué importaba su vida. Se vuelve y la mira y lo dice una vez más, yo no lo hice, y lo repite y lo repite por si acaso no le ha quedado claro: yo no lo hice, Mariana, yo no lo hice. La pregunta que vendría a continuación queda en el aire porque ninguno de los dos se atreve. Y se quedan mudos y apesadumbrados, quietos el uno frente al otro.

—Recuerdo que yo quería ir a ese juicio y no nos dejaron, éramos demasiado pequeñas.

—No te perdiste gran cosa.

—Estoy pensando que a lo mejor lo podemos recuperar.

—Recuperar el qué. Te aseguro que estos veintitrés años no se recuperan.

Mariana insiste. Tiene una alumna, le explica, una alumna que es amiga y que además es juez. Así, juez, tal y como suena. La juez de instrucción de Llanes. Tiene una amiga juez al igual que él tiene amigos convictos. Ven aquí, cosita rica. Mariana no se conforma. Han pasado veintitrés años y quiere saber. Saber. Ahí es nada. Quedaron a la espera de que Mariana hablara con su amiga. Con su amiga juez. Desanduvieron el camino recorrido en silencio. Cada uno en su mundo. Mariana en el juicio probablemente y él en las vacas, en el olor de la hierba, en que esa tarde no había podido entrenar. *A cada uno le parece correcto su proceder, pero el Señor juzga los corazones.* Proverbios 21:2. Se la sabe al dedillo. Siempre tuvo muy buena memoria. Aunque, des de hace un tiempo, todo se mezcla y, en ocasiones, él se confunde. ¿Sigue aquí, en la iglesia? ¿Sí o no? No entiende lo que ha pasado, pero ya no está en la carretera. Se nos va, Zamora, re frésquelo con agua porque si no este cabrón se nos va.

—Podéis ir en paz.

Demos gracias a Dios. Ha conseguido dejar de mover las piernas y decide quedarse ahí hasta que todos salgan. Quieto. Procura estarte quieto. Tienes muchas ganas de frotarte los muslos y no lo vas a hacer. No. No lo vas a hacer. Los fieles se persignan, salen del templo, cuchichean, se preparan para tomar el vermú. Mariana lo ha mirado de reojo cuando pasaba cerca, la mirada mustia, la espalda encorvada, sin la energía de estas últimas semanas. ¿Qué habrá sucedido? ¿Por qué ya no va a verlo? ¿Por qué se ha desentendido de esa forma? Roberto a su lado. Si él supiera. No somos responsables de nuestros padres. Roberto, si tú supieras. Se quedará en la iglesia y rezará un poco. Se reza mejor así, sin nadie

alrededor que mire y moleste. Con mucho gusto iría con ellos a tomarse ese vermú. ¿Lo harán? ¿Se tomarán Mariana y Roberto un vermú en una terraza, protegidos del sol por un toldo de rayas blancas y amarillas? Le gustaría mucho acompañarlos y que Roberto le preguntara por la Vespino, por los viejos tiempos, por la película que vieron en el Goya. Se reirían de aquel guion disparatado y, después, quizá fuesen juntos a la casona para saludar a Flor y comer en el jardín, bajo la sombra del sauce. María Rosa los saludaría con la mano desde el torreón y los miraría con desgana, aunque en el fondo complacida. No bajaría a comer con ellos porque estaría ocupada con un poema, con un lienzo, con sus pinceles y sus óleos. Las cortinas de lino mecidas por la brisa. Las cortinas.

Fue Mariana quien lo propuso a los pocos días de la conversación en la carretera. Él no se habría atrevido. Volver a esa casa, subir al torreón, ver de nuevo a María Rosa. Mariana lo recogió en su coche y le dijo que no esperase mucho de ella: lleva años ida, a veces vuelve, pero dura muy poco porque yo creo que no quiere volver, que podría hacerlo pero no quiere, que prefiere quedarse donde está, da igual qué lugar sea. El camino a la casona seguía siendo de tierra y él recordó las tardes de los sábados, entrando a hurtadillas por la puerta del sótano una vez que todos se habían marchado de excursión, temiendo que Zamora estuviese por allí y lo descubriera. María Rosa tumbada a su lado sobre los cojines blancos, sus besos suaves mientras lo acariciaba y le decía que no se preocupase. Y él callaba. Callaba y se dejaba acariciar. Sus manos estilizadas recorriéndole el pecho, enredándose en el vello rizado, el olor a trementina, a linaza, su propio cuerpo esbozado en la tela extendida que había sobre el caballete.

—El otro día le enseñé el libro —dijo Mariana mientras apagaba el motor—. Se lo puse delante y lo miró, tocó la portada y me dio la impresión de que sonreía. No sé..., por eso he querido que vengas, me pregunto cómo reaccionará cuando te vea.

Entraron por la puerta principal, sin esconderse, Zamora a lo lejos. La casa estaba igual y a su vez era distinta. La memoria y sus juegos, sus mentiras, sus artificios. *No te acuerdes de los pecados de mi juventud ni de mis transgresiones; acuérdate de mí conforme a tu misericordia.* Salmos 25:7. Las ventanas del torreón cerradas a cal y canto y ese olor a medicamento, la pe numbra, la triste luz de una lamparita. Estaba despierta, con la cabeza apoyada en unos grandes almohadones. Dios, por qué la abandonaste.

—Mira, mamá, mira quién ha venido a verte. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de Emilio?

María Rosa no reacciona. Los ojos quietos, fijos en los bordes pespunteados del embozo. Él se acerca y pronuncia su nombre, se vuelve y señala la pared: su cuadro, el cuadro inacabado. Ahí están sus glúteos, la curva de su espalda, los fresones, las cerezas. María Rosa sigue su dedo con la mirada y la deja fija en el lienzo. Gime o hace algo similar. Un murmullo. Un sonido de paloma. Los ojos se le empañan. Lágrimas limpias que resbalan lentamente. Luego vuelve a su refugio, al silencio, a los pespuntes de las sábanas.

—Es la tercera vez en mi vida que la veo llorar. —La voz de Mariana suena al fondo—. Está claro que te ha reconocido.

Él se sienta en la cama y le coge las manos. La mira. *El que perdona la ofensa cultiva el amor.* Proverbios 17:9. No sería justo culparla solo a ella. Fíjate, María Rosa, fíjate en lo poco que queda de nosotros, en lo que nos hemos convertido. Dónde están tus cigarrillos finos, tu fular, tus palabrotas, dónde se habrán metido tus pantalones de campana. Mariana sigue detrás. Desde la cama puede escuchar cómo respira. En ese momento preciso, escucha y siente casi todo. El humo, el pipermín, la trementina. En toda su vida solo ha conocido a dos mujeres. Solamente. Solamente. Pronto cumplirá cuarenta años. La iglesia se ha quedado a oscuras mientras él piensa en ellas. En María Rosa. En Pau line. Se está frotando los muslos. Acaba de darse cuenta. ¿Cuánto tiempo llevará haciéndolo? Alguien se acerca, lo siento, es hora de cerrar. En la puerta tampoco queda nadie. Se mete las manos en los bolsillos y camina hacia su casa. El cielo es azul y la temperatura muy suave. Dos chicos montados en una bicicleta pasan a su lado muertos de risa, uno sobre el otro en el sillín, bromeando por algo con las piernas al viento. *Ah, Señor. He aquí, no sé hablar, porque soy joven.* Jeremías 1:6.

—Dolores asegura que casi nada en ese juicio se sostiene. —Mariana en el taller una semana más tarde. Excitada. Nerviosa. Repleta de energía. ¿Quién será Dolores?—. El auto de apertura, los informes periciales, la sentencia... Según ella, tiene todo el aspecto de haber sido una mera pantomima. Aunque lo que más le ha extrañado es que sucediera algo así en plena democracia.

Lo de plena democracia es mucho decir. Fueron años duros. Él lo sabe muy bien. Mariana indignada, quería hacer algo, justicia. ¿Justicia?, no me hagas reír. Había hablado con Zamora, con Bernabé más bien, habían discutido y ya no se dirigían la palabra. Remover la mierda, eso había dicho Zamora: no hay que remover la mierda, es mejor dejarla como está.

—Emilio, tú y yo sabemos quién lo hizo, ¿verdad? Y me da la impresión de que no somos los únicos. Da igual que hayan pasado veintitrés años. Esto no puede quedar así.

Estaba tan decidida a arreglar el mundo que a Emilio le extrañó mucho que desapareciera. Días sin verla. Sin tener noticias. La academia cerraba en agosto y, cuando se atrevió por fin a tocar en la puerta de la casona, nadie abrió. Reconoció a la secretaria en una de las calles del pueblo y le preguntó si sabía algo. Una recaída. Pasaba a menudo. La pobre, lleva años luchando y no hay manera. Al verla hoy recorriendo el pasillo que separa la fila de bancos, tan encorvada, tan pequeñita y ausente bajo el brazo de Roberto, ha comprendido que vuelve a estar solo. Muy solo. Los chicos de la bici se alejan y, enfrente, la calle del taller está desierta. Y ahora qué. Y ahora, qué. No quiere volver a casa todavía y decide dar un rodeo por la carretera cercana, bajo ese sol de mitad de agosto que brilla en un cielo sin nubes.

Ni siquiera las vacas.

Ni siquiera.

NUEVA DE LLANES
6 DE OCTUBRE DE 2003

Desde la ventana del salón, Ángela puede ver el BMW aparcado en la colina, y también puede ver a Tomás. Tomás acaba de salir desbocado de un taxi y ahora hace aspavientos mientras le grita a Dolores. Ya te vale, hermanito. Menos mal que no oye lo que dice. No podría soportar ni un solo grito después de lo que acaban de oír. Para colmo, tiene una resaca horrible. Anoche se le fue la mano con Leo. Tres botellas. Una barbaridad. Pobre Leo, ahí está, hundido en el sofá con la mirada perdida. Como todos. Hundidos y sin rumbo, sin saber cómo afrontar lo que ahora sigue.

—Ha llegado —les dice. Roberto también está allí y su aspecto no es mejor que el del resto—. Voy a subir.

Roberto se ha sentado al piano y lleva un rato buscando esa melodía. Sí, *la* melodía. Nunca ha habido otra. Su mano enorme sobre las teclas, tanteando. No es fácil fa sostenido menor. Podría acercase y ayudarlo, guiarlo por el teclado, tararearla hasta que él encuentre el camino. No lo ha hecho. Claro que no lo ha hecho. Qué ganas tienes, Roberto. ¿De verdad es necesario?

Cuesta creer lo mucho que puede pasar en tan poco tiempo. En apenas dos horas, el mundo se ha dado la vuelta como un calcetín y la acrobacia los ha dejado maltrechos. Se ha despertado a las doce y media, y ni siquiera sabía dónde estaba. La camita de noventa, las sábanas hechas un gurruño, la falda escocesa puesta y el emplaste en la cara porque no se había quitado el maquillaje cuando una debe quitárselo. Qué desastre. Luego fue atando cabos. El estuche del chelo estaba tumbado en una esquina y sus queridas Dr. Martens medio escondidas debajo del armario. Chicas, decidme, ¿cómo habéis llegado hasta ahí? La cabeza como una olla a presión, los párpados pegados con brea, las articulaciones protestando por la incomodidad de la postura y la convicción de que algo importante y muy tierno había ocurrido allí durante la noche. No vio la ropa de Leo en la silla y lo imaginó preparando el desayuno. ¿El desayuno? Leo tenía que ir a recoger la tarjeta del móvil a Ribadesella y se suponía que ella iba a

acompañarlo. Bravo, pensó, bravo por la hermana mayor perfecta, la hermana con la que cualquier hijo de vecino habría siempre soñado. Fue en ese momento cuando empezaron las llamadas, los mensajes cruzados, la locura. Dos horas. Dos horas nada más.

—¿Te has levantado ya? —La voz de Leo convertida en ondas electromagnéticas, la cabeza dando vueltas, el timbrazo del móvil perforándole el tímpano porque, mientras hablaba con él, recibía avisos de más llamadas.

—Estoy en ello. Aunque ahora mismo lo que me gustaría es convertirme en larva. ¿Dónde estás? Por lo que veo, has recuperado el teléfono.

—Estoy en el despacho de Mariana, en la academia. Es un poco largo de contar. Necesito que abras tu ordenador y mires el correo electrónico. Tenemos un mensaje.

—¿Cómo? ¿Te has fumado algo? Leo..., no son horas.

—Ángela, esto es muy serio. Conéctate y descarga los audios. Vas a flipar. Yo he oído ya cuatro y me falta el último. Voy para allá y lo escuchamos juntos, no tengo valor para hacerlo solo. Los otros son antiguos, pero ese lo grabó hace unos días. El día de antes, según calculo, el día de antes del accidente. Es tremendo.

—Vale, vale, tranquilízate. Haré lo que dices, aunque tardará un rato. La conexión en esta casa va lentísima.

12:35 Comienza la función. Deposita el teléfono en la mesilla de noche y se sienta en la cama. El teléfono vibra por culpa de las llamadas de antes, qué latosos son estos chismes. En la pantalla: Juez Caragrande; así la anotó en la agenda. Tres llamadas perdidas. Qué querrá. Ha dejado además un mensaje que ella, por ahora, no va a escuchar. Lo primero es seguir las instrucciones de Leo. Recoge las botas y el chelo y lo lleva todo a su cuarto. Ejem, ejem. Quizá debería plantearse lo de intentar ser un pelín más ordenada. Rebusca entre la pila de ropa que se acumula en la cama de Mariana y saca de ahí su portátil. Como era de esperar, no ha dejado el *stick* puesto. El pincho, como lo llaman aquí. Ahora hace falta encontrarlo.

12:40 De nuevo el teléfono. La juez. Qué pesadita estás.

—Ángela, soy Dolores. Te he llamado ya un par de veces. ¿Los has oído?

Lo piensa un segundo y opta por el disimulo. Por si acaso.

—¿El qué?

—Los audios de Mariana.

—Ah, eso. No, todavía no. Pero estoy en ello. ¿Los has recibido tú

también?

—Te acabas de despertar, entiendo. Suenas a barítono.

—Más o menos. Leo me ha llamado hace un rato y ahora intento acceder a mi correo. Os noto muy nerviosos. ¿Tan grave es?

—¿Ha llegado tu hermano?

—¿Qué hermano? Leo vuelve andando desde Nueva, y Tomás estará a punto. Roberto ha ido a recogerlo al aeropuerto.

—Eso no puede pasar. Llama a Roberto y dile que no lo recoja, necesitamos tiempo. ¿A qué hora llegaba el vuelo?

—No lo sé exactamente. A esta hora más o menos.

—Llámalo, por favor, y dile que vuelva. Yo no tengo su teléfono. Nos vemos todos ahí dentro de una hora. Antes tengo que hacer una gestión.

—Oye, Dolores, una cosita, y con todo el respeto, ¿eh?: mira, o me explicas lo que sucede, o cuelgo ahora mismo y me olvido para siempre de ti.

—Ángela, por favor, te repito que no tenemos tiempo. Lo entenderás cuando escuches los audios. Son cinco archivos mp3. Estamos todos en copia, nosotros tres y Roberto. No te hablo como juez, te lo juro, te habla una muy buena amiga de tu hermana. Tenemos que estar todos juntos en vuestra casa antes de que llegue Tomás. Confía en mí, y hazlo por Mariana.

12:45 Quizá debería pensárselo, pero no lo hace. Llama y ya está. A veces, solo a veces, puede ser una chica obediente.

—¿Roberto? Soy Ángela.

—Ah, buenos días. Espero que hayas dormido bien.

—¿Dónde andas? ¿Estás ya con Tomás?

—No, acabo de llegar al aeropuerto. Estoy aparcando. Me costó dormirme anoche y se me ha hecho un poco tarde.

—Da la vuelta.

—¿Cómo dices?

—Que te des la vuelta, que no lo recojas. Y si te llama, no contestes, ¿vale? Que espere un rato y, cuando se canse, que coja un taxi.

—Ángela, a qué viene eso. Me está esperando y ya estoy aquí. No tiene sentido lo que dices.

—Lo sé, pero hazme caso.

Se lo está tomando muy a pecho, mucho más de lo que hace cinco minutos pensaba. Así es ella. Ahora mismo, lo único que le importa en el mundo es que Roberto dé media vuelta y deje plantado a su hermano.

—Ángela...

—Roberto, ¿confías en mí? Dime, ¿tú confías en mí?

—Pues, la verdad, no sé qué decirte...

—Ya, de acuerdo, no esperaba menos. No importa. Atento a esto: es la juez. Tómatelo como una orden judicial, ¿ok? Me acaba de llamar y esas son sus órdenes. Y no es broma. Sé que suena a broma, pero no lo es. ¿Te la imaginas? ¿Te imaginas su careto enfadado porque no le hacemos caso? Yo, de pensarlo, me echo a temblar.

—Ángela, me cuesta tomarte en serio...

—Es por algo de Mariana, ¿entiendes? Y parece grave. Leo me ha llamado por lo mismo. Mariana nos ha dejado unos mensajes.

—Unos mensajes.

—Sí, unos mensajes. —Unos mensajes que llegan del más allá. No. Eso no va a decirlo. Si lo dice, Roberto cuelga seguro. Ella también lo haría.

—De acuerdo. Espero no tener que arrepentirme.

—Gracias. Vente para la casona directamente. Te esperamos aquí.

12:50 Se lo ha puesto difícil, pero lo ha conseguido. Y ahora, a por el pincho o como se llame ese aparatejo. Empieza a retirar faldas y blusas, vaqueros, camisetas, el vestido que se puso anoche y el pijama de corazones con el que duerme. Clinc, clinc. Ahí estás, *motherfucker*. Sabía que no andaría lejos. Coge el ordenador y baja al salón todavía descalza, la cara hecha un cristo, la falda torcida. Es el sitio de la casa en el que hay más cobertura. La madera del suelo está fría y un poco húmeda. Hoy lloverá seguro. Mierda de tiempo. Apoya el portátil en la tapa cerrada del piano y pulsa el botón de encendido. Manzana blanca sobre fondo negro. Rayita que avanza y escritorio a la vista. Aquí casi nadie los usa, pero a ella los Mac le encantan. A la espera de red. El jueves pasó así media hora. Ahí estuvo, mirando la pantalla como una idiota hasta que la luz del módem portátil parpadeó.

12:55 No ha sido para tanto. Ha accedido al correo y ahora se están descargando los mensajes. Tardará un poco. Los mp3 no son archivos ligeros.

13:00 Come algo de fruta. Prepara un café. Se lava la cara en el baño de abajo. Qué mala pinta tienes. Se asoma a la ventana y contempla el cielo gris.

13:05 Joder con la mierda puta, lo que tarda. Vaya lengua. Es herencia. Su madre, a veces, también hablaba así.

13:10 Ahí estáis. Se instala en el sofá y se coloca el ordenador sobre las rodillas. No queda leche o no ha sabido encontrarla y el café solo sabe a

rayos, pero le está sentando bien. Deja la taza en el suelo y examina los archivos. Son cinco, efectivamente, están rotulados con unos títulos extrañísimos y van todos fechados. Qué será esto. Qué nos has preparado: noviembre de 1977, Nochebuena de 1979, agosto de 1980, mayo de 1985 y septiembre de 2003. Vaya, vaya. Mal rollito. Lo de agosto de 19 80 no le gusta ni un pelo, y lo de que el último sea de hace tan solo unos días, todavía menos. Da por supuesto que su hermana no ha tenido el mal gusto de enviar las grabaciones de esos ensayos que hacían cuando todavía vivían juntas. Algo así le dijo Roberto, que Mariana quería volcarlas en archivos digitales para después regalárselas. No. Eso no puede ser. No la imagina tan perversa.

De manera que así los ha estado escuchando, bebiendo sorbos de café, parando y retrocediendo porque no podía creer lo que oía, recordando momentos que, en la mayoría de los casos, preferiría no recordar. Y luego estaba la voz. Esa voz maleable que pasa de niña a adulta, las risas entrecortadas, la increíble perfección en las imitaciones de mamá, de Tomás, de ella misma. La noche de la muerte de Flor ha sido especialmente dolorosa. Y después del penúltimo archivo, en un mar de lágrimas, no ha podido seguir. Leo tenía razón. Era mejor estar acompañado para soportarlos. Mientras lo esperaba, las palabras de Mariana se incrustaban en su cerebro y provocaban pequeños esta llidos. No era la resaca. Lamentablemente. Era el dolor de su hermana, el sufrimiento indecible de su hermana Mariana. Cómo se puede ser tan despreciable. Si lo hubiese sabido, Dios, si hubiese sabido que aquello era mucho más que un juego. ¿Y ella? ¿No tenía también ella algo que decir al respecto? Sí, por supuesto que sí, pero Mariana ya no está allí para escucharla. Un archivo te enviaría si pudiera, Mariana, con mis disculpas y más cosas, muchas otras cosas, allá donde ahora estés.

Leo ha llegado hacia la una y veinte, demacrado, con la mirada cargada de preguntas. ¿Has podido oírlos? Los cuatro primeros nada más, le había pasado lo que a él. ¿Tú sabías algo? No ha contestado. Para qué, de qué serviría. Luego se han sentado en el sofá, con el ordenador entre ellos, y han abierto ese último archivo de título imposible . La musiquilla que ha irrumpido después en el salón la ha trasladado directamente a la infancia. ¿De qué le sonaba tanto? Un pequeño *ragtime* al piano, algo muy sencillo, divertido y breve que daba paso a un *Hello!* ¿Era ella? ¿Era Mariana quien hablaba? Por el amor de Dios, qué genial, por qué no se hizo ventrílocua en vez de esforzarse tanto con Chopin y demás monsergas. La larga alocución

que han escuchado después, y que pasaba de la bro ma a las veras con una facilidad estremecedora, los ha ido dejando pegados al sofá, mudos, horrorizados, con los ojos cada vez más abiertos. ¿Y luego? ¿Qué se suponía que deberían hacer luego?

—No sé tú —ha conseguido murmurar Leo—, pero yo voy a abrir ahora mismo una botella.

A las dos menos cuarto ha aparecido Roberto, protestando todavía y quejándose porque Tomás no se lo iba a perdonar nunca. ¿Perdonar, Roberto? Escucha esto y luego hablamos de perdón. Ha sido ella quien ha vuelto a abrir el ordenador, quien ha colocado el cursor en su sitio y quien, en el último momento , ha intentado disuadirlo, porque lo que le esperaba no iba a ser fácil de asimilar: es duro, ¿estás seguro de que quieres oírlos? Pero él ha insistido, claro, ha dejado tirado a Tomás por eso. Leo la ha mirado y le ha indicado que era mejor dejarlo a solas. Totalmente de acuerdo. El pudor, la educación inglesa, en fin, lo de siempre. Han salido al jardín y se han sentado en el filo de la alberca, con las copas en la mano, sin hablar y sin mirarse, deseando que Dolores llegara cuanto antes y pusiese un poco de orden, y que les dijese de paso qué era lo que ahora debían hacer. Más tarde, Roberto ha empezado a toquetear sin mucho éxito las teclas del piano y ellos han decidido entrar. No costaba imaginar cómo se sentiría. Tomás y él son amigos, siempre lo han sido. Supuestamente. Poco después, Dolores la ha llamado por teléfono y le ha dicho que estaba de camino.

—Voy con el coche de Tomás. Ya está arreglado. Lo aparcaré en la colina, y necesito que tú subas en cuanto él aparezca.

—Preferiría no hacerlo. No creo que pueda mirarlo a la cara después de lo que acabamos de oír.

Entonces Dolores le ha dado nuevas instrucciones, algunas muy precisas, y ha insistido en que sabe lo que hace: es la única forma; o así, o todo estará perdido.

Y ahí está por fin su hermano, gritando y moviendo los brazos como un energúmeno, indignado porque algo no va como él quería.

—¿De verdad que no quieres que suba contigo? —pregunta Leo.

—Claro que quiero, pero hagamos caso a Dolores, ¿no creéis que es lo mejor?

Roberto sigue en la banqueta del piano, ya ha dejado de tocar. Hay algo en su mirada que da miedo. Sus pupilas se han contraído hasta casi desaparecer y se diría que su iris palpita. Ha prometido que no se movería

de ahí pasara lo que pasara. Ojalá sea cierto. Aunque sus manos apretando los bordes de la silla y sus antebrazos de venas marcadas anuncian justo lo contrario.

—¿Todo bien, Roberto?

Roberto asiente, traga saliva, está apretando los dientes y la mandíbula se le afila mucho más de lo acostumbrado. Ella va a decirle que se calme y al instante se arrepiente. Es mejor dejarlo tranquilo. Al menor roce, estallará.

Sale al jardín y se dirige a la colina. Lleva el bolso en la mano. Roberto y Leo —está segura— la observan desde las ventanas del salón. Los gritos de Tomás llegan ahora hasta ella y sus palabras empiezan a hacerse poco a poco comprensibles: esto es inaudito, no sé cómo se atreve, le juro por mis hijas que acabaré con su carrera, vaya que si lo haré.

—¿Y tú? —le dice su hermano en cuanto la ve—. ¿Se puede saber de qué vas tú vestida?

—Hola, Tomás.

—¿Se te ha ido la pinza, o qué? Todavía faltan unas cuantas semanas para Halloween.

No le contesta. No ha subido hasta ahí para hablar de su ropa. Mira a Dolores y , después mira a Tomás: a qué viene tanto grito, le dice, ¿te pasa algo?

—¿Que si me pasa algo? ¡Que si me pasa algo! Pero ¿tú te das cuenta? —está gritando de nuevo, mientras señala a Dolores—: Esta tía se permite el lujo de recoger mi coche sin mi permiso y aparcarlo aquí, ¡aquí precisamente!

—Es su sitio, ¿no? —pregunta ella—. Que yo sepa, ahí es donde tú siempre lo aparcas.

—Ya le he explicado, senador, que he querido traérselo yo personalmente por deferencia a la familia. —Dolores le habla a Tomás con mucha calma. Qué envidia. Ella está temblando.

—Y yo se lo agradezco muchísimo —replica Tomás—. Todo un detalle. Ahora bien, si por casualidad usted se ha extralimitado en sus funciones o ha cometido la más mínima irregularidad, le aseguro que haré todo lo posible por hundirla. Bastante me ha tocado los cojones. Y, por si fuera poco...

Dolores la mira y ella abre el bolso, manipula algo dentro y después saca un papel.

—¿Era esto lo que buscabas el otro día en el armario de mamá?

Tomás no reacciona. Mira el papel y vuelve a mirar el coche. No es estúpido Tomás.

—¿De qué me hablas tú ahora? Anda, baja y quítate esa ropa y la porquería que llevas enganchada en la nariz. Qué familia, por Dios. Si papá os viera...

—Deberías leerlo.

Dolores se aleja y lo hace sigilosamente, como si buscara un segundo plano desde donde observar.

—¿Qué coño es esto? ¿Es que me queréis volver loco entre todos? Es eso, ¿no?

Lo mira a los ojos y extiende el papel. Quiere que se acerque, que lo lea a su lado, quiere verle la cara y retener cuanto tenga que decir.

—Deberías leerlo —repite. La mano le tiembla un poco más de lo que a ella le gustaría.

Tomás se aproxima y coge el informe. Lo recorre con la vista y después deja escapar una risita.

—Leído queda.

—No estaba en su armario —le explica—, era Mariana quien lo guardaba. Lo tenía en el cajón del tocador que hay en nuestro cuarto. ¿Te acuerdas de ese cajón? Sí, claro que te acuerdas..., era ahí donde escondía las cuchillas.

—Ángela, ¿estás bien?

—Tú sabías por qué se hacía cortes, ¿verdad? Dime, Tomás, ¿tú lo sabías? Te lo pregunto más que nada porque ahora yo también lo sé.

—Ah, ¿sí? Qué pasa, ¿te has hecho médium?

—No, pero es una opción; nunca hay que cerrar puertas.

—Estupendo. ¿Algo más?

—Mariana nos había dejado unas grabaciones preparadas y hoy hemos conseguido escucharlas.

Tomás se queda inmóvil, crispado, el sexto sentido alerta. Los depredadores son así. Luego relee el informe y, a continuación, lo rompe y la mira a ella a la cara, retándola, con la risita de antes convertida en una mueca.

—¿Ves? Ya no hay informe —dice mientras sigue rompiéndolo en pedacitos minúsculos—. ¿Qué me decías de unas grabaciones?

—No sea ridículo —interviene Dolores—, eso no es más que una copia. La misma que tiene Emilio Sariego. ¿Le suena? Pobre hombre, ¿no cree?

—¡Estoy hablando con mi hermana! —grita Tomás fuera de sí. Eso es.

Poco a poco. Poco a poco—. Así que haga el favor de dejarnos tranquilos.

—Me temo que eso no va a ser posible. La última vez que usted habló con una hermana suya en un estado parecido al de ahora, las consecuencias fueron nefastas.

Tomás se vuelve y se encara con la juez.

—Lesbiana de mierda —le dice—, qué asco me dais.

Dolores no se altera. ¿Será verdad eso?

—Por cierto, senador, todavía no le he devuelto las llaves. Aquí las tiene. Como puede ver, su BMW está exactamente en el mismo sitio donde usted lo aparcó hace una semana. En su momento se fotografió el terreno desde diversos ángulos, y yo me he preocupado de ajustar cada rueda a las marcas que dejaron los neumáticos aquel día.

—La felicito, veo que es usted una gran profesional.

—¿De verdad lo cree? No sabría qué decirle. A veces yo también me despisto y me temo que he olvidado poner el freno de mano. Es una suerte que el coche no se mueva, una gran suerte. Mírelo, se diría que lo han clavado al terreno.

El cuello de Tomás se estira y los orificios de la nariz se le ensanchan, y se le ha torcido ligeramente la boca. Es la presión. La adrenalina. Vamos, suéltalo. Es ahora o nunca.

—Os creéis muy listas, ¿verdad? ¿Sabéis qué? Que todo esto es absolutamente irregular y no os va a llevar a ningún sitio. Y más vale que tengáis cuidado conmigo, ¿entendido? Mirad lo que le pasó a Mariana por bocazas.

Gran silencio. Ya está. Incluso Tomás se ha dado cuenta. Dolores se acerca a ella y le sonríe, introduce la mano en el bolso y saca el magnetófono. Sí, el de Mariana, en esta familia siempre ha gustado mucho el humor negro.

—¿Qué es eso?

—¿No lo ve? Solo un viejo magnetófono. Pero graba bien. Ángela, ¿a que graba muy bien?

Tomás mira el aparato y después a Dolores. Es grande Dolores, no se va a atrever. Sin embargo, sí lo hace. La empuja y el magnetófono cae al suelo. Luego todo sucede muy rápido. Tomás se agacha para cogerlo, pero no lo consigue porque una bota le pisa la muñeca. ¿De dónde habrá salido? ¿De dónde habrá salido Bernabé? Tomás intenta zafarse y Bernabé, el rostro congestionado, los ojos duros, levanta la otra bota y pisa con ella el cuello de Tomás. Dolores se acerca para separarlos y no lo consigue.

—¡Déjalo! ¡Te digo que lo dejes!

Es Roberto quien grita, está subiendo la cuesta mientras ella sigue petrificada. Y entonces, claro, el cielo se rasga y empieza a llover a cántaros. Como tiene que ser. Roberto empuja a su padre y los dos ruedan por la pendiente. Tomás aprovecha y se pone en pie entre resoplidos, y se acerca al coche y lo abre con las llaves que le acaban de devolver. Nadie lo detiene. Increíblemente. Bernabé y Roberto están a demasiados metros, así que es ella quien debería hacer algo. Y si no lo hace es porque no puede, porque está bloqueada y también, debe asumirlo, porque hoy su hermano mayor le da miedo. Dolores tampoco parece dispuesta a intervenir más de lo que ya lo ha hecho y las dos ven cómo Tomás arranca, tose, maldice, y que los faros rasgan la cortina de agua mientras el motor ruge marcha atrás.

Un poco más abajo, Bernabé y Roberto se levantan del suelo, con las ropas manchadas, tosiendo ellos también. Roberto sube a grandes zancadas y corre detrás del BMW, pero le es imposible alcanzarlo. A Dolores, el pelo se le ha pegado a la cara y ahora solo se le ven los ojos, dos ojos enormes, fijos como los de un búho. El Búho, acaba de acordarse, así es como llamaban a mamá durante aquellos veranos. Piensa en todo lo que supo y calló su madre, y se pregunta también por qué lo hizo. Nunca podrá averiguarlo. Las palabras de Mariana son transparentes en muchos sentidos, pero no llegan hasta ahí. Leo está subiendo con varios paraguas en la mano. Los paraguas. Solía haber tres o cuatro colgados detrás de la puerta de entrada, por lo que pudiera pasar. Y Leo demasiado pequeño y siempre a un lado, siempre en otro sitio, en otro momento. A ella le sigue costando incluirlo en el decorado cuando piensa en la casona y en todas esas viejas historias. Porque no son más que eso, historias viejas que hoy salen a la luz y los dejan a todos fuera del área, con la mirada desenfocada y el presente detenido, esperando el silbato del árbitro para poder continuar.

—¿Bajamos? —pregunta Leo—. ¿O es que pensáis pasar aquí la tarde?

Ni siquiera necesitan abrir los paraguas. La lluvia se ha ido igual que llegó, del modo más artificial imaginable, como si fuera parte del atrezo y, ahora que los actores salen de escena, alguien hubiese cerrado el grifo y recogido discretamente la manguera.

Bernabé se aleja y se encierra en su casa dando un portazo. No les ha dirigido la palabra. Roberto, en cambio, se queda allí.

—Me pregunto quién lo habrá avisado —murmura, apenas se le oye.

Está empapado, y hasta las cejas de barro.

—Tu padre no es tonto —contesta Dolores—. He estado hablando un par de veces con él y siempre me ha dado la impresión de que algo se olía. Me refiero al accidente. Estoy segura de que nos ha estado vigilando desde que hemos llegado.

Ya en la casona, Dolores llama a alguien para que venga a recogerla: Policía Judicial, les explica, se han quedado en Nueva esperándola, son buenos compañero s.

—¿Y ahora? —pregunta Leo.

—Ahora podréis hacer lo que Mariana quería —dice Dolores. Llevaba el magnetófono en la mano y acaba de depositarlo sobre la tapa del piano—. Aunque eso ya depende de vosotros, mi labor llega hasta aquí.

—¿Tendrás problemas? —le pregunta ella; guarda unas cuantas cuestiones más en la recámara, algunas muy personales, pero no cree que este sea el mejor momento—. Tomás va a ir a por ti, e irá a degüello.

Dolores no contesta, sonríe nada más. Es evidente que va a tener esos problemas. Tomás no ha parado de repetirlo durante toda la semana. Se ha metido donde no debe y, probablemente, se ha saltado más de una norma. No parece que le importe mucho. Entra en el baño para secarse y tarda tanto que cuando sale, sus compañeros ya están allí. Se despiden con un abrazo.

—Muchas gracias —le dicen Leo y ella casi al unísono—. Hablaremos pronto.

Quien sigue sin decir gran cosa es Roberto. Se ha vuelto a sentar en la banqueta, aunque ahora de espaldas al teclado. Menos mal. Leo menciona las cenizas. Madre mía. Las cenizas. Se suponía que hoy irían los tres juntos a recogerlas.

—Otro día, ¿no? —responde ella—. Yo ahora no tengo cuerpo.

—Ni yo. Entre unas cosas y otras, estoy agotado. Creo que voy a subir e intentar descansar un poco. No os importa, ¿verdad?

Claro que nos importa, maldito traidor. Ahora se quedarán solos y a ver qué hacen, de qué hablarán, cómo se mirarán a la cara después de esto. ¿Quedó algo en la botella? Un par de copas les vendrían bien. El vino siempre ayuda. Y entrarán en calor. Le da la impresión de que Roberto está tiritando.

—Deberías secarte —le dice—. En el armario del baño hay un montón de toallas.

—¿Me acompañarías a la playa? —Roberto y sus ojos oscuros, su voz

recia, su dulce y triste mirada—. Creo que necesito dar un paseo y..., no sé..., ver el mar.

Es ella quien entra en el baño y busca la toalla. Por supuesto que va a acompañarlo, pero no va a permitir que coja una pulmonía. Deja a Roberto secándose en el salón y sube a su cuarto para cambiarse. La faldita podría pasar, pero la camiseta medio rota que lleva puesta está también empapada. Se pone unos vaqueros, se calza de nuevo las botas y coge la sudadera amarilla, la de la Universidad de Hartford. Abajo, Roberto ha entrado en la cocina y, con la ayuda de un estropajo, está intentado eliminar los pegotes de barro adheridos a su cazadora. Cuando quieras, le dice. Roberto la mira y asiente. Lleva el pelo despeinado.

—Lo cogemos, ¿no? —pregunta ella cuando vuelven al salón y ve el magnetófono—. Imagina que Tomás vuelve y lo encuentra ahí.

—No creo que vuelva —masculla Roberto—. No creo que se atreva.

Se montan en el coche y se instalan en un súbito silencio. No es un silencio incómodo. Roberto conduce ensimismado, como si viajara solo. A ella le rondan algunas preguntas que decide posponer. ¿Qué van a hacer ahora? ¿Pondrán una denuncia? ¿No sería mejor buscar una comisaría esta misma tarde? El terreno está embarrado y el coche traquetea. Sortean un pequeño socavón con un movimiento tan brusco que la guantera se abre. Dentro hay un par de paños sucios, un bote de ambientador, una lata de cerveza aplastada y las dos mondas de plátano que el primer día —las recuerda perfectamente— viajaban en el asiento de atrás. Roberto cierra esa guantera con un golpe seco, y la mira a ella y sonríe; no parece avergonzado.

Dejan el coche en la explanada que da paso a la playa y caminan por la arena. El mar está en calma y la marea baja les permite llegar hasta las cuevas, huecos en la roca más bien. De lejos, la formación parece un gran mamífero bebiendo, las cuevas no son más que el espacio entre las patas. Hace muchos, muchísimos años, Roberto y ella hicieron el amor por primera vez allí mismo. Era de noche y habían extendido una toalla, el mar subía poco a poco y acabó mojándoles los pies y los tobillos, y la brisa les acariciaba el cuerpo y les erizaba la piel. Ahora, en cambio, en el mismo sitio de entonces, son solo dos personas que deambulan cabizbajas, dos desconocidos casi, dos seres frágiles y atemorizados que palpan las rocas cubiertas de musgo para comprobar que, efectivamente, siguen ahí. Hasta que sus miradas se cruzan y ella comprende que el lugar acaba de cargarse de significado, y que eso la incomoda, la violenta incluso, y que lo hace de

un modo tan intenso que no lo puede soportar. Intenta quitarse esa idea de la cabeza y para conseguirlo se agacha y coge un puñado de arena. La cuestión es hacer algo, lo que sea. Se pasa los granos de una mano a la otra como si fuesen canicas que van cayendo y haciendo ruiditos al entrechocar entre ellas. No hay ruiditos. La orilla está lejos y las olas se rompen con suavidad.

—¿Tú lo sabías? —Era inevitable, y Roberto, cómo no, ha acabado preguntándolo—. Me refiero a lo de Mariana.

Se queda callada. Si empieza, sabe que no podrá parar y que después habrá más preguntas que no serán fáciles. Un par de gaviotas acaban de aparecer. Por ahora están tranquilas. No graznan con el estrépito habitual. Se acomodan en la arena y mueven sus cuellos de un lado a otro.

—Los vi una vez —confiesa al rato. ¿Es posible que estén hablado de eso?—. Éramos todavía muy pequeñas y no entendí del todo lo que pasaba. Pensé que jugaban a algo, nada más. Pero la imagen se me quedó grabada y regresaba en ocasiones. Llegué a comprender lo que significaba esa imagen, claro, y al mismo tiempo la rechazaba como si fuese cosa mía, como si fuese yo quien la inventaba.

—Me pasó lo mismo —interrumpe Roberto—. Aunque ni Mariana ni él eran tan pequeños, ni mucho menos. Y ahora veo que no me lo inventé. Estuve años sin hablar con Tomás por culpa de eso. Le pedí explicaciones y acabó insultándome. Ocurrió cuando...

—... cuando volví del cursillo aquel que hice en Santiago.

Roberto se queda inmóvil, esperando lo que falta, porque a todas luces falta algo. Si ella se fija bien, podría afirmar que alrededor todo se ha detenido, que las gaviotas parecen pequeñas estatuas de sal y que, en la orilla, las olas están congeladas.

—Tú llegaste a la mañana siguiente —replica Roberto—, si no recuerdo mal.

Situaciones que ella creía borradas vuelven sin anunciarse y reclaman espacio: el piso compartido de la calle Leganitos, la exposición de sus retratos en aquel colegio mayor, la despedida torpe y atropellada.

—Imagino que te has preguntado muchas veces por qué me fui de esa manera —le dice, y al mismo tiempo se señala la sudadera amarilla con la insignia de la Hartt. Una insignia muy tonta, por cierto, un escudo con laureles y corona rodeado de dos estudiantes que llevan un libro en la mano.

—Me lo he preguntado muchas veces, sí. Y luego dejé de

preguntármelo.

Todavía puede recular. Lo piensa y decide que no quiere hacerlo. Hay algo que la empuja a seguir y no va a detener ese impulso. Ni siquiera tiene las fuerzas necesarias. Imposible tenerlas.

—No fue por aquel chico. ¿Cómo se llamaba? Evan, eso es. Qué memoria. A veces pienso que voy a acabar como mi madre.

—No pasa nada, Ángela. —Roberto tiene ahora la mirada cansada, muy cansada, se ha metido las manos en los bolsillos y con la punta del pie derecho escarba un hoyo en la arena.

—Era yo, Roberto. Era yo quien estaba esa noche con Tomás. —Roberto ha dejado de mover el pie—. Llegué antes de lo previsto con la intención de dar una sorpresa, y vaya que si la di. Entré en la casona y allí estaba él, borracho y con una cara de loco que me impresionó mucho. Me confundió con Mariana y yo no lo detuve. Tenía esa..., cómo decirte, esa curiosidad por saber si lo que vi era cierto. Y celos también, sé que suena ridículo, pero creo que también había algo de eso: lo que había entre ellos, fuera lo que fuese, yo no lo tenía. Y yo siempre..., yo siempre he querido tenerlo todo. No sé..., soy así. —Detiene el discurso y toma aire. Bien, por fin lo has dicho en voz alta—. No pasó nada, te lo juro. Fueron apenas unos segundos y luego entraste tú. Me separé de Tomás y me fui a mi cuarto, y tropecé con Mariana en la parte superior de la escalera.

—¿Os vio también ella? —El espanto se asoma a su rostro. Las cejas en línea recta, las pupilas inmóviles. No te haces una idea de cuánto lo lamento.

—Claro que nos vio. Nos vio y no dijo nada. A la mañana siguiente bajé a desayunar y me dio la bienvenida, como si en ese momento yo llegase de Santiago y nadie pudiera ponerlo en duda. Ni siquiera Tomás se enteró. Luego Mariana me contó esa historia que después yo te repetí y que tú no negaste: Tomás se había peleado con alguien en Nueva y tenía la cara hinchada y una ceja partida. Y listo. No hablamos del asunto nunca más. Intenté vivir con ello un tiempo y al final pudo conmigo. Era incapaz de miraros a la cara, a Mariana, a Tomás, a ti...; y a mí misma. Me moría de vergüenza. Pasaban las semanas y yo me sentía cada vez peor. Lo de Evan y la universidad fue solo una excusa. Pero te aseguro, Roberto, que yo..., que yo siempre te...

Roberto le ha puesto la mano en la boca porque no quiere que siga hablando. Y ahora se aleja hacia la orilla. Las gaviotas dan saltitos mientras lo observan con curiosidad. Es demasiado. Por supuesto que lo es. Podría

habérselo ahorrado, pero ha preferido no hacerlo. Y ahora, en el fondo, se siente mejor. Quisiera decirle tanto. Tanto , Roberto. No sabe si esperar a que vuelva o ir tras él y engancharse de su brazo, y mirar el mar a su lado, mientras la brisa les arranca las últimas telarañas que todavía puedan quedar. No es necesario decidirse. Es él quien vuelve y le dice que quiere marcharse, que no se encuentra bien y que, si no le importa, la llevará a la casa y después seguirá camino hasta Llanes. No te vayas, le diría ella en cambio, eso le diría si se atreviera: no te vayas, Roberto, quédate, quédate conmigo. Desde donde está puede ver la roca en la que se apoyó aquel día, con el pelo húmedo y la cara llena de gotitas porque se acababa de bañar y él le había pedido que no se secara. Le gustaría acercarse a esa roca, volver a tener quince años y posar para él, sonreírle a la cámara y saber que un nuevo verano comienza y que será muy largo y muy dulce, y sentir, como entonces, que la vida es sobre todo eso, esa luz, esa alegría, eso y muy pocas cosas más.

NUEVA DE LLANES
25 DE SEPTIEMBRE DE 2003

[música de piano, tipo *ragtime*]

—Hello!!! Do you remember me? Yes, I'm Mister Barrett!

[más música, la misma]

—Hello. I'm Maria. I' m an acrobat. One, two, three, four and five!

[risa seca, un último acorde, silencio]

¿Os acordáis? ¿Os acordáis de Míster Barrett y de María, la acróbata? ¿De Ígor, el domador? ¿De Coco, el payaso? Coco era mi preferido. ¿A que los imito bien? *Hello. I'm Coco. I'm a clown.* Tantos años y todavía puedo imitarlos. Os podría imitar a todos si quisiera. Me sé de memoria vuestros timbres, vuestros giros al hablar, la entonación que dais a las frases. Es un don. Uno de los pocos dones que he tenido. [voz de Ángela]: *Tú a mí no me engañas.* ¿Lo veis? ¿A que lo hago bien? ¿A que nadie podría darse cuenta? Estaréis pensando que no es el momento. Que no es momento para bromas. Pero es que si estáis escuchando esto es porque todo ha salido como yo quería y me gustaría que pasá ramos un buen rato todos juntos, que nos divirtamos como entonces, como cuando fuimos hermanos. Ahora que lo pienso, casi me olvido de los más importantes. Qué cabeza, de verdad. ¡Cástor y Pólux! ¡Los verdaderos protagonistas! Dos extraterrestres llegados de la luna que van a parar a ese circo. Qué tiempos, ¿verdad? Qué maravilla. [voz de presentadora]: *Mirad la página ocho, son Cástor y Pólux. Ígor no los conoce. Escuchad.* [voz de Ígor]: *Hello, who are you?* Ahí estaban, con sus trajes verdes y sus gorritas con visera de las que salían un par de antenas. ¡Y además eran gemelos! Fíjate, Ángela, gemelos. Cástor siempre hablaba el primero y con mucha fuerza y decisión, y Pólux era más tímido y apocado, y su voz sonaba a menudo un pelín triste. Tal cual. Mamá nos regaló esos fascículos y también los casetes para que nos grabáramos y mejorásemos así la pronunciación. Todavía conservo el magnetófono y me sigo grabando aquí. Siempre lo he hecho. Con los años, he almacenado

cientos de cintas. He pasado a mp3 solo unas cuantas porque no quería aburriros. Y gracias, Roberto, gracias por prestarme el convertidor. He escogido precisamente estas porque creo que os bastarán para haceros una idea. Las demás las quemé el otro día. Son cosas mías que a nadie importan , y me da un poco de vergüenza que las oigáis. Las apilé en el fondo de la alberca, les prendí fuego y desprendieron un humo negrísimo, un humo negro y pestilente, de qué otro color podría ser. Me dio pena, no creáis. Me gustaba ponerlas por las noches y escuchar cómo raspaban. ¿Lo oís? ¿Oís cómo sisean? ¿A que suenan como si una lija raspase algo? Esta es la última. Bueno, claro, qué tontería. Claro que es la última. La verdad es que estoy un poco nerviosa. Es que yo soy así. Me pongo nerviosa y luego no doy pie con bola. Si he grabado tantas cintas es porque desde muy pequeñita mi cabeza no me ha parado de hablar, y grabar lo que me decía me tranquilizaba. ¿No os pasa a veces? ¿No os pasa que quieres decir algo y como no lo dices, luego vas y te lo repites y te lo repites como si lo estuvieses diciendo? Antes pensaba que eran manías mías, que como soy rara y eso, pues que eran solo manías mías. Luego aprendí que no era para tanto, que al que más y al que menos le pasa también. Pero ya era tarde. Digamos que mi cabeza se había hecho con el mando de la nave. No había nada que hacer y, por eso, las grabaciones me han ayudado tanto. Es mucho lo que llevo encima. Mucho, y nada fácil. Atención a esto: [voz de To más]: *Ojo, que nos está observando El Búho.* Qué os parece. ¿A que lo imito de maravilla? Ya os digo que es un don. A mí no me cuesta nada. Nunca he sido muy diestra con los dedos, pero tengo muy buen oído. Ay... parece que me voy tranquilizando. Poco a poco. Eso es. Poco a poco. Supongo que ya sabréis que he pasado un verano muy malo. En julio estuve más o menos bien, y luego, en agosto, fatal. Ahora voy mejor. La química es maravillosa. Si aciertas con la receta y la dosis adecuada, lo que se había descolocado se recoloca, y vuelves a dormir, y levantas la cabeza y te haces due ña de nuevo de ti misma, o al menos de la parte de ti misma que todavía es controlable. Si insisto en esto es para que sepáis que ahora me siento fuerte, y estoy serena, y que lo que ocurra y diga a partir de ahora surge de una decisión muy meditada. Para empezar, os diré que para mí vivir no es fácil. Nunca lo ha sido. Qué os voy a contar yo que mis brazos no cuenten. Siempre los llevo tapados y hoy he decidido dejarlos al descubierto. Y mientras grabo he subido aquí, al torreón, y mamá los está mirando. Me he sentado a su lado en la cama porque quiero que me oiga. No sé si lo hace. Puede que sí o puede que no. Aunque sus pupilas estaban

fijas cuando he llegado y ahora acaban de moverse. Son las marcas, claro, está mirando las marcas. La verdad es que llaman bastante la atención, por eso las tapo. Recuerdo todavía la primera que me hice. Fue en el baño, en el cuarto de baño grande de la casa de Madrid. Ninguno de vosotros me ha preguntado jamás por qué lo hago, por qué lo hacía. Imagino que lo veíais como algo que sucedía y ya está, algo natural e inevitable. Como la sucesión de las estaciones, como las mareas, como ese tipo de cosas. Si os digo la verdad, yo tampoco lo sé. Simplemente me gusta hacerlo, y me alivia, y cuando lo hago, me siento más limpia y mejor. La cuchilla rasga y la carne cede y el rojo brota como una flor al abrirse, como un maná, como una especie de epifanía o de alumbramiento. No. No os preocupéis. No voy a seguir por ahí. El momento sangriento ha terminado. Os decía que tengo a mamá aquí al lado y que me mira los brazos. Esa es la cuestión. Ya sabéis que a veces se escapa de donde sea que se haya metido y suelta alguna de las suyas. Hoy está calladita, tranquila, quieta como un maniquí. Hace un rato, antes de bajar al piano para grabar el *ragtime* , le leí unos poemas y eso siempre le gusta. Son los poemas de una escritora francesa que ella tradujo hace muchísimos años. Se los leo primero en francés y luego hago lo mismo con su traducción al castellano. Son muy apasionados y ardientes. Os leería alguno, pero no creo que venga a cuento. La poeta era pintora, se enamoró de un ingeniero muy joven y le escribió un libro de poesías. *El libro para ti,* ese es el título. Fue un gran escándalo, parece ser. Ay..., perdonad..., creo que me estoy yendo por las ramas. Mamá, ¿les leo un poema? ¿Les leo el poema que le dedicaste a Emilio subrayando las letras de su nombre en un par de versos? No lo podéis ver, pero está moviendo los deditos. Qué gracia. Nunca lo había hecho. Da la impresión de que toca un piano de juguete, un tecladito minúsculo, algo así. Qué es eso, ¿una escala? ¿Estás haciendo escalas, mamá? [risa breve, no muy agradable]. Nos llevamos bien, no os creáis. No os vayáis a pensar que me gusta torturarla. Cuando murió papá y anunció que se venía a vivir aquí, me dije que iba a ser un desastre. Y qué va. Ni mucho menos. Desde el primer día todo fue como la seda. Era cómodo, sobre todo era cómodo. Cómodo para las dos. ¿Tú qué opinas, mamá? [voz de María Rosa]: *Que tienes razón, cariño.* ¿Veis? Lo que yo decía. [risa seca] Podíamos pasar semanas enteras sin vernos, porque yo nunca subía y ella tampoco bajaba. Pero sabíamos que la otra estaba por allí y no era malo saberlo. Así funcionaba, más o menos. A veces, muy pocas veces, yo me ponía a tocar el piano y ella aparecía de improviso y se apoyaba en la tapa, y encendía un cigarrillo, y

me miraba con una expresión que yo nunca le había visto, como sonriendo, pero sin hacerlo del todo, como con... Bah, da igual. [voz de María Rosa]: *¿Como con ternura?* ¿Ternura? No sé, mamá, yo no puedo saber lo que había en tu cabeza cuando me mirabas. El caso, como os digo, es que después se colocaba detrás de mí y apoyaba sus manos en mis hombros, y me los apretaba con mucha delicadeza, y después se iba y ya está. Nunca le pregunté por qué lo hacía y ahora tampoco pienso preguntárselo. Más que nada porque no vaya a ser que conteste y nos llevemos una sorpresa. Menuda es. [voz de María Rosa]: *¿Y los poemas?* Y dale. Hay que ver lo pesadita que estás hoy. Los poemas, sí. Supongo que os habéis puesto un poco nerviosos porque he mencionado a Emilio por esto de los poemas. Tranquilo, Roberto, porque ahí vamos precisamente, a Emilio: ¿sabías que a Emilio lo torturaron de una manera espantosa en Madrid? No, claro que no lo sabías. Cómo ibas a saberlo. Tenía dieciocho años y fue tu mismísimo padre quien lo torturó. ¡Dieciocho años! Y la consecuencia de esas palizas está escrita en un informe que tengo en el cajón del tocador que hay en mi cuarto. Búscalo luego, Ángela, la llave está en el bastidor del piano. Bien, más cosas: ¿s abíais que Emilio estaba aquí aquella tarde terrible? Sí, aquí mismo, en el torreón con mamá. Emilio fue uno de sus modelos, el último según mis cálculos, porque, desde aquel día, mamá no volvió a pintar nada de nada. Su cuadro está enfrente de la cama y lo estoy mirando ahora. Un culo bonito, ¿no? [risa pícara] Es una pena que se quedara a medio terminar. Esa tarde salieron juntos a buscarnos y en Pría se separaron, y ya conocéis más que de sobra lo que vino después. Gracias a mi amiga Dolores, he podido revisar todo lo relativo a aquel juicio. Nada encaja. Y, además, no pudo ser. A Flor le hicieron algo muy feo y Emilio no pudo hacérselo . Así de fácil. Y ahora, decidme: ¿quiénes fueron los primeros que empezaron a buscarla?, ¿quién pudo encontrarla y hacerle algo mucho antes de que llegaran mamá y la Guardia Civil? Tú no, Roberto, oímos tus gritos angustiados en medio de la tormenta y no creo yo que seas de esos que tratan mal a las hermanas. Pero alguien que todos conocemos empezó a gritar un ratito después. ¿Lo recordáis? Seguro que sí. Y si no lo recordáis, no pasa nada, para eso os he enviado mis cintas. Así que vamos, decidme, decidme quién gritaba también. ¿Mamá? Mamá, ¿qué te pasa? ¡Mamá! [silencio, pasos, ruidos extraños, silencio otra vez] Ya..., ya está mejor. Es que se ha puesto un poco nerviosa. Le ocurre a veces. Se agita y mueve la cabeza y respira a trompicones. Cuando se pone así, le suelo dar una pastilla, y enseguida se calma. Tengo aquí unas cuantas preparadas

para mañana, le van a sentar muy bien. ¿A que sí, mamá querida? ¿A que estás deseando tomártelas? [nuevo silencio, en esta ocasión bastante largo] Vaya, por fin se ha calmado. Y ahora, ahora escuchad esto, ahora viene lo mejor: ¿a que tú, mamá, a que tú adivinaste a las pocas semanas que a tu hijo mayor le gustaba hacer ciertas cosas? ¿A que es verdad lo que digo? ¿A que conocías mejor que nadie el problema de Emilio y, a pesar de conocerlo, mentiste en el juicio? ¿A que papá te obligó, eh? ¿A que sí, mamá? [otro silencio, la cinta raspa con fuerza] Vaya, no contesta. Es por la pastilla. Las he comprado hace poco en una página de Internet y todavía no controlo las cantidades. Son barbitúricos, como los de Marilyn, como los de Dalida. ¿No os parece muy chic? Chic, así era ella. Nosotros no nos dábamos cuenta, pero mamá era moderna y divina y muy adelantada para su tiempo. Cuesta creer que acabara con un hombre como nuestro padre, que llevara la vida que llevó, que se encerrara tan joven en este sitio. Ahora no es más que un pajarito al que hay que cuidar y lavar y darle comida. Y yo lo hago con mucho gusto. Por supuesto que sí. Ella nos desatendió a nosotras, no imagino una madre más desastrada, pero yo no se lo tengo en cuenta. No le tengo en cuenta que nunca estuviera donde debía estar, que me dejara sola, que no sospechara lo que estaba pasando o que mirara para otro lado en el caso de que lo supiera. Y si no se lo tengo en cuenta es, en parte, por las cuchillas. Ya. Vais a pensar que estoy loca. Que me he vuelto loca. Más loca todavía. Hay circunstancias que es mejor no conocer, ¿verdad, Ángela?, que es mejor no tocar ni contar nunca, que conviene olvidar. Por cierto, me gusta mucho tu grupo, en especial la chica rubita que va vestida de gótica. Qué fuerza tiene, qué talento, qué energía. Es lo malo de Internet, que es útil, pero también indiscreto. Te busqué y apareciste así, con esas pintas de zarrapastrosa que ahora llevas. No te enfades, ¿eh?, que te conozco. Sois buenas, muy buenas, diría yo, y eso es lo importante; no entiendo por qué lo escondes. Yo, de ser tú, me sentiría más que orgullosa. Le enseñé a mamá los vídeos que encontré de tu grupo y no dijo ni pío. Perdónaselo, ¿vale? Ella es así de desconsiderada, ya la conoces. [silencio breve seguido de una pequeña tos]. Bien, a lo que voy: he estado pensando mucho estos días. Mucho no, muchísimo. Mi cabeza no me ha dejado de hablar. Emilio vino a verme a la academia y desde entonces he ido atando cabos mientras mi estado de ánimo me lo ha permitido. Por cierto, Dolores me ha ayudado bastante, supongo que ya la conocéis o la conoceréis de aquí a unos días. Es alguien muy importante para mí. No le he contado lo que pienso hacer mañana, pero sí está al tanto

de la ristra de razones que me llevan a hacerlo. ¿Cómo no pude darme cuenta? ¿Cómo pudieron engañarnos de esa manera tanto a vosotros como a mí? Roberto, ¿no lo has pensado? Tú lo conocías bien y años más tarde viste algo. No, no te preocupes, no es mi intención incomodarte. Sé que viste algo, porque, mientras mirabas, yo, desde la escalera, te veía a ti. Y alguien que hace lo que tú viste puede hacer cualquier cosa, ¿no crees? Dios mío, qué inocentes éramos. Nos pusieron en bandeja la cabeza de Emilio y nunca más preguntamos. No es fácil hacer preguntas, ¿verdad, Ángela? No es fácil ver lo que no debe ser visto por nadie. No es fácil reaccionar. Y n o es fácil contarlo. Es mucho más cómodo el silencio y por eso he decidido tomar cartas en el asunto, porque ya está bien. ¿Lo entendéis ahora? ¿Me vais entendiendo poco a poco? Mañana lo dejaré todo preparado y el sábado, cuando lleguéis, seremos de nuevo hermanos. Aunque, si lo pienso bien, hoy es sábado para vosotros. Espero que Leo haya llegado a tiempo y escuchado mi mensaje. ¿Es así? ¿Es así, Leo? No habrás vuelto a hacer de las tuyas, ¿verdad? [voz de Leo]: *Pues claro que no, por quién me tomas.* Bien, así me gusta. Yo, esta tarde, me ocuparé de los gatos, y mañana, a primera hora, de mamá. Lo he hablado con ella y está de acuerdo. En serio os lo digo. Después llamaré a Tomás por teléfono y le contaré algunas cosas, algunas cosillas que he descubierto por ahí. Se va a poner como una fiera, como si lo viese. De eso se trata. Le diré que lo de aquel juicio ya no tiene arreglo, que el tiempo ha pasado y nada de aquello se puede cambiar. Y también le diré que haré todo lo posible por destrozarle la vida. Que hablaré con la prensa, que hablaré con vosotros, que tengo una copia de ese informe que, probablemente, en su momento consiguió ocultar papá. Se lo quiero poner muy fácil. Lo conozco bien y sabré hacerlo. Sé cómo llevarlo al límite. Su carrera. Su familia. Su vida pendiendo de un hilo. Un hilo que voy a cortar yo. [voz de María Rosa]: *Qué buena idea, hija.* ¿Pero tú no te habías dormido? Desde luego, qué revoltosa estás. [silencio] Pensaréis que qué retorcida soy, ¿a que sí?, y qué sacrificada. [risa breve] No. No lo soy tanto. Yo lo iba a hacer de todos modos. Un día, cualquier día, un día de estos. Son demasiadas mañanas levantándome sin ganas y dándome cuenta de que no puedo más, de que yo no sirvo para esto, de que es suficiente, de que ya está bien. Pero luego me faltan las fuerzas, el valor, y al final nunca encuentro el momento. Es como un runrún en mi cabeza. Siempre ahí. Un runrún que nunca para y en ocasiones se desboca. Y entonces me falta el aire. Y tengo miedo. Tanto miedo que ni siquiera me sirven las cuchillas. Mi cabeza parece una cotorra

y me dice vámonos, vámonos de una vez por todas, vámonos ya, Mariana, vámonos. Tiene razón y mañana me iré, espero. Es lo que deseo. Si estáis escuchándome es porque ha funcionado y todo se ha colocado en su sitio. Y me iré sabiendo que hace veintitantos años Tomás se libró de todas sus culpas, pero que, con un poco de suerte, pagará por las de hoy. Confío en vosotros. Y nada más. [Mariana entona la melodía del principio y después vuelve a la voz de Míster Barrett]: *Y ahora, queridos amigos, ahora sí que nos despedimos, ¡y además lo hacemos con nuestro nuevo trapecista!* [voz de Cástor]: *Eh, oiga, ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¡Usted no es el nuevo trapecista!* [voz de Pólux]: *Señor, por favor, váyase. ¡Le digo que se vaya! ¡Usted no trabaja en este circo!* [voz de Tomás]: *Vosotros dos callaos de una vez, y tú ponte ahí, vamos, ponte ahí y no digas nada.* [silencio largo, solo se oye el crepitar de la cinta y a continuación un ligero carraspeo].

— Y una mierda, Tomás.

AEROPUERTO DE BARAJAS (MADRID)
12 DE OCTUBRE DE 2003

Parece que esta historia se acaba y ahí, en primer lugar, vemos llegar a Leo. Leo acaba de entrar en la Terminal 1, tirando de una voluminosa maleta color verde aguamarina y con cara de estar pensando mucho. Para empezar, piensa en que la puñetera maleta pesa como un muerto y que no entiende por qué Ángela, antes de emprender su largo viaje, no arregló la rueda trasera izquierda, que se atasca y no gira y hace que la maleta pese aún más. También piensa que no debería haberse acostado tan tarde, vaya por Dios, salió a dar una vueltita con su amigo Íñigo en plan tranqui y, en un pispás, les dieron las tantas. Llegado el caso, se justificaría diciendo que tenía excusa y que la excusa, faltaría más, era muy sólida: desde que volvieron a Madrid no han parado de solucionar problemas y hacer trámites muy desagradables, de modo que la semana ha resultado más bien durilla y, para compensar, necesitaba olvidar y despejarse. Y vaya que si lo ha hecho. Los lugares donde uno se ve obligado a quitarse la ropa en cuanto llega son perfectos para arrinconar por unas horas cualquier preocupación o pesadumbre. Y así, entre vapores y efluvios y esto con aquel y aquello con el de más allá, se le ha ido la noche sin darse ni cuenta. En fin, que ahora son las diez y media de la mañana y, si pudiera, tumbaría la maleta para que le sirviera de almohada y se acostaría ahí mismo, en el suelo crudo de la terminal. Qué cabecita loca. Qué cabecita loca y sin remedio. La idea inicial era dormir en casa de Íñigo para que Roberto no tuviese que hacerlo en un hotel, levantarse temprano, desayunar con calma y después ir a Barajas con ellos, porque Ángela, esta vez sí, se va. La gran noticia es que Roberto llegó anoche a Madrid, sin previo aviso y con una intención que para Leo era clarísima, aunque Ángela, tozuda como una mula, se empeñase en negarla.

—No seas pesado. Si Roberto ha dicho que tiene una entrevista mañana por la tarde, será porque la tiene. A cuento de qué iba a inventarse algo así.

Estaban en su casa de la calle Pelayo, a punto de salir a cenar. Roberto acababa de llamar a Ángela para decirle que estaba en Madrid y que había

venido por una cuestión de trabajo. ¡Ja! Una entrevista el 12 de octubre. A quién pretendía engañar.

—A cuento de que sabe que te va a perder de vista y a lo mejor no quiere hacerlo —replicó a su hermana—; a cuento de que es tu última noche en España y a lo mejor quiere pasarla contigo; a cuento de que sigue loquito por ti y a lo mejor ha comprendido que a ti te pasa exactamente lo mismo.

—No digas más tonterías, anda, y ayúdame a cerrar esto. —Ángela se había encaramado a la cima de la maleta y, mientras daba leves saltitos sobre la superficie aguamarina, con la mano derecha intentaba sin ningún éxito deslizar la cremallera—. Qué horror. La ropa crece cuando viajas, ¿a que nunca lo habías pensado? A la ida todo cabe perfectamente y, en cambio, a la vuelta no hay manera de acomodar nada por mucho que la cantidad de trapos sea la misma. Mi tesis es que retienen líquidos... ¿Tú qué opinas?

—Ángela...

—Dime.

—Yo creo que os voy a dejar solos.

—Ni de coña. —Seguía a cuatro patas sobre la cumbre de la maleta y desde allí le lanzaba una mirada amenazante.

—Soy un poco mayorcito para ir de carabina, ¿no crees? —Se acercó y, entre los dos, sí que consiguieron cerrarla—. No sé por qué, pero me da la impresión de que todavía os han quedado algunos asuntos por tratar. Llamaré a Íñigo y dormiré en su casa. Aquí los tres no cabemos.

Y era verdad que no cabían. Su apartamento es muy cuco y también muy pequeño. La herencia de su padre no dio para más. Si lo piensa ahora, se da cuenta de hasta qué punto Tomás salió beneficiado en el reparto. La casona fue a parar a Mariana, Ángela y él recibieron un dinerito que parecía mucho y luego no era tanto, y Tomás se quedó con el casoplón de Eduardo Dato además de unas suculentas acciones que don Ramón Salcedo se había tomado la molestia de poner a su nombre mucho tiempo atrás. Con el dinerito aquel, él se compró el apartamento de la calle Pelayo y un estudio minúsculo que alquila a una famosa *drag queen* . Y de eso vive, del alquiler, de los trabajos infrapagados que a veces consigue en el sector editorial y de algún que otro trapicheo. Lo más curioso es que, de repente, es rico. La lectura ante notario de los testamentos de su madre y de Mariana los dejó a todos perplejos el pasado miércoles. Mariana ha donado el local de la academia a Nueva y la gestión del negocio a los profesores

que allí trabajan; el dinero que tenía ahorrado irá a una ONG de nombre inquietante; y la casona, con toda la finca que la rodea, se la ha dejado a Emilio. ¡A Emilio! Que él sepa, nadie ha sido capaz todavía de decirle a Bernabé que en breve tendrá que mudarse. Así que lo gordo no viene de Mariana, lo gordo viene de los abuelos de Barcelona, una fortuna que Tomás apenas huele, porque solo recibirá la parte legítima, cosas de mamá; el resto, un verdadero pastón, se lo reparte él con Ángela. Tomás está que trina y ha anunciado que recurrirá ese testamen to, que su madre no estaba en sus cabales cuando lo firmó y que Mariana se las apañó para manipularla. Ya lo veremos. Tomás tiene demasiados líos. La denuncia por el presunto asesinato de Mariana está en curso y en algún momento llegará a los tribunales, al de Oviedo o al Supremo o al tribunal que corresponda. Roberto se ha encargado de airear todo en la prensa y el escaño de senador parece que también se tambalea. Bravo por Mariana, bravo y mil veces bravo. Nadie sabe cómo acabará todo esto, pero está claro que Tomás está tocado, tocado y a punto de hundirse. Qué tía. Tan calladita y apocada y a su vez tan maquiavélica.

—No sé qué te hace pensar que Roberto y yo vayamos a dormir juntos —objetó Ángela más tarde, cuando comprobó que él, efectivamente, se iba —. Lo normal es que haya reservado un hotel o algo. Vamos, digo yo. Aunque, de todos modos, siempre puede dormir en el sofá, ¿no crees?

Leo levantó una ceja y salió en busca de Íñigo, y esta mañana ha llegado a casa y allí estaban los dos, desayunando café con leche y tostadas con aceite, mirándose a los ojos como tortolitos y toda la pinta de haber pasado una noche ajetreada. Y por aquí llegan, van justo detrás de Leo. Roberto hace su entrada con el estuche del chelo a la espalda y Ángela le sigue unos pasos por detrás. Ángela tiene la expresión ausente y la cara algo mustia, y va vestida otra vez de chica mala: vaqueros agujereados con una saña innecesaria, botas militares y amplio jersey morado, violeta más bien. Si uno se fija, descubrirá que por aquí y por allá le han caído al jersey chorritos casuales de lejía. Ángela observa con atención las pantallas informativas y después señala la cola de facturación que hay al fondo. Y allá que se van los tres. Se colocan civilizadamente en la fila y se quedan así, absortos y expectantes, sin muchas ganas de decir nada. Luego Roberto se descuelga el estuche y lo deposita en el suelo, que está muy limpio y brilla como recién fregado. Roberto no es un hombre de arrebatos, pero ayer no lo pudo evitar. La redacción echaba fuego por todo el asunto del senador y él dijo que se estaba agobiando, y que salía a fumar un pitillo

porque necesitaba reflexionar un rato: *Nuevas sospechas se ciernen sobre el extraño accidente del senador Salcedo* . El titular era suyo y no se sentía orgulloso, y el artículo que había debajo no lo mejoraba. Intentaba ser imparcial y limitarse a narrar los hechos del modo más objetivo posible, aunque era obvio que no lo conseguía. Al acabar el cigarro, pensó que le iría bien dar un paseo por la playa y se montó en el coche con la intención de no alejarse demasiado. No llegó a ver el mar. Cuando se dio cuenta, estaba ya en la AP-66, camino de Madrid. Ni siquiera pensó en que antes debería avisarla. La había visto por última vez el domingo pasado a media mañana y sabía que volaba al día siguiente. Faltaban veinticuatro horas y había tanto, tanto que decirle todavía. Ese domingo , él se despertó en su casa de Llanes con la sensación de que todo había sido un sueño. Nada más que un mal sueño: la confesión de Tomás y la aparición inesperada de su padre en la colina, las dolorosas palabras de Ángela en la playa, el mundo del revés sin previo aviso. Se sentía tan aturdido que pasó un buen rato en la cama decidiendo cómo actuar. No quería dejarse llevar por los impulsos, no es esa su naturaleza, y necesitaba comprobar antes de nada que era verdad lo que había visto y oído la víspera. Organizó por lo tanto un plan de acción, una secuencia de comprobaciones que le proporcionara seguridad y certidumbre. Primero, una cosa y, después, la otra, y así sucesivamente. Y lo primero era hablar con Emilio, escuchar de su boca el relato de una noche terrible y los detalles de la injusticia cometida después. Una injusticia que, por si fuera poco, implicaba de forma directa a su propio padre. Emilio era la primera etapa, y una vez superada, ya vería. Se puso en marcha y a las nueve y media de la mañana llegó a la puerta del taller mecánico. No había vuelto a pasar por allí desde..., ¿desde cuándo? Probablemente, desde los tiempos de la Vespino. Los viejos tiempos. Los buenos viejos tiempos, como dijo hace poco Tomás. Qué hijo de perra. El taller estaba cerrado por ser domingo. Él no lo pensó dos veces y llamó al timbre de la casa, a pesar de que no eran horas de visitas.

—Te estaba esperando —dijo Emilio a modo de saludo—. Sabía que un día de estos, vendrías.

Lo había visto un par de veces por el pueblo, siempre de lejos, siempre como huyendo y medio escondido, e incluso había estado a punto de pelearse con él la noche de la cena en la sidrería. Pero una cosa era verlo pasar por la otra acera, o golpearlo en la oscuridad, y otra muy distinta tenerlo de frente. Aquella mirada de juventud convertida ahora en una espesa mezcla de miedo y amenaza, el cuerpo espigado de entonces

transformado en una masa de músculos, la sensación de estar ante alguien tremendamente frágil y a la vez muy peligroso.

—Pues aquí estoy —le contestó.

La casa olía a café recién hecho. El padre de Emilio salió de la cocina con una taza en la mano y luego desapareció por la escalera que subía al primer piso, sin molestarse en dar los buenos días.

—Discúlpalo —se excusó Emilio—. No nos hablamos desde que he vuelto y está siempre de mal humor. Me iré pronto, aunque todavía no sé a dónde.

—No te preocupes. Si me apuras, lo puedo entender.

Emilio lo miró a los ojos y después lo dijo:

—Los padres no siempre son lo que parecen, ¿verdad? —Se quedaron callados, como retándose. Emilio tardó en hablar—: ¿Quieres un café?

Poco más tarde, en el patio del taller, apoyados en la carrocería de un Renault Laguna que estaba pidiendo a gritos un desguace, bebieron café mientras Emilio, entre sorbo y sorbo, le hablaba de los sótanos de la Puerta del Sol y de la barra en la que lo colgaron por las corvas, de los golpes y de ese dolor que entró como un cuchillo, de una bañera llena de agua sucia y de una chica francesa que bebía siempre pipermín.

—A tu padre lo llamaban Zamora y me jodió la vida —concluyó—, y te aseguro que para mí se merece todo lo malo que haya podido pasarle. Pero te juro, Roberto, te juro que con lo de Flor yo no tuve nada que ver. Salí a buscaros, nada más. Estaba preocupado porque sabía que habría tormenta. Cuando la encontré, ella ya estaba... Bueno..., da igual. —La taza de café le temblaba en la mano, y también le temblaba la voz. Tenía los ojos fijos en algún punto del suelo mientras movía la cabeza de un lado a otro—. Yo no hice eso —repetía—, no podría haberlo hecho aunque quisiera. Por Dios te lo pido, tienes que creerme. No lo hice, Roberto, no lo hice. Salí a buscaros, salí a buscaros nada más. Yo no le hice eso. No se lo hice. Yo solo salí a buscaros... Yo solo...

—Qué no hiciste, Emilio, qué es lo que no le hiciste a mi hermana.

No es fácil confesar ciertos hechos, situaciones duras, vivencias terribles y consecuencias nefastas que uno sitúa en otros mundos, en otras vidas, vivencias inimaginables aquí. Emilio sacó un papel del bolsillo y se lo dio para que lo leyera. Era el informe de un perito médico, un perito judicial.

—El abogado iba a presentarlo como prueba exculpatoria, pero en el último momento no lo hizo y este informe, sencillamente, se volatilizó. Le pregunté después y me dijo que no sabía de qué le hablaba. Nadie sabía

nada, tampoco el juez, ni el fiscal. Y ella lo mismo, te hablo de María Rosa, ella tampoco sabía. Cuando declaró en el juicio, la miré a los ojos pidiéndole ayuda y apartó la vista, y luego no contó la verdad. —Emilio colocó sus dos manazas sobre ambos muslos y empezó a frotárselos. Despacio, muy despacio al principio, hasta que el movimiento se aceleró mientras todo su cuerpo se agitaba—. Me dejaron solo, Roberto. ¿Lo entiendes? Dime que lo entiendes. Dímelo, Roberto, dímelo, por favor. Yo..., yo solo..., yo solo salí a buscaros... Salí a buscaros y entonces empezó la tormenta. Yo no lo hice. Yo no le hice eso. Yo solo salí a buscaros y luego...

—¿Me lo puedo llevar?

Emilio se quedó inmóvil, se miró las palmas de las manos con expresión perpleja y asintió: claro, no es más que una copia. Luego empezó a ladear de nuevo la cabeza y a frotarse los muslos, y a repetir las mismas frases una y otra vez en voz baja, como si rezara, como si pronunciase para sí mismo una interminable y tristísima letanía. Y así, con la copia doblada sobre el salpicadero del coche, con la cabeza a mil por hora y los ojos en llamas, Roberto condujo hasta la casona y entró en el antiguo cobertizo: lo sabías, ¿verdad?, tú esto lo sabías. Su padre permaneció callado mientras él gritaba fuera de sí. ¿Era ese tu trabajo? ¿Esto era lo que hacías en la Puerta del Sol? Recordó entonces aquel uniforme del que se sentía tan orgulloso y del que tanto presumía entre sus compañeros de instituto, la pistola, la placa dorada, el cinturón y la hebilla que su padre lustraba cada noche. Y recordó también su Leica de segunda mano, las meriendas con Flor en San Ginés, los pequeños lujos que llegaron a sus vidas gracias a tanto sufrimiento, a tanta barbarie, a tanta injusticia.

—Lo mutilaste, ¿lo entiendes? Tenía dieciocho años y lo dejasteis inservible como hombre. ¡Dieciocho años! ¿Te haces idea? ¿Puedes llegar a hacerte una idea de lo que significa vivir así? Quién eres, papá, dímelo. Dime qué clase de monstruo has sido.

—Hijo, por favor...

Su padre había bajado la cabeza y miraba al suelo con la respiración entrecortada, los puños apretados, la garganta palpitante.

—Dime quién eres, Zamora —pronunció esas tres sílabas despacio, muy despacio, intentando captar toda la podredumbre que contenían—: Zamora, ¿no es así?

—Por favor, Roberto, para ya.

—Sabías que Emilio no pudo hacerle nada malo a Flor y te callaste.

—No es así. Yo no lo sabía...

—Te callaste, papá. Y María Rosa también se calló y toda esa gentuza se salió con la suya. Los que mandaban, los que ganan siempre. Porque allí todos ganaron menos Emilio. Todos menos él. Es repugnante. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido permitir que Tomás y yo seamos amigos después de lo que hizo? He vivido en su casa, he pasado a su lado toda mi juventud. No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. ¿O es que te compró a ti también? Es eso, ¿verdad? El gran don Ramón Salcedo compró a todo el mundo porque pisaba fuerte y todavía tenía la sartén por el mango.

—Te digo que no lo sabía.

—Me estás mintiendo.

—Roberto, es la verdad. Mariana me lo contó todo hace poco y no quise creerla. Discutimos. Durante las últimas semanas ni siquiera nos hablábamos. Pero el otro día, cuando oí a Tomás gritando ahí arriba... Yo..., yo siempre había confiado en don Ramón. ¿Lo entiendes ahora? Me había ayudado, me había ayudado a conseguir todo lo que tengo. Nunca pensé que...

—Cállate.

Su padre obedeció y por un instante él lo vio como lo que era, un pobre hombre, un don nadie, un miserable verdugo y también una víctima.

—Me das asco —le dijo además, y después su padre se derrumbó en la butaca, en la butaca de Flor—. La gente como tú me da asco.

No ha vuelto a hablar con él y esas palabras le siguen quemando en la garganta. Necesita tiempo. Tiempo para entender, para perdonar o al menos intentarlo. Tenía razón Mariana: ¿cómo pudo estar tan ciego?, ¿por qué no ató cabos él también?, ¿por qué no se le ocurrió que a lo mejor el verdadero monstruo no estaba en la cárcel, sino mucho más cerca, a su lado, compartiendo los mejores años de su vida? Abandonó el cobertizo y, cuando llegó al jardín, era ya media mañana y los vio con el equipaje en la puerta, esperando el taxi que los llevaría a la estación de Oviedo, no habían conseguido plazas en el vuelo a Madrid y viajarían en tren esa tarde. Pensó en ofrecerles su coche, pero inmediatamente rectificó. Ya estaba bien. La vida se había acelerado demasiado y lo mejor era apearse por un rato, dejar que las cosas se reubicaran por su propia cuenta y, quizá así, con suerte, un camino nuevo se abriría pronto frente a él, un sendero limpio, esperanzador, alejado de tanta suciedad y tanta mentira. Sin embargo, no ha sido así. Ha pasado la semana pensando en ella, en el timbre de su voz y

en su mirada franca, en su bien conservado descaro, en sus uñas mal pintadas y medio comidas. Y, ahora, ahora está allí, a su lado, esperando a que le llegue el turno y pueda facturar, esperando a decirle adiós de un modo esta vez definitivo. Leo los mira de reojo y Ángela sigue quieta, ha cogido el estuche del chelo y ahí acaba de apoyar un brazo. ¿Qué estará pensando? No es difícil suponerlo. Está pensando en sus botas, claro, no debería habérselas puesto, porque con tantas horas surcando el aire, los pies se le van a hinchar. Genio y figura, neni, te fijas en bobadas mientras el mundo a tu alrededor se desmorona. ¿Qué más queda? ¿Todavía alguna sorpresa? No, de momento no hay nada más al acecho. Un alivio. Por otra parte, y si lo piensa un poco, lo de las botas no es tan desatinado como parece. Porque ahora sus Dr. Martens y su piercing le chocan tanto como los zapatos atados al tobillo que compró para el viaje. No se siente cómoda con ninguna de las dos opciones y lo que le gustaría ahora mismo sería caminar descalza, descalza sobre la arena mojada, libre, sin tener nada en lo que pensar. Su vida ha rolado como el viento en apenas una semana y hoy Connecticut le parece un lugar situado en otra galaxia. Esa idea le gusta y le espanta a la vez, aunque también sabe que todo es cuestión de perspectiva. Porque cuando llegue allí y vea a sus chicas y se suba de nuevo a un escenario, será todo esto lo que le parecerá lejano y, Dios la oiga, no tan doloroso. Durante la semana, entre trámite y trámite, ha hablado con Madison un par de veces. La echaban de menos, le confesó su amiga con voz meliflua, pero le s habían salido un par de actuaciones de un día para otro y la agente había buscado una sustituta.

—No tiene tu nivel, ni mucho menos, pero es simpática y se esfuerza y los conciertos no han ido mal del todo.

—Ajá.

Las mataría, pensó en aquel momento. Si pudiera, las mataría. A Madison y a la agente y a la babosa de la sustituta. ¿Babosa? ¿Será babosa esa chica? No importa. Las habría matado a las tres. A las *fucking* tres. Así pensaba el otro día mientras hablaba con Madison, y ahora, sin embargo, ya no quiere matarlas y tampoco le duele tanto que sus amigas del alma la hayan sustituido. Nadie es imprescindible, y la vida tiene que seguir. En cuanto llegue, las pondrá a todas en su sitio y ya está. Piensa en Mariana y en lo que dijo de su grupo en su última grabación, que eran buenas, que no tenía por qué avergonzarse, que eran muy buenas y que le había enseñado esos vídeos a mamá. Mariana y sus secretos, sus frases no dichas, sus misterios. Mariana. Todavía recuerda el día en que por fin llegó el piano a

casa después de semanas esperándolo, recuerda sus ojos iluminados, sus deditos bajando con sumo cuidado las teclas para no dañarlas. Mariana precavida, Mariana pamplinosa. Luego ella se sentó en un lado de la banqueta, animó a Mariana a soltarse un poco y al instante ambas se volvieron locas tocando sin ton ni son, entusiasmadas por generar todos esos sonidos con tanta facilidad, recorriendo el teclado de arriba abajo y dándose codazos la una a la otra, felices, llorando las dos de risa. Hasta que Tomás salió de su cuarto y, confundiendo los nombres, les dijo que ya estaba bien y les cerró la tapa con un golpe tan violento que casi les pilla los dedos. Tenían ocho o nueve años y casi nadie las diferenciaba. Ni siquiera Tomás. Más de una vez y más de otra le tomaron el pelo a costa de eso. Cuando Tomás se dio la vuelta, ellas se miraron fijamente y estallaron en grandes carcajadas. La risa de Mariana siempre fue contagiosa y las dos acabaron cayéndose de la banqueta, con las manos en la tripa porque les dolía de tanto reírse y con Tomás en la puerta del salón, el dedo índice apoyado y girando en la sien, los ojos brillantes, tronchado él también de risa.

Roberto le acaba de dar un toque en la espalda para que avance. Es su turno. En qué estará pensando. La empleada de United Airlines que la atiende en el mostrador de facturación es pelirroja y pecosa y habla un español espantoso. La discusión es la de siempre, qué hartura: como lo oyes, *sweete* , el chelo también tiene derecho a viajar en un confortable asiento, qué, ¿algún problema? No. No lo hay. Lamentablemente no lo hay y el mostrador emite sonidos misteriosos porque la máquina que hay debajo está imprimiendo su tarjeta de embarque. Y estos dos sin decir nada. Pero nada de nada. Por el amor de Dios, qué creéis, ¿que a mí no me cuesta? Sería todo mucho más sencillo si Leo no la mirase desde hace dos horas con esa sonrisa triste estampada en la cara, si ella no hubiera pasado una semana en la ciudad de la que nunca quiso marcharse, si Roberto no hubiese aparecido ayer ni hubiese montado el numerito al terminar el desayuno. La noche ha sido preciosa y, al final, él ha tenido que estropearla. Roberto, me cago en ti. Ayer se citaron en Alonso Martínez y bebieron vino blanco en una terraza. Ninguno de los dos tenía hambre. Roberto llegaba sin equipaje y contó tantas mentiras sobre su supuesta reunión que se acabó liando y contradiciéndose a sí mismo. Se miraron y fingieron que decía la verdad. La noche era fresca y agradable. El otoño de Madrid siempre fue una delicia. Cuánto lo había añorado.

—He venido a pasar la noche contigo —confesó él después, sin

preámbulo alguno , mientras le servía un poco más de vino frío—. Si tú me dejas, claro.

Fue como bañarse en un mar conocido. Las olas embestían con fuerza, el viento soplaba y el agua la zarandeaba sin miramientos, pero ella controlaba el terreno y se sentía segura y a salvo. Casi no hablaron. Hicieron el amor hasta caer rendidos. Se durmieron abrazados en la cama de Leo y esta mañana han vuelto a la carga. Madre mía, Roberto, no te recordaba yo tan así. Leo ha llegado con la cara desencajada y se ha metido en el baño para darse una ducha mientras ellos terminaban de desayunar. La luz de la mañana entraba en la cocina y a lo lejos se oían los ruidos de la calle. Una escena muy tierna, no muy original, pero tierna. Los dos mirándose embelesados, apurando el zumo de naranja, moviendo acompasadamente las cucharillas del café. Hasta que Roberto ha decidido que ese era el momento de cagarla y ha empezado a decir cosas.

—Me gustaría pensar que podemos empezar de nuevo.

—¿Cómo? —La había asustado. Su voz inundando la cocina, la frase chocando con las baldosas, adiós embelesamiento.

—Yo nunca te he olvidado, Ángela, es así. Qué desastre, ¿verdad? Parece mentira. Han pasado quince años y sigo igual. ¿No lo ves? No me digas que no lo ves. No he dejado de pensar en ti esta semana. En realidad, nunca..., nunca he podido dejar de hacerlo.

—Roberto, sabes de sobra que me vuelvo a ir en un par de horas. Ha sido una noche maravillosa, de verdad te lo digo. Dejémosla así, ¿vale? Será un bonito recuerdo.

No ha hecho caso el muy malnacido y, a continuación, ha pronunciado las mismas palabras que la semana pasada ella quiso decirle en la playa. Palabras que pesaban como fardos y que, en el último momento, decidió callar, porque a ninguno de los dos les convenían. Las mismas. Exactamente las mismas. Cómo es posible.

—Ángela, no te vayas.

—Roberto...

—No te vayas, Ángela. Quédate, por favor. Quédate conmigo.

¿Por qué le hacía eso? Qué horror y qué dulzura escucharlo. Qué rato más malo y contradictorio. Lo que oía la tensaba hasta un límite insoportable y al mismo tiempo provocaba que todo su cuerpo se derritiese. El gran silencio de después ha estado a punto de asfixiarlos. Menos mal que enseguida ha aparecido Leo con el pelo mojado y la toalla alrededor de la cintura, y les ha metido prisa. Habían contratado un servicio de taxi la

tarde de antes y faltaban menos de quince minutos para que llegase. Roberto se ha recompuesto como ha podido y le ha pedido a Leo que anule ese servicio, tenía el coche en un parking cercano, los llevaría él. No han vuelto a hablar. No han vuelto a mirarse. Roberto ha conducido en silencio y ahora ella siente que se le va a partir el corazón. Dónde va. Dónde demonios va. Leo se ha acercado y le ha cogido la mano sin pedir permiso. Es su hermano. Su hermano pequeño con el que de improviso comparte tanto. A él también lo deja solo. Todos están solos y, por eso, llegar al control de seguridad no es tarea fácil. Los pies le pesan. Son las botas. Las putas botas no la dejan que avance. Leo le aprieta la mano y tira con suavidad de ella, el problema es que tira hacia atrás. Leo tira hacia atrás de su hermana, aunque sabe que no servirá de mucho. Han llegado a la última cola, al punto de no retorno, y Ángela seguirá adelante y después los abandonará a su suerte. Él tampoco quiere que se vaya. Han estado toda la semana durmiendo juntos. Se han contado mil secretos. Han llorado y se han reído y ahora ella coge el camino y se va. Han hablado del amor y de la vida y de Tomás y de Mariana y de mamá y de lo poco que les ha quedado de ella: un par de imágenes, frases sueltas y a menudo inconexas, los cuadros, apenas nada, ninguna certidumbre a la que aferrarse. La otra noche, sin ir más lejos, acomodados los dos en el sofá, estuvieron viendo las fotos que él guarda en una vieja lata de Cola-Cao. Ángela había estado trasteando en su colección de discos y en el salón sonaba Ella Fitzgerald, *The man I love*. Qué canción tan increíble. Las fotografías estaban amontonadas de cualquier forma y algunas eran muy viejas. Mariana y Ángela tocando a dúo en un acto del colegio, tremendamente serias y concentradas, ataviadas como dos coliflores al gratén. Tomás disfrazado de pirata con él, casi un bebé, sentado como un monito en su hombro. Mamá, con no más de veinte años, apoyada en un descapotable y fumando un pitillo, el pelo abultado, vestida con botas altas y minifalda. Todo fue bien hasta que Ángela sacó del fondo una imagen que él nunca ha entendido del todo. Se la dio su madre cuando acabó aquel funeral horrible, aquella ceremonia solemne en la que tantos hombres importantes vinieron a despedir al gran Ramón Salcedo. Él estaba deshecho. Había pasado la noche en un cuarto oscuro, pero desde que se hizo de día y llegó al tanatorio, no había podido parar de llorar. Al volver a casa, su madre le pidió que se tranquilizase, o más que pedírselo, se lo ordenó.

—No es para tanto —le dijo impertérrita—, te lo aseguro. Y no se merece que llores así por él. Si tú supieras...

Fue entonces cuando le dio esa fotografía. Entró en su dormitorio y él la oyó abrir y cerrar cajones. Después regresó al salón y se la entregó sin decir nada. Leo con uno o dos añitos en los brazos de María Rosa, que sonreía feliz a la cámara junto a un señor muy elegante y de ojos claros.

—Eso es el vestíbulo del Intercontinental —dijo Ángela mientras observaba atentamente la foto.

—¿De dónde?

—El Intercontinental, el hotel de Colón. No hay estrella de los años cincuenta o sesenta que no haya posado ahí. Es un sitio muy famoso.

—Ni idea. ¿Y este? —Leo señaló al señor—. ¿Quién será este? ¿No te parece muy guapo?

—Un amante, seguro. Siempre pensé que tuvo muchos. Le devolvió a papá los cuernos uno por uno, y me encanta que lo hiciera.

—Papá no era mi padre, ¿verdad? —La pregunta surgió así, sin haberla previsto—. Es algo que siempre he pensado y nunca he dicho. Vosotros llamabais a mamá El Búho, pero en realidad era un pájaro cuco: me colocó en el nido de otro para que entre todos me cuidaseis.

—Anda ya, Leo, no te pongas melodramático. Qué idea. De dónde la habrás sacado.

Años más tarde, instalada ya en Nueva y con la cabeza medio perdida, su madre le dijo que lo quería mucho, muchísimo, y que para protegerlo de don Ramón Salcedo había hecho por él algo terrible, algo que nunca podría perdonarse, pero que haría de nuevo si hiciese falta.

—¿Te dijo eso? —preguntó Ángela—. ¿Te dijo que te quería?

—Sí, aunque eso no importa. La cuestión es lo otro. ¿No te das cuenta?

—Claro que importa, Leo —repuso Ángela mientras guardaba la fotografía en la lata y la cerraba con delicadeza—. Es lo único que importa. A nosotras nunca nos dijo algo así.

Y ahí va ahora su hermana, avanzando pasito a pasito por la fila del control de seguridad, con el estuche fucsia colgado a la espalda y el pasaporte preparado. Ha repartido los besos de rigor y les has dicho que, al llegar, llamaría. No se ha vuelto después para mirarlos y él sabe que no va a hacerlo porque, sencillamente, no es capaz. Roberto sigue a su lado, es imposible no notar su presencia. Tiene la mandíbula apretada y el ceño fruncido, y su nuez, muy marcada, sube y baja sin descanso. A pesar del gentío que se acumula en ese acceso a la zona de embarque, todavía pueden ver a Ángela en la distancia. Acaba de tumbar el estuche del chelo en la cinta del escáner mientras discute con un empleado de seguridad.

También ven que resopla y gesticula y después se agacha porque, probablemente, le han dicho que tiene que descalzarse. Ella es así. Le cuesta mucho pasar desapercibida.

—¿Nos vamos? —pregunta Roberto—. Aquí ya no hacemos gran cosa.

Leo asiente y los dos se dan la vuelta. Roberto señala un panel que indica cómo llegar al aparcamiento. Los altavoces anuncian vuelos a diferentes lugares, algunos muy lejanos y exóticos. Un grupo de judíos ortodoxos pasa delante de ellos. Son cinco hombres que van vestidos de negro y llevan sombreros de ala ancha sobre esos tirabuzones tan cómicos que a él siempre le han llamado la atención. Una familia caribeña corre que se las pela hacia algún sitio, dándose voces los unos a los otros, con los carros cargados de maletas. *The man I Love*. Esa es la música que debería sonar ahora. La voz de Ella Fitzgerald en los altavoces y Ángela reapareciendo súbitamente y diciéndoles cualquier tontería. Sin embargo, nada de eso sucede. No están en el final de una película. Una pena.

—¿Vuelves hoy a Llanes? —le pregunta a Roberto. No es que le importe mucho, pero vendrá bien hablar de algo.

—Sí, aunque te acercaré antes a tu casa si quieres. Tengo todo el día para viajar.

—Ah, creía que venías a una entrevista.

Roberto lo mira y le guiña un ojo, y después apoya una mano en su hombro y lo aprieta ligeramente, como buscando una complicidad que ya no es en absoluto necesaria, o un asidero, quién sabe, una toma de tierra, un poco de compresión. El gesto es tan insólito que Leo da un respingo y gira el cuello, y, entonces, la ve. No es posible. Esto nunca pasa en la vida real. Va cargada con el chelo y lleva las botas desabrochadas. Los alcanza, se coloca entre ellos sin decir nada y los coge a cada uno de un brazo. No hay música. No suena ninguna música, pero los tres sonríen y apresuran sus pasos sobre el suelo brillante de la terminal.

AGRADECIMIENTOS

A Mercedes Castro por su lectura inteligente e implacable, y también por su ayuda y su apoyo en momentos de intenso desasosiego. A Elsa Osorio porque de ella sale todo. A Antonio Lozano y Luisa Gutiérrez por su rapidísima confianza. A David Morán por ser el mejor y más atento editor que cabe imaginar. A Edita Gutiérrez por una divertida tarde de correcciones, a Jorge Medina por ese último repaso y a mis amigas y amigos lectores por no permitir que me diera por vencido. A todos, muchas gracias.

De entre los muertos

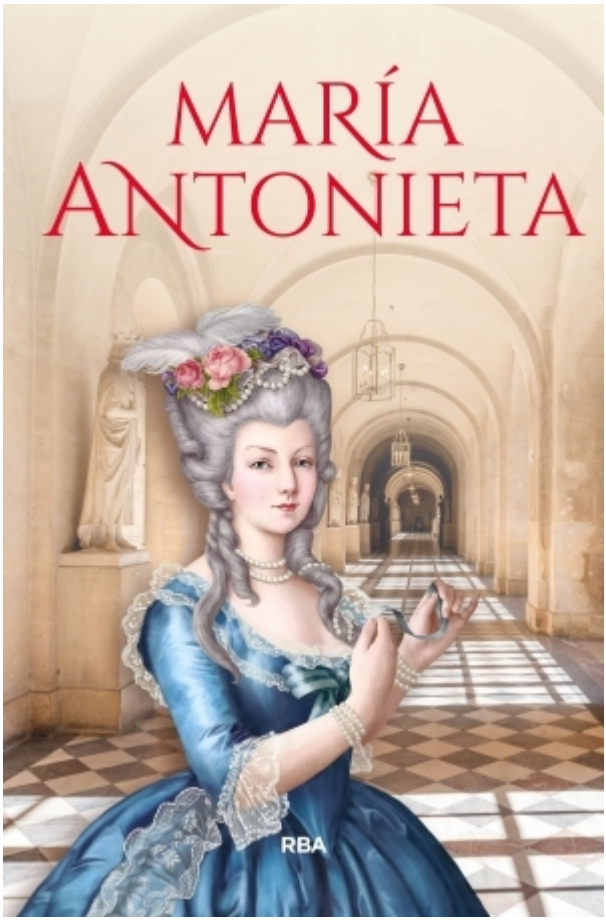
Moore, Jonathan
9788491878766
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Se llamaba Claire Gravesend. Murió tras caer al vacío y destrozar el

techo de un lujoso coche aparcado en uno de los barrios más conflictivos de San Francisco. Lee Crowe, un detective con pocos escrúpulos, encuentra su cuerpo al amanecer y le saca unas fotos para vendérselas a la prensa. A raíz de eso, recibe la llamada de la madre de Claire, una de las mujeres más ricas de California. No cree que su hija se haya suicidado como concluye el informe forense, así que contrata al investigador para responder a los interrogantes que plantea su muerte.
Sin embargo, este no es un caso como los demás. Tras hacer un breve viaje a Boston en el que se ve obligado a luchar por su vida con un desconocido, Crowe descubre a su regreso a una mujer que es el vivo retrato de Claire. La verdad le abrirá la puerta de un mundo que jamás habría imaginado.

Cómpralo y empieza a leer



María Antonieta

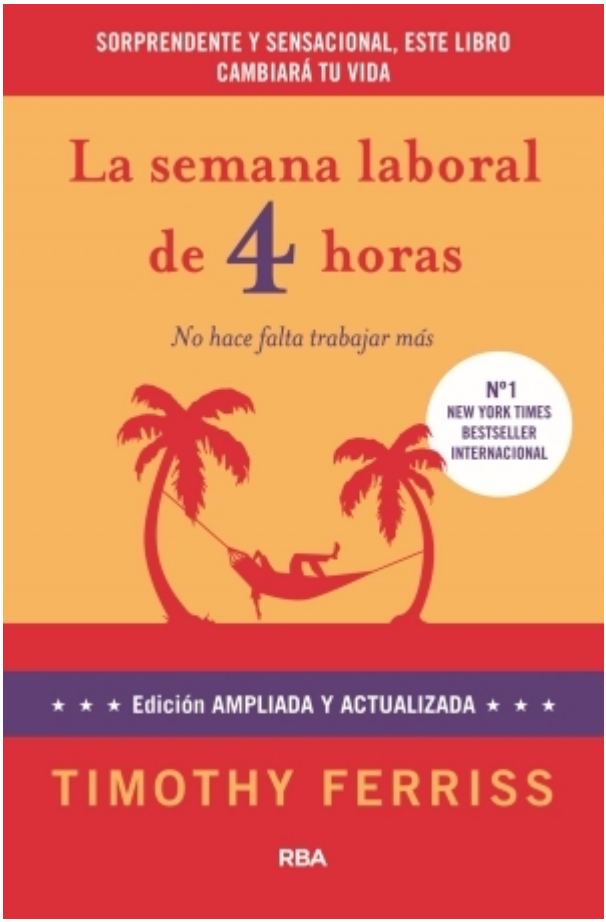
García Núñez, Anna
9788411321440
168 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

María Antonieta de Austria, reina de Francia y consorte de Luis XVI,

ha pasado a la historia como una monarca derrochadora, manipuladora, superficial e insensible a los sufrimientos de su pueblo. De hecho, en la construcción de su figura siempre suele recurrirse a la anécdota en la que, ante la falta generalizada de pan en París, la reina respondió "que coman pasteles", un desplante que habría servido por sí solo para justificar cualquier revuelta social en una época convulsa, construida sobre la desigualdad. Sin embargo, ¿cuánto hay de cierto en este cruel retrato de la última reina de Francia? ¿Fue María Antonieta la víctima de una campaña de desprestigio a cargo de los panfletistas de la Revolución?

Cómpralo y empieza a leer



La semana laboral de 4 horas

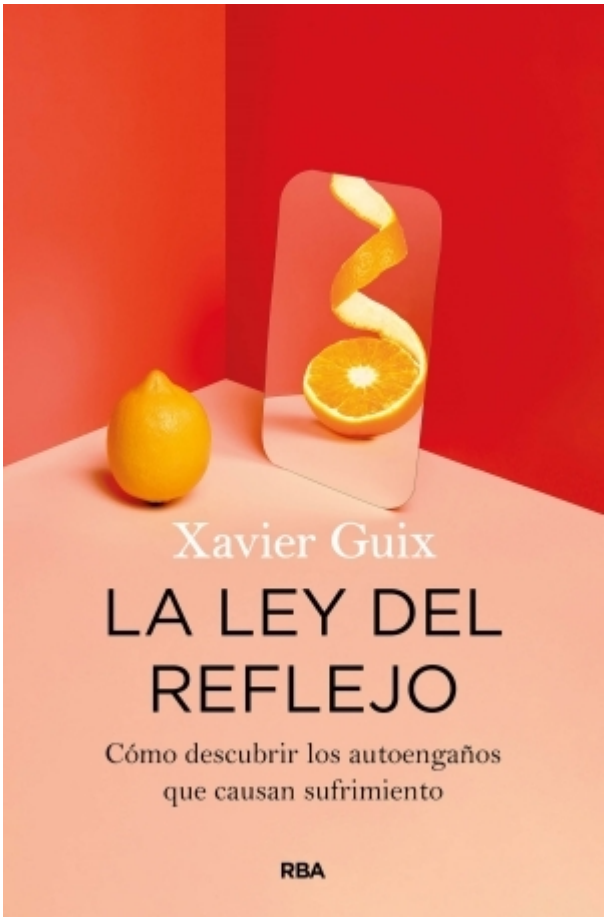
Ferriss, Timothy
9788416267217
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Olvídate del trasnochado concepto de jubilación y deja de aplazar

tu vida: no hace falta esperar, existen demasiadas razones para no hacerlo. Si tu sueño es dejar de depender de un sueldo, viajar por el mundo a todo tren, ingresar más de 10.000 euros al mes o, simplemente, vivir más y trabajar menos, este libro es la brújula que necesitas.

Cómpralo y empieza a leer



La ley del reflejo

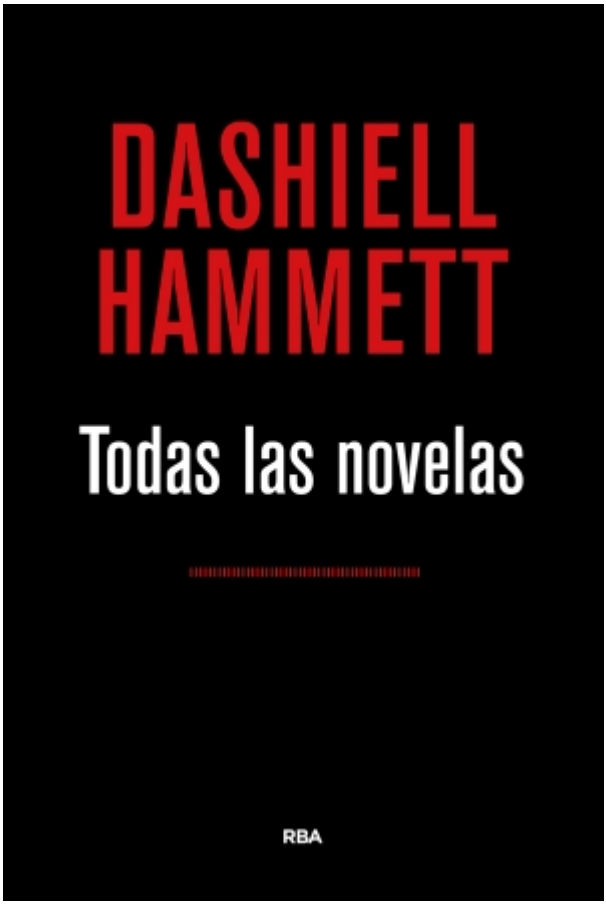
Guix, Xavier
9788411321396
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El autoengaño es una trampa que nos aleja de la verdad sobre

nosotros mismos. Quizá la versión más popular de los mecanismos del autoengaño sea la llamada "ley del espejo", aunque la metáfora es más precisa si nos referimos a la "ley del reflejo". Esta nos advierte de un viejo axioma: "como es adentro es afuera" o, dicho de otra manera, el mundo no deja de ser un enorme espejo en el que se refleja tu conciencia. El espejo nos refleja, pero confundirmos lo que nos muestra con nuestra auténtica identidad. Este libro te ayudará a descubrir las proyecciones que te causan sufrimiento y cómo trabajar con ellas para poder vivir una vida libre de espejismos.

Cómpralo y empieza a leer



Todas las novelas

Hammett, Dashiell
9788490568477
960 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cinco novelas. Dashiell Hammett escribió solo cinco novelas, pero

con ellas marcó el rumbo que debía seguir todo el género negro a partir deentonces. Supo crear personajes carismáticos y memorables; imaginó historias oscuras dominadas por la falsedad, la corrupción y el vicio; y recreó atmósferas violentas y recargadas que aún hoy resultan impactantes.Desde la legendaria El halcón maltés, protagonizada por Sam Spade, hasta la sofisticada El hombre delgado, pasando por las imprescindibles obras narradas por el impenetrable agente de la Continental (Cosecha roja, La maldición de los Dain) y La llave de cristal, todas las novelas de Dashiell Hammett suponen una cita ineludible para cualquier amante del género. Como dijo de él Raymond Chandler: "todo lo que hizo lo hizo de un modo soberbio".

Cómpralo y empieza a leer